ROBERT JORDAN
LA RUEDA DEL TIEMPO
NUEVA PRIMAVERA



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Harriet, ahora y siempre



1



El Garfio

Un viento frío sopló en la noche a través del campo cubierto de nieve donde los hombres se habían estado matando unos a otros durante los últimos tres días. El aire era cortante, si bien no tan gélido como Lan habría esperado en esa época del año. Con todo, la temperatura era lo bastante baja como para que el peto de acero transmitiera el frío a través de la chaqueta y para que el aliento se condensara en vaho delante del rostro del hombre cuando el viento no lo arrastraba. La negrura del cielo empezaba a menguar y el brillo de los millares de estrellas, cual grueso polvo de diamantes esparcido en el firmamento, se iba apagando lentamente. La gruesa hoz de luna estaba baja y apenas daba luz para distinguir las siluetas de los hombres que vigilaban el campamento instalado en la arboleda de robles y cedros desperdigados. No se habían encendido lumbres porque el fuego habría delatado su posición a

Librodot

los Aiel. Lan había combatido contra ellos mucho antes de que esta guerra empezara, en las Marcas Shienarianas; una cuestión de deber para con los amigos. Si ya era difícil enfrentarse a ellos a la luz del día, hacerlo de noche era tanto como jugarse la vida a cara o cruz. Claro que a veces te encontraban aunque no hubiese lumbres.

Apoyando la mano enguantada sobre la espada envainada, se arrebujó en la capa y siguió haciendo la ronda de los centinelas a través de la capa de nieve que le llegaba a la pantorrilla. La suya era una espada antigua hecha con el Poder Único antes del Desmembramiento del Mundo, durante la Guerra de la Sombra, cuando la mano del Oscuro tocó el mundo durante un tiempo. De esa era sólo perduraban leyendas, salvo, quizá, lo que supieran las Aes Sedai; aun así, la hoja de acero era algo real y concreto. No se rompía ni hacía falta afilarla nunca. La empuñadura se había reemplazado incontables veces a lo largo de los siglos, pero ni siquiera la herrumbre afectaba el lustre de la hoja. Antaño había sido la espada de los reyes malkieri.

El siguiente centinela que encontró, un tipo bajo y fornido que se cubría con una larga y oscura capa, estaba recostado en el tronco de un roble de gruesas ramas, con la cabeza caída sobre el pecho. Lan tocó al centinela en el hombro y el hombre se irguió bruscamente, a punto de dejar caer el arco corto de cuerno que tenía en las manos enguantadas. La capucha le resbaló hacia atrás y dejó a la vista el yelmo cónico de acero un instante, antes de que el hombre volviera a calarse la capucha con rapidez. A la pálida luz de la luna, Lan no distinguía las facciones del hombre detrás de las barras verticales de la visera, pero sabía quién era. El yelmo de Lan era abierto, al estilo de la desaparecida Malkier, con una pequeña visera en forma de luna creciente que se proyectaba sobre la frente.

—No estaba dormido, milord —se apresuró a decir el tipo—. Sólo descansaba un momento. —El domani de piel cobriza parecía abochornado, y con razón. Ésta no era su primera batalla; ni siquiera era su primera guerra.

—Un Aiel te habría despertado al degollarte o al hincarte una lanza en el corazón, Basram —dijo Lan en voz queda. Los hombres prestaban más atención a un tono tranquilo que al grito más alto, siempre y cuando la calma fuera acompañada de firmeza y seguridad—. Quizá sería mejor no tener tan cerca la tentación del árbol. —Se abstuvo de añadir que, aun en el caso de que los Aiel no lo mataran, el hombre corría el riesgo de congelarse si permanecía parado en un sitio mucho tiempo. Basram ya lo sabía. Los inviernos en Arad Doman eran casi tan fríos como en las Tierras Fronterizas.

Farfullando una disculpa, el domani se llevó la mano al yelmo en un respetuoso saludo, se apartó tres pasos del árbol y, bien derecho y despabilado, escudriñó la oscuridad. También movió los pies ligeramente para evitar que los dedos se le congelaran. Corría el rumor de que había Aes Sedai más cerca del río y que ofrecían la Curación de heridas y enfermedades que desaparecían como por ensalmo; pero, sin esa posibilidad, la amputación era la forma habitual de evitar que un hombre perdiera un pie por la gangrena y podía ser que incluso las piernas. En cualquier caso, lo mejor era evitar verse involucrado con Aes Sedai a menos que fuera absolutamente necesario. Al cabo de los años era posible encontrarse con la sorpresa de que una de ellas lo había amarrado de alguna forma por si acaso necesitaba de uno. Las Aes Sedai pensaban a largo plazo y rara vez parecía importarles a quién utilizaban y cómo lo utilizaban en la consecución de sus fines. Ésa era una de las razones por las que Lan las evitaba.

¿Cuánto duraría el estado de alerta de Basram? Lan deseó saber la respuesta, pero no tenía sentido llamar más la atención al domani. Todos los hombres que tenía a su mando estaban exhaustos. A buen seguro que todos los hombres de la Gran Coalición, como pomposamente se la llamaba —así como Gran Alianza y una docena más de nombres, algunos poco halagadores e incluso ofensivos—, a buen seguro que todos estaban al borde de la extenuación. Además de agotadora, una batalla era una brega que hacía sudar, hubiera nieve o no. Los músculos se agarrotaban por la tensión aun cuando hubiese ratos en los que tomarse un respiro, y en los últimos días apenas se habían dado ocasiones de hacer un alto durante mucho tiempo.

El campamento albergaba sus buenos trescientos hombres, de los que una cuarta parte

estaba de guardia en todo momento; teniendo enfrente a los Aiel, Lan quería tantos pares de ojos vigilando como fuera posible. Sin embargo, antes de que Lan hubiera recorrido otros doscientos pasos* había tenido que despertar a tres centinelas más, uno de ellos dormido de pie sin estar apoyado en nada. Jaim tenía levantada la cabeza y los ojos abiertos. Ése era un truco que algunos soldados habían aprendido, sobre todo soldados veteranos como Jaim. Cortando las protestas del hombre de barba gris de que no podía estar dormido hallándose de pie y firme, Lan le prometió que sus amigos se enterarían si volvía a pillarlo dormido.

Jaim se quedó boquiabierto un momento; después tragó saliva con esfuerzo.

—No volverá a ocurrir, milord. ¡Que la Luz me abrase si me duermo!

Parecía hablar completamente en serio. Algunos hombres tenían miedo de que sus amigos los dejaran sin sentido de una paliza por ponerlos en peligro mientras descansaban; pero, habida cuenta de las compañías que Jaim frecuentaba, lo más probable es que temiera la humillación por haberse dejado sorprender dormido, no por estarlo.

Mientras Lan continuaba adelante soltó una risita queda. Rara vez reía, además de ser una estupidez reírse de eso, pero más valía reír que preocuparse por lo que no podía cambiar, como por ejemplo encontrar dormitando a los hombres que estaban de guardia; o inquietarse por la muerte. Lo que no se podía remediar, se tenía que sobrellevar.

Se paró en seco.

—Bukama, ¿por qué me sigues a hurtadillas? —inquirió en voz alta.

A su espalda sonó un gruñido de sorpresa. Sin duda Bukama creía que se movía en silencio y, a decir verdad, muy pocas personas habrían oído el débil crujido de las botas del hombre en la nieve, pero tendría que haber sabido que él sí lo percibiría. Al fin y a la postre, Bukama había sido uno de sus maestros, y una de sus primeras lecciones había sido estar atento a lo que lo rodeaba en todo momento, incluso mientras dormía. Una lección nada fácil de aprender para un chiquillo, pero sólo los muertos podían permitirse el lujo de no estar alerta. Y en La Llaga, más allá de las Tierras Fronterizas, los que estaban ajenos a su entorno no tardaban en engrosar las filas de los muertos.

—Te he estado guardando la espalda —anunció ásperamente Bukama al tiempo que apretaba el paso para reunirse con él—. Considerando lo poco pendiente que estás, uno de esos Amigos Siniestros, uno de esos Aiel velados, podría acercarse furtivamente y cortarte el gaznate. ¿Es que has olvidado todo lo que te he enseñado? —De carácter rudo y franco, Bukama era casi tan alto como él y más que la mayoría de los hombres. Llevaba un casco malkieri sin crestón a pesar de tener derecho a lucirlo. Estaba más interesado en sus obligaciones que en sus derechos, pero aunque eso fuera lo correcto Lan habría deseado que no desdeñara estos últimos tan plenamente.

Cuando la nación de Malkier estaba próxima a sucumbir, se encomendó a veinte hombres la tarea de poner a salvo al infante Lan Mandragoran. Sólo cinco sobrevivieron a aquel viaje para criarlo desde la cuna y entrenarlo, y Bukama era el único que quedaba vivo en la actualidad. Ahora tenía el cabello de color gris y lo llevaba cortado a ras de los hombros como mandaba la tradición, pero seguía teniendo recta la espalda y los brazos duros, y los azules ojos conservaban la vista clara y aguda. La tradición impelía a Bukama. Ceñido sobre la permanente acanaladura que le había marcado en la frente a lo largo de los años, un fino cordón de cuero trenzado le sujetaba el cabello hacia atrás. Pocos hombres llevaban actualmente el *hadori.* Lan sí lo lucía. Moriría con él e iría a la tierra llevándolo puesto, y nada más. Si es que había alguien para enterrarlo cuando muriera. Miró hacia el norte, en dirección al lejano hogar. A casi toda la gente le habría parecido un lugar extraño para denominarlo así, pero Lan había sentido su atracción como un imán que tirara de él desde que había ido al sur.

—He recordado lo suficiente para oírte —contestó. Había muy poca luz para distinguir las ajadas facciones de Bukama, pero Lan sabía que tenía el ceño fruncido. No recordaba haber visto otra expresión en su amigo y maestro ni siquiera cuando hacía un elogio. Bukama era acero revestido de carne. Su voluntad, acero, y el deber, su alma—. ¿Todavía crees que los

* Paso: medida de longitud equivalente a 0,90 metros.

Librodot

Aiel son seguidores del Oscuro?

El otro hombre hizo un signo de salvaguardia contra el mal, como si Lan hubiese pronunciado el verdadero nombre del Oscuro. Shai'tan. Ambos habían visto las calamidades y el infortunio que acaecían después de pronunciar tal nombre en voz alta, y Bukama era uno de los que creían que sólo por pensarlo atraía sobre sí la atención del Oscuro. «El Oscuro y todos los Renegados están confinados en Shayol Ghul —recitó Lan el catecismo para sus adentros—, encerrados por el Creador en el momento de la creación. Que hallemos cobijo al amparo de la Luz, en la mano del Creador.» Él no creía que bastara con pensar ese nombre, pero más valía prevenir que curar cuando se trataba de la Sombra.

—Si no lo son, entonces ¿por qué estamos aquí? —dijo Bukama con acritud. Cosa extraña en él. Le gustaba rezongar, pero siempre sobre cosas sin importancia o posibilidades del futuro, nunca sobre el presente.

—Di mi palabra de quedarme hasta el final —repuso suavemente Lan.

Bukama se rascó la nariz. Esta vez su gruñido pareció avergonzado. Era difícil asegurarlo. Otra de sus lecciones había sido que la palabra de un hombre debía valer tanto como un juramento prestado por la Luz, o de lo contrario no valía nada.

Realmente los Aiel habían parecido una horda de Amigos Siniestros cuando surgieron de repente a través de la inmensa cordillera llamada Columna Vertebral del Mundo. Habían incendiado la urbe de Cairhien, habían asolado y saqueado la nación de Cairhien, y en los dos años transcurridos desde entonces habían guerreado por toda Tear y después por Andor antes de llegar a estos campos de matanza, a las afueras de la inmensa ciudad isleña de Tar Valon. En todos los años transcurridos desde que las naciones actuales se habían formado de los fragmentos del imperio de Artur Hawkwing, los Aiel jamás habían salido del desierto llamado el Yermo. Tal vez habían llevado a cabo una invasión antes, aunque nadie lo sabía con certeza, salvo, quizá, las Aes Sedai de Tar Valon, mas, como ocurría tan a menudo con las mujeres de la Torre Blanca, no decían nada. Lo que las Aes Sedai sabían lo guardaban bajo llave, y dejaban caer algo, poquito a poquito, cuando querían y si les interesaba. Sin embargo, fuera de los límites de Tar Valon muchos hombres habían afirmado ver una pauta en todo aquello. Habían pasado mil años entre el Desmembramiento del Mundo y la Guerra de los Trollocs, o eso afirmaban los historiadores. Esas guerras habían destruido las naciones que existían por aquel entonces, y nadie dudaba de que la mano del Oscuro estaba detrás de todo, ni que estuviera encerrado ni que no, tan seguro como que lo había estado detrás de la Guerra de la Sombra y del Desmembramiento y del final de la Era de Leyenda. Otros mil años desde la Guerra de los Trollocs hasta que Hawkwing construyó un imperio que, tras su muerte, también fue destruido en la Guerra de los Cien Años. Algunos historiadores afirmaban que habían visto la mano del Oscuro en esa guerra también. Y ahora, cerca de mil años después de destruido el imperio de Hawkwing, aparecían los Aiel incendiando y matando. Tenía que haber una pauta. Por fuerza el Oscuro debía de dirigirlos. Lan no habría viajado al sur si no hubiese creído eso. Ahora ya no lo creía, pero había dado su palabra.

Movió los dedos de los pies dentro de las botas altas de borde vuelto. Hiciera o no tanto frío como aquel al que estaba acostumbrado, el helor se le metía a uno en los pies si pasaba mucho rato parado en la nieve.

—Caminemos —dijo—. Estoy seguro de que tendré que despertar a una docena de hombres o puede ser que más, e incluso hacer otra nueva ronda.

Empero, antes de que hubiesen dado un paso un ruido los hizo frenarse, alertas; era el sonido de un caballo caminando por la nieve. Lan desvió la mano hacia la empuñadura de la espada y en un gesto casi automático sacó parcialmente el arma de la vaina. Un débil roce de acero contra cuero indicó que Bukama había hecho otro tanto. Ninguno de los dos temía un ataque; los Aiel sólo montaban por una necesidad extrema e incluso entonces lo hacían de mala gana. Pero un jinete solitario a esas horas tenía que ser un mensajero, y en esos días los mensajeros no solían llevar buenas noticias. Y menos de noche.

Caballo y jinete parecieron materializarse en la oscuridad en pos de un hombre a pie, uno de los centinelas, a juzgar por el arco que llevaba. El animal tenía el cuello arqueado de

los buenos purasangre tearianos y saltaba a la vista que el jinete también era de Tear. Para empezar, el perfume a rosas de los aceites que brillaban en la barba puntiaguda del hombre lo precedía, arrastrado por el viento, y sólo los tearianos eran tan estúpidos para llevar perfume, como si los Aiel no tuviesen olfato. Además, nadie aparte de ellos llevaba esos cascos con una alta cresta en la parte superior y un reborde que dejaba en sombras el delgado rostro del hombre. Una única pluma, corta y blanca, en el casco señalaba que era un oficial, aunque de bajo rango; una extraña elección para mensajero. Iba arrebujado en una oscura capa, encogido en la silla de arzón alto. Parecía que estaba temblando. Tear se hallaba muy al sur. En la costa de Tear nunca caía un solo copo de nieve. Lan nunca lo había creído del todo, por mucho que hubiese leído, hasta que no lo vio por sí mismo.

—Aquí está, milord —dijo el centinela en voz ronca.

Era un canoso saldaenino llamado Rakim que tenía esa voz desde hacía un año, así como una cicatriz irregular que le gustaba enseñar cuando bebía y que se la había causado una flecha Aiel en la garganta. Rakim se consideraba afortunado de estar vivo, y realmente lo era. Por desgracia, también creía que por haber burlado a la muerte una vez seguiría burlándola. Corría riesgos, e incluso cuando no bebía se vanagloriaba de su buena suerte, lo que era una estupidez. No tenía sentido tentar la suerte.

—¿Lord Mandragoran?

El jinete tiró de las riendas delante de Lan y de Bukama. Sin moverse de la silla los miró con incertidumbre, sin duda porque la armadura que llevaban no tenía adornos y la chaqueta y la capa eran de paño y estaban un tanto raídas. Un poco de bordado estaba bien, pero los atavíos de algunos sureños parecían tapices. Seguramente el teariano llevaba debajo de la capa un peto dorado y una chaqueta de seda satinada con las franjas de los colores de su casa. Desde luego, las altas botas tenían adornos repujados que brillaban plateados a la luz de la luna. De todos modos, el hombre prosiguió sin apenas hacer una pausa para respirar:

—La Luz abrase mi alma, estaba seguro de que os encontrabais más cerca, pero había empezado a pensar que nunca daría con vos. Lord Emares va siguiendo a unos quinientos o seiscientos Aiel con seiscientos de sus mesnaderos. —Meneó levemente la cabeza—. Aunque parezca extraño, se dirigen hacia el este, alejándose del río. Sea como sea, la nieve los retarda tanto como a nosotros, y lord Emares cree que si os situáis en esa loma que llaman El Garfio y hacéis de yunque, él puede cargar por detrás haciendo de martillo. Lord Emares duda de que puedan llegar antes del amanecer.

Lan apretó los labios. Algunos de esos sureños tenían ideas muy peculiares sobre las buenas formas. Sin desmontar antes de hablar; sin decir su nombre. Como invitado, lo primero que debería haber hecho era presentarse. Ahora Lan no podía hacerlo sin parecer jactancioso. El tipo ni siquiera le había transmitido los saludos de su señor ni sus buenos deseos. Y parecía pensar que ellos ignoraban que ir hacia el este significaba alejarse del río Erinin. Quizás eso fuera dejadez a la hora de hablar, pero todo lo demás era mala educación. Aunque Bukama no se había movido, Lan le puso la mano sobre el brazo con el que manejaba la espada. Su viejo amigo podía llegar a ser muy susceptible en ocasiones.

Asintió con la cabeza a pesar de que El Garfio se encontraba a una legua del campamento y la noche se encaminaba a su fin.

—Informad a lord Emares que estaré allí con las primeras luces —le dijo al jinete.

El nombre de Emares no le era familiar, pero con un ejército tan grande —casi doscientos mil hombres en representación de más de una docena de naciones además de la Guardia de la Torre de Tar Valon y hasta un contingente de los Hijos de la Luz— era casi imposible conocer más de un puñado.

—Bukama, despierta a los hombres —añadió.

Bukama gruñó, esta vez ferozmente. Hizo un gesto a Rakim para que lo siguiera y echó a andar hacia el interior del campamento.

—¡Arriba y ensillad! ¡Cabalgamos! ¡Arriba y ensillad! —llamó en voz alta a la par que caminaba.

—Cabalgad deprisa —dijo el teariano sin nombre. En su voz había un leve tono

Librodot

autoritario—. Lord Emares lamentaría tener que cargar contra esos Aiel sin que el yunque estuviera situado. —Parecía dar a entender que Lan lamentaría que el tal Emares tuviera que lamentarlo.

Lan creó en su mente la imagen de una llama y la alimentó con sus emociones, no sólo la cólera, sino todas las demás, sin dejar ápice, hasta tener la impresión de que flotaba en el vacío. Tras años de práctica, alcanzar el *ko'di*, la unidad, sólo era cuestión de un segundo. Los pensamientos y su propio cuerpo se volvieron lejanos, pero en ese estado se hacía uno con el suelo que pisaba, con la noche, con la espada que no usaría contra ese necio sin modales.

—He dicho que estaré allí —repuso con voz mesurada—. Y hago lo que digo. —Ya no quería saber el nombre de ese individuo.

El teariano le dedicó un seco cabeceo desde la silla, hizo volver grupas al caballo y taconeó al animal para que se pusiera al trote.

Lan mantuvo el *ko'di* un poco más hasta asegurarse de que tenía bajo control sus emociones. Era una insensatez entrar en batalla encolerizado. La cólera enturbiaba la vista y hacía tomar decisiones estúpidas. ¿Cómo se las habría ingeniado ese tipo para seguir vivo tanto tiempo? En las Tierras Fronterizas habría provocado una docena de duelos al día. Sólo cuando tuvo la seguridad de que estaba tranquilo, casi tan impávido como si siguiera envuelto en la unidad, Lan se dio media vuelta. Evocar el rostro impreciso del teariano no despertaba su ira. Bien.

Para cuando llegó al centro del campamento entre los árboles, a cualquier persona le habría dado la impresión de encontrarse en un hormiguero roto a patadas. Para alguien entendido era una actividad ordenada y casi silenciosa. Ni un movimiento ni una respiración en balde. No había tiendas que desmontar puesto que los animales de carga habrían resultado un estorbo a la hora de luchar. Algunos hombres ya habían montado, petos y yelmos puestos y empuñadas las lanzas rematadas con un palmo de afilado acero. Casi todos los demás cinchaban las sillas o sujetaban arcos enfundados en cuero y aljabas llenas de flechas detrás del alto arzón de la silla. Los lentos habían muerto el primer año de lucha contra los Aiel. Ahora la mayoría de los hombres eran saldaeninos y kandoreses, y el resto, domani. Algunos malkieri habían acudido al sur, pero Lan no los dirigiría, ni siquiera en estas tierras. Bukama cabalgaba con él, pero no lo seguía.

Cuando Bukama se reunió con Lan conducía de las riendas a *Venablo del Sol*, su ruano castrado de pelo amarillo. Un joven imberbe llamado Caniedrin iba detrás conduciendo con mucha precaución a *Gato Danzarín*, el semental zaino de Lan. El animal sólo estaba medio entrenado, pero Caniedrin hacía bien en tener cuidado. Hasta un caballo de batalla medio entrenado era un arma formidable. Ni que decir tiene que el kandorés no era tan bisoño como daba a entender su rostro juvenil. Soldado eficiente y experimentado y excepcional arquero, Caniedrin era un luchador entusiasta que a menudo reía mientras combatía y que mataba sin que le cambiara el gesto. Ahora sonreía ante la perspectiva de la inminente batalla. *Gato Danzarín* sacudió la cabeza arriba y abajo, también impaciente.

Por mucha experiencia que tuviera el kandorés, Lan comprobó minuciosamente la cincha de su caballo antes de tomar las riendas. Una cincha floja podía acabar con alguien tan deprisa como un lanzazo.

—Les he dicho lo que planeamos hacer por la mañana —masculló Bukama después de que Caniedrin se hubo alejado hacia su montura—, pero con estos Aiel un yunque puede convertirse en un alfiletero si el martillo tarda en llegar. —Nunca rezongaba delante de los hombres, sólo con Lan.

—Y el martillo puede convertirse en un alfiletero si golpea sin que el yunque esté en su sitio —repuso Lan mientras subía a la silla. El cielo estaba de color gris. Un gris oscuro, pero sólo se distinguía ya un puñado de estrellas—. Tendremos que cabalgar rápido para llegar a El Garfio antes de que amanezca. —Levantó la voz—. ¡Monten!

Y cabalgaron deprisa, a galope tendido durante unos kilómetros, después a trote vivo y a continuación a pie lo más rápido posible, llevando de las riendas a los animales, antes de montar y empezar de nuevo la secuencia. En los relatos los hombres galopaban veinte,

cuarenta kilómetros seguidos, pero, aun en el caso de que no hubiera nieve, tras mantener un galope tendido durante seis o siete kilómetros la mitad de los caballos estarían lisiados y los demás agotados mucho antes de llegar a El Garfio. El silencio de la noche declinante sólo era roto por el crujido de cascos y botas sobre la costra de nieve o el chirrido del cuero de las sillas, y en ocasiones por las maldiciones masculladas de un hombre que se golpeaba un dedo del pie contra una piedra oculta. Nadie malgastaba aliento en protestas o en charlas. Todos habían hecho lo mismo a menudo, y hombres y caballos mantuvieron un ritmo fácil con el que cubrieron distancia rápidamente.

El terreno en torno a Tar Valon era una llanura con suaves ondulaciones en su mayor parte, salpicada de arboledas y sotos muy diseminados, pocos de ellos grandes pero todos densos y umbríos. Fueran éstos grandes o pequeños, Lan los vigilaba atentamente al pasar por delante al frente de sus hombres y mantenía la columna a una distancia prudente. Los Aiel eran muy buenos aprovechando cualquier tipo de cobertura que encontraran, sitios donde la mayoría de los hombres tendrían la seguridad de que ni un perro sería capaz de esconderse; también eran muy buenos tendiendo emboscadas. Sin embargo nadie se movió. Por lo que tenía a la vista, las tropas que dirigía él bien podían ser los únicos seres vivos en el mundo. El ululato de un búho fue el único sonido que oyó aparte de los que ellos hacían.

Para cuando tuvieron a la vista la baja prominencia llamada El Garfio, el cielo era de un color gris mucho más claro por el este. Con casi dos kilómetros de longitud, la loma desarbolada se alzaba poco más de una docena de metros sobre el terreno circundante, pero cualquier elevación daba cierta ventaja en la defensa. El nombre se debía a la forma en que el extremo septentrional se curvaba hacia el sur, un rasgo que se hizo bien visible mientras situaba a sus hombres en una larga hilera en lo alto de la loma, a ambos lados de él. La claridad aumentaba de manera evidente. Hacia el este le pareció distinguir la pálida mole de la Torre Blanca elevándose en el centro de Tar Valon, a unas tres leguas de distancia.

La Torre era la estructura más alta del mundo conocido, pero quedaba eclipsada por la impresionante mole de la única montaña que se alzaba en la llanura más allá de la ciudad, al otro lado del río. Saltaba a la vista con la más mínima luz y en lo más profundo de la noche se notaba que tapaba las estrellas. El Monte del Dragón habría sido un gigante en la Columna Vertebral del Mundo, pero allí, en la llanura, era monstruoso; atravesaba las nubes y continuaba más arriba. Con una altura superior a la que tenían la mayor parte de las montañas, su cumbre quebrada, que se alzaba por encima de las nubes, expulsaba una serpentina de humo. Un símbolo de esperanza y desesperación. Una montaña de profecía. Bukama miró al monte e hizo otro signo contra el mal. Nadie quería que esa profecía se cumpliera. Pero lo haría, por supuesto; algún día.

Desde la loma el terreno suavemente ondulado se extendía unos dos kilómetros al oeste, hacia una de las arboledas más grandes, de media legua de anchura. Tres caminos se entrecruzaban por la nieve entre la loma y la arboleda, hollados por numerosos caballos u hombres a pie. Sin acercarse más era imposible saber quién los había hecho, si los Aiel o los efectivos de la llamada Coalición; lo único evidente es que se habían hecho en algún momento después de acabada la nevada, dos días antes.

Todavía no había señal de los Aiel, pero si no habían cambiado de dirección, cosa que siempre era posible, podían aparecer en cualquier momento saliendo de aquellos árboles. Sin esperar la orden de Lan, los hombres clavaron las moharras de las lanzas en el suelo cubierto de nieve, donde se podían enarbolar con facilidad y rapidez de ser preciso. Desenfundaron los arcos cortos y sacaron flechas de las aljabas; las encajaron en la cuerda, pero no la tensaron. Sólo los novatos creían que podían mantener tenso el arco mucho tiempo. El único que no tenía arco era Lan. Su tarea era dirigir la contienda, no elegir blancos. El arco era el arma preferida contra los Aiel, aunque muchos sureños lo desdeñaban. Emares y sus tearianos cabalgarían directamente contra los Aiel con sus lanzas y espadas. En ocasiones no quedaba otra opción, pero era estúpido perder hombres sin necesidad antes de que fuera inevitable, y tan seguro como que los huesos de durazno eran venenosos, en la lucha a corta distancia con los Aiel se perdían hombres.

No temía que los Aiel se dieran la vuelta al verlos. Dijeran lo que dijeran algunos, no eran luchadores desenfrenados; evitaban la batalla cuando la desigualdad era mucha. Pero seiscientos Aiel considerarían equilibradas las fuerzas; se enfrentarían con unos cuatrocientos hombres, aunque estuvieran situados en terreno alto. Se lanzarían al ataque bajo una lluvia de flechas. Un buen arco corto podía matar a un hombre a trescientos pasos y herirlo a cuatrocientos si el arquero que lo disparaba era bueno. Aquello representaba un largo corredor de acero para que lo cruzaran los Aiel. Por desgracia también llevaban arcos de cuerno y tendón, tan eficaces como sus arcos cortos. Lo peor sería que los Aiel no avanzaran e intercambiaran disparos de flecha; ambos bandos perderían hombres por muy rápido que llegara Emares. Lo mejor sería que los Aiel decidieran acortar distancia; un hombre corriendo no podía disparar con precisión. Al menos, sería mejor si Emares no se retrasaba. Entonces los Aiel podrían atacar por los flancos, sobre todo si sabían que los iban persiguiendo, y eso sería romper de una patada el nido de avispas. En uno u otro caso, cuando Emares los atacara por la retaguardia, Lan y su tropa tomarían las lanzas y cabalgarían a su encuentro.

En esencia, de eso se trataba la maniobra del yunque y el martillo. Una fuerza para contener a los Aiel hasta que la otra cayera sobre ellos y después aproximarse ambas. Una táctica sencilla pero eficaz; las tácticas más eficaces lo eran. Incluso los cabezotas cairhieninos habían aprendido a utilizarla. Muchos altaraneses y murandianos habían muerto por negarse a aprender.

El gris del cielo dejó paso a la claridad. Dentro de poco el sol asomaría por el horizonte, a su espalda, y los perfilaría sobre la loma. El viento sopló y agitó la capa de Lan, pero éste se sumió de nuevo en el *ko'di* e hizo caso omiso del frío. Oía respirar a Bukama y a los otros hombres cerca de él. A lo largo de la fila, los caballos pateaban la nieve con impaciencia. Escudriñando desde el aire el terreno abierto, un halcón cazaba a lo largo del borde de la amplia arboleda.

De repente viró en el aire y una columna de Aiel apareció saliendo de los árboles a un trote rápido, de veinte en fondo. La nieve no parecía obstaculizarlos demasiado. Levantando mucho las rodillas, se movían tan deprisa como lo habría hecho la mayoría de los hombres sobre terreno despejado. Lan sacó el visor de lentes del estuche de cuero que llevaba atado a la silla. Era un buen visor, de manufactura cairhienina, y cuando se llevó el tubo de bronce al ojo, los Aiel, situados todavía a casi dos kilómetros, parecieron aproximarse de golpe. Eran hombres altos, muchos tan altos como él y algunos más, vestidos con chaquetas y pantalones de tonos pardos y grises que resaltaban en la nieve. Todos llevaban una tela envuelta en la cabeza y un velo oscuro que les tapaba la cara hasta los ojos. Algunos podían ser mujeres —las Aiel combatían a veces junto a los hombres—, pero la mayoría debían de ser hombres. Cada cual llevaba una lanza corta en una mano, junto a una adarga de piel de toro, y varias lanzas más asidas con la otra. A la espalda llevaban colgado el arco enfundado. Su ataque podía ser mortífero con esas lanzas. Y con los arcos.

Los Aiel tendrían que haber estado ciegos para no ver a los jinetes que los esperaban, pero prosiguieron sin hacer un alto en una columna semejante a una gruesa serpiente que saliera de la arboleda en dirección a la loma. Lejos, al oeste, sonó un toque de trompeta, débil en la distancia, seguido por un segundo toque; para sonar tan apagados, debían de estar cerca del río o incluso en la otra orilla. Los Aiel siguieron avanzando. Sonó una tercera trompeta, lejos, y una cuarta y una quinta más lejanas aún. Entre los Aiel se volvieron algunas cabezas para mirar hacia atrás. ¿Eran las trompetas lo que despertaba su atención, o sabían que Emares los seguía?

Los Aiel siguieron saliendo de los árboles. Alguien había contado mal o, en caso contrario, es que más Aiel se habían sumado al primer grupo. Ahora había alrededor de un millar fuera de la fronda, y seguían saliendo. Unos quinientos o más detrás. Guardó el visor en la funda.

—Abraza la muerte —murmuró Bukama en un tono que semejaba frío acero, y Lan oyó a otros hombres de las Tierras Fronterizas repetir sus palabras. Él sólo las pensó; con eso bastaba. La muerte llegaba a buscar a todos los hombres antes o después y rara vez lo hacía

cuando se la esperaba. Por supuesto, había quien moría en su cama, pero desde la infancia Lan había sabido que ése no sería su caso.

Tranquilamente, miró a derecha y a izquierda a la fila de sus hombres. Los saldaeninos y los kandoreses se mantenían firmes, desde luego, pero le complació ver que tampoco ninguno de los domani denotaba tensión. Nadie miró hacia atrás en busca de una salida para huir. Tampoco es que esperara lo contrario después de haber luchado junto a ellos dos años, pero siempre confiaba más en hombres de las Tierras Fronterizas que en los de cualquier otra parte. Ellos sabían que a veces había que hacer elecciones duras. Lo llevaban en la sangre.

Los últimos Aiel salieron de los árboles; fácilmente había dos mil, un número que lo cambiaba todo. Y nada. Dos mil Aiel eran suficientes para superar a sus hombres y todavía encargarse de Emares, a menos que tuvieran la suerte del Oscuro. La idea de retirarse ni siquiera se le pasó por la cabeza. Si Emares atacaba sin que el yunque estuviera en su sitio, los tearianos serían exterminados, pero si podía aguantar hasta que Emares llegara, entonces tanto martillo como yunque a lo mejor podían asestar el golpe. Además, había dado su palabra. No obstante, su intención no era morir allí sin propósito ni arrastrar a sus hombres a la muerte sin objeto. Si Emares no había aparecido cuando los Aiel llegaran a doscientos pasos, haría que su tropa diera media vuelta en la loma e intentaría rodear a los Aiel a galope para reunirse con los tearianos. Desenvainó la espada y la sostuvo al costado. Ahora sólo era una espada, sin nada en particular que llamara la atención. Nunca volvería a ser otra cosa que una espada. Pero guardaba su pasado y su futuro. Las trompetas al oeste sonaban casi constantemente.

De improviso, uno de los Aiel que iba al frente de la columna alzó la lanza por encima de la cabeza y la sostuvo así durante tres pasos. Cuando la bajó, la columna se detuvo. Los separaban sus buenos quinientos pasos de la loma, fuera del alcance de las flechas. En nombre de la Luz, ¿por qué? Tan pronto como se pararon, la mitad posterior de la columna se volvió para mirar en la dirección por la que habían venido. ¿Se debía simplemente a una maniobra de precaución? Era más aconsejable y seguro suponer que sabían lo de Emares.

Volvió a sacar el visor de lentes con la mano izquierda y estudió a los Aiel. Los hombres de la primera fila se cubrían los ojos con la mano con que sostenían las lanzas y estudiaban a los hombres de la loma. No tenía sentido. En el mejor de los casos, podrían distinguir siluetas oscuras recortadas en la luz del sol naciente, tal vez la cimera de un yelmo. Sólo eso. Parecía que los Aiel hablaban entre ellos. Uno de los hombres que iba a la cabeza levantó repentinamente la mano, sosteniendo la lanza, y otros hicieron lo mismo. Lan bajó el visor de lente. Ahora todos los Aiel miraban al frente y sostenían una lanza en alto. Lan jamás había visto nada igual.

Las lanzas bajaron a una y los Aiel gritaron una única palabra que resonó claramente a través de la distancia que los separaba y ahogó los lejanos toques de trompeta: *¡Aan'allein!*

Lan intercambió una mirada desconcertada con Bukama. Eso era la Antigua Lengua, la que se hablaba en la Era de Leyenda y en los siglos anteriores a la Guerra de los Trollocs. La traducción más aproximada que se le ocurrió a Lan era «un hombre solo». Mas ¿qué significaba? ¿Por qué gritaban algo así los Aiel?

—Se mueven —murmuró Bukama, y así era en efecto.

Pero no en dirección a la loma. Girando hacia el norte, la columna de Aiel velados alcanzó enseguida el trote rápido de antes y, una vez que la cabeza de la marcha se encontró bastante apartada del extremo de la loma, empezó a doblar hacia el este de nuevo. Era demencial. Aquello no se trataba de una maniobra para situarse a los flancos, ya que sólo iban por un lado.

—A lo mejor regresan al Yermo —dijo Caniedrin, que parecía decepcionado. Otras voces se mofaron de él. La opinión generalizada era que los Aiel no se marcharían hasta que se los matara a todos.

—¿Los seguimos? —preguntó quedamente Bukama.

Al cabo de un momento, Lan meneó la cabeza.

—Buscaremos a lord Emares y hablaremos sobre yunques y martillos. Cortésmente, claro —dijo. También quería saber la razón de los toques de trompeta. El día empezaba de un

modo extraño y Lan tenía la sensación de que habría más cosas raras antes de que acabara.

2



Un deseo cumplido

A pesar del radiante fuego que ardía en la chimenea de mármol verde, en la sala de estar de la Amyrlin hacía tanto frío que Moraine tiritaba, y si los dientes no le castañeteaban era porque los tenía apretados. Claro que así también evitaba bostezar, cosa que no debía hacer aunque hubiese pasado despierta la mitad de la noche. A no dudar, una capa de escarcha cubría los coloridos tapices de invierno que colgaban en las paredes con escenas alegres de primavera y de jardines, y de las cornisas adornadas con volutas debían de colgar carámbanos. Para empezar, la chimenea se encontraba al otro extremo de la habitación y el calor que irradiaba no llegaba lejos. En segundo lugar, las altas cristaleras de las ventanas en arco que había a su espalda y que conducían al balcón desde el que se veía el jardín privado de la Amyrlin no encajaban bien del todo, y el frío se colaba por los bordes. Cada vez que soplaba una ráfaga de viento fuera, el aire helado le daba en la espalda y traspasaba su vestido de paño. Lo mismo le ocurría a su mejor amiga, aunque Siuan jamás habría dejado ver que se estaba muriendo de frío, por más que fuera teariana. En el Palacio del Sol de Cairhien, donde Moraine se había criado, a menudo había hecho igual de frío en invierno, pero allí nunca se había visto obligada a permanecer de pie en medio de corrientes de aire. El helor calaba desde las baldosas de mármol, traspasaba la alfombra de flores illiana y también los zapatos de Moraine. El anillo dorado de la Gran Serpiente que llevaba en la mano izquierda, con el ofidio mordiéndose la cola como símbolo de la eternidad, la continuidad y un vínculo de la iniciada con la Torre, parecía un trozo de hielo. Sin embargo, cuando la Amyrlin le decía a una Aceptada que se quedara donde estaba y no la molestara, la Aceptada se quedaba donde le decía la Amyrlin e intentaba que ésta no se diera cuenta de que temblaba. En realidad, peor que el frío era el intenso olor a humo que ni siquiera las corrientes de aire conseguían disipar. No era humo de las chimeneas, sino de los pueblos incendiados en los alrededores de Tar Valon.

Concentrarse en el frío le impedía preocuparse por el humo. Y por la batalla. Al otro lado de los ventanales, el cielo tenía ahora el tono gris de la madrugada. A no tardar la lucha volvería a empezar, si es que no lo había hecho ya. Le habría gustado saber cómo iba la batalla. En cierto modo tenía derecho a saberlo ya que su tío había iniciado esta guerra. No es que disculpara en absoluto a los Aiel por la destrucción que habían desatado en Cairhien, capital y nación, pero sabía quién era el máximo responsable del desastre. No obstante, desde que los Aiel habían llegado, las Aceptadas habían permanecido confinadas en el recinto de la Torre con tanta rigurosidad como si fuesen novicias. El mundo fuera de esas paredes podría haber dejado de existir.

Llegaban informes a intervalos regulares de Azil Mareed, comandante de la Guardia de la Torre, pero lo que esos informes decían no se compartía con nadie a no ser las hermanas; si acaso. Con preguntas sobre los combates dirigidas a Aes Sedai lo único que se conseguía eran amonestaciones y advertencias de centrarse en los estudios. ¡Como si la batalla más importante que se dirimía desde la época de Artur Hawkwing, y prácticamente delante de sus narices, fuera una simple distracción! Moraine sabía que no podía implicarse de un modo

significativo —de ningún modo, realmente—, pero aun así quería hacerlo, aunque sólo fuera enterándose de lo que pasaba. Eso podría ser ilógico, pero tampoco pensaba unirse al Ajah Blanco cuando obtuviera el chal.

Las dos mujeres vestidas con seda azul y sentadas a ambos lados del pequeño escritorio que había a un lado de la habitación no daban señales de que notaran el frío ni el humo a pesar de que se hallaban casi tan lejos de la chimenea como Moraine. Claro que eran Aes Sedai, con sus rostros intemporales, y en lo referente al humo sin duda habían visto los resultados de más batallas que cualquier general. Podían permanecer cual la serenidad personificada aunque un millar de pueblos se incendiaran justo delante de ellas. Nadie llegaba a Aes Sedai sin aprender a controlar las emociones a voluntad, interiormente y de cara al exterior. Tamra y Gitara no parecían cansadas, aunque sólo habían dado cabezadas desde que la lucha había empezado. Tal era la razón de que tuvieran Aceptadas como ayudantes durante toda la noche, por si acaso tenían que mandar algún recado o querían que alguien fuera conducido a su presencia. En cuanto al frío, ni éste ni el calor afectaban a las hermanas como le ocurría a cualquier persona. Siempre parecían no percatarse de ninguna de las dos cosas. Moraine había intentado descubrir cómo lo hacían; todas las Aceptadas lo intentaban antes o después. Funcionara como funcionara, no tenía nada que ver con el Poder Único o en tal caso habría visto los tejidos o al menos los habría sentido.

Tamra era algo más que una Aes Sedai; era la Sede Amyrlin, la dirigente de todas las Aes Sedai. Procedía del Ajah Azul, pero, naturalmente, la larga estola que le cubría los hombros tenía franjas con los colores de los siete Ajahs para mostrar que la Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno. A lo largo de la historia de la Torre, algunas Amyrlin se habían tomado eso de un modo más literal que otras. La falda de Tamra lucía cuchilladas con los siete colores aunque tal cosa no era un requisito. Ningún Ajah podía sentirse en ventaja o desventaja con ella. Fuera de la Torre, cuando Tamra Ospenya hablaba reyes y reinas prestaban atención, tanto si tenían consejeras Aes Sedai como si odiaban a la Torre Blanca. Tal era el poder de una Sede Amyrlin. Podía ser que no siguieran sus consejos ni obedecieran sus instrucciones, pero la escuchaban. Y con cortesía. Hasta los Grandes Señores de Tear y el capitán general de los Hijos de la Luz lo hacían. El largo cabello de Tamra, surcado de canas y recogido en una redecilla de plata adornada con gemas, enmarcaba un rostro cuadrado de gesto decidido. Casi siempre se salía con la suya con los dirigentes, pero no se tomaba ese poder a la ligera ni lo utilizaba indiscriminadamente, ni dentro ni fuera de la Torre. Tamra era justa y ecuánime, que no siempre significaba lo mismo, y a menudo era amable. Moraine la admiraba mucho.

La otra mujer, la Guardiana de las Crónicas de Tamra, era totalmente distinta. Quizá la segunda mujer más poderosa de la Torre, y desde luego igual a las Asentadas como poco, Gitara Moroso siempre era justa y por lo general ecuánime, pero la amabilidad no era una de sus cualidades. También era lo bastante afectada y pomposa para parecer una Verde o una Amarilla. Alta y casi voluptuosa, lucía un collar ancho de gotas de fuego, pendientes de rubíes, grandes como huevos de paloma, y tres sortijas además del anillo de la Gran Serpiente. Su vestido de brocado tenía un tono azul más profundo que el de Tamra, y la estola de Guardiana que llevaba echada sobre los hombros —en azul, ya que también procedía del Ajah Azul— era tan ancha que más parecía un chal. Moraine había oído comentar que Gitara seguía considerándose una Azul, algo escandaloso de ser verdad. Ciertamente, la anchura de la estola parecía respaldar esos rumores; eso era una cuestión de elección personal.

Como les ocurría a todas las Aes Sedai después de haber trabajado con el Poder Único durante un período lo suficientemente largo, resultaba imposible ponerle edad al rostro de Gitara. A primera vista se podría pensar que no tenía más de veinticinco años, tal vez menos. Después, una segunda ojeada indicaría unos cuarenta y cinco o cincuenta muy bien llevados y todavía poco menos que bellísimos. Con un tercer vistazo se cambiaría completamente de parecer. Ese rostro terso e intemporal era la marca de las Aes Sedai para quien lo supiera. Para quienes lo ignorasen, y eran muchos, el cabello de Gitara acrecentaría la confusión. Recogido con peinetas de marfil tallado, era blanco como la nieve. Se rumoreaba que tenía más de

trescientos años, una edad muy avanzada incluso para una Aes Sedai. Hablar de la edad de una hermana se consideraba una terrible grosería. Incluso a otra hermana se le impondría un castigo por hacerlo; una novicia o una Aceptada se encontraría con la orden de visitar a la Maestra de las Novicias para recibir una tunda de varazos. Pero pensarlo no contaba, claro.

Había algo más que hacía de Gitara alguien fuera de lo normal. A veces tenía la Predicción, el Talento de reseñar —de forma repentina e involuntaria— acontecimientos que aún estaban por llegar.

Era un Talento poco corriente y sólo le ocurría muy de vez en cuando, pero las hablillas —en los aposentos de las Aceptadas cundían los chismes— indicaban que Gitara había tenido más de una Predicción en los últimos meses. De hacer caso a lo que afirmaban algunos rumores, si los ejércitos que había alrededor de la ciudad se habían encontrado allí cuando llegaron los Aiel era gracias a una de sus Predicciones. Entre las Aceptadas nadie lo sabía con certeza, naturalmente. A lo mejor algunas hermanas sí. Tal vez. Aun llegado el caso de que todo el mundo supiera que Gitara había tenido una Predicción, el hecho era que a veces sólo Tamra estaba enterada de qué se trataba. Era absurdo albergar la esperanza de hallarse presente cuando Gitara tuviera una Predicción, pero a pesar de todo Moraine había confiado en que ocurriera. Sin embargo, en las cuatro horas transcurridas desde que Siuan y ella habían reemplazado a Temaile y Brendas como asistentes de la Amyrlin, Gitara se había limitado a sentarse allí para escribir una carta.

De repente se le ocurrió que casi cuatro horas para escribir una carta era mucho tiempo. Y Gitara no había llenado siquiera una hoja. Estaba sentada con la pluma suspendida sobre el papel de color crema. Como si lo que estaba pensando Moraine le hubiera llegado de algún modo, Gitara miró la pluma y soltó un quedo sonido de irritación antes de remover la punta de acero en un recipiente rojo que tenía alcohol para limpiar la tinta seca, cosa que no era la primera vez que hacía. El líquido del recipiente estaba tan negro como el que había en el tintero de cristal tallado y tapa de plata que se encontraba encima del escritorio. Delante de Tamra había abierta una carpeta de piel con cantos dorados, llena de papeles; la Amyrlin parecía examinar esos papeles con atención, pero Moraine no recordaba haber visto que la mujer pasara una sola hoja. Aunque el rostro de las dos Aes Sedai era la imagen de una fría calma, resultaba obvio que estaban preocupadas, y eso hacía que ella también se preocupara. Se mordisqueó el labio inferior mientras reflexionaba, pero tuvo que dejar de hacerlo cuando casi le provocó un bostezo. Morderse el labio, no el hecho de reflexionar.

Lo que les preocupaba tenía que ser algo ocurrido ese mismo día. Moraine había visto a Tamra por los pasillos el día anterior, y si alguna vez había visto a una persona rebosando seguridad en sí misma ésa había sido Tamra. Bien. La batalla había sido encarnizada durante los últimos tres días. Si Gitara la había pronosticado realmente, si era cierto que había hecho otras Predicciones, ¿sobre qué podrían haber sido? Conjeturar no llevaba a ninguna parte, pero razonar quizá sirviera de algo. ¿Acaso los Aiel habían cruzado los puentes y habían irrumpido en la ciudad? Imposible. En tres mil años, mientras nacían y caían naciones e incluso el imperio de Hawkwing sucumbía al fuego y al caos, ningún ejército había conseguido abrir brecha en las murallas de Tar Valon ni echar abajo las puertas, y unos cuantos lo habían intentado a lo largo de los siglos. ¿Acaso la batalla había sufrido un giro hacia el desastre de algún otro modo? ¿O era preciso hacer algo para evitar el desastre? Tamra y Gitara eran las únicas Aes Sedai presentes en la Torre en ese momento, a menos que alguna otra hubiese regresado por la noche. Habían corrido rumores sobre un número tan cuantioso de soldados heridos que se necesitaba a todas las hermanas que tuvieran un mínimo de habilidad en la Curación, si bien nadie había dicho claramente que era allí adonde habían ido. Las Aes Sedai no podían mentir, pero a menudo se expresaban de modo que, sin faltar a la verdad, sus palabras podían interpretarse de varias formas. Las hermanas tampoco podían usar el Poder como arma a menos que ellas o sus Guardianes corrieran peligro. Ninguna Aes Sedai había tomado parte en una batalla desde la Guerra de los Trollocs, cuando se enfrentaron a Engendros de la Sombra y a ejércitos de Amigos Siniestros, pero quizá Gitara había predicho el desastre a menos que las Aes Sedai se sumaran a la lucha. Mas ¿por qué esperar hasta el

tercer día? ¿Podía ser tan precisa una Predicción? Tal vez si las hermanas hubiesen entrado en liza antes, eso habría ocasionado...

Moraine vio con el rabillo del ojo que Siuan le sonreía. Ese gesto convertía en hermosa la atractiva cara de Siuan y hacía que le chispearan los ojos azules. Casi una mano* más alta que ella —Moraine había superado la irritación que le causaba antaño el hecho de ser más baja que casi todas las mujeres que la rodeaban, pero no podía evitar fijarse en ese detalle—, más alta y de tez casi tan pálida como la de ella, Siuan llevaba el vestido formal de Aceptada con un aire de seguridad que Moraine nunca había logrado dominar. Las Aceptadas llevaban un vestido de cuello alto hasta la barbilla y completamente blanco salvo por las bandas del repulgo y las bocamangas, que imitaban la estola de siete colores de la Amyrlin. Moraine no entendía cómo tantas hermanas del Ajah Blanco podían soportar vestir de blanco todo el tiempo, como si estuvieran siempre de luto. Para ella lo más duro de ser novicia había sido vestir de blanco día tras día. Bueno, lo más duro aparte de aprender a controlar su genio. Eso todavía la metía en un buen lío de vez en cuando, aunque no tan a menudo como durante el primer año de estancia en la Torre.

—Nos enteraremos cuando llegue el momento —le susurró Siuan a la par que echaba una ojeada rápida a Tamra y Gitara. Las dos mujeres permanecían muy quietas, sin mover un músculo. Gitara sostenía de nuevo la pluma sobre la hoja y la tinta se iba secando.

Moraine respondió con otra sonrisa sin poder evitarlo. Siuan tenía ese don, hacerla sonreír cuando lo que quería era fruncir el entrecejo, o reír cuando lo que quería era llorar. La sonrisa se transformó en un bostezo y Moraine miró rápidamente hacia el escritorio para ver si la Amyrlin o la Guardiana se habían dado cuenta. Ambas seguían absortas en sus pensamientos. Cuando volvió la vista hacia Siuan, ésta tenía la mano sobre la boca y la miraba de mala manera por ello. Lo cual casi la hizo soltar una risita.

Al principio le había sorprendido que Siuan y ella se hicieran amigas, pero entre novicias y Aceptadas parecía una norma que las amigas fueran muy parecidas o muy diferentes. Siuan y ella se parecían en algunas cosas. Ambas eran huérfanas; habían perdido a su madre de pequeñas y a su padre a raíz de haber abandonado el hogar. Y las dos habían nacido con la chispa del don, cosa que no era corriente. Habrían empezado a encauzar el Poder tanto si hubieran intentado aprender a hacerlo como si no; no todas las mujeres podían aprender, ni mucho menos.

Tener el don era precisamente lo que empezaba a marcar las diferencias entre ellas antes incluso de que llegaron a Tar Valon, y no sólo por el hecho de que Siuan hubiese nacido pobre y ella, rica. En Cairhien se respetaba a las Aes Sedai y en el Palacio del Sol se había celebrado un gran baile para festejar su ingreso en la Torre. En Tear la ley prohibía encauzar, y las Aes Sedai no estaban bien vistas allí. A Siuan la habían metido en un barco que se dirigía río arriba a Tar Valon el mismo día en que una hermana había descubierto que podía aprender a encauzar. Eran muchas las diferencias, aunque para ellas ninguna tenía importancia. Entre otras cosas, Siuan había llegado a la Torre sabiendo controlar el genio y era un lince para resolver enigmas, todo lo contrario que ella; no soportaba a los caballos, mientras que ella los adoraba, y aprendía a un ritmo pasmoso.

Bueno, no en lo referente al aprendizaje de encauzar el Poder Único. Se habían inscrito en el libro de novicias el mismo día y habían avanzado casi hombro con hombro en el Poder hasta el punto de pasar a Aceptadas al mismo tiempo. Sin embargo, ella había recibido la educación que se esperaba que tuviera una noble, desde historia hasta la Antigua Lengua, la cual hablaba y escribía lo bastante bien para que la dispensaran de algunas clases. Por su parte, Siuan, hija de un pescador teariano, había llegado con los conocimientos justos para leer con dificultad y las reglas básicas de aritmética, pero había absorbido las lecciones como la arena absorbía el agua. Ahora enseñaba la Lengua Antigua a novicias. Al menos las clases iniciales.

A Siuan Sanche se la ponía como ejemplo de aquello a lo que las novicias debían

* Mano: medida de longitud equivalente a 10 centímetros.

aspirar. Bueno, se las ponía a las dos. Únicamente otra mujer había conseguido acabar el adiestramiento como novicia en sólo tres años: Elaida a'Roihan, una mujer detestable, también había superado el período de Aceptada en tres años, lo que era otro récord. Parecía muy posible que ellas igualaran eso. Moraine era muy consciente de sus puntos flacos, pero creía que Siuan sería una Aes Sedai perfecta.

Abrió la boca para susurrar que la paciencia era para las piedras, pero el viento sacudió los ventanales y otra ráfaga de aire helado la alcanzó. Para lo que la abrigaba el vestido, tanto habría dado que sólo estuviera con la ropa interior. En lugar de susurrar dejó escapar un jadeo sonoro.

Tamra volvió la cabeza hacia los ventanales, pero no a causa de Moraine. El viento había traído el sonido lejano de docenas de trompetas. No, de cientos. Para que se oyeran dentro de la Torre tenían que ser cientos. Y era un sonido continuo, toque tras toque. Fuera cual fuese la causa, debía de tratarse de algo urgente. La Amyrlin cerró la carpeta que tenía delante con un golpe sordo.

—Ve a ver si hay noticias del campo de batalla, Moraine. —Tamra habló casi con normalidad, aunque en su voz había un tono indefinible, cierta brusquedad—. Siuan, prepara un poco de té. Deprisa, pequeña.

Moraine parpadeó, sorprendida. ¡La Amyrlin estaba preocupada! Sin embargo, a ellas sólo les tocaba obedecer.

—Como ordenéis, madre —dijeron al unísono Siuan y ella, sin vacilar.

Hicieron una reverencia y se encaminaron hacia la puerta que había junto a la chimenea y que daba a la antesala. En una mesa próxima a la puerta había una tetera de plata bañada en oro sobre una bandeja labrada, así como una lata de té, un tarro de miel, una pequeña jarra de leche y otra grande de agua, todo ello en plata labrada. En otra bandeja había copas de la delicada porcelana de los Marinos, en color verde. Moraine notó un leve cosquilleo cuando Siuan se abrió a la Fuente y abrazó el *Saidar*, la mitad femenina del Poder; la envolvió un brillo dorado que sólo vería otra mujer que encauzara. Usualmente estaba prohibido encauzar para realizar quehaceres, pero la Amyrlin había dicho que se diera prisa. Siuan preparaba ya un fino hilo de Fuego para que hirviera el agua del té, y ni Tamra ni Gitara se lo impidieron.

La antesala de los aposentos de la Amyrlin no era grande, ya que sólo tenía por objeto acoger a unos pocos visitantes hasta que se los pudiera anunciar. La Amyrlin recibía a las delegaciones en uno de los salones de audiencia o en su estudio, pero no en sus aposentos privados. Al estar la chimenea de la sala pared con pared, la temperatura de la antesala casi era cálida. Sólo había un sillón, de talla sencilla pero grande. Mas, a despecho del peso, se había corrido para situarlo más cerca de una de las lámparas de pie doradas a fin de que Elin Warrel, la esbelta novicia que estaba de servicio, tuviera más luz para leer. De espalda a la puerta de la sala e inmersa en el libro encuadernado con tapas de madera, no oyó a Moraine cruzar la alfombra ribeteada con flecos.

Elin tendría que haber percibido su presencia mucho antes de que Moraine estuviera lo bastante cerca para atisbar por encima del hombro de la pequeña. Bueno, no era precisamente una cría; llevaba siete años de novicia y había entrado en la Torre cuando tenía dieciocho, pero para referirse a una novicia siempre se utilizaba el término «pequeña» tuviera la edad que tuviese. En realidad, las Aes Sedai también llamaban «pequeña» a cualquier Aceptada. Moraine había percibido la habilidad de la pequeña para encauzar poco después de entrar en la habitación y, ciertamente, Elin tendría que haber notado la suya a esa corta distancia. Una mujer capaz de encauzar no podía acercarse a hurtadillas a otra si ésta estaba atenta.

Al asomarse por encima del hombro de la novicia, Moraine identificó el libro al instante: *Corazones apasionados*, una colección de novelas de amor. La biblioteca de la Torre era la más grande del mundo conocido y guardaba copias de casi cualquier libro que se hubiese imprimido, pero éste no era adecuado para una novicia. A las Aceptadas se les daba cierto margen de libertad —para entonces una sabía que, de tener esposo, lo vería envejecer y morir, así como a los hijos, a los nietos y a los bisnietos mientras que una no cambiaba nada—, pero con las novicias se intentaba que dejaran de pensar en hombres o en el amor y

que no tuvieran ningún trato con ellos. Una novicia podía estar acabada si huía para casarse o, peor aún, si se quedaba embarazada. El adiestramiento de las novicias era intencionadamente duro; si alguna iba a desmoronarse, más valía que le ocurriera entonces que siendo ya una hermana. Ser Aes Sedai era realmente duro, y sumar la responsabilidad de un niño sólo haría más difíciles las cosas.

—Deberías buscar lectura más apropiada, Elin —dijo en voz átona Moraine—. Y prestar más atención a tus deberes.

Antes de que hubiera acabado de hablar, Elin se había levantado de un brinco al tiempo que soltaba una exclamación ahogada, dejaba caer el libro al suelo y giraba sobre sí misma. Para ser andoreña no era alta, pero aun así Moraine tuvo que levantar la vista para mirarla a los ojos. Cuando Elin la vio soltó un leve suspiro de alivio. Muy leve.

Para las novicias, las Aceptadas sólo estaban un pequeño peldaño más abajo que las Aes Sedai. Elin extendió la blanca falda al hacer una apresurada reverencia.

—Nadie habría podido entrar sin que lo viera, Moraine. Merean Sedai me dio permiso para leer. —Ladeó la cabeza a la par que jugueteaba con la cinta blanca que le sujetaba el cabello. Todo lo que llevaban las novicias era blanco, incluso las finas zapatillas de cuero—. ¿Por qué no es apropiado ese libro, Moraine? —Tenía tres años más que ella, pero el anillo de la Gran Serpiente y la falda con bandas de colores significaba una fuente de conocimientos a los ojos de las novicias. Por desgracia, había temas que a Moraine le incomodaba tratar con cualquiera. Y uno de ésos era el decoro.

Recogió el volumen y se lo entregó a la novicia.

—A las bibliotecarias les molestaría mucho si les devuelves uno de sus libros en malas condiciones.

Sintió cierta satisfacción con eso. Era el tipo de respuesta que habría dado una hermana en el caso de no querer contestar a una pregunta. Las Aceptadas practicaban la forma de hablar de las Aes Sedai con vistas al día en que obtuvieran el chal, pero con las únicas que podían hacer esas prácticas sin correr riesgos era con las novicias. Algunas lo intentaban con la servidumbre durante un corto tiempo, pero con ello sólo conseguían que se rieran de ellas. Los criados sabían que a los ojos de las Aes Sedai las Aceptadas no estaban un pequeño escalón por debajo de ellas, sino un pequeño escalón por encima de las novicias.

Como había esperado que hiciera, Elin se puso a examinar anhelantemente el libro en busca de algún daño, y Moraine continuó hablando antes de que la novicia tuviera ocasión de repetir la embarazosa pregunta.

—¿Ha habido mensajes del campo de batalla, pequeña?

Los ojos de Elin se abrieron con aire indignado.

—Sabes que lo habría llevado de inmediato si hubiera habido algún mensaje, Moraine. Sabes que sí.

Claro que lo sabía. Y Tamra también. Pero en tanto que la Guardiana o una Asentada podrían hacer notar que la Amyrlin había dado una orden tonta —al menos, eso creía ella—, a una Aceptada no le quedaba más que obedecer. A decir verdad, se suponía que las novicias no podían hacer notar que una Aceptada había hecho una pregunta tonta.

—¿Es ésa la manera correcta de responder, Elin?

—No, Moraine —dijo, contrita, Elin mientras hacía otra reverencia—. No ha habido ningún mensaje en el tiempo que llevo aquí. —Ladeó de nuevo la cabeza—. ¿Ha tenido una Predicción Gitara Sedai?

—Vuelve a tu lectura, pequeña.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Moraine supo que había hecho mal, que contradecía lo que había dicho antes. Pero ya era demasiado tarde para retirarlas. Giró rápidamente y, confiando en que Elin no hubiese notado el repentino rubor que le teñía las mejillas, salió de la antesala con la mayor dignidad posible. Bueno, la Maestra de las Novicias le había dicho a la pequeña que podía leer y las bibliotecarias le habían permitido llevarse el libro, si es que no se lo había prestado una Aceptada. Pero Moraine detestaba quedar como una necia.

Un hilillo de vapor salía por el pitorro de la tetera y también de la jarra de agua cuando Moraine volvió a entrar en la sala y cerró la puerta. El brillo del *Saidar* ya no envolvía a Siuan. El agua hervía enseguida cuando se usaba el Poder Único; el truco estaba en no dejar que se evaporara de golpe. Siuan había llenado dos tazas verdes y removía miel en una de ellas. La otra tenía té con mucha leche.

Siuan empujó hacia Moraine la taza que había estado removiendo.

—Es la de Gitara —dijo en voz baja. Y después, en un susurro y con un gesto de asco, añadió—: Le gusta con tanta miel que parece almíbar.

¡Me dijo que no fuera cicatera!

La porcelana rozaba una temperatura excesiva entre los dedos de Moraine, pero estaría en su punto para cuando cruzara la habitación hasta el escritorio, donde Gitara seguía sentada, ahora tamborileando los dedos sobre el tablero con aire impaciente. El reloj de ébano que había sobre la repisa de la chimenea tocó el Primer Albor. Las trompetas seguían sonando; sus toques parecían frenéticos, aunque Moraine sabía que sólo eran imaginaciones suyas.

Tamra estaba de pie junto a los ventanales y observaba el cielo que se iba aclarando por momentos. Siguió mirando al exterior después de que Siuan hizo una reverencia y le ofreció la taza; finalmente se volvió y vio a Moraine.

—¿Qué noticias hay, Moraine? —preguntó en lugar de coger la taza—. ¿A qué esperas?

Vaya, sí que estaba tensa, por decirlo de algún modo. Tendría que saber que le habría comunicado de inmediato lo que fuera si hubiese habido alguna noticia. Moraine estaba ofreciendo la taza a Gitara; pero, antes de que tuviera ocasión de contestar, la Guardiana se incorporó bruscamente y propinó un golpe tan fuerte al escritorio que el tintero se volcó y derramó un charco de negra tinta sobre el tablero. Temblando, permaneció de pie, rígidos los brazos contra los costados y con la mirada fija en un punto por encima de la cabeza de Moraine, los ojos desorbitados por el terror. Era terror, puro y simple.

—¡Ha renacido! —gritó—. ¡Lo siento! ¡El Dragón viene al mundo en la ladera del Monte del Dragón! ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡La Luz nos ampare! ¡La Luz ampare al mundo! ¡Yace en la nieve y su llanto es como el trueno! ¡Arde como el sol!

Con la última palabra soltó un quedo jadeo y se desplomó en brazos de Moraine. Ésta tiró la taza para sostenerla, pero la otra mujer pesaba mucho y las dos cayeron sobre la alfombra. Todo lo más que Moraine pudo hacer fue caer de rodillas sosteniendo a la Guardiana y después tenderla en el suelo.

Tamra estuvo junto a las dos en un instante, arrodillada, sin importarle la tinta que goteaba del escritorio. El brillo del *Saidar* la envolvía y ya tenía preparado un tejido de Energía, Aire y Agua. Asió la cabeza de Gitara entre sus manos y dejó que el tejido penetrara en la figura inmóvil de la mujer. Pero el Ahondamiento, utilizado para comprobar el estado de salud del paciente, no se convirtió en Curación. Al mirar con impotencia los ojos fijos y abiertos de Gitara, Moraine supo la razón. Había confiado en que restara un minúsculo aliento de vida, algo con lo que Tamra pudiera trabajar. La Curación sanaba cualquier enfermedad, rehabilitaba cualquier herida, pero no resucitaba. El charco de tinta se había extendido y había estropeado lo que quiera que la Guardiana hubiera escrito. Era extraño en qué cosas se fijaba uno en un momento así.

—Ahora no, Gitara —musitó Tamra. Parecía exhausta—. Ahora no. No cuando más te necesito.

Lentamente, alzó la vista hasta que los ojos se encontraron con los de Moraine, y ésta dio un respingo y se echó hacia atrás. Se decía que la mirada de Tamra era capaz de hacer que una piedra se moviera y, en ese instante, Moraine lo creyó. La Amyrlin desvió la vista hacia Siuan, que seguía de pie junto a la ventana. Su amiga tenía las dos manos apretadas contra la boca, y la taza que antes sostenía estaba en la alfombra, a sus pies. También sufrió una sacudida bajo aquella mirada.

Moraine reparó en la taza que había tirado. «Qué suerte que no se ha roto —pensó—. La porcelana de los Marinos es muy cara.» Oh, qué trucos se buscaba la mente cuando se quería evitar pensar en algo.

Librodot

—Las dos sois inteligentes —dijo finalmente Tamra—. Y, por suerte, no sois sordas. Sabéis lo que Gitara acaba de predecir. —En esa última frase había el timbre inquisitivo justo para que ambas asintieran con la cabeza y dijeran que sí. Tamra suspiró como si hubiese esperado una respuesta distinta.

Tomando a Gitara de los brazos de Moraine, la Amyrlin la tendió sobre la alfombra y le acarició el cabello. Al cabo de un momento, tiró de la estola azul que rodeaba los hombros de Gitara, la dobló cuidadosamente y cubrió el rostro de la Guardiana con ella.

—Con vuestro permiso, madre. —La voz de Siuan sonaba enronquecida—. Mandaré a Elin que vaya a buscar a la criada de la Guardiana para que se encargue de lo necesario.

—¡Quieta ahí! —espetó Tamra. Aquella mirada acerada las estudió a las dos—. No le contaréis a nadie esto, por ninguna razón. Si es necesario, mentid. Incluso a una hermana. Gitara murió sin hablar. ¿Me habéis entendido?

Moraine asintió con bruscos cabeceos y reparó en que Siuan hacía otro tanto. Todavía no eran Aes Sedai —podían mentir, y lo hacían en ocasiones a pesar de sus esfuerzos por actuar como una hermana—, pero nunca había esperado que le ordenaran hacerlo. Y menos a las Aes Sedai. Y jamás que la orden viniera de la Sede Amyrlin.

—Bien —dijo cansinamente Tamra—. Decidle a... ¿La novicia que está de servicio se llama Elin? Decidle a Elin que entre. Yo le indicaré dónde puede encontrar a la sirvienta de Gitara. —Obviamente quería asegurarse de que Elin no había escuchado nada al otro lado de la puerta. En caso contrario, el encargo podrían haberlo hecho Siuan o ella—. Cuando la chica entre os podéis ir las dos. ¡Y recordad! ¡Ni una palabra! ¡A nadie! —El énfasis sólo consiguió hacer resaltar lo extraño de la situación. Una orden de la Amyrlin debía obedecerse como si fuese un juramento. No era necesario hacer hincapié en ello.

«Quería escuchar una Predicción —pensó Moraine mientras hacía una reverencia antes de salir—, y lo que se me ha dado ha sido el vaticinio de un porvenir fatídico.» ¡Ojalá hubiese sido más cauta con sus deseos!

3



Prácticas

En el amplio pasillo al que daban los aposentos de la Amyrlin hacía tanto frío como en la sala de estar y estaba lleno de corrientes. Algunas eran tan fuertes que movían ora uno ora otro de los largos y pesados tapices que colgaban en las blancas paredes de mármol, y agitaban las llamas de las lámparas de pie doradas que había entre las coloridas colgaduras hasta casi apagarlas. Las novicias debían de estar desayunando a esa hora y probablemente también la mayoría de las Aceptadas. De momento, los pasillos se hallaban vacíos a excepción de Siuan y Moraine. Andaban por la alfombra azul que era la mitad de ancha que el pasillo, a fin de aprovechar la reducida protección que proporcionaba del helor de las baldosas, las cuales conformaban un dibujo que se repetía con los colores de los siete Ajahs. Moraine estaba demasiado impresionada para hablar y apenas era consciente del débil toque de trompetas que seguía sonando.

Giraron en la esquina a un pasillo que tenía las baldosas blancas y la alfombra en color verde. A su derecha, otro ancho corredor adornado con tapices y jalonado de lámparas de pie ascendía en una suave espiral hacia los alojamientos de los Ajahs; las baldosas del tramo que se veía formaban el dibujo en azul y amarillo, mientras que la alfombra era en gris, marrón y rojo. En el interior del alojamiento de cada uno de los Ajahs predominada el color del Ajah correspondiente y otros colores podían faltar por completo, pero en las zonas comunes de la Torre los colores de todos los Ajahs se utilizaban en igual proporción. Su mente vagaba con pensamientos irrelevantes. ¿Por qué en igual proporción si algunos Ajahs eran más grandes que otros? ¿Habían tenido el mismo número de hermanas antaño? ¿Cómo se habría conseguido tal cosa? Una Aes Sedai recién ascendida elegía libremente su Ajah. Sin embargo, los recintos de todos los Ajahs tenían la misma extensión. Era mejor abstraerse con pensamientos irrelevantes que...

—¿Quieres desayunar? —preguntó Siuan.

Moraine dio un leve respingo de sorpresa. ¿Desayunar?

—No podría tragar bocado, Siuan.

—Tampoco yo tengo apetito. —La otra mujer se encogió de hombros—. Mi idea era acompañarte si querías tomar algo.

—Me voy a mi habitación a intentar dormir un rato, si es que consigo tranquilizarme. Dentro de dos horas tengo una clase con novicias. —Y seguramente habría más si las hermanas no empezaban a regresar pronto. Las novicias no podían perder clases por cosas tan insignificantes como batallas o... No quería pensar en ese «o». Ella también perdería clases si las Aes Sedai no regresaban. Las Aceptadas realizaban solas la mayor parte de sus estudios, pero Moraine tenía programada una clase privada con Meilyn Sedai y otra con Larelle Sedai.

—Dormir sería perder un tiempo que no tenemos —adujo Siuan con firmeza—. Practicaremos para la prueba. Posiblemente aún dispongamos de un mes, pero también podría ser mañana.

—No sabemos con certeza que nos vayan a hacer la prueba en breve. Merean sólo dijo

que creía que nos faltaba poco.

Siuan resopló. Fuerte. Cuando todavía era novicia las hermanas le habían refinado el lenguaje, en el que había fuertes reminiscencias de los muelles y que a veces estaba cargado de su violenta rudeza, pero aún no habían conseguido pulir todos los filos. Por suerte. Esas aristas formaban parte de Siuan.

—Cuando Merean dice que a alguien le falta poco, le hace la prueba antes de un mes, y lo sabes, Moraine. Practicaremos.

Moraine suspiró. En realidad dudaba de que en esos momentos pudiera dormir, pero también dudaba de que fuera capaz de concentrarse. Y la práctica requería concentración.

—¡Oh!, está bien, Siuan.

La segunda sorpresa, después de su amistad, había sido darse cuenta de que entre ambas era la hija del pescador la que dirigía y la noble la que la seguía. Claro que el rango en el mundo exterior no conllevaba derechos en la Torre. Había habido dos hijas de mendigos que habían ascendido a Sede Amyrlin, así como hijas de mercaderes, granjeros y artesanos, incluidas tres hijas de remendones, pero sólo una hija de un dirigente. Además, a Moraine le habían enseñado a juzgar a la gente por sus aptitudes mucho antes de abandonar su hogar. Sobre todo en el Palacio del Sol una empezaba a aprender eso tan pronto como eras lo bastante mayor para echar a andar. Siuan había nacido para mandar. El hecho de seguirla allí donde la condujera a una parecía algo sorprendentemente natural.

—Apuesto a que formarás parte de la Antecámara de la Torre para cuando hayas llevado el chal cien años, y que serás Amyrlin antes de que hayan pasado otros cincuenta —comentó y no por primera vez. Y la reacción también fue la misma de siempre.

—No me desees desventuras —respondió Siuan, ceñuda—. Tengo intención de ver mundo. Quizá partes que ninguna otra hermana ha visto. Solía contemplar los barcos que llegaban a Tear cargados de seda y marfil de Shara, y me preguntaba si algún tripulante había tenido el coraje de escabullirse fuera de los puertos de comercio. Yo lo habría hecho. —Su semblante igualaba la resolución reflejada en el de Tamra—. Una vez mi padre condujo su barca todo el camino río abajo hasta el Mar de las Tormentas, y yo casi no podía tirar de las redes por tener fija la mirada en el sur mientras me preguntaba qué habría más allá del horizonte. Algún día lo veré. Y el Océano Aricio. ¿Quién sabe lo que hay al oeste del Océano Aricio? Tierras extrañas con costumbres extrañas. Tal vez ciudades tan grandes como Tar Valon y cordilleras más altas que la Columna Vertebral del Mundo. Imagínate, Moraine. ¡Imagínate!

Moraine reprimió una sonrisa. Siuan hablaba con gran vehemencia de sus aventuras futuras, aunque nunca las llamaría así. Las aventuras ocurrían en relatos y libros, pero no en la vida real, como señalaría Siuan a cualquiera que utilizara ese término. No obstante, no cabía duda de que en cuanto obtuviera el chal saldría disparada como una flecha del arco. Y entonces se verían dos veces cada diez años, si es que no pasaba más tiempo. Esa idea le produjo una punzada de tristeza, pero Moraine tampoco dudaba de que sus conjeturas se harían realidad; en este caso no era preciso tener el Talento de la Predicción. No. Ese pensamiento iba en el rumbo equivocado.

Al girar en otra esquina y pasar de largo una estrecha escalera de mármol que descendía, el ceño de Siuan se borró y ésta empezó a echar miradas de reojo a Moraine. Las baldosas allí eran de un fuerte color verde y la alfombra de una intensa tonalidad amarilla. Las blancas paredes estaban desnudas de adornos y las lámparas de pie no eran doradas en esa parte de la Torre, más utilizada por la servidumbre que por las hermanas.

—Intentas cambiar de tema, ¿verdad? —inquirió bruscamente Siuan.

—¿Qué tema? —preguntó Moraine, medio riéndose—. ¿La práctica o el desayuno?

—Sabes bien de lo que hablo, Moraine. ¿Qué opinas de eso?

La risa a punto de desbordarse se desvaneció. No hacía falta preguntar a qué «eso» se refería. Exactamente aquello en lo que no quería pensar. «Ha renacido.» La voz de Gitara resonaba en su mente. «El Dragón inhala su primer aliento...» Esta vez el escalofrío que la estremeció no tenía nada que ver con el frío.

Durante más de tres mil años el mundo había esperado que las Profecías del Dragón se cumplieran, había temido que se cumplieran aun sabiendo que auguraban la única esperanza del mundo. Y ahora un niño estaba a punto de nacer, quizás inminentemente a juzgar por lo que Gitara había dicho, para llevar a término esas profecías. Nacería en la ladera del Monte del Dragón, renacido donde se decía que había muerto el hombre que había sido antaño. Más de tres mil años atrás el Oscuro casi había entrado en el mundo de los seres humanos y había provocado la Guerra de la Sombra, que sólo había acabado al sobrevenir el Desmembramiento del Mundo. Todo quedó destruido, la propia faz del mundo cambió, la humanidad se redujo a harapientos refugiados. Tuvieron que pasar siglos para que la mera lucha por la supervivencia diera paso de nuevo a la creación de ciudades y naciones. El nacimiento de ese niño significaba que el Oscuro volvería a liberarse, ya que nacía para enfrentarse al Oscuro en el Tarmon Gai'don, la Última Batalla. De él dependía el destino del mundo. Las Profecías afirmaban que él era la única posibilidad. Pero no decían si vencería.

Sin embargo, peor que la idea de su derrota era quizás el hecho de que encauzaría *Saidin*, la mitad masculina del Poder Único. Eso no le provocó un escalofrío: la hizo temblar. El *Saidin* llevaba la contaminación del Oscuro. De vez en cuando había hombres que seguían intentando encauzar y algunos conseguían incluso aprender por sí solos y sobrevivir sin un maestro, un logro nada fácil. Entre las mujeres sólo una de cada cuatro sobrevivía al intentar aprender sola. Algunos de esos hombres desataban guerras, por lo general falsos Dragones, hombres que proclamaban ser el Dragón Renacido, en tanto que otros intentaban ocultarse llevando una vida normal; pero, a menos que se los capturara y se los llevara a la Torre para amansarlos —aislarlos del Poder para siempre— todos se volvían locos. Podían tardar años o sólo meses, pero era inevitable. Hombres dementes que podían manipular el Poder que hacía girar la Rueda del Tiempo y movía el universo. La historia estaba llena de los horrores llevados a cabo por hombres así. Y las Profecías anunciaban que el Dragón Renacido traería un nuevo Desmembramiento del Mundo. ¿Acaso su victoria sería mejor que una victoria del Oscuro? Sí. Sí, tenía que serlo. Incluso el Desmembramiento había dejado supervivientes para reconstruir el mundo al cabo del tiempo. El Oscuro sólo dejaría un osario. Y, de todos modos, las Profecías no desaparecían por el deseo de una Aceptada. Ni por las preces de las naciones.

—Lo que me parece es que la Amyrlin nos dijo que no habláramos de ello —contestó.

Siuan meneó la cabeza.

—Lo que nos dijo fue que no se lo contáramos a nadie. Puesto que nosotras lo sabemos ya, podemos hablar de ello entre nosotras. —Enmudeció cuando una criada fornida que vestía el uniforme con la Llama de Tar Valon en el pecho apareció por una esquina justo delante de ellas.

Mientras pasaba a su lado la oronda mujer las observó con aire desconfiado. Quizá parecían culpables de algo. Con frecuencia, los hombres del servicio hacían la vista gorda con las trastadas de las Aceptadas e incluso de las novicias, quizá porque no querían tener que ver con las Aes Sedai más de lo que su trabajo requería. Por otro lado, las criadas estaban tan atentas y vigilantes como las propias hermanas.

—Siempre y cuando tengamos cuidado —susurró Siuan una vez que la mujer de uniforme estuvo lo bastante lejos para no oírla. Por muy segura que estuviera de que no había nada malo en hablar entre ellas, pareció conformarse con no decir nada más hasta que llegaron a los aposentos de las Aceptadas, en el ala occidental de la Torre.

Allí, unas galerías con antepechos de piedra rodeaban el hueco que daba a un pequeño jardín, tres pisos más abajo. El jardín no era más que un puñado de arbustos perennes que asomaban entre la nieve en esa época del año. Una Aceptada que sacara mucho los pies del tiesto podía encontrarse con una pala en las manos para limpiar la nieve del jardín —las hermanas eran firmes partidarias de que el trabajo físico formaba el carácter—, pero nadie se había metido en líos gordos últimamente. Moraine apoyó las manos en la barandilla y alzó la vista hacia el límpido cielo invernal, por encima de las otras seis hileras de silenciosas galerías. El vaho de la respiración se le condensaba delante de la cara. El toque de trompetas se oía mejor allí que en los pasillos y el hedor del humo era más intenso.

Alrededor de aquel patio interior había dormitorios para más de cien Aceptadas, al igual que en el otro patio. Quizá no se le habría ocurrido pensar en esas cifras de no ser por la Predicción de Gitara, pero ya se le había pasado por la cabeza en otras ocasiones. Las tenía como grabadas a fuego en el cerebro. Espacio para más de doscientas Aceptadas, si bien la zona del segundo patio llevaba clausurada desde no recordaba cuándo ninguna Aes Sedai viva, mientras que en ésta sólo estaban ocupados poco más de sesenta dormitorios. Los aposentos de las novicias también rodeaban dos patios de luz, con dormitorios para casi cuatrocientas chicas, pero una de las zonas estaba cerrada igualmente hacía mucho tiempo y la otra albergaba menos de cien. Había leído que antaño las novicias y las Aceptadas tenían que instalarse de dos en dos en las habitaciones. En tiempos, la mitad de las chicas a las que se inscribía en el libro de novicias pasaba la prueba para obtener el anillo; menos de veinte de las novicias actuales podrían hacerlo. La Torre se había construido para albergar tres mil hermanas, pero en ella residían cuatrocientas veintitrés en ese momento, quizá con el doble de ese número desperdigadas por las naciones. Unas cifras que seguían quemando como el ácido. Ninguna Aes Sedai lo diría en voz alta y Moraine no se atrevería a referirse a ello donde pudiera oírla una hermana, pero la Torre Blanca estaba decayendo. La Torre se encontraba en declive, y la Última Batalla se acercaba.

—Te preocupas demasiado —comentó afectuosamente Siuan—. Mi padre solía decir: «Cambia lo que puedes cambiar si es preciso, pero aprende a sobrellevar lo que no puedes cambiar». Con ello sólo ganas una úlcera de estómago. Eso no es de mi padre, sino mío. —Soltó otro resoplido, exageró un estremecimiento y se rodeó con los brazos—. ¿Podemos entrar ya? Estoy helada. Mi habitación nos pilla más cerca, vamos.

Moraine asintió con la cabeza. La Torre también enseñaba a sus estudiantes a sobrellevar lo que no se podía cambiar, pero algunas cosas eran lo bastante importantes para intentar cambiarlas aunque uno supiera que fracasaría. Ésa había sido una lección aprendida de pequeña.

Los cuartos de las Aceptadas eran idénticos, excepto por los detalles, ligeramente más anchos al fondo que en el lado de la puerta, con paneles lisos de madera oscura en las paredes. Ninguna pieza del mobiliario era buena o, al menos, no había nada que una hermana habría tolerado. En el cuarto de Siuan había una alfombra tarabonesa pequeña y cuadrada, tejida en azul desvaído con franjas verdes, y el lavabo con espejo que estaba en un rincón tenía una jarra blanca desportillada sobre la jofaina. A las Aceptadas se les exigía arreglarse con lo que hubiera a no ser que algo se rompiera, y en ese caso más les valía tener una buena excusa de cómo había ocurrido. La pequeña mesa, con tres libros encuadernados en cuero amontonados encima, y las dos sillas con respaldo de travesaños habrían encajado en la casa de un granjero pobre, pero la cama deshecha, con las mantas revueltas, era amplia, como la de una granja moderadamente próspera. Un pequeño armario completaba el mobiliario. Nada tenía tallas ni ornamentos de ningún tipo. Cuando Moraine se había trasladado de la pequeña y austera habitación de novicia se había sentido como si estuviera en un palacio, aunque el dormitorio era la mitad de grande que cualquier cuarto de sus aposentos en el Palacio del Sol. En aquel momento lo mejor de todo era la chimenea de piedra gris. Ese día, cualquier cuarto con una chimenea le parecería un palacio si podía ponerse cerca.

Siuan se apresuró a poner tres trozos de madera sobre los morillos del hogar —la leñera estaba casi vacía; los criados llevaba leña a las Aes Sedai, pero las Aceptadas tenían que subirla ellas mismas a sus habitaciones— y entonces gruñó al descubrir que fracasaban sus esfuerzos por atizar las brasas del fuego de la noche anterior. Sin duda debido a las prisas por llegar a los aposentos de la Amyrlin no las había cubierto con suficiente ceniza para evitar que se consumieran. Se le marcó momentáneamente una arruga en la frente, y entonces Moraine volvió a sentir el cosquilleo cuando el brillo del *Saidar* rodeó brevemente a Siuan. Cualquier mujer que encauzara podía sentir a otra asiendo el Poder si estaba lo bastante cerca, pero el cosquilleo era inusual. Las mujeres que pasaban mucho tiempo juntas en su aprendizaje a veces lo notaban, pero se suponía que esa sensación desaparecía con el tiempo. A Siuan y a ella nunca les había desaparecido. A veces, Moraine pensaba que era señal de lo estrecha que

era su amistad. Cuando el brillo se apagó, los cortos trozos de leña ardían alegremente.

Moraine no dijo nada, pero Siuan le lanzó una mirada como si le hubiese echado una reprimenda.

—Tenía demasiado frío para esperar, Moraine —dijo a la defensiva—. Además, acuérdate del sermón de Akarrin de hace dos semanas: «Tenéis que aprender las reglas al pie de la letra» —citó—. «Y vivir con ellas antes de que podáis saber cuáles podéis romper y cuándo podéis romperlas.» Eso es tanto como decir que a veces puedes romper las reglas.

Akarrin, una esbelta Marrón de ojos vivos que enseguida se percataba si alguien no le entendía, les había dado una clase sobre ser Aes Sedai, no Aceptada, pero Moraine se mordió la lengua. A Siuan no le había hecho falta esa clase para pensar en romper reglas. Oh, nunca incumplía las restricciones principales —nunca había intentado huir ni había sido irrespetuosa con una hermana o cualquier otra cosa por el estilo, y jamás se le pasaría por la cabeza robar—, pero desde el principio le había tomado gusto a hacer trastadas. Bueno, ella también. La mayoría de las Aceptadas lo hacía, al menos de vez en cuando, y también la mayoría de las novicias. Gastar bromas era un modo de aliviar la tensión de los constantes estudios con muy pocos días libres. Las Aceptadas no tenían tareas que hacer aparte de las necesarias para mantener sus cuartos arreglados y sus personas aseadas, a no ser que finalmente se metieran en un buen lío, pero de ellas se esperaba que estudiaran con ahínco, más de lo que las novicias imaginaban. Era imprescindible tener alguna clase de desahogo o una acababa por quebrarse como un huevo al caer al suelo.

Ni que decir tiene que nada de lo que Siuan y ella habían hecho era malintencionado. Lo de lavar la ropa interior de una odiosa Aceptada con picapica no contaba. Elaida había hecho un infierno de su primer año como novicias al marcarles metas que nadie habría alcanzado pero que sin embargo había insistido en que se alcanzaran. El segundo año, después de obtener el chal, había sido peor hasta que se marchó de la Torre. Casi todas sus diabluras habían sido mucho más benignas, aunque hasta las más inocentes habrían podido reportarles un castigo, sobre todo si el blanco era una Aes Sedai. Llenar la fuente más grande del Jardín Acuático con gordas truchas verdes, una noche del verano pasado, había sido su mayor triunfo. En parte había sido el mayor por la dificultad, y en parte porque habían salido de ello sin ser descubiertas. Unas cuantas hermanas les habían dirigido miradas de sospecha, pero por suerte ninguna había podido probar que lo habían hecho. Por suerte o porque preguntar a una Aceptada si había hecho una barrabasada era algo que no se hacía, simplemente. Echar truchas en la fuente posiblemente no les habría acarreado hacer una visita al estudio de la Maestra de las Novicias, pero salir del recinto de la Torre sin permiso para comprarlas —¡y además de noche!— sí habría tenido ese desenlace. Moraine esperaba que Siuan no estuviera maquinando alguna travesura con tanto hablar de romper reglas. Ella estaba demasiado cansada; las pillarían.

—¿Empiezas tú o empiezo yo? —preguntó. A lo mejor las prácticas conseguían que a Siuan se le quitara de la cabeza meterse en líos.

—Tú lo necesitas más. Esta mañana nos centraremos en ti. Y esta tarde. Y esta noche.

Moraine torció el gesto, pero Siuan tenían razón. La prueba para obtener el chal consistía en crear perfectamente cien tejidos distintos y en un orden riguroso mientras se estaba sometida a una gran tensión. Y era preciso mostrar una total tranquilidad durante todo el tiempo. Ignoraban qué tipo de tensión era exactamente, salvo que se intentaría distraerlas y romper su compostura. Para practicar, las distracciones las creaban la una para la otra, y Siuan era muy buena confundiéndola en el peor momento o poniéndola de mal humor. Estar irritada en exceso impedía mantener asido el *Saidar*, incluso después de seis años practicando, ella necesitaba un mínimo de sosiego para poder encauzar. Rara vez se conseguía desconcertar a Siuan, y siempre mantenía el genio bajo un férreo control.

Moraine abrazó la Fuente Verdadera y dejó que el *Saidar* la llenara. No tanto como podía absorber, sino lo suficiente para practicar. Encauzar era agotador y cuanto más Poder se encauzaba, peor. Incluso una cantidad tan pequeña se propagó por todo su ser, la inundó de gozo y de vida, de exultación. Algo tan maravilloso que casi resultaba un suplicio. Cuando

Librodot

había abrazado el *Saidar* por primera vez no había sabido si echarse a reír o romper a llorar. De inmediato sintió el apremio de absorber más y se obligó a reprimir ese deseo. Todos los sentidos se aguzaban al abrazar el Poder, y tuvo la impresión de que incluso podía oír los latidos del corazón de Siuan. Percibía las corrientes de aire rozándole el rostro y las manos, y los colores de las bandas del vestido de su amiga cobraron intensidad mientras que el blanco del paño se tornaba casi deslumbrante. Distinguía grietas minúsculas en los paneles de la pared que, de no estar llena del Poder que la invadía completamente, no habría podido ver sin pegar la nariz a la madera. Era excitante. Se sentía... más viva. Una parte de su ser deseaba abrazar el *Saidar* cada instante, pero tal cosa estaba estrictamente prohibida. Ese deseo podía conducir a absorber más y más hasta que, finalmente, se absorbía más de lo que se podía manejar. Y entonces o la mataba a una o la consumía para siempre la habilidad de encauzar. Perder este... gozo sería mucho peor que la muerte.

Siuan tomó asiento en una de las sillas y el brillo la envolvió. Naturalmente Moraine no podía ver el suyo propio. Siuan tejió una salvaguarda contra oídos indiscretos alrededor del interior de la habitación, pegada contra las paredes, el suelo y el techo, y la ató para no tener que mantenerla. Mantener dos tejidos a la vez era más del doble de laborioso que sostener uno; mantener tres, más del doble que hacerlo con dos. Pasado ese número, denominarlo «difícil» no bastaba como descripción, aunque podía realizarse. Hizo un gesto a Moraine para que se volviera de espaldas.

Moraine se volvió, aunque con un leve ceño a causa de la salvaguarda. Sería fácil evitar la distracción si pudiera ver los tejidos que Siuan le preparaba, pero ¿por qué una salvaguarda contra oídos indiscretos? Así, aunque gritara a pleno pulmón, cualquiera que tuviera la oreja pegada a la puerta no la oiría. A buen seguro Siuan no haría nada que la hiciese gritar. No. Debía de ser el primer paso en su intento de intranquilizarla haciendo que se preguntase sus motivos. Percibió que Siuan manipulaba flujos de Tierra y Aire, después de Fuego, Agua y Energía, posteriormente de Tierra y Energía, en continuo cambio. Sin mirar no había forma de saber si la otra mujer estaba creando un tejido o simplemente era otro intento de distracción. Respiró profundamente y se concentró en un estado de absoluta tranquilidad.

La mayor parte de los tejidos de la prueba eran tremendamente complejos y se habían desarrollado exclusivamente para tal fin. Cosa curiosa, la ejecución de ninguno de ellos conllevaba hacer gestos como requerían muchos tejidos. El movimiento no formaba realmente parte del tejido; sólo que, si no se hacía, el tejido no funcionaba. Se suponía que los gestos determinaban ciertas trayectorias en la mente. La ausencia de gestos sugería la idea de que tal vez le faltara el uso de las manos durante una parte de la prueba al menos, y eso sonaba ominoso. Otra rareza era que ninguno de aquellos tejidos increíblemente intrincados hacía realmente nada, y no producirían nada peligroso ni siquiera realizándolos de forma incorrecta. Bueno, nada en exceso peligroso. Ésa era una posibilidad muy real con cierto número de tejidos. Algunos de los más sencillos podían resultar desastrosos con sólo hacerlos un poco mal. En la prueba habían muerto mujeres, pero obviamente no a consecuencia de errar en un tejido. Aun así, una equivocación con el primero podía producir un trueno ensordecedor.

Moraine encauzó finísimos flujos de Aire y los tejió. Aquél era un tejido muy sencillo, pero por pequeños que fueran los filamentos no se podía forzar al *Saidar.* El Poder era como un vasto río que fluía inexorablemente; si uno intentaba forzarlo se vería arrastrado como una ramita a la deriva en el río Erinin. Había que utilizar su inconmensurable fuerza para guiarlo como uno quería. En cualquier caso, no se especificaba el tamaño, y algo pequeño era menos trabajoso. Y el ruido no sería tan fuerte si Siuan conseguía...

—Moraine, ¿crees que las Rojas serán capaces de dejarlo en paz?

Moraine dio un respingo aun antes de que el tejido que estaba haciendo produjera un estampido semejante al toque de un timbal. Se esperaba que cualquier hermana que topara con un hombre capaz de encauzar se encargara de él, pero las Rojas se centraban en darles caza. Siuan se refería al niño anunciado. Eso explicaba la salvaguarda. Y quizá las referencias a romper reglas. Tal vez Siuan no estaba tan segura como daba a entender respecto a que a Tamra no le importaría que hablaran del niño entre ellas. Moraine volvió la cabeza hacia atrás

y le dirigió una mirada furibunda.

—No te pares —le dijo tranquilamente Siuan. Seguía encauzando pero no hacía nada aparte de mantener los flujos—. Realmente necesitas practicar si has metido la pata con ése.

En esta ocasión el tejido produjo un disco azul plateado del tamaño de una moneda pequeña que cayó en la mano extendida de Moraine. Tampoco se especificaba la forma, lo que era otra rareza, si bien los discos y las bolas eran más fáciles de hacer. Estaba tejido con Aire pero sin embargo era duro como el acero y tenía un tacto ligeramente frío. Soltó el tejido y la «moneda» desapareció y dejó únicamente un residuo de Poder que no tardaría en desvanecerse asimismo.

El siguiente tejido era uno de los complejos y sin utilidad alguna. Requería los Cinco Poderes, pero Moraine contestó a la par que los tejía. Después de todo era capaz de hablar y encauzar al tiempo. Aire y Fuego así, y la Tierra asá. Energía y a continuación Aire otra vez. Tejió sin pausa. Por alguna razón, no se podía mantener mucho tiempo estos tejidos si estaban hechos sólo parcialmente o en caso contrario se desmoronaban para formar algo totalmente distinto. Energía de nuevo, y luego Fuego y Tierra juntos.

—Tendrán veinte años para aprender a hacerlo. O casi, en el peor de los casos. En el mejor, dispondrán de más tiempo. —Aunque en contadas ocasiones, las muchachas empezaban a encauzar con doce o trece años si nacían con la chispa, pero incluso con el don innato los chicos nunca empezaban antes de los dieciocho o diecinueve, a menos que intentaran aprender cómo hacerlo, y en algunos hombres la chispa no surgía hasta haber cumplido los treinta. Aire de nuevo, seguido de Energía y Agua, todos colocados con precisión—. Además, será el Dragón Renacido. Hasta las Rojas tendrán que comprender que no se lo puede amansar hasta que haya librado la Última Batalla.

Un destino aciago, salvar al mundo si podía y después tener por recompensa que se lo aislara para siempre de esa maravilla. En las Profecías había tan poca clemencia como flexibilidad para ceder a las plegarias. Tierra de nuevo, luego Fuego y más Aire. Aquello empezaba a tener el aspecto del embrollo más difícil que hubiese visto nunca.

—¿Será eso suficiente? He oído que algunas Rojas no hacen el menor esfuerzo por capturar vivos a esos pobres hombres.

Moraine también había oído lo mismo, pero sólo era un rumor. Y una violación de la ley de la Torre. A una hermana se le podía aplicar el castigo de la vara por ello, y seguramente el exilio en una granja aislada para que meditara sobre su delito durante un tiempo. Se podría considerar un asesinato; pero, dado lo que esos hombres harían de no controlarlos, Moraine casi entendía que no se lo estimara como tal. Puso más Energía con Tierra entretejida. Unos dedos invisibles parecieron subirle por los costados hasta las axilas. Tenía muchas cosquillas, como bien sabía Siuan, pero su amiga tendría que esforzarse más si quería conseguir algo. Moraine casi ni pestañeó.

—Como alguien me dijo no hace mucho, hay que aprender a sobrellevar lo que no se puede cambiar —comentó con retintín—. La Rueda del Tiempo gira según sus designios, y los Ajahs actúan a su arbitrio. —Más Aire y más Fuego, y a continuación Agua, Tierra y Energía. Después los cinco al tiempo. ¡Luz, qué enredo más espantoso! Y todavía no estaba completo.

—Pues yo creo... —empezó Siuan.

La puerta se abrió de golpe y dejó entrar una bocanada de aire frío que acabó con el calor acumulado de la chimenea. Henchida de *Saidar* como estaba, Moraine se sintió como si de repente la cubriera una capa de hielo de la cabeza a los pies.

Por la puerta entró también Myrelle Berengari, una Aceptada oriunda de Altara que había obtenido el anillo el mismo año que ellas. De tez olivácea, muy hermosa y casi tan alta como Siuan, Myrelle era sociable y también voluble, con un sentido del humor bullanguero y un genio peor incluso que Moraine cuando le daba rienda suelta. De novicias, las dos habían empezado con palabras acaloradas, lo que les reportó sendas zurras con la vara y, de algún modo, las condujo a hacerse amigas. No eran tan íntimas como Siuan y ella, pero sí amigas, única razón por la que no soltó un bofetón a la otra Aceptada por entrar sin llamar. Con la

Librodot

salvaguarda no lo habrían oído aunque hubiese tocado con los nudillos, pero eso no era lo importante. ¡Lo que contaba era el proceder!

—¿Cuánto creéis que falta para la última batalla? —preguntó Myrelle mientras cerraba la puerta. Entonces reparó en el tejido a medio hacer delante de Moraine y en la salvaguarda que rodeaba el cuarto—. Practicando para la prueba, ¿eh? ¿La has hecho chillar, Siuan? Te puedo ayudar si quieres. Sé un modo seguro de hacerla chillar como un cochinillo atrapado en una red.

Moraine dejó que el tejido se disipara rápidamente antes de que se viniera abajo e intercambió una mirada desconcertada con Siuan. ¿Cómo lo sabía Myrelle?

—No chillé como... Bueno, como has dicho —replicó con aire remilgado y con el propósito de ganar tiempo. Casi todas las bromas que gastaban las Aceptadas iban dirigidas a otra Aceptada, y las de Myrelle casi igualaban en número a las de Siuan y las suyas. Ésa en particular había tenido que ver con hielo en plena canícula, cuando incluso a la sombra parecía que uno estaba en un horno. Pero ¡ella no había chillado en absoluto con un cochinillo!

—¿A qué te refieres, Myrelle? —preguntó Siuan con cautela.

—Vaya, pues a los Aiel, por supuesto. ¿A qué otra cosa iba a referirme?

Moraine intercambió otra mirada con Siuan, mortificada en esta ocasión. Algunas hermanas afirmaban que diversos pasajes de las Profecías del Dragón hacían referencia a los Aiel. Claro que otras tantas negaban que lo hicieran. Al principio de la guerra había habido animadas discusiones sobre ese tema. Se habrían podido calificar de disputas a voz en cuello si las mujeres que habían intervenido no hubieran sido Aes Sedai. Mas, con lo que sabían ahora, todo eso se le había olvidado completamente a Moraine, como saltaba a la vista que le había ocurrido también a Siuan. Mantener ese secreto iba a requerir que anduvieran alerta en todo momento.

—Vosotras dos tenéis un secreto, ¿verdad? —dijo Myrelle—. No conozco a nadie que os iguale en eso a las dos. Bueno, pues no penséis que os lo voy a preguntar, porque no voy a hacerlo. —Por su expresión, se moría de ganas de preguntarles.

—No podemos decir nada porque no es algo nuestro —contestó Siuan.

Moraine enarcó las cejas antes de ser capaz de controlar el gesto del semblante. ¿Qué se proponía Siuan? ¿Intentaba jugar al *Da'es Daemar*? Moraine había tratado de enseñarle cómo funcionaba el Juego de las Casas. En Cairhien hasta los criados y los granjeros sabían cómo maniobrar a su favor y desviar a otros de sus planes y secretos. En Cairhien nobles y plebeyos por igual se regían por el *Da'es Daemar* más que en ninguna otra parte, y eso que el Gran Juego se jugaba en todos los sitios, incluso en países donde todo el mundo lo negaba. No obstante, a pesar de los esfuerzos de Moraine su amiga nunca había mostrado tener mucha facilidad para ello. Siuan era demasiado franca, simplemente.

—Pero puedes ayudarme con Moraine —continuó Siuan, lo que era aún más sorprendente. Las prácticas siempre las hacían las dos solas—. A estas alturas ya se conoce de sobra mis trucos.

Riéndose, Myrelle se frotó alegremente las manos y se sentó en la otra silla mientras el brillo del Poder la envolvía.

Con aire adusto, Moraine se volvió de espaldas otra vez y comenzó el segundo tejido.

—Desde el principio, Moraine —le dijo Siuan—. Deberías saberlo. Tienes que grabar en la mente el orden de manera tan firme que nada te haga meter la pata.

Con un leve suspiro Moraine formó de nuevo la moneda azul plateada de Aire y luego siguió adelante.

En cierto modo Siuan tenía razón respecto a que conocía sus trucos. Le gustaba hacer cosquillas en el peor momento, dar golpes secos en sitios desagradables, hacer caricias embarazosas y ruidos que sonaban pegados a la oreja y que la sobresaltaban. Eso y decir las cosas más escandalosas que era posible imaginar; y su imaginación seguía siendo muy vívida aun después de que las hermanas hubieran trabajado con su lenguaje. Sin embargo, conocer los trucos de la otra mujer no ayudaba a conservar totalmente la compostura ni lo hacía más

fácil. Tuvo que empezar otras dos veces por culpa de Siuan. Myrelle era peor. Le gustaba el hielo. Era fácil hacer hielo, cuestión de usar Agua y Fuego para hacerlo aparecer en el aire. Pero a Moraine le gustaría saber cómo se las ingeniaba Myrelle para que se materializara dentro de su vestido, en los peores sitios posibles. Myrelle también encauzaba flujos para darle pellizcos malintencionados y golpes como si Moraine recibiera un varazo, y a veces uno contundente en el trasero, como si le hubiese dado con una correa. Los pellizcos y los golpes eran reales, como también lo eran los moretones que dejaban. Una vez Myrelle la levantó más de un palmo en el aire con cuerdas hechas de Aire —Moraine estaba segura de que había sido ella; Siuan nunca había hecho nada semejante— y la hizo girar lentamente cabeza abajo, con los pies apuntando el techo de forma que la falda cayó y le tapó la cabeza. Con el corazón latiéndole desaforadamente y casi frenética, se levantó la falda con las manos. No era por pudor: tenía que seguir tejiendo. Se podía mantener un tejido sin verlo, pero tejerlo no, y si esta maraña de los Cinco Poderes se venía abajo le causaría una dolorosa sacudida, como cuando se frotaba un pie en la alfombra y a continuación se tocaba un trozo de hierro, sólo que tres veces peor. Se las arregló para completar el tejido con éxito pero, en total, Myrelle le rompió la concentración cuatro veces. ¡Nada menos!

Sintió una creciente irritación, pero consigo misma, no con Myrelle. Algo en lo que todas las Aceptadas coincidían era que lo que quiera que hiciesen las hermanas durante la prueba sería peor que cualquier cosa que se les ocurriera a las amigas. Y, si eran amigas, harían lo peor que se les pasara por la cabeza, salvo algo que pudiera ocasionar verdadero daño, a fin de ayudar a que una se preparara para la prueba. Luz, si Myrelle y Siuan eran capaces de hacerla tropezar seis veces en tan poco tiempo, ¿qué esperanza podía albergar de superar la verdadera prueba? Con todo, siguió adelante con inflexible determinación. La pasaría, y en el primer intento. ¡Lo haría!

Estaba de nuevo en pleno proceso de realizar el segundo tejido cuando la puerta volvió a abrirse y Moraine dejó que los flujos desaparecieran. También soltó el *Saidar* de mala gana. Siempre había renuencia en soltarlo. Era como si la vida se disipara junto con el Poder; el mundo se convertía en un lugar gris y monótono. De todos modos no le habría dado tiempo a terminar el tejido antes de su clase con las novicias. A las Aceptadas no se les permitía tener relojes porque eran demasiado caros para que la mayoría pudiera pagarse uno, y los gongs que daban las horas no siempre se oían dentro de la Torre, así que más valía desarrollar una buena percepción del paso del tiempo. En cuanto a retrasarse, las Aceptadas lo tenían tan prohibido como las novicias.

La mujer que había abierto la puerta no era una amiga. Más alta que Siuan, Tarna Feir procedía del norte de Altara, cerca de Andor, pero el cabello rubio claro no era lo único que la diferenciaba de Myrelle. Las Aceptadas no podían ser arrogantes, mas con una sola mirada a aquellos fríos ojos de color azul se descubría que ella lo era. Tampoco tenía sentido del humor y, que se supiera, jamás le había gastado una broma a nadie. Tarna había obtenido el anillo un año antes que Siuan y Moraine, tras nueve años como novicia, época en la que apenas había tenido amigas; igual que ahora. No parecía echarlas en falta. Una mujer muy distinta de Myrelle.

—Tendría que haber supuesto que os encontraría juntas a las dos —dijo fríamente. Era como un témpano, sin rastro de pasión—. No entiendo por qué no os instaláis en la misma habitación. ¿Te has unido al círculo de Siuan, Myrelle? —Todo dicho con total naturalidad, pero aun así los ojos de Myrelle empezaron a centellear. El brillo del *Saidar* ya no envolvía a Siuan, pero Myrelle seguía asiendo el Poder. Moraine confiaba en que no se precipitara en usarlo.

—Vete, Tarna —dijo Siuan con un rápido gesto desdeñoso—. Estamos ocupadas. Y cierra la puerta.

Tarna no se movió.

—Tengo que darme prisa para llegar a la clase de las novicias —le dijo Moraine a Siuan; de Tarna hizo caso omiso—. Están aprendiendo a hacer una bola de fuego y si no llego a tiempo seguro que lo intentan ellas solas. —Las novicias tenían prohibido encauzar e

incluso abrazar la Fuente sin que hubiera una hermana o una Aceptada vigilándolas, pero lo hacían de todos modos en cuanto tenían ocasión. Las chicas nuevas no creían realmente que entrañara peligro, en tanto que las que llevaban más tiempo estaban seguras de que sabían cómo evitar esos peligros.

—A las novicias se les ha dado el día libre —informó Tarna—, así que hoy no hay clases. —Que le mandaran marcharse o que no le hicieran caso no la había desconcertado en absoluto. Nada la desconcertaba. Sin duda, pasaría fácilmente la prueba para obtener el chal en el primer intento—. Se nos ha convocado a las Aceptadas en la Sala Oval de Conferencias. La Amyrlin va a hablarnos. Hay otra cosa que debéis saber: Gitara Moroso ha muerto hace unas pocas horas.

El brillo que rodeaba a Myrelle se esfumó.

—¡Así que ése era el secreto que guardabais! —exclamó. En sus ojos hubo un destello más exacerbado que cuando había mirado a Tarna.

—Te dije que no podíamos compartirlo porque no era algo nuestro —replicó Siuan.

Una respuesta Aes Sedai donde las hubiera. Bastó para que Myrelle asintiera con la cabeza, por renuente que fuera el gesto. ¡Y vaya si era renuente aquel cabeceo! El ardor no menguó en sus ojos. Moraine sospechaba que, a no tardar, Siuan y ella iban a encontrarse con trozos de hielo en los sitios más sorprendentes.

Todavía sujetando la puerta abierta —¿es que esa mujer era inmune al frío como las hermanas?—, Tarna estudió a Moraine primero y después a Siuan.

—Es cierto. Vosotras dos debíais de estar de servicio. ¿Qué ocurrió? Lo único que sabemos las demás es que ha muerto.

—Le estaba ofreciendo una taza de té cuando exhaló un gemido y cayó muerta en mis brazos —contestó Moraine. Y ésa era una respuesta Aes Sedai mejor que la de Siuan, todas y cada una de las palabras ciertas al tiempo que evitaban la verdad completa.

Para su sorpresa, Moraine advirtió una expresión de tristeza en el rostro de Tarna. Fue fugaz, pero lo hubo. Tarna jamás denotaba emociones. Era como una talla de piedra.

—Gitara Sedai era una gran mujer —murmuró—. Se la echará mucho de menos.

—¿Por qué va a hablarnos la Amyrlin? —preguntó Moraine. Era evidente que la muerte de Gitara ya se había comunicado y, según la costumbre, el funeral sería al día siguiente, por lo que no había necesidad de anunciar esa ceremonia. Era imposible que Tamra pensara contar a las Aceptadas lo de la Predicción.

—Lo ignoro —contestó Tarna, de nuevo la frialdad en persona—. Pero no tendría que haberme quedado aquí hablando. A todas las demás les han dicho que dejen el desayuno inmediatamente. Si corremos, llegaremos justo antes que la Amyrlin.

A las Aceptadas se les exigía cierta medida de compostura y circunspección como parte de la preparación para cuando alcanzaran el chal. Y desde luego se suponía que nunca debían correr a menos que se lo ordenaran. Pero corrieron, Tarna tanto como las demás, con la falda recogida hasta las rodillas y sin hacer caso de las miradas estupefactas de los sirvientes uniformados con los que se cruzaban en los corredores. Las Aes Sedai no hacían esperar a la Amyrlin. A las Aceptadas ni siquiera se les pasaba la idea por la cabeza.

La Sala Oval de Conferencias, con el remate de volutas en torno al techo ligeramente abovedado y adornado con un fresco del cielo y nubes blancas, se utilizaba en raras ocasiones. Moraine y las otras fueron las últimas Aceptadas que entraron, pero aun así sólo estaba ocupada menos de una cuarta parte de las filas de bancos de madera pulida. El murmullo de voces, ya que las Aceptadas hacían conjeturas del porqué las había reunido la Amyrlin, parecía resaltar lo pocas que eran si se pensaba en el número para el que se había construido la sala. Moraine apartó de la mente todo lo relacionado con cifras. Quizá si las hermanas... No. No iba a amargarse dándole vueltas al asunto.

Por suerte, el estrado situado al fondo de la sala se hallaba vacío. Siuan y ella encontraron sitio en la parte de atrás, y Tarna se sentó a su lado, pero dejando claro que no tenía nada que ver con ellas. Esa mujer llevaba puesta la actitud distante como si fuese una capa. Myrelle, todavía enfurruñada porque no le habían contado lo de Gitara, dio la vuelta al

banco y se sentó en la otra punta. La mitad de las mujeres que había en la sala estaban hablando, unas quitándose la palabra de la boca a las otras. Era casi imposible entender lo que decía cada cual, y lo poco que Moraine escuchó eran puras sandeces. ¿Hacerles a todas la prueba para alcanzar el chal? ¿De inmediato? Aledrin debía de tener fiebre cerebral para soltar tal tontería. Bueno, era una mujer muy nerviosa. Y Brendas estaba peor aún. Por lo general sensata, ahora afirmaba que las iban a mandar a casa a todas porque, antes de morir, Gitara había pronosticado el fin de la Torre Blanca, o quizá del mundo. A buen seguro que a mediodía correría una docena de historias sobre Gitara y una Predicción si es que ya no había más —los rumores proliferaban en los aposentos de las Aceptadas como las rosas en un invernadero—, pero a Moraine seguía sin gustarle oír hacer una. Para mantener el secreto iba a tener que darle vueltas a la verdad como si fuese un batidor de crema, al menos en los próximos días. Esperaba estar a la altura de las circunstancias.

—¿Alguien sabe qué pasa? —le preguntó Siuan a la Aceptada que se encontraba sentada a su lado, una mujer de tez oscura, delgada, con el negro cabello liso, largo hasta la cintura, y unos cuantos tatuajes negros en las manos—. ¿O todo es charlatanería?

Zemaille la miró seriamente un instante antes de contestar:

—Charlatanería, creo. —Zemaille siempre se lo tomaba con calma. En realidad, siempre estaba seria y pensativa. Seguramente elegiría el Marrón cuando alcanzara el chal. O tal vez el Blanco.

Era una rareza en la Torre, una de las mujeres de los Marinos, los Atha'an Miere. Sólo había cuatro Aes Sedai Atha'an Miere, y todas eran Marrones, y dos de ellas eran casi tan mayores como Gitara. Las chicas Atha'an Miere nunca iban a la Torre a menos que manifestaran la chispa o se las hubieran arreglado para empezar a aprender por sí solas. En cualquiera de los dos casos, una delegación de Marinos llevaba a la chica y se marchaba tan pronto como era posible. A los Atha'an Miere les desagradaba estar mucho tiempo lejos del agua salada, y el mar más cercano a Tar Valon se encontraba a cuatrocientas leguas* al sur.

No obstante, Zemaille parecía querer olvidar sus orígenes. Al menos nunca hablaba de los Marinos a no ser que la presionara una Aes Sedai. Y era diligente, centrada en alcanzar el chal desde el primer día, según le habían contado a Moraine, aunque no era rápida a la hora de aprender. No es que fuera más lenta que la mayoría, sino simplemente que tardaba en aprender. Llevaba ocho años de Aceptada, y antes había estado diez de novicia. Moraine la había visto tantear torpemente un tejido una y otra vez hasta que de repente lo ejecutaba de forma tan perfecta que una se preguntaba por qué no le habría salido bien antes. Claro que cada cual progresaba a su paso, y la Torre nunca presionaba a nadie para que avanzara a un ritmo más rápido del que podía.

Una alta Aceptada que estaba sentada en la fila anterior, Aisling Mediodía, se volvió hacia ellas. Casi brincaba en el banco por el nerviosismo.

—Os digo que es la Predicción. Gitara hizo una antes de morir y la Amyrlin va a contarnos qué fue. Vosotras dos estabais de servicio esta mañana, ¿verdad? Os encontrabais allí cuando murió. ¿Qué dijo?

Siuan se puso tiesa y Moraine abrió la boca para soltar una mentira, pero Tarna la salvó.

—Moraine me ha contado que Gitara no hizo una Predicción, Aisling. Cuando llegue la Amyrlin nos enteraremos de qué nos quiere decir. —Su voz era fría, como siempre, pero no cortante. De todos modos, Aisling se puso roja como la grana.

Ella era otra rareza en la Torre, una de los Tuatha'an, también llamados el Pueblo Errante o los gitanos. Los Tuatha'an vivían en carromatos pintados en colores llamativos con los que viajaban de pueblo en pueblo y, al igual que los Marinos, no querían tener espontáneas autodidactas entre ellos. Si un grupo descubría que surgía la chispa en una de sus chicas, la caravana de carromatos daba media vuelta y se ponía de camino a Tar Valon tan deprisa como podían moverse los caballos. Verin, una robusta Marrón que era más baja incluso que Moraine, decía que las chicas gitanas nunca intentaban encontrar el modo de

* Legua: medida de longitud equivalente a 7,3 kilómetros.

Librodot

encauzar por sí mismas, que no querían encauzar ni hacerse Aes Sedai. Debía de ser así, puesto que Verin lo afirmaba, pero Aisling se aplicaba con tanta determinación como Zemaille y con más éxito. Se había ganado el anillo en cinco años, en el mismo que Moraine y Siuan, y Moraine creía que podría someterse a la prueba para obtener el chal dentro de un año, quizás antes.

Una de las puertas que había detrás del estrado se abrió y Tamra entró por ella, todavía con el vestido azul que había llevado la noche anterior y con la estola de Amyrlin echada alrededor del cuello. Moraine fue una de las primeras en verla, la primera que se puso de pie, pero instantes después todas se habían levantado y guardaban silencio. Resultaba raro ver sola a la Amyrlin. Siempre que se la veía por los corredores iba acompañada al menos por unas cuantas Aes Sedai, ya fueran hermanas corrientes que iban a presentarle peticiones o Asentadas de la Antecámara de la Torre que discutían algún asunto presentado a la Antecámara. A Moraine le pareció cansada. Oh, sí, llevaba muy recta la espalda y su expresión daba a entender que atravesaría un muro si se le metía en la cabeza, pero había en sus ojos algo que denotaba cansancio y que no tenía nada que ver con la falta de sueño.

—En acción de gracias por conservarse la invulnerabilidad de Tar Valon —empezó en un tono que llegaba a todos los oídos sin problemas—, he decidido que la Torre entregará una recompensa de cien coronas de oro a cada mujer de la ciudad que haya dado luz entre el día en que llegaron los primeros soldados y el día en que la amenaza termine. Ya se está anunciando por las calles en estos momentos.

Todas sabían muy bien que no debían hacer el menor ruido mientras la Amyrlin hablaba, pero las palabras de Tamra levantaron algunos murmullos, entre ellos el de Siuan. En realidad, lo suyo fue más un gruñido. Jamás había visto diez coronas de oro juntas, cuanto menos cien. Con cien se podía comprar una granja muy grande o quién sabe cuántas barcas de pesca.

—Como algunas de vosotras ya sabréis —prosiguió Tamra, que pasó por alto el incumplimiento de las normas—, a un ejército siempre lo acompañan seguidores de campamento, que a veces son más numerosos que los soldados. Muchos de ellos son artesanos que atienden las necesidades de un ejército, armeros y flecheros, herreros, albéitares y carreteros, pero también están las esposas de soldados y otras mujeres. Puesto que el ejército ha servido de escudo a Tar Valon, he decidido ampliar la recompensa a esas mujeres también.

Moraine cayó en la cuenta de que se estaba mordiendo el labio inferior y se obligó a dejar de hacerlo. Era una costumbre que intentaba quitarse. No tenía sentido permitir que cualquiera que la mirara se diera cuenta de que se estaba estrujando las meninges. Al menos ahora sabían lo que Tamra se traía entre manos. Debía de creer firmemente que el niño nacería pronto, mas, en nombre de la Luz, ¿por qué decírselo a las Aceptadas?

—Esa amenaza puede continuar durante un tiempo todavía —continuó Tamra—, aunque he recibido información esta mañana de que los Aiel podrían estar en retirada. No obstante, la situación parece lo bastante segura para empezar a recoger nombres, al menos en los campamentos más próximos a la ciudad. Para ser justas con esas mujeres debemos empezar lo antes posible a fin de evitar que alguna se marche antes. Algunas lo harán, si es verdad que los Aiel se retiran. Muchos soldados los seguirán y los seguidores de campamento no tardarán en ir tras ellos, en tanto que otros soldados volverán a su casa. Ninguna hermana ha regresado aún a la Torre, así que os envío a todas para que empecéis a anotar nombres. Puesto que, inevitablemente, algunas mujeres se habrán marchado antes de que hayáis dado con ellas, también preguntaréis quién ha dado a luz y ya no está allí. Anotad todo lo que pueda servir para localizarlas: quién es el padre, de qué ciudad o pueblo proceden, de qué país... Todo. A cada una de vosotras la acompañarán cuatro guardias de la Torre para tener la seguridad de que nadie os molesta.

Moraine casi se atragantó por intentar guardar silencio. Algunas mujeres no tuvieron tanto éxito y dejaron escapar respingos de asombro. Ya era bastante raro que a las Aceptadas se les permitiera salir de la ciudad, pero ¿sin ir acompañadas de una hermana? ¡Era algo sin precedentes!

Librodot

Con una leve e indulgente sonrisa, Tamra hizo una pausa a fin de dar tiempo para que se restableciese el orden. Era muy consciente de que las había dejado atónitas. Y al parecer había oído algo que Moraine no había pillado.

—Si me entero de que alguien ha utilizado el Poder para defenderse, Alanna, ese alguien va a tener problemas para sentarse después de visitar a la Maestra de las Novicias —dijo cuando se hizo de nuevo el silencio.

Unas cuantas Aceptadas seguían lo bastante nerviosas para soltar una risita, y una o dos rieron con fuerza. En el fondo Alanna era timorata, pero se esforzaba mucho en aparentar fiereza. Le decía a cualquiera que quisiera escucharla que quería ser del Verde, el Ajah de Batalla, y tener una docena de Guardianes. Sólo las Verdes vinculaban a más de un Guardián aunque, por supuesto, ninguna tenía tantos, pero así era Alanna, siempre exagerando.

Tamra dio una palmada, y las risas y risitas cesaron de golpe. La indulgencia tenía un límite.

—Tendréis mucho cuidado y haréis caso a los soldados que os escolten. —Ahora no hubo sonrisas. Su voz era firme. La Sede Amyrlin no toleraba tonterías de los gobernantes, de modo que no iba a consentírselas a unas Aceptadas—. Los Aiel no son el único peligro que hay fuera de los muros de Tar Valon. Es posible que algunos crean que sois Aes Sedai, y podéis dejar que lo piensen siempre y cuando no seáis tan necias de afirmarlo. —Eso hizo más profundo el silencio; pasar por Aes Sedai sin serlo violaba una ley de la Torre cuyo cumplimiento se hacía respetar estrictamente, incluso a mujeres que no pertenecían a la Torre—. Pero hay rufianes que sólo verán un rostro juvenil y podrían pensar que sois presa fácil de no ir escoltadas. Y no olvidéis que hay Hijos de la Luz en ese ejército. Un Capa Blanca identificará el vestido de una Aceptada y, si se le presentase la ocasión de clavarle una flecha en la espalda sin correr peligro, eso le complacería tanto como si fuese una Aes Sedai.

Parecía imposible que el silencio de la sala pudiera acentuarse, pero lo hizo. Moraine pensó que podría oír la respiración de las otras, sólo que parecía que nadie respiraba. Cuando una Aes Sedai salía al mundo y desaparecía, como ocurría en ocasiones, la primera idea que a uno siempre se le venía a la cabeza eran los Capas Blancas. Los Hijos llamaban Amigas Siniestras a las Aes Sedai y afirmaban que tocar el Poder era una blasfemia penalizada con la muerte, una sentencia que estaban más que dispuestos a llevar a cabo. Nadie entendía por qué habían acudido a ayudar en la defensa de Tar Valon. Al menos, nadie entre las Aceptadas.

La Amyrlin recorrió lentamente con la mirada las filas de bancos. Finalmente asintió con la cabeza, satisfecha de que su advertencia hubiese calado hondo.

—Se están ensillando caballos para vosotras en las Cuadras de Poniente. Tendréis comida para mediodía en las alforjas, así como cualquier cosa que necesitéis. Ahora, regresad a vuestros cuartos, poneos zapatos fuertes y coged la capa. Será un día largo y frío. Que la Luz os acompañe. —Era una orden de que salieran y las jóvenes hicieron una reverencia casi a una; pero, mientras se dirigían a la puerta para salir al pasillo, Tamra añadió como si acabara de ocurrírsele—: Ah, sí. —Dos palabras que bastaron para que todas se frenaran en seco—. Cuando escribáis el nombre de una mujer, anotad también el del bebé, así como el sexo, el día en que nació y el lugar exacto. Los registros de la Torre sobre este tema han de estar completos. Podéis marcharos. —Así, como si lo que había dejado para el final no fuera lo más importante. Tal era el modo en que las Aes Sedai ocultaban cosas a plena vista. Había quien decía que el Juego de las Casas lo habían inventado las Aes Sedai.

Moraine no pudo evitar intercambiar una mirada excitada con Siuan. Su amiga detestaba cualquier cosa que oliera a trabajo administrativo, pero ahora lucía una sonrisa de oreja a oreja. Iban a ayudar a encontrar al Dragón Renacido. Sólo su nombre, por supuesto, y el de su madre, pero era lo más parecido a una aventura que una Aceptada habría esperado vivir.

Librodot

4



Salida de la Torre

El cuarto de Moraine apenas se diferenciaba del de Siuan. La pequeña mesa cuadrada, con cuatro libros apilados encima, y las dos sillas de respaldo recto sin cojín podrían haber llegado de la misma granja que las que tenía Siuan. La cama era más estrecha, la alfombra illiana, redonda y floreada, tenía algunos zurcidos, y la jofaina del lavabo había recibido un golpe en algún momento del pasado. El espejo tenía una grieta en una esquina. Aparte de eso, habría podido ser la misma habitación. No se molestó en encender la chimenea. Había cubierto los rescoldos más cuidadosamente que Siuan, pero no daría tiempo de que el fuego empezara a caldear siquiera el frío del cuarto.

Del fondo del armario, algo más amplio que el de Siuan pero igualmente sencillo, sacó un par de zapatos fuertes que le hicieron torcer el gesto. Eran horribles, hechos de un cuero mucho más grueso que los escarpines que llevaba puestos. El cordón de los lazos habría servido para arreglar una silla de montar. Sin embargo, le mantendrían secos los pies en la nieve, mientras que los escarpines se calarían. También sacó un par de gruesas medias de lana. Se sentó en el borde de la cama deshecha para ponérselas encima de las que ya llevaba. Durante un instante se planteó ponerse una muda interior extra. Por mucho frío que hiciera dentro de la Torre, haría muchísimo más allí adonde iba. Sin embargo, apenas tenía tiempo. Y, además, no quería quitarse el vestido con la temperatura que había en el cuarto. A buen seguro, el trabajo de anotar nombres se realizaría en un lugar a cubierto, con un fuego o un brasero para calentarlo. Por supuesto que sí. Lo más probable era que la gente del campamento las tomara por Aes Sedai, como había sugerido Tamra.

Lo siguiente que sacó del armario fue un cinturón estrecho de cuero labrado y hebilla de plata, con una vaina sencilla que guardaba una daga estrecha montada en plata; la hoja era poco más larga que su mano. No se la había vuelto a poner desde que había llegado a la Torre, y al principio se sintió rara con ella colgada de la cintura. Utilizar el Poder para defenderse estaría prohibido, pero la daga haría un buen servicio si surgía la necesidad. También colgó del cinturón la escarcela del ceñidor blanco que había dejado en la cama y se quedó pensativa. Estaba muy bien que Tamra dijera que todo lo que necesitaran estaría en las alforjas, pero no era prudente depender de otra persona, aunque ésta fuera la Sede Amyrlin, para que te proporcionara todo lo necesario. Guardó el peine de marfil y el cepillo del pelo, con el mango también de marfil, en una bolsa de cuero. Por urgente que fuera recoger nombres, Moraine dudaba de que cualquier Aceptada que tuviera un aspecto desaseado se librara de un sermón en el mejor de los casos. A esto le siguió su mejor par de guantes de montar, de cuero en color azul oscuro con un pequeño bordado negro en el envés, así como un pequeño estuche de costura, de madera de ébano tallada, un ovillo de fuerte bramante, dos pares de medias por si las que llevaba puestas se le mojaban, varios pañuelos de distinto tamaño y un número de otros objetos que podrían ser útiles, entre ellos una pequeña navaja que se doblaba, para afilar péñolas en caso de que tuvieran que escribir con ellas. A las hermanas nunca las obligarían a soportar tal inconveniente, pero ellas no eran hermanas.

Se colgó la bolsa al hombro, tomó la capa con el repulgo y el borde de la capucha adornados con la banda de colores, y salió presurosa, justo a tiempo de ver a Meidani y a Brendas salir con premura por el arco que cerraba la galería, las capas ondeando tras ellas. Siuan la aguardaba con impaciencia, también con una bolsa cargada al hombro debajo de la capa y los azules ojos chispeando de entusiasmo. Así que no era ella la única contagiada con el frenesí del momento. Al otro extremo de la galería, Katerine Alruddin se asomó por la puerta de su cuarto y exigió a voz en cuello a Carlinya que le devolviera su costurero, para luego regresar velozmente al interior sin esperar respuesta.

—Alanna, Pritalle, ¿alguna de vosotras me puede prestar un par de medias limpias? —preguntó alguien desde abajo.

—Te presté uno ayer, Edesina —llegó la respuesta desde arriba.

En el patio interior resonaron portazos al tiempo que voces de mujeres llamaban a gritos a Temaile o Desandre, a Coladara o Atuan o a un puñado de otras Aceptadas para que devolvieran o prestaran éste o aquel objeto. De haber estado presente una hermana, aquel escándalo las habría metido a todas en una olla con agua hasta el cuello y encima de una lumbre.

—¿Por qué has tardado, Moraine? —preguntó Siuan falta de aliento—. Vamos, antes de que nos dejen atrás. —Marcó un paso rápido, como si esperara realmente que los guardias se marcharan si no se daban prisa. Eso no podía pasar, naturalmente, pero Moraine no remoloneó. No arrastraría los pies con la perspectiva de salir de la ciudad. Sobre todo en esta ocasión.

Fuera, al sol todavía le quedaba un trecho para llegar a la mitad del recorrido al cenit. Por el cielo se desplazaban oscuros nubarrones grises. Cabía la posibilidad de que nevara a lo largo del día, y eso no facilitaría el trabajo que tenían por delante. Caminar sí era fácil, ya que en el ancho paseo de gravilla que conducía a las Cuadras de Poniente, más allá del ala de la Torre donde estaban los aposentos de las Aceptadas, se había quitado la nieve. No para comodidad de las Aceptadas, desde luego; la mayoría de las hermanas guardaban sus caballos en las Cuadras de Poniente, y los peones limpiaban ese camino dos o tres veces al día si era menester.

Las cuadras en sí eran tres edificios de piedra gris, más grandes que los establos principales del Palacio del Sol, y el amplio patio empedrado que había delante estaba casi abarrotado de mozos vestidos con toscas chaquetas y caballos ensillados y soldados de la Guardia de la Torre equipados con yelmos, petos de acero gris sobre las chaquetas casi negras y capas igualmente oscuras, adornadas con la lágrima blanca de la Llama de Tar Valon. Los tabardos de franjas de siete colores, encima de los petos, señalaban a los alféreces y a un único oficial. Brendas y Meidani estaban montando en la silla, y otra media docena de Aceptadas, arrebujadas en la capa y con la capucha echada, ya se alejaban en fila, flanqueadas por sus guardias. Moraine sintió una momentánea irritación porque tantas hubieran sido más rápidas que ellas dos. ¿Acaso no habían preparado nada para acabar tan pronto? Bueno, ellas no sabían lo que buscaban. Eso le levantó el ánimo de nuevo.

Abriéndose paso entre la multitud a empujones, Moraine encontró a su yegua castaña; las riendas las sujetaba una larguirucha moza de cuadra con una expresión desaprobadora en el semblante. Seguramente su aire ceñudo era porque una Aceptada tuviera su propia montura. Pocas la tenían —la mayoría no podía permitirse mantener un caballo y, además, las ocasiones de cabalgar fuera del recinto de la Torre eran contadas—, pero Moraine había comprado a *Flecha* para celebrar la obtención del anillo. Un acto de ostentación que sospechaba había estado a punto de costarle una visita al estudio de Merean. Aun así, no lamentaba haberla comprado. La yegua no era alta, ya que Moraine detestaba parecer una chiquilla, que era lo que pasaba cuando montaba animales grandes, pero *Flecha* podía seguir galopando después de que caballos más grandes que ella estuvieran agotados. Una montura rápida estaba bien, pero una resistente era mejor aún, y *Flecha* tenía ambas cualidades. Y podía saltar vallas que muy pocos caballos intentarían salvar. Comprobar esto último sí le había costado una visita a la Maestra de las Novicias. A las hermanas no les parecía nada bien

Librodot

que una Aceptada corriera el riesgo de romperse el cuello. No, no les parecía nada bien.

La moza de cuadra intentó entregarle las riendas, pero Moraine colgó la bolsa en la alta perilla de la silla y después desabrochó las correas de las alforjas. La de un lado contenía un paquete envuelto en tela; era media hogaza de pan moreno, albaricoques secos y un gran trozo de queso amarillo claro. Más de lo que podía comerse, pero algunas de las otras tenían un enorme apetito. La alforja del otro lado abultaba con un recado de escribir de madera pulida, así como un grueso mazo de hojas de buen papel y dos plumas con plumín de acero.

«El cortaplumas no hacía falta», pensó, contrita, aunque tuvo cuidado de mantener el gesto sereno. No estaba dispuesta a que la moza de cuadra la viera avergonzada.

El recado de escribir también contenía un tintero prietamente cerrado, de cristal grueso. Para regocijo de la moza de cuadra, que ni siquiera intentó disimularlo, comprobó que el tapón estaba bien cerrado. Bueno, que sonriera lo que quisiera sin molestarse en taparse la boca con la mano, pero ella no tendría que sufrir las consecuencias del desbarajuste si la tinta se salía y lo manchaba todo. A veces Moraine pensaba que era una lástima que los criados no vieran a las Aceptadas del mismo modo que las novicias.

Cuando Moraine tomó finalmente las riendas, la moza de cuadra le hizo una burlona reverencia y se inclinó con las manos enlazadas a guisa de estribo; otro gesto burlón, pero Moraine desdeñó su ayuda. Se puso los guantes de montar y se encaramó ágilmente a la silla. ¡A ver si esa mujer se reía ahora! La habían subido a su primer poni —sujeto por riendas, naturalmente— tan pronto como fue lo bastante mayor para caminar sin que alguien la llevara de la mano, y le habían regalado su primer caballo a los diez años. Por desgracia, el vestido de Aceptada no tenía la falda dividida para montar, y la necesidad de bajarse los vuelos en un vano intento de taparse las piernas echó a perder un tanto la dignidad del momento. No era la modestia lo que la preocupaba, sino el frío. Bueno, también un poco la modestia. Se fijó en que algunos guardias le miraban las piernas enfundadas en las medias, al aire casi hasta la rodilla, y enrojeció hasta la raíz del cabello. En un intento de hacer caso omiso de los hombres, buscó a Siuan con una ojeada.

Había querido comprarle a Siuan un caballo también como celebración y ahora deseó no haberse dejado convencer por su amiga para que no lo hiciera. A Siuan no le habría venido mal la poca o mucha práctica que hubiese adquirido desde entonces. Se encaramó torpemente a la montura, un robusto castrado gris, con tanta torpeza que el apacible animal volvió la cabeza para mirarla consternado. Faltó poco para que se cayera al intentar poner el otro pie en el estribo. Conseguido esto, aferró las riendas con tanta fuerza que los nudillos se le marcaron en los guantes grises; en su rostro había una expresión sombría, como si se preparara para una onerosa prueba que no lograría superar. Para ella lo era. Siuan sabía montar, sólo que no se le daba nada bien. Algunos hombres miraron también las piernas de Siuan, pero ésta no pareció darse cuenta. Claro que, aunque lo hubiera notado, no se habría puesto colorada. ¡Según ella, trabajar en una barca de pesca significaba tener que recogerse la falda y dejar al aire las piernas bastante más arriba de las rodillas!

Tan pronto como las dos hubieron montado, un joven y delgado subteniente, cuyo yelmo iba adornado con una corta pluma blanca, destacó a ocho guardias para su escolta. Era muy guapo, detrás de las barras de la visera del yelmo, pero cualquier guardia de la Torre sabía bien que no debía sonreír a una Aceptada y apenas las miró a Siuan y a ella antes de dar media vuelta. No es que Moraine quisiera que le sonriera ni devolverle la sonrisa —no era una novicia mentecata—, pero sí le habría gustado mirarlo un poco más de tiempo.

El cabecilla de la escolta no era guapo. El alférez, un hombre alto y canoso con un ceño permanente marcado en la frente, que se presentó a sí mismo como Steler de manera cortante y con una voz grave y profunda, situó a los soldados formando un amplio anillo alrededor de las dos e hizo volver grupas a su larguirucho castrado ruano en dirección a la Puerta del Ocaso sin añadir nada más. Los guardias azuzaron sus monturas en pos de él, con lo que a Siuan y a Moraine no les quedó otra alternativa que moverse con ellos. ¡Las arreaban como si fueran ganado! Moraine conservó la calma merced a un gran esfuerzo. Era una buena práctica. Siuan no parecía necesitar hacer práctica alguna.

Librodot

—Se supone que vamos a la orilla occidental —dijo en voz alta y con una mirada fulminante a la espalda de Steler, pero éste no contestó. En un tris de resbalar de la silla en el proceso, Siuan taconeó los gordos costados del castrado gris y se situó al lado del hombre—. ¿Me habéis oído? Tenemos que ir a la orilla occidental.

El alférez soltó un sonoro suspiro y finalmente volvió la cabeza hacia Siuan.

—Se me ordenó que os condujera a la orilla occidental... —Hizo una pausa como para pensar con qué título dirigirse a ella. Eran contadas las veces que los guardias tenían un motivo para hablar con las Aceptadas. Por lo visto no se le ocurrió nada, ya que siguió hablando sin usar ningún tratamiento y, además, con un tono de voz más firme—. Bien, si alguna de las dos sufre aunque sólo sea un moretón, me van a calentar las orejas, y no quiero que me las calienten, así que permaneced dentro del círculo, ¿de acuerdo? Bien, volved a vuestro sitio ahora o nos quedaremos plantados aquí hasta que lo hagáis.

Prietos los dientes, Siuan retrocedió hasta ponerse junto a Moraine. Ésta echó una rápida ojeada a su alrededor para comprobar que ningún soldado estaba lo bastante cerca para oírla.

—No es posible que pienses que vamos a ser nosotras las que lo encontraremos, Siuan —susurró. Ella albergaba esa esperanza, cierto, pero esto era la vida real y no el relato de un juglar—. Tal vez ni siquiera ha nacido aún.

—Tenemos tantas posibilidades como cualquiera de las otras —musitó Siuan—. Tenemos más, puesto que sabemos lo que buscamos realmente. —Seguía mirando ceñuda al alférez—. Cuando vincule a un Guardián lo primero que haré será asegurarme de que haga lo que se le ordene.

—¿Estás pensando en vincular a Steler? —preguntó Moraine con un tono inocente. A los ojos de su amiga asomó una mezcla de estupefacción y horror tales que casi se echó a reír. Pero su pregunta también había hecho que Siuan estuviera a punto de caerse otra vez y no debía reírse de eso.

Una vez que hubieron cruzado la Puerta del Ocaso, reforzada con bandas de hierro y con los soles ponientes dorados que le daban nombre incrustados en lo alto de los gruesos maderos, enseguida fue evidente que torcían hacia el sudoeste a través de las calles pavimentadas, en dirección a la Puerta de Alindaer. Había muchas poternas de acceso a la ciudad por las que podían entrar pequeños botes; y, por supuesto, estaban el Puerto del Sur y el Puerto del Norte para los barcos fluviales, pero puertas de puentes sólo había seis. La Puerta de Alindaer era la más meridional de las tres de poniente, lo que no auspiciaba muchas posibilidades de acercarse al Monte del Dragón, pero Moraine no creía que Steler accediera a variar de rumbo. «Aprende a sobrellevar lo que no puedes cambiar», se dijo amargamente para sus adentros. Siuan debía de estar a punto de morderse las uñas.

Sin embargo, su amiga observaba en silencio la espalda de Steler. Ya no era una mirada iracunda, simplemente lo examinaba del mismo modo que hacía con los rompecabezas que tanto le gustaban, esos intrincados hasta la exasperación, con piezas encajadas de tal modo que parecía imposible que pudieran separarse. Sólo que al final Siuan conseguía separarlas siempre. Y lo mismo rezaba con los crucigramas y los números cruzados. Siuan veía pautas donde nadie más alcanzaba a verlas. Estaba tan absorta con el alférez que de hecho montaba con cierta soltura, ya que no con destreza. Al menos no parecía estar a punto de caerse cada dos pasos.

A lo mejor discurría un modo de hacerlo cambiar de parecer, pero Moraine se dedicó a disfrutar del paseo a caballo por la ciudad. Después de todo, no era como si a las Aceptadas les permitieran salir del recinto de la Torre a diario, y Tar Valon era la ciudad más grande, la más espléndida del mundo conocido. Del mundo entero, posiblemente. La isla tenía unos dieciséis kilómetros de extensión y, a excepción de los parques públicos y los jardines privados —y la arboleda Ogier, naturalmente—, la urbe cubría cada metro cuadrado de su superficie.

Las calles por las que pasaban eran anchas y se había limpiado la nieve, y todas parecían atestadas de gente, la mayoría a pie, aunque también había sillas de manos y literas

Librodot

cerradas que se abrían paso entre la multitud. Con tanto gentío se avanzaba más deprisa a pie que a caballo, y sólo los más presuntuosos o los más obstinados iban montados, como una noble teariana, muy envarada en su vestido de cuello alto de encaje y acompañada por un séquito de criados y guardias; un grupo de mercaderes kandoreses de expresión seria, con cadenas de plata adornando la pechera de las chaquetas; varios grupos de fatuos petimetres murandianos, vestidos con chaquetas de intensos colores y luciendo bigotes retorcidos, que deberían haber estado fuera, luchando. O quienes tenían un largo camino por delante, se corrigió Moraine para sus adentros mientras hacía otro intento fútil por taparse las piernas y asestaba una mirada ceñuda a un saldaenino de ojos rasgados, un comerciante o artesano a juzgar por la sencilla chaqueta de paño, que se la estaba comiendo con los ojos descaradamente. ¡Luz! Los hombres nunca parecían entender —ni parecía importarles— cuándo quería una mujer que la miraran y cuándo no. En cualquier caso, Steler y sus soldados se las arreglaban para abrir paso delante de ellas con su mera presencia. Nadie quería entorpecer la marcha de ocho guardias de la Torre armados y equipados con corazas. Debía de ser eso lo que abría un camino entre el gentío. Moraine dudaba de que nadie en aquella multitud supiera que un vestido con bandas de colores señalaba a una iniciada de la Torre Blanca. La gente que viajaba a Tar Valon no se acercaba a la Torre a menos que tuviera asuntos que tratar allí.

Todas las naciones parecían estar representadas en esa muchedumbre. «El mundo va a Tar Valon», como rezaba el dicho. Taraboneses del lejano oeste con el velo que les tapaba la cara hasta los ojos, pero lo bastante transparente para que se viera el espeso bigote, caminaban junto a marineros de piel curtida —y descalzos a pesar del frío— procedentes de los barcos fluviales que navegaban por el Erinin. Un hombre de las Tierras Fronterizas, equipado con peto y cota, se cruzó con ellos cabalgando en dirección contraria; un shienariano de rostro pétreo, con el yelmo rematado en cresta colgado de la silla y la cabeza afeitada a excepción de un mechón en la coronilla. Sin duda era un mensajero de camino a la Torre, y Moraine se planteó durante un momento pararlo. Pero no le revelaría el mensaje a ella, además de que tendría que abrirse paso entre los guardias de Steler. ¡Luz, cómo detestaba quedarse en la ignorancia!

Había cairhieninos de ropas oscuras, fáciles de distinguir porque eran más bajos y de tez más pálida que casi cualquier otra persona; altaraneses con chaquetas de bordados recargados; altaranesas que se ceñían las capas de intenso color rojo o verde o amarillo a fin de proteger lo que los vestidos de escote bajo dejaban expuesto al aire helado; tearianos con chaquetas adornadas con anchas bandas de colores o con vestidos orlados de encaje; y andoreños vestidos sencillamente que caminaban no sólo como si supieran perfectamente bien adónde iban sino como si se propusieran llegar allí lo antes posible. Los andoreños siempre se centraban en un asunto a la vez; era gente tozuda, exageradamente orgullosa y carente de imaginación. Media docena de mujeres domani de tez cobriza y con capas de hechura extravagante —sin duda, mercaderes; la mayoría de las domani que viajaban fuera de su país lo eran— estaban comprando pasteles de carne en un puesto ambulante. Cerca, un arafelino que llevaba una capa con mangas acuchilladas en rojo y el negro cabello peinado en dos largas trenzas rematadas con campanillas de plata agitaba los brazos y discutía con un impasible illiano que parecía más interesado en arrebujarse en la capa a rayas de colores intensos. Moraine avistó incluso a un tipo de tez negra como el carbón que podría ser uno de los Marinos, bien que algunos tearianos tenían la piel igual de oscura. Llevaba las manos metidas bajo la deshilachada capa mientras esquivaba a la muchedumbre, así que Moraine no pudo ver si las tenía tatuadas.

Con tanta gente, había un gran barullo por el mero hecho de hablar, pero las carretas y los carros contribuían al jaleo con el chirrido de los ejes mal engrasados, la trápala de cascos y el rechinido de las ruedas con armazón de hierro sobre los adoquines. Los carreteros gritaban a la gente para que se apartara, cosa que ésta hacía de mala gana, y los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías de cintas o agujas o nueces tostadas o una docena de cosas más que llevaban en carretillas o bandejas al cuello. A despecho del frío los juglares y titiriteros

Librodot

ejecutaban su número en algunas esquinas, hombres y mujeres que habían extendido la capa en el suelo para que les echaran monedas tocaban flautas, caramillos o arpas, y los tenderos, situados delante de sus establecimientos, proclamaban la superioridad de sus mercancías sobre cualesquiera otras. Los barrenderos con sus escobones y palas y carretillas iban limpiando lo que dejaban caer los caballos a su paso y otras basuras a la par que gritaban: «¡Dejen paso para tener los zapatos limpios!», «¡Dejen paso para tener los zapatos limpios!». Todo tenía un aspecto tan... normal. Nadie parecía darse cuenta del acre e intenso olor a humo que flotaba en el aire. Una batalla fuera de Tar Valon no podía alterar lo que pasaba dentro de las murallas de la ciudad. Quizá ni siquiera lo haría una guerra. Pero lo mismo podía verse en Cairhien, aunque no en un número tan elevado ni con tanta variedad. Era la propia Tar Valon la que hacía a la urbe distinta de cualquier otra.

La Torre Blanca se alzaba en medio de la ciudad cual un asta gruesa de color hueso que ascendía casi cien espanes* hacia el cielo y se divisaba a kilómetros de distancia. Era lo primero que vislumbraba cualquiera que se aproximaba a la ciudad mucho antes de avistar la población en sí. El centro de poder de las Aes Sedai; eso bastaba para hacer especial a Tar Valon, pero otras torres más pequeñas se alzaban por toda la ciudad. Eran agujas espirales y estriadas, algunas tan cerca entre sí que estaban comunicadas por puentes a treinta o a sesenta metros del suelo o incluso a más altura. Ni siquiera las Torres Infinitas de Cairhien las igualaban. Cada plaza tenía una fuente o un monumento en el centro, o una enorme estatua, algunas de ellas puestas sobre pedestales de quince metros de alto, pero los propios edificios eran más magníficos que los monumentos de otras ciudades. Alrededor de las casas palaciegas de mercaderes acaudalados y banqueros, con sus cúpulas y torres y galerías con columnatas, se apiñaban tiendas y posadas, tabernas y establos, edificios de pisos de viviendas y casas de gente corriente, pero incluso éstas estaban ornamentadas con tallas y frisos propios de palacios. Bastantes de ellas habrían pasado por tales. Casi todos esos edificios eran de construcción Ogier, y los Ogier construían belleza. Más maravillosos todavía eran algunos edificios repartidos por la ciudad —seis de ellos visibles desde cualquier calle— en los que a los albañiles Ogier se les había dado carta blanca. Un banco de tres plantas sugería una bandada de dorados pájaros de mármol alzando el vuelo, en tanto que la casa gremial de mercaderes kandoreses parecía representar caballos cabalgando sobre espuma o tal vez espuma convirtiéndose en caballos, y una gran posada llamada El Gato Azul representaba exactamente eso, un gato azul enroscado y dormido. La Gran Lonja de Pescado, la mayor de la ciudad, tenía la apariencia de un banco de enormes peces verdes, rojos, azules y a rayas. Otras ciudades se preciaban de sus edificios Ogier, pero nada podía compararse con los que poseía Tar Valon.

Un andamio rodeaba uno de los edificios de construcción Ogier y ocultaba su forma, de manera que lo único que se distinguía era piedra verde y blanca, y el hecho de que todo parecían curvas; unos albañiles Ogier se movían por las plataformas de madera del andamio y otros subían grandes piedras blancas con una larga grúa de madera que se veía desde la calle. Hasta una construcción Ogier necesitaba reparaciones de vez en cuando, y ningún albañil humano podía igualar su destreza. Sin embargo, no se los solía ver a menudo. Uno de ellos estaba en la calle, al pie de una gran escalera de mano que subía a la primera plataforma; vestía una larga chaqueta oscura que se acampanaba por encima del borde de las botas altas y llevaba un grueso rollo de pergamino debajo de un brazo. Planos, sin duda. Si se entrecerraban los ojos se lo podría tomar por un humano. Y si se pasaba por alto el hecho de que los enormes ojos del Ogier estaban a la altura de los de Moraine cuando ésta pasó montada a caballo por delante de él. Eso y las largas y copetudas orejas que asomaban entre el pelo, una nariz casi tan ancha como la cara y una boca que casi le dividía en dos el rostro. Las cejas le colgaban sobre las mejillas como un bigote. Moraine le dirigió una inclinación de cabeza formal desde la silla, y él respondió con idéntica seriedad mientras se atusaba la estrecha barba que le llegaba al pecho. Pero las orejas se agitaron y Moraine creyó ver que el

* Espán: medida de longitud equivalente a 1,8 metros.

Librodot

Ogier esbozaba una sonrisa cuando se volvió y empezó a trepar por la escalera de mano. Cualquier Ogier que visitara Tar Valon reconocería el vestido de Aceptada.

Abochornada, miró con el rabillo del ojo para ver si Siuan se había percatado, pero la otra mujer seguía observando atentamente a Steler. Quizá ni siquiera se había fijado en el Ogier. Siuan se quedaba completamente absorta con sus rompecabezas, pero ¿pasar por alto a un Ogier?

Casi una hora después de haber salido de la Torre llegaron a la Puerta de Alindaer, que era lo bastante ancha para que pasaran cinco o seis carretas a la vez sin apreturas y estaba flanqueada por altos torreones almenados. Internándose en el río, había torreones a todo lo largo de las blancas murallas de la ciudad, pero ninguno era tan alto y tan fuerte como los de los puentes. Las enormes puertas revestidas de bronce se hallaban abiertas de par en par, pero los guardias apostados en lo alto las vigilaban, listos para ordenar que se cerraran, y otros doce más, situados a un lado de la calzada y armados con alabardas, observaban atentos a los pocos que las cruzaban. Siuan, Moraine y su escolta atrajeron sus miradas como un imán atraería las limaduras de hierro. O, más bien, fueron los vestidos los que las atrajeron. No obstante, nadie dijo nada porque unas Aceptadas abandonaran la ciudad, lo que sugería que otros grupos ya habían pasado por esa puerta. A diferencia de las ajetreadas calles, la puerta no tenía tránsito. Todos los que habían buscado la seguridad de las murallas de Tar Valon llevaban mucho tiempo dentro de la ciudad, y, a despecho de la aparente normalidad existente de murallas para dentro, nadie parecía pensar que era seguro marcharse todavía. Uno de los guardias que estaban a un lado de la calzada, un alférez de hombros anchos, saludó con un cabeceo a Steler, que respondió de igual modo sin pararse.

Cuando los cascos de las monturas tabletearon sobre el puente, Moraine sintió que se quedaba sin aliento. Los propios puentes eran una maravilla, construidos con ayuda del Poder; los arcos de piedra, labrada tan exquisitamente que semejaba encaje, se extendían kilómetro y medio hasta más allá de la orilla pantanosa del río, suspendidos en el aire todo el tramo y lo bastante altos en el centro como para que hasta el barco fluvial más grande pudiera navegar por debajo. Sin embargo, no era eso lo que la había impresionado. Estaba fuera de la ciudad. Las hermanas inculcaban profundamente en todas las novicias que el simple hecho de pisar los puentes constituía un intento de fuga, que era el peor delito que una novicia podía cometer aparte del asesinato. Lo mismo rezaba para las Aceptadas; la única diferencia era que a ellas no hacía falta que se lo recordaran. Y estaba fuera de la ciudad, tan libre como si llevara el chal ya. Miró a los soldados que cabalgaban a su alrededor. Bueno, casi tan libre.

En el ápice del puente, unos cuarenta y cinco metros por encima del río, Steler frenó bruscamente su montura. ¿Es que estaba tan loco como para pararse a contemplar el Monte del Dragón que se elevaba a lo lejos, con la cumbre quebrada emitiendo una cinta de humo? En su euforia, Moraine se había olvidado del frío, pero un fuerte viento que descendía por el Alindrelle Erinin, tan cortante que le atravesaba la capa, no tardó en recordárselo. La peste a madera quemada que traía el aire parecía especialmente intensa. Cayó en la cuenta de que las trompetas habían dejado de sonar. De algún modo el silencio parecía tan ominoso como lo habían sido sus toques.

Entonces vio al pie del puente un grupo de jinetes, unos nueve o diez, que miraban fijamente las murallas de la ciudad. La razón de que las trompetas hubiesen enmudecido ya no parecía tan inquietante. Los petos bruñidos y los yelmos de los jinetes relucían como plata, y todos llevaban capa larga, extendida sobre la grupa de la montura. Abrazar la Fuente la llenó de vida y gozo, y lo que en ese momento era más importante, le aguzó la vista. Como había sospechado, un dorado sol radiante aparecía bordado a la izquierda de la pechera de las capas. Hijos de la Luz. ¿Y osaban cortar el tránsito en uno de los puentes de Tar Valon? Bueno, sólo estaban Siuan, los guardias y ella, pero el principio seguía siendo el mismo. A decir verdad, lo empeoraba el hecho de que fueran Siuan, los guardias y ella. Lo hacía intolerable.

—Alférez Steler —llamó en voz alta—. No se debe consentir que los Capas Blancas crean que pueden intimidar a unas iniciadas de la Torre. O a unos guardias de la Torre. Seguiremos adelante. —El muy necio ni siquiera apartó la vista de los Capas Blancas para

mirarla. Quizá si le daba un capón con un pequeño flujo de Aire...

—¡Moraine! —El susurro de Siuan fue quedo, pero cortante.

Miró sorprendida a su amiga. Siuan la miraba ceñuda. ¿Cómo lo había sabido? ¡Ni siquiera había empezado a hacer el tejido! Con todo, Siuan tenía razón. Ciertas cosas no estaban permitidas. Sintiéndose culpable, soltó el *Saidar* y suspiró cuando desapareció toda la gozosa exaltación. Tuvo un escalofrío y se arrebujó en la capa. Como si eso sirviera de algo.

Finalmente, los Capas Blancas dieron media vuelta y regresaron al pueblo. Alindaer era una villa grande, prácticamente una ciudad, con casas de ladrillo de dos o incluso tres plantas y techadas con tejas azules visibles a través de la nieve, con sus propias posadas, comercios y mercados. El manto blanco le daba un aspecto limpio y tranquilo. Durante largos instantes los Capas Blancas desaparecieron de la vista. Sólo cuando aparecieron por el hueco entre dos edificios, en una de las calles que llevaba hacia el norte, Steler azuzó su montura para que reemprendiera la marcha. La mano enguantada del hombre descansaba sobre la empuñadura de la espada y no dejaba de volver la cabeza a uno y otro lado para escudriñar las calles que había más adelante conforme recorrían el último tramo del puente. Donde había un grupo de Capas Blancas podía haber más. Moraine se sintió de pronto muy agradecida por la presencia de Steler y sus hombres. Una daga no serviría de mucho contra una flecha de un Capa Blanca. Por lo visto ninguno de los preparativos que había hecho servía para nada.

Cuando llegaron al límite de la ciudad, Siuan volvió a taconear al castrado gris para acercarse al alférez, todavía tan absorta en sus pensamientos que cabalgó casi con... gracilidad no, desde luego, pero al menos con estabilidad.

—Alférez Steler. —Su tono combinaba firmeza con urbanidad, así como un fuerte dejo de certeza. Era algo muy parecido a una voz de mando. Steler volvió la cabeza hacia ella y parpadeó, sorprendido—. Sabéis por qué estamos aquí, naturalmente —prosiguió Siuan, que apenas esperó al gesto de asentimiento del hombre—. Las mujeres que se marcharán antes de enterarse de la recompensa son las que están en los campamentos más distantes de la ciudad. Visitar esos campamentos ayer habría conllevado cierto peligro, pero la Amyrlin ha informado de que los Aiel se están retirando. —¡Luz! Parecía, ni más ni menos, que la Amyrlin compartiera los informes con ella regularmente—. La Amyrlin ha expresado su firme voluntad de que ninguna de esas mujeres se marche sin recibir la recompensa, alférez, de modo que os sugiero encarecidamente que cumplamos el deseo de la Amyrlin y empecemos por esos campamentos más alejados. —El gesto que hizo podría haber parecido vago a cualquiera que no fuera Moraine, pero lo cierto es que señalaba directamente al Monte del Dragón—. La Sede Amyrlin querría que lo hiciéramos así.

Moraine contuvo el aliento. ¿Habría hallado Siuan la clave?

—Según tengo entendido, no hay Aiel a este lado del Erinin —contestó Steler con voz agradable. Un instante después, el alférez truncaba sus esperanzas—. Pero me ordenaron ir a los campamentos más próximos al río, y eso será lo que hagamos. También me advirtieron que si alguien alborotaba tenía que llevar inmediatamente a esa persona de vuelta a la Torre. No estaréis alborotando, ¿verdad? No, claro, eso me pareció.

Reteniendo su montura para que Moraine la alcanzara, Siuan se situó junto a *Flecha.* No tenía fruncido el entrecejo, pero la mirada que asestaba al alférez era puro hielo. De repente la envolvió el brillo del *Saidar.*

—No, Siuan —advirtió Moraine en voz queda.

Siuan la miró ceñuda.

—Quizá lo único que intentaba era ver lo que hay más adelante, ¿sabes? Por si acaso quedan más Capas Blancas.

Moraine enarcó una ceja y Siuan enrojeció mientras el brillo de la Fuente se disipaba a su alrededor. No tenía derecho a mostrarse sorprendida. Después de seis años de no despegarse prácticamente la una de la otra, Moraine sabía con sólo mirarla que su amiga preparaba una travesura. Para alguien tan inteligente como ella, a veces Siuan parecía estar ciega.

—No entiendo cómo aguantas esto —masculló la mujer más alta al tiempo que se

levantaba a medias de la silla, apoyada en los estribos. Moraine tuvo que sujetarla para que no se fuera al suelo—. Si el campamento está mucho más lejos necesitaré la Curación de una hermana.

—Tengo un ungüento —dijo Moraine, que dio unas palmaditas a la bolsa que llevaba colgada de la perilla con un atisbo de satisfacción. El cortaplumas para afilar péndolas y la daga no le servirían para nada, pero al menos se había acordado de coger el linimento.

—Ojalá llevaras guardado ahí un carruaje —rezongó Siuan, pero Moraine se limitó a sonreír.

Alindaer estaba desierta y silenciosa. La villa había sido incendiada tres veces durante la Guerra de los Trollocs, otra vez casi al final de la Guerra del Segundo Dragón y dos más durante el asedio de veinte años que los ejércitos de Artur Hawkwing habían puesto a Tar Valon, y al parecer sus habitantes habían esperado que ahora ocurriera lo mismo. Aquí había una silla en la calle cubierta de nieve; allí, una mesa, la muñeca de una niña, una olla, todo ello abandonado por la gente que corrió a refugiarse dentro de la ciudad con lo que pudo cargar. Sin embargo, todas las ventanas parecían bien cerradas y todas las puertas bien atrancadas con lo que quiera que hubiera dentro guardado a salvo hasta el regreso de sus moradores. Pero el olor a quemado era más intenso allí que en el puente y los únicos sonidos eran el chirrido de los letreros de las posadas al mecerse con el aire y el sordo golpeteo de los cascos de los caballos sobre el pavimento cubierto de nieve. El lugar ya no parecía tan prístino; parecía... muerto.

Moraine sintió un gran alivio cuando dejaron atrás la villa aunque cabalgaran hacia el sur, alejándose del Monte del Dragón. Se suponía que los campos debían estar silenciosos y que el olor a quemado se iría desvaneciendo a medida que se alejaran. Saltaba a la vista que Siuan no estaba relajada. De tanto en tanto miraba hacia atrás, en dirección al gran pico negro del Monte del Dragón —la mitad de las veces hacía falta la mano firme de Moraine para mantenerla en la silla— y en más de una ocasión se la oyó rechinar los dientes. A menudo habían hablado sobre el Ajah al que se incorporarían y Moraine se había decidido por el Azul hacía mucho tiempo, pero pensaba que Siuan quizá se decantara por el Verde.

El primer campamento al que llegaron, unos tres kilómetros más al sur de Alindaer, era un conjunto desperdigado de carretas, carros y tiendas de todos los tamaños y diverso estado de conservación y mezclado con toscos refugios hechos con arbustos, todo ello salpicado de lumbres de cocinar. El golpeteo del martillo sobre el yunque resonaba en tres forjas distintas, y los niños jugaban y gritaban en la nieve sucia y pisoteada como si no supieran que había habido una batalla en la que sus padres podrían haber muerto. Tal vez hubiera ocurrido así. Tal vez esa inconsciencia fuera una suerte para ellos. Las hileras de caballos estaban casi vacías y, aparte de los herreros, había pocos hombres a la vista, pero una larga fila de mujeres, más de cincuenta, se alineaba delante de un pabellón de lona donde una Aceptada estaba sentada a una mesa con cuatro guardias de la Torre desplegados detrás de ella, así que Steler ni siquiera aflojó el paso. Moraine abrazó la Fuente un momento y sintió que Siuan hacía lo mismo. La mujer estaba lejos y sólo era para ver mejor quién era, naturalmente. El rostro de la Aceptada quedaba enmarcado por multitud de trencillas tarabonesas. Sarene era la mujer más hermosa en los aposentos de las Aceptadas, salvo quizá Ellid, aunque ella no parecía ser consciente de ello mientras que Ellid sí lo era, y mucho; no obstante, tenía poquísimo tacto considerando que era hija de un tendero. Su madre debió de alegrarse de ver partir a Sarene y su afilada lengua hacia Tar Valon.

—Espero que no se meta en líos esta vez —susurró Siuan, como si hubiese oído los pensamientos de Moraine. Claro que las dos conocían muy bien a Sarene. Era su amiga, pero a veces resultaba más irritante que una ortiga. Lo que la salvaba es que era tan poco consciente de haber dicho algo desacertado como lo era de su belleza.

Casi cien metros más adelante, el brillo que envolvía a Siuan desapareció, y Moraine también soltó el Poder. Después de todo, alguna hermana podría verlas.

El siguiente campamento, a menos de un kilómetro de distancia hacia el sur, era más grande y estaba más desordenado incluso que el anterior; no había nadie anotando nombres.

También era más ruidoso, con seis forjas en pleno trabajo y el doble de niños gritando y corriendo de aquí para allí. La relativa ausencia de hombres era igual, así como los contados animales en las hileras de caballos; pero, sorprendentemente, varios carruajes cerrados aparecían repartidos por el campamento. Moraine torció el gesto cuando oyó voces con acento murandiano mientras se internaban en el campamento. Los murandianos eran pendencieros, muy quisquillosos con detalles sobre el honor que únicamente ellos entendían, siempre enzarzados en duelos. No obstante, cuando Steler anunció el motivo de su visita en una voz tonante que habría asustado a un toro, nadie mostró el menor deseo de pelear. En un pispás, dos jóvenes larguiruchos vestidos con chaquetas ajadas llevaron una mesa y dos banquetas para Moraine y Siuan. Las instalaron al raso, pero otro par de jóvenes llevaron braseros de tres patas que situaron a ambos lados de la mesa. Puede que al final aquello no resultara tan incómodo, después de todo.

Librodot

5



El corazón humano

Una vez que Moraine estuvo sentada en una de las banquetas, con el recado de escribir abierto encima de la mesa ante ella, cambió de opinión sobre la incomodidad. El calor de los braseros se disipaba rápidamente al aire libre sin atenuar apenas el frío, además de que el viento le echaba remolinos del humo a la cara con el resultado de que le escocían los ojos y en ocasiones la hacía toser. A pesar de los zapatos fuertes y los dos pares de medias, los pies ya se le habían quedado fríos durante la cabalgada y al tenerlos ahora plantados en la nieve pisoteada se le helaron enseguida. Y lo que parecía una multitud de casi cien mujeres, en su mayoría con un bebé en los brazos, se apiñaba alrededor de la mesa, todas ellas voceando para que se anotara su nombre en primer lugar. La mayoría llevaba prendas sencillas de paño grueso, pero alrededor de media docena llevaba vestidos de seda o al menos adornados con bordados o ambas cosas. Sin embargo, éstas chillaban tanto como las demás. ¡Nobles gritando al tiempo que las plebeyas! Los murandianos no sabían lo que era un comportamiento apropiado.

Con el yelmo apoyado en la cadera, Steler gritó hasta que la cara se le congestionó para que todas se callaran y se pusieran en fila, pero nadie le hizo el menor caso. Dos de los guardias se adelantaron como si tuvieran intención de empezar a empujar a las mujeres hacia atrás, pero un gesto brusco del alférez los frenó, por suerte. Era el tipo de actuación que podía desatar un disturbio. Moraine se puso de pie para intentar poner las cosas en su sitio, aunque no sabía cómo. Nunca se había enfrentado a algo así en ninguna de sus heredades; en realidad dudaba de que ninguno de sus administradores se hubiese visto en una situación así, y eso que la gente hablaba con más franqueza a un administrador que a la señora de la propiedad. Pero Siuan se le adelantó y se encaramó a la banqueta con gesto ceñudo. Asió los bordes de la capa como si quisiera evitar amenazarlas con el puño.

El brillo del *Saidar* la envolvía y tejió Aire y Fuego. Era una trama sencilla que requería una cantidad ínfima de Poder; pero, cuando habló, su voz retumbó como el trueno.

—¡Silencio!

Era una simple orden, aunque emitida de forma impresionante, sin ira, pero aun así las mujeres recularon, de repente calladas como piedras. Hasta el repicar de los yunques cesó. Todo el campamento enmudeció, al punto de que Moraine alcanzó a oír el piafar esporádico de los caballos estacados. Steler dirigió una mirada de aprobación a Siuan —los alféreces eran partidarios de unos buenos pulmones, según la experiencia de Moraine— y otra fulminante a las mujeres que rodeaban la mesa. Sin embargo, unos cuantos bebés rompieron a llorar con estridencia, y cuando Siuan prosiguió lo hizo sin el tejido, si bien con voz alta y firme que tenía proyección.

—Si queréis ver un céntimo, poneos en fila y comportaos como es debido. La Torre Blanca no trata con turbamulta ni con niños revoltosos. Comportaos como mujeres adultas o desearéis haberlo hecho. —Asintió con la cabeza para dar énfasis a sus palabras y después contempló a la masa con expresión severa para ver si habían asimilado sus palabras. Y sí, las habían captado bien.

Mientras se bajaba de la silla las mujeres se apresuraron a colocarse en dos filas delante de la mesa, sin demasiados empujones ni codazos, que Moraine viera. Las mujeres vestidas con mejores ropas estaban delante, claro, con criadas cargadas con sus bebés, si bien no se abstenían de intentar adelantarse unas a otras con empujones a la par que intercambiaban miradas ceñudas. Quizás eran mercaderes, aunque a Moraine no se le ocurría qué podrían comerciar allí. En cierta ocasión había visto a dos mercaderes murandianos de aspecto serio y formal enzarzarse a puñetazos en la calle y acabar con la nariz sangrante y rodando por el arroyo. A pesar de la nimia escaramuza, nadie dijo una palabra y las que cargaban con niños parecían esforzarse en conseguir tranquilizarlos. Un puñado de chiquillas, de entre diez o doce años, se agruparon a un lado, arrebujadas en la capa, y las señalaron a Siuan y a ella mientras cuchicheaban con excitación. A Moraine le pareció oír que mencionaban a las Aes Sedai. Otra joven, tres o cuatro años mayor, más o menos la edad en que ella había ido a Tar Valon, se había quedado cerca y fingía que no observaba con avidez. Muchas chiquillas soñaban con convertirse en Aes Sedai, pero eran pocas las que tenían el coraje de dar el paso para que fuera algo más que un sueño. Moraine se echó hacia atrás la capa por el lado derecho, destapó el tintero y cogió una pluma. No se quitó los guantes; la fina piel no la protegía mucho del frío, pero siempre era mejor que nada.

—¿Cómo os llamáis, milady? —preguntó. La mujer sonriente y regordeta llevaba un traje de montar verde, de cuello alto, que no era de la mejor seda, pero de seda al fin y al cabo, como también lo era la capa azul orlada de piel y con bordados en rojo y dorado. Y lucía una sortija en cada dedo. Aun así, quizá no era una noble, pero no costaba nada halagar a la gente—. ¿Y el nombre de vuestro bebé?

—Soy lady Meri do Ahlan a'Conlin, descendiente directa de Katrine do Catalan a'Coralle, primera reina de Murandy. —La regordeta mujer seguía sonriendo, pero su voz tenía un timbre helado y orgulloso. Hablaba con ese acento cantarín de los murandianos que llevaba a pensar que eran gentes pacíficas hasta que a uno lo sacaban de su error. Con una mano, tiró de una mujer fornida vestida con ropas de paño oscuro y un grueso chal echado por la cabeza; sostenía en los brazos a un gorjeante bebé tan arropado que sólo se le veía la cara—. Éste es mi hijo, Sedrin. Nació hace justo una semana. Me negué a quedarme en casa cuando mi esposo partió para la guerra, naturalmente. Haré que me enmarquen las monedas para que Sedrin sepa siempre que fue honrado por la Torre Blanca.

Moraine se abstuvo de mencionar que Sedrin compartiría ese honor con centenares de otros niños, quizá miles, si en los otros campamentos la situación era parecida al de éste. ¡Luz, jamás habría esperado que tantas mujeres hubieran dado a luz! Manteniendo la expresión relajada, observó al pequeño un momento. No era una cría inocente —había visto la monta para fecundar a las yeguas y las había ayudado a parir; si uno no sabía cómo se hacía algo, ¿cómo iba a saber si los criados lo hacían bien?—, pero no tenía ninguna experiencia con los bebés. Para ella, el niño podría haber tenido diez días o un mes o dos. Steler y sus hombres vigilaban a corta distancia de la mesa en prevención de que estallara otro tumulto. Al final no fue capaz de preguntar. Si lady a'Conlin mentía, entonces tendría que solucionarlo una hermana. Moraine miró de reojo. La mujer que había delante de Siuan llevaba un niño aún mayor, pero su amiga anotaba los nombres.

Mientras mojaba la pluma vio que una mujer pasaba con un bebé al que le daba el pecho. Medio oculto en la capa de la mujer, el bebé no parecía mayor que Sedrin, pero sin embargo no se había puesto en la fila y se mantenía apartada de forma harto significativa.

—¿Por qué no está en la fila esa mujer? ¿Su bebé es demasiado mayor?

La sonrisa de lady a'Conlin se borró y la mujer enarcó las cejas.

—No tengo por costumbre llevar la cuenta de todos los mocosos que nacen en el campamento. —La frialdad de su voz había aumentado considerablemente. Señaló con gesto imperioso el papel que había en la mesa; el anillo del dedo llevaba engastada una gota de fuego grande pero visiblemente imperfecta—. Escribid mi nombre. Quiero regresar al calor de mi tienda.

—Escribiré vuestro nombre y toda la información que requerimos tan pronto como me

contestéis lo que os he preguntado sobre esa mujer —repuso Moraine, que intentó dar a su voz el tono de mando utilizado por Siuan.

Su intento no tuvo mucho éxito. Meri a'Conlin frunció las cejas en un gesto ceñudo y apretó los labios en un gesto beligerante. Parecía a punto de estallar. O de propinar un golpe. Antes de que tuviera ocasión de hacer ninguna de las dos cosas, la criada de cara redonda se apresuró a intervenir a la par que se agachaba en una imitación de reverencia cada pocas palabras.

—La niña de Careme tiene el mismo tiempo que lord Sedrin, y perdón por hablar, milady, y a vos también, Aes Sedai. Pero el tipo con el que Careme quería casarse se marchó con la idea de hacerse Guardián y el hombre con el que se casó al final no le gusta ni la mitad. —Meneó la cabeza con energía—. ¡Oh!, no quiere nada con la Torre Blanca, esa Careme.

—Aunque así sea, recibirá la recompensa —repuso firmemente Moraine. Tamra había dicho que se anotaran todos los nombres. Se preguntó si el amado de Careme habría logrado su propósito. Había pocos hombres con las aptitudes necesarias. Un Guardián no usaba simplemente las armas, él mismo era un arma, y ése era sólo el primer requisito—. ¿Cuál es su nombre completo? Y el del bebé.

—Ella es Careme Guadañil, Aes Sedai, y la niña se llama Ellya.

Maravilla de maravillas, lady a'Conlin parecía conforme con que su criada respondiera. No sólo eso, sino que el ceño se le había borrado y miraba a Moraine con recelo. Quizá lo único que hacía falta era un tono firme. Y que la gente creyera que una era Aes Sedai.

—¿De qué pueblo o ciudad es? —preguntó mientras escribía.

—¿Y dónde nació exactamente tu hija? —oyó decir a Siuan. Su amiga se había quitado los guantes, un regalo de Moraine en su onomástica, para que no se le mancharan de tinta. A la impaciente mujer vestida de seda que estaba ante ella se la habría podido considerar una belleza de no ser por la nariz. Era muy alta, casi una mano más que Siuan—. ¿En un pajar a kilómetro y medio al oeste de aquí? No, no es el sitio que habríais deseado para dar a luz a vuestro heredero. Tal vez no deberíais haber partido estando tan próxima la fecha del parto, por no mencionar la lucha que estaba teniendo lugar. Bien, ¿conocéis a alguna mujer que haya dado a luz en los últimos dieciséis días que no esté aquí? ¿Su nombre? Nada de rezongos, milady. Limitaos a responder.

Así lo hizo la dama sin más protestas. Claro que la actitud de Siuan no admitía quejas ni pegas. No levantaba la voz ni hablaba duramente; simplemente tenía el mando. ¿Cómo lo hacía?

Las ideas que Moraine tuviera sobre la aventura de buscar al Dragón Renacido desaparecieron a no tardar, junto con la emoción de encontrarse fuera de las murallas de la ciudad. Hacer las mismas preguntas una y otra vez y escribir las respuestas, dejando a un lado cuidadosamente las hojas llenas para que se secaran y volver a empezar otra hoja nueva se convirtió enseguida en una pesadez y un aburrimiento. Los únicos altos en la monótona tarea eran los que hacía para calentarse las manos en el brasero que había a su lado de la mesa. Un placer indescriptible, dadas las circunstancias, con los dedos doloridos por el frío y sin que ocurriera nada interesante. La única sorpresa fue el número de mujeres que no eran murandianas. Los soldados que iban a la guerra, por lo visto, tomaban frecuentemente esposas forasteras. Los yunques empezaron a repicar de nuevo al cabo de un rato y algunos tipos que trabajaban en una carreta comenzaron a dar martillazos también para colocar una rueda nueva. El martilleo amenazaba con levantarle dolor de cabeza a Moraine. Todo era deprimente.

Hizo un gran esfuerzo para no descargar su descontento en las mujeres con las que hablaba, aunque un puñado de ellas intentaron darle motivos para hacerlo. Tuvo que disuadir a algunas de las nobles para que no soltaran su linaje al completo hasta remontarse a los tiempos de Artur Hawkwing y más allá, y algunas de las mujeres vestidas con ropas sencillas se opusieron a dar el nombre del padre o decir de dónde procedían y fruncían el entrecejo con desconfianza como si sospecharan que era alguna clase de truco para escamotearles el dinero, aunque sólo hizo falta una mirada impasible para acabar con la resistencia de la mayoría. Ni siquiera las murandianas querían pasarse de la raya con unas mujeres que creían que eran Aes

Librodot

Sedai, una idea que se iba extendiendo rápidamente. Eso hacía que las filas avanzaran con cierta fluidez, aunque ni mucho menos con rapidez.

Moraine no dejaba de desviar la vista hacia las mujeres que pasaban por allí y que estaban en avanzado estado de gestación. Algunas se paraban para mirar a la mesa, como si pensaran ponerse también en la fila. Una de ellas podría ser la futura madre del Dragón Renacido, al menos si, por alguna razón, decidía ir al Monte del Dragón para dar a luz. Los únicos nacimientos habidos ese día, después de la Predicción de Gitara, eran niñas y, como todos los otros recién nacidos, habían venido al mundo en un radio de un kilómetro del campamento. Alguna otra Aceptada iba a topar con el niño sin saber lo que había encontrado. Seguramente ella no sabría nada de él en varios años. Luz, no era justo. Ella lo sabía y no significaba nada.

Cerca del mediodía, Moraine alzó la vista hacia una joven delgada vestida con ropas de paño oscuro que sostenía un niño en el doblez del brazo.

—Susa Wynn, Aes Sedai —dijo tímidamente—. Es mi nombre. Y éste es mi Cyril —añadió mientras acariciaba la cabecita del niño.

Moraine no tendría experiencia con los bebés, pero sí distinguía a un pequeño de seis o siete meses de un recién nacido. Abría la boca para decirle a la mujer que no la tomara por idiota, cuando Siuan le rozó el brazo un instante. Sólo eso —ni siquiera dejó de preguntar el nombre de la mujer que tenía delante— pero ese simple gesto bastó para que Moraine echara otra ojeada a la chica. Susa Wynn no estaba delgada, sino flaca, casi consumida, ojerosa y con aire de desesperación. El vestido y la capa estaban ajados y llenos de zurcidos. Bien zurcidos, pero en algunos sitios parecía haber más remiendo que la tela original del vestido.

—¿El nombre del padre? —preguntó Moraine para ganar tiempo y tomar una decisión. El niño sobrepasaba, y mucho, la edad requerida, se mirara como se mirara. Sólo que...

—Jac, Aes Sedai. Jac Wynn. Él... —Los ojos hundidos se le llenaron de lágrimas—. Jac murió antes incluso de que la lucha empezara. Resbaló en la nieve y se rompió la cabeza con una piedra. No parece justo viajar hasta aquí y morir por resbalar en la nieve.

El niño empezó a toser; el sonido de la tos dejó claro que tenía el pecho congestionado. Susa se inclinó sobre él con gesto ansioso.

Moraine no supo con certeza si fue la tos del niño o las lágrimas o el marido muerto, pero anotó los datos de la mujer con cuidado. La Torre podía permitirse entregar cien coronas de oro a una mujer y a un niño que podrían morir si no recibían algún tipo de ayuda. El pequeño parecía estar gordito, sí, pero resultaba obvio que Susa estaba muerta de hambre. Y Meri a'Conlin tenía pensado enmarcar las monedas. Tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntar a las órdenes de quién había servido Jac Wynn. ¡Quienquiera que fuera no habría debido permitir que las cosas llegaran a este punto! ¡La nobleza conllevaba tantas responsabilidades como derechos! Más, según le habían enseñado a ella. Además, ¿dónde estaban las amigas de la mujer? ¡Murandianos!

—Que la Luz os bendiga, Aes Sedai. —Susa intentó tragarse las lágrimas, pero fracasó. No sollozó; simplemente las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. Que siempre os ilumine.

—Sí, sí —dijo suavemente Moraine—. ¿Tenéis una Lectora en este campamento? —No, los murandianos llamaban de otra forma a las mujeres que sabían de hierbas curativas y remedios. ¿Cómo era? Verin Sedai había dado una clase sobre ese tema el primer año que Siuan y ella fueron Aceptadas—. Una Zahorí. Una Mujer Sabia. —Cuando Susa asintió con la cabeza, Moraine sacó una moneda de plata de su bolsita del dinero y la puso en la mano libre de la mujer—. Llévale al niño para que lo examine.

Aquello provocó más llanto, más palabras agradecidas y un intento de besarle la mano que Moraine evitó por poco. Luz, Susa no era su vasalla. Eso no era decente.

—Con la recompensa que va a recibir —le susurró Siuan cuando Susa se hubo marchado—, la Mujer Sabia le habría dado crédito. —No apartó los ojos de lo que escribía con letra meticulosa, pero Moraine advirtió que su rostro expresaba desaprobación. Siuan era muy cuidadosa con el poco dinero que tenía.

Librodot

Moraine suspiró —lo hecho, hecho estaba— y volvió a suspirar cuando se dio cuenta de que un murmullo generalizado se extendía por las dos filas de mujeres. Se propagó la voz de que una de las «Aes Sedai» había aceptado al niño de Susa Wynn como el fuego en la hierba seca, y a no tardar Moraine vio mujeres que se apresuraban a ponerse al final de la cola, una de ellas llevando a un niño de la mano.

—Mi Danil ha estado muy paliducho últimamente, Aes Sedai —afirmó con una sonrisa esperanzada la mujer carirredonda que tenía delante. El niño que llevaba en brazos hizo unos gorjeos alegres—. Ojalá pudiera permitirme llevarlo a la Mujer Sabia. —El vestido de paño gris de la mujer estaba casi nuevo.

El genio de Moraine estalló, y por una vez no hizo el menor esfuerzo para controlarse.

—Yo podría Curarlo —repuso fríamente—. Claro que es muy pequeño. Quizá no sobreviviría. Casi seguro que no. —A esa edad, ciertamente no soportaría los rigores de la Curación y, además, ése era uno de los pocos tejidos que las Aceptadas tenían prohibido realizar sin que hubiera una hermana supervisando el proceso. Un error con la Curación podía hacer daño y no sólo a la tejedora. Pero la mujer no sabía nada de eso y, cuando Moraine alargó la mano enguantada, se echó bruscamente hacia atrás mientras abrazaba al bebé con gesto protector y los ojos casi se le salían de las órbitas por el terror.

—No, Aes Sedai. Os lo agradezco, pero no. Reuniré... el dinero de algún modo. Lo conseguiré.

El mal genio se disipó —nunca duraba mucho— y por un momento Moraine se sintió avergonzada. Sólo un momento. La Torre podía permitirse ser generosa, pero no se podía consentir que nadie tomara por necias a las Aes Sedai. Gran parte del poder de la Torre radicaba en la creencia de que las hermanas eran justo todo lo contrario a necias en todo sentido. Los susurros recorrieron de nuevo la fila, y la mujer que llevaba al niño de la mano se marchó más deprisa de lo que había llegado. Al menos no tendría que encargarse de eso. Habría sido imposible evitar palabras duras con alguien que creía que a la Torre se la podía engañar tan fácilmente.

—Bien hecho —murmuró Siuan al tiempo que su pluma se deslizaba sobre el papel—. Muy bien hecho.

—Danil —dijo Moraine mientras anotaba el nombre—. ¿Y tú te llamas?

Su sonrisa era por el cumplido de Siuan, pero la madre de Danil debió de interpretar el gesto como señal de perdón y respondió a las preguntas con voz de alivio. A Moraine le alegró eso. Mucha gente temía a la Torre Blanca, de vez en cuando con razón (la Torre podía mostrarse severa cuando debía), pero el miedo era una mala herramienta que siempre acababa cortando a quien la utilizaba. Ésa era una lección que había aprendido antes de entrar en la Torre.

Cuando el sol pasó el cenit, Siuan y ella fueron a coger la comida guardada en las alforjas. Naturalmente, no tenía sentido pedirle a uno de los hombres de Steler que lo hiciera. Ya estaban en cuclillas todos y tomaban carne acecinada y pan sin levadura, cerca de sus monturas atadas a una de las estacadas de caballos. Ninguno parecía dispuesto a mover un dedo a menos que los atacaran. Pero Steler les dedicó una inclinación de cabeza a Siuan y a ella cuando volvían de sacar la comida de las alforjas, y aunque ligerísima a Moraine le pareció que era aprobadora. Decididamente, los hombres eran... raros.

Habiendo anotado menos de la mitad de los nombres de las mujeres, como poco esperaba rezongos, pero las que quedaban se dispersaron para ir a buscar su propia comida sin la menor protesta. Una mujer de tez oscura que tenía acento teariano llevó a la mesa una tetera de estaño abollada, llena hasta el borde de té caliente y un par de tazas verdes con descascarillados en el vidriado, y una mujer canosa y enjuta llevó dos humeantes jarras de madera que soltaban olor a vino caliente con especias. Tenía un rostro apergaminado en el que parecía que jamás hubiera asomado una sonrisa.

—Susa Wynn es demasiado orgullosa para aceptar nada salvo un poco de comida de nadie, excepto para su bebé —dijo con una voz profunda para ser mujer mientras soltaba las jarras—. Lo que hicisteis fue de forma amable y de buenas maneras. —Tras asentir con la

cabeza, se dio media vuelta y se alejó a través de la nieve con la espalda tan recta como un guardia en un desfile. Ésa sí que era una forma peculiar de tratar a una Aes Sedai.

—Sabe lo que somos realmente —comentó quedamente Siuan, que tomó la jarra con las dos manos para calentárselas. Moraine hizo lo mismo a pesar de llevar los guantes. La pobre Siuan debía de tener los dedos helados.

—No dirá nada —respondió Moraine al cabo de un momento, a lo que Siuan asintió en silencio. No es que la verdad fuera a causar problemas serios, sobre todo estando Steler y sus hombres presentes, pero era mejor evitar la vergüenza. Quién hubiera imaginado que una mujer del pueblo llano distinguiría un rostro Aes Sedai cuando ninguna de las nobles lo había hecho. Un rostro Aes Sedai o un vestido de Aceptada. O ambas cosas—. Creo que estuvo en la Torre de joven. —A las mujeres que no se les podía enseñar a encauzar se las mandaba de vuelta a casa, pero quien hubiese estado allí habría visto Aes Sedai y Aceptadas.

Siuan la miró de reojo como si hubiese dicho una perogrullada. A veces era irritante que Siuan dedujera las cosas antes que ella.

Hablaron poco mientras comían el pan, la fruta y el queso. De las novicias se esperaba que guardaran silencio en las comidas y que las Aceptadas mantuvieran cierta dignidad, de modo que se habían acostumbrado a comer casi sin hablar. El vino apenas lo tocaron —las Aceptadas tomaban vino en las comidas, pero aguado, y sería terrible que cualquiera de ellas se achispara— pero Moraine se sorprendió al reparar en que había devorado hasta la última pizca de lo que había juzgado demasiado. Tal vez hallarse a la intemperie había hecho que aumentara su apetito.

Estaba doblando los paños en los que había ido envuelta la comida y deseando que hubiese habido unos cuantos albaricoques más, cuando la sobresaltó la exclamación mascullada de Siuan.

—¡Oh, no!

Moraine alzó la vista y se le vino el alma a los pies.

Dos hermanas entraban a caballo en el campamento abriéndose paso con cuidado entre tiendas y carretas. Tal como estaban las cosas en esos días, dos mujeres vestidas con seda que se desplazaran por campo abierto sin un séquito tenían que ser hermanas, y a esas mujeres sólo las acompañaba un hombre, un tipo atezado que llevaba una capa de colores cambiantes y que se confundía con el entorno de modo que parte de su cuerpo y parte de su castrado negro eran invisibles. Los ojos del hombre no se detenían mucho tiempo en un sitio; hacía que los guardias de la Torre parecieran perrillos falderos adormilados comparados con un leopardo al acecho. La visión de la capa de un Guardián resultaba desconcertante, y en el campamento se alzaron murmullos a la par que la gente soltaba respingos y señalaba con el dedo. Los herreros dejaron de martillear otra vez.

No era la aparición de unas hermanas cualesquiera lo que hizo que Moraine sintiese un vacío en el estómago. Había reconocido las caras enmarcadas por las capuchas. Meilyn Arganya, de cabello gris plateado y barbilla pronunciada, era una de las mujeres más respetadas de la Torre. Se decía que nadie tenía una mala palabra para Meilyn. De ser sólo ella, no habría dado que pensar a Moraine. La otra, sin embargo, era Elaida a'Roihan. Luz, ¿qué hacía allí? Elaida había sido nombrada consejera de la reina de Andor hacía casi tres años. Regresaba a la Torre en visitas esporádicas para conferenciar con la Amyrlin sobre acontecimientos en Andor, pero Siuan y Moraine siempre se enteraban de su llegada; para su pesar.

Hicieron una reverencia tan pronto como las hermanas se aproximaron.

—Tenemos permiso para estar aquí —soltó enseguida Siuan. Incluso Meilyn se molestaría si empezaba a reprenderlas y luego se enteraba de que no tenía motivo para hacerlo. Elaida se enfurecería; odiaba quedar como una necia—. La Sede Amyrlin nos ordenó...

—Lo sabemos —la interrumpió afablemente Meilyn—. Por la rapidez con que se está corriendo la voz, sospecho que a estas alturas lo saben hasta los gatos de Seleisin.

A juzgar por su tono era imposible adivinar si estaba de acuerdo con la decisión de

Librodot

Tamra. El semblante sereno de Meilyn jamás revelaba el menor atisbo de emoción. Sus sorprendentes ojos azules entrañaban serenidad del mismo modo que una copa contenía agua. Con la mano enguantada se colocó cuidadosamente uno de los lados de la falda pantalón, tan repleta de cuchilladas blancas que parecía ser de ese color y orlada con azul. Era una de las relativamente pocas Blancas que tenía Guardián; arropadas en planteamientos, racionalidad y filosofía, la mayoría no veía necesario tener uno. Moraine deseó que desmontara. El castrado pinto de la Blanca era de gran alzada, y su amazona era tan alta como muchos hombres. Al menos como la mayoría de los hombres cairhieninos. Tener que mirarla encaramada a la silla iba a darle dolor de cuello a Moraine.

—¿Os sorprende verme? —dijo Elaida, que las miró desde lo alto de su yegua castaña de finos remos. El vestido brocado no era de un color rojo tenue o apagado, sino intenso, como si proclamara al mundo su Ajah. La capa, orlada con piel negra, era exactamente del mismo tono. Un color adecuado para el carromato de un gitano, pensó Moraine. Elaida sonreía, si bien el gesto no lograba atenuar la severidad de su semblante. De no ser por eso habría sido hermosa. Todo en ella irradiaba severidad—. Llegué a Tar Valon justo antes que los Aiel y he estado ocupada desde entonces, pero no temáis, que pasaré a visitaros a las dos.

Moraine había creído que no podía sentirse más abatida, pero estaba equivocada. Le costó mucho esfuerzo no gemir de desesperación. Meilyn suspiró.

—Prestas demasiada atención a estas pequeñas, Elaida. Tendrán muchas ínfulas si empiezan a pensar que son tus niñas mimadas. Es posible que se las den ya.

Moraine intercambió una mirada estupefacta con Siuan. ¿Niñas mimadas? Cabras estacadas para cebo de leones, tal vez, pero niñas mimadas nunca.

Desde que había ascendido al chal, Elaida jamás había cedido ante nadie que no fuera la Sede Amyrlin o una Asentada, que Moraine supiera. Sin embargo, inclinó la cabeza y murmuró:

—Como tú digas, Meilyn. Pero parece posible que pasen la prueba antes de finales de año. Es lo que espero de ellas y que lo hagan con facilidad. No aceptaré ningún otro resultado de ninguna de las dos. —Incluso esas palabras carecían de su habitual intensidad. Por regla general Elaida era tan porfiada y tenaz como un toro. Normalmente intimidaría a cualquiera que se cruzara en su camino.

La hermana Blanca se encogió levemente de hombros como si el asunto no fuera lo bastante importante para añadir nada más.

—¿Tenéis todo lo que necesitáis, pequeñas? Bien. He de decir que algunas de vosotras han venido muy mal preparadas. ¿Cuántos nombres os quedan por anotar aquí?

—Unos cincuenta, Meilyn Sedai —contestó Siuan—. Tal vez, algunos más.

Meilyn alzó la vista al sol, que ya había descendido un buen trecho hacia poniente. Los nubarrones oscuros que habían amenazado con nevadas se desplazaban hacia el sur y dejaban atrás el cielo despejado.

—En tal caso, hacedlo deprisa. Debéis estar de vuelta en la Torre antes de que anochezca, ya lo sabéis.

—¿Son todos los campamentos como éste? —preguntó Moraine—. Había imaginado que los hombres que combaten en una guerra tendrían la mente centrada en eso, no en... —Dejó la frase sin terminar y se ruborizó.

—Desovar como cazones —susurró Siuan entre dientes. Sólo la oyó Moraine y su rubor se acrecentó. ¿Por qué había tenido que hacer esa pregunta?

—Cairhieninos —soltó Meilyn. Su tono sonaba casi... ¡divertido! No obstante, prosiguió con voz seria—: Cuando un hombre cree que va a morir quiere dejar algo de sí mismo que perdure. Cuando una mujer cree que su hombre puede morir, desea desesperadamente conservar una parte de él. El resultado es que nacen muchos niños durante los tiempos de guerra. Es ilógico, dadas las vicisitudes que sobrevienen si el hombre muere; o la mujer. Pero el corazón humano rara vez actúa con lógica.

Lo cual era francamente explicativo y provocó que Moraine temiera que la cara le empezase a arder. Había cosas que uno hacía en público y de las que hablaba, y cosas que se

hacían en privado y de las que desde luego no se hablaba. Realizó ejercicios mentales destinados a buscar el sosiego en un esfuerzo por recuperar el control. Era el río, contenido por la orilla; era la orilla que contenía al río. Era un capullo de flor que se abría al sol. No ayudaba precisamente el hecho de que Elaida las estuviera observando a Siuan y a ella como un escultor con el cincel y el martillo en las manos mientras decidía qué trozo de piedra quitar a continuación a fin de lograr la forma que deseaba.

—Sí, sí, Andro —dijo inesperadamente Meilyn—. Nos iremos dentro de un momento. —Ni siquiera se había vuelto a mirar al Guardián, pero éste asintió con la cabeza como si Meilyn hubiese respondido a algo que él había dicho. Enjuto e igual de alto que su Aes Sedai, parecía joven. Hasta que uno se fijaba en sus ojos.

Moraine se quedó boquiabierta, olvidado el bochorno, y no a causa de la mirada impasible de Andro. Una hermana y su Guardián percibían las emociones del otro y su condición física y ambos sabían exactamente dónde se encontraba el otro si estaban lo bastante cerca, y al menos en qué dirección si se hallaban a mucha distancia, pero aquello más parecía leer la mente. Algunas decían que las hermanas podían hacer eso. Había cierto número de cosas que a una no le enseñaban hasta que obtenía el chal, después de todo. Por ejemplo, el tejido para vincular un Guardián. Meilyn la miró directamente a los ojos.

—No —dijo quedamente—. No puedo leerle los pensamientos. —Moraine sintió pinchazos en el cuero cabelludo, como si el pelo se le fuera a poner de punta. Tenía que ser cierto, ya que Meilyn lo había dicho; sin embargo...—. Cuando hayas tenido un Guardián durante largo tiempo sabrás lo que está pensando y viceversa. Es cuestión de interpretación.

Elaida resopló desdeñosa, aunque flojo. Entre los Ajahs, el único que no vinculaba Guardianes era el Rojo. A la mayoría de las Rojas parecía desagradarles los hombres en general.

—Lógicamente —continuó Meilyn, cuya mirada serena se desvió hacia la otra hermana—, las Rojas necesitan más un Guardián que cualquier otro Ajah, excepto el Verde; puede que más que éste. Pero da igual. Cada Ajah actúa según su arbitrio. —Tiró de las riendas—. ¿Vienes, Elaida? Tenemos que ver a tantas pequeñas como sea posible. Algunas sin duda se olvidarán de la hora y se quedarán más de lo debido si no se les refresca la memoria. Recordad, pequeñas: antes de que anochezca.

Moraine esperaba algún tipo de estallido por parte de Elaida o, al menos, un destello colérico en los ojos. Ese comentario sobre los Guardianes rayaba en la violación de los códigos de cortesía e intimidad que gobernaban la vida de una hermana, todas las reglas de lo que una Aes Sedai podía decir o preguntar a otra y qué no podía. No eran leyes, sino más bien costumbres tan arraigadas que tenían más peso que una ley, y todas las Aceptadas debían aprenderlas de memoria. Lo sorprenderte fue que Elaida se limitó a hacer dar media vuelta a su yegua para seguir a la otra hermana. Siguiendo con la mirada a las dos mujeres que abandonaban el campamento con Andro detrás, Siuan soltó un suspiro de alivio.

—Temí que fuera a quedarse para supervisarnos —dijo.

—Sí —convino Moraine. No hacía falta indicar a quién se refería Siuan. Actuar así encajaba con el carácter de Elaida. Nada de lo que hacían las dos se libraba de que les exigiera una perfección absoluta—. Mas ¿por qué no lo ha hecho?

Siuan ignoraba la razón y, de todos modos, no tenían tiempo para discutirlo. Puesto que era obvio que Siuan y Moraine habían terminado de comer, las mujeres habían vuelto a ocupar su sitio en la fila. Y tras la visita de Meilyn y Elaida, ya no parecían tan convencidas de que las dos fuesen Aes Sedai. Ahora una mirada impasible y una voz firme no atajaban las polémicas. Siuan empezó a recurrir a los gritos cuando se hacía necesario, cosa que ocurría con frecuencia, y se atusaba el cabello en un gesto de frustración. Moraine tuvo que amenazar tres veces con dejar de anotar nombres para conseguir que se quitara de la fila una mujer que llevaba a un niño que sobrepasaba claramente la edad requerida. Quizá se habría dejado convencer si alguna de ellas se hubiese encontrado en la situación de Susa, pero todas estaban bien alimentadas y saltaba a la vista que no eran más pobres que cualquier otra, sino simplemente más avariciosas.

Para rematarlo, cuando todavía quedaban más de doce mujeres delante de la mesa, apareció Steler con el yelmo puesto y a lomos de su montura. Los otros soldados lo seguían a corta distancia, dos de ellos conduciendo por las riendas a *Flecha* y al caballo de Siuan.

—Es hora de partir —anunció Steler con voz grave—. Lo he pospuesto todo lo posible, pero si nos retrasamos más nos veremos en apuros para llegar a la Torre antes del ocaso.

—¡Eh! —protestó una de las mujeres—. ¡Tenéis que anotar nuestros nombres! —Entre las otras se alzaron murmullos furiosos.

—Mirad el sol, hombre —dijo Siuan, que parecía tensa y abrumada. Ella también alzó la vista al astro. Tenía algunos mechones del cabello de punta por pasarse constantemente los dedos por él—. Hay tiempo de sobra.

Moraine miró al sol, que se encontraba bajo en el horizonte, y no estuvo tan segura de eso. Había unos diez kilómetros hasta la Torre, el último tramo a través de calles que estarían tan atestadas a la caída de la tarde como lo habían estado por la mañana. Y no les servirían excusas de ningún tipo.

Fruncido el entrecejo, Steler abrió la boca, pero de pronto se plantó ante él la mujer de tez apergaminada que les había llevado el vino caliente; la acompañaban otras seis o siete más, todas canosas o entrecanas, y se agolparon frente a él y lo obligaron a retroceder.

—Dejad en paz a las chicas —le gritó la mujer flaca—. ¿Me habéis oído?

Acudieron corriendo más mujeres desde todas las direcciones hasta que Steler y sus guardias se encontraron ante un frente de diez en fondo. La mitad de las mujeres gritaban y agitaban los puños en tanto que las demás los miraban ceñudas, en un hosco silencio y con las manos en la empuñadura del cuchillo colgado al cinturón. Los yunques enmudecieron una vez más; los herreros observaron el apiñamiento de mujeres al tiempo que sopesaban sus martillos. Los jóvenes, muchachitos en realidad, empezaron a agruparse, todos con ojos coléricos y aspecto iracundo. Algunos habían desenvainado los cuchillos de los cinturones. Luz, iba a estallar un disturbio.

—¡Escribe! —le ordenó Siuan—. No lo retendrán mucho tiempo. ¿Vuestro nombre? —demandó a la mujer que tenía delante.

Moraine escribió. Las mujeres que esperaban para dar sus nombres parecían coincidir con Siuan. No hubo más discusiones. Para entonces todas sabían las preguntas y las daban en cuanto se ponían delante, algunas tan deprisa que tuvo que pedirles que las repitieran. Cuando Steler y sus hombres se las arreglaron finalmente para abrirse paso entre las mujeres que los rodeaban, aunque sin hacer nada que pudiera empujar a actuar a los hombres y los muchachos que quedaban en el campamento, Moraine soplaba el último nombre escrito para que se secara la tinta y Siuan se arreglaba apresuradamente el cabello con el peine de madera de ébano. Tras las barras de la visera se advertía la expresión adusta en el semblante del alférez.

—Ahora vamos a necesitar un poco de suerte —fue cuanto dijo, sin embargo.

Las condujo fuera del campamento al trote, de modo que los cascos de las monturas levantaban pegotes de nieve y Siuan rebotaba en la silla tan violentamente que el alférez situó a dos guardias a uno y otro lado de la mujer para evitar que se cayera. Aferrada desesperadamente a la alta perilla de la silla, Siuan los miró con una mueca, pero no les ordenó que se apartaran. Moraine cayó entonces en la cuenta de que su amiga no le había pedido el linimento; iba a necesitarlo más que nunca. Tras haber recorrido casi un kilómetro, Steler redujo la marcha al paso, pero sólo durante otro kilómetro, y entonces reanudó el trote. Siuan se mantuvo en la silla sólo gracias a los dos guardias. Moraine iba a protestar, pero una ojeada al semblante resuelto de su amiga —y otra al sol— la hizo cambiar de idea. Siuan tardaría días en perdonarla por llamar la atención sobre su pésimo modo de montar, y puede que no la perdonara jamás si a causa de eso les mandaban presentarse en el estudio de Merean por haber llegado tarde.

Fue el ritmo que Steler mantuvo todo el camino de vuelta a la ciudad, al trote y al paso alternativamente, y Moraine sospechó que habría seguido así hasta el final de no ser porque las calles estaban abarrotadas. Lo más rápido que pudieron avanzar entre aquella muchedumbre fue a paso largo. El sol era un domo bajo de color dorado rojizo que se metía

tras las murallas que cerraban el recinto de la Torre cuando entraron en el patio de las Cuadras de Poniente. Salieron mozos de cuadra para ocuparse de *Flecha* y del caballo de Siuan, así como un joven subteniente de gesto severo que miró ceñudo a Steler mientras devolvía el saludo al alférez.

—Sois los últimos —gruñó de un modo que parecía querer una excusa para arremeter contra cualquiera que hubiera a mano—. ¿Te causaron problemas ellas?

Moraine, que ayudaba a la gemebunda Siuan a desmontar, contuvo la respiración.

—No más que unos corderitos —contestó Steler, y Moraine soltó el aire que estaba aguantando. El alférez desmontó y se volvió hacia sus hombres—. Quiero almohazados los caballos y los arreos engrasados antes de que cualquiera de vosotros piense siquiera en cenar. Ya sabes por qué te miro a ti, Malvin.

Moraine le preguntó al joven oficial qué debían hacer con los recados de escribir. El subteniente le dirigió una mirada iracunda antes de contestar:

—Dejadlos donde están. Alguien se encargará de recogerlos. —Y se alejó tan deprisa que la capa ondeó a su espalda.

—¿Por qué está tan enfadado? —se preguntó Moraine en voz alta.

Steler echó una ojeada a los guardias que conducían a los animales hacia la cuadra.

—Quería ir a luchar contra los Aiel —respondió después en un tono lo bastante bajo para que no lo oyeran.

—Me importa un bledo si ese necio quería ser un héroe —espetó bruscamente Siuan. Estaba apoyada en Moraine, quien sospechaba que únicamente gracias al brazo con el que la sujetaba por la cintura se sostenía de pie—. La cena me da igual. Sólo quiero un baño caliente y mi cama.

—Eso suena estupendamente —manifestó Moraine. Salvo lo de la cena, claro. ¡Se creía capaz de devorar una oveja entera!

Siuan se las arregló para caminar sin ayuda, pero cojeaba y llevaba apretados los dientes para contener los gemidos. Con todo, se negó a que Moraine le llevara la bolsa. Nunca se rendía al dolor. Nunca se rendía a nada. Cuando llegaron a la galería donde tenían sus cuartos en el edificio de las Aceptadas, toda idea sobre agua caliente se esfumó. Katerine las esperaba.

—Ya iba siendo hora —dijo mientras se arrebujaba en la capa—. Creía que me iba a congelar antes de que regresarais. —De rostro afilado y una larga melena de cabello negro y ondulado que le llegaba a la cintura, Katerine tenía una lengua afilada. Es decir, con las novicias y otras Aceptadas. Con las Aes Sedai era más suave que leche aguada y toda ella sonrisas obsequiosas—. Merean quiere verte en su estudio, Moraine.

—¿Por qué quiere vernos? —demandó Siuan—. Todavía no se ha puesto el sol del todo.

—Oh, Merean siempre me cuenta los motivos que tiene para hacer lo que hace, Siuan. Y esta vez es sólo a Moraine. Bien, ya he dado el recado y quiero cenar y acostarme. Tenemos que volver a la misma tarea espantosa mañana, desde el amanecer. ¿Quién habría dicho que preferiría quedarme y estudiar en vez de salir a cabalgar por el campo?

Siuan miró ceñuda la espalda de la otra mujer cuando ésta se alejó.

—Algún día se va a cortar con esa lengua. ¿Quieres que te acompañe, Moraine?

Nada le habría gustado más a Moraine. No se había metido en líos últimamente, pero aun así un emplazamiento al estudio de Merean nunca era bueno. Muchas novicias y Aceptadas visitaban ese estudio para llorar en el hombro de Merean cuando la nostalgia o la presión de los estudios se volvía demasiado fuerte. Una llamada era algo completamente distinto. Sin embargo, meneó la cabeza y le entregó la bolsa y la capa a Siuan.

—El tarro del linimento está ahí dentro. Es muy bueno para el dolor.

—De todos modos podría acompañarte —respondió Siuan, cuyo semblante se había iluminado—. Tampoco me hace tanta falta ese linimento.

—Casi no puedes andar. Anda, ve. Sea lo que sea lo que quiere Merean estoy segura de que no me entretendrá mucho tiempo. —Luz, esperaba que Merean no hubiese descubierto cierta broma que creía haber ocultado bien. En tal caso, por lo menos Siuan escaparía al

Librodot

castigo. En sus condiciones actuales no podría soportarlo.

El estudio de la Maestra de las Novicias se encontraba al otro lado de la Torre, cerca del alojamiento de las novicias y un piso más abajo del estudio de la Amyrlin, en un ancho pasillo donde las baldosas eran rojas y verdes, con la alfombra en color azul. Moraine respiró hondo frente a la puerta lisa que flanqueaban dos colgaduras de colores vivos y se atusó el pelo mientras deseaba haber perdido un momento en usar el cepillo. Después tocó dos veces con los nudillos, firmemente. Merean les tenía dicho a todas que no llamaran como ratones rascando el revestimiento de los paneles.

—Adelante —respondió una voz desde dentro.

Tras respirar profundamente otra vez, Moraine entró.

A diferencia del estudio de la Amyrlin, el de Merean era bastante reducido y muy sencillo, con los paneles de revestimiento en madera oscura y los muebles robustos y sin adorno alguno en su mayor parte. Moraine sospechaba que las mujeres que habían sido Aceptadas cien años atrás reconocerían todo lo que había en aquel cuarto. O puede que doscientos años atrás. Quizá la estrecha mesa de té que había junto a la puerta, con ligeras y extrañas tallas en las patas, fuera más antigua incluso. En una de las paredes colgaba un espejo con restos desvaídos de dorado en el marco. En la pared de enfrente había un armario estrecho que Moraine evitó mirar. Dentro se guardaban la correa y la vara, así como una zapatilla que, en cierto modo, era peor.

Para su sorpresa, Merean estaba de pie en vez de sentada detrás del escritorio. Era alta —la cabeza de Moraine sólo llegaba a la regordeta mejilla de Merean—, con el cabello, en el que abundaba el color gris, recogido en un moño bajo, y un aire maternal que casi prevalecía sobre los rasgos intemporales del rostro. Ésa era una de las razones por las que la mayoría de las jóvenes en período de adiestramiento se sentían cómodas desahogándose con Merean a pesar de que ella misma las había hecho verter lágrimas muy a menudo. También era afectuosa, tierna y comprensiva. Siempre y cuando no se quebrantaran las reglas. Y poseía un indiscutible talento para averiguar lo que uno más deseaba mantener oculto.

—Siéntate, pequeña —dijo muy seria.

Moraine tomó asiento cautelosamente delante del escritorio. Tenían que ser noticias malas de alguna clase. Pero ¿qué?

—No hay forma de hacer fácil esto, pequeña. Al rey Laman lo mataron ayer, junto a sus dos hermanos. Recuerda que todos somos hilos del Entramado y que la Rueda gira según sus designios.

—Que la Luz ilumine sus almas y la mano del Creador les dé cobijo hasta que renazcan —dijo solemnemente Moraine.

Merean enarcó un tanto las cejas, sin duda sorprendida de que no hubiese roto a llorar al oír que había perdido a tres tíos en el mismo día. Claro que Merean no conocía a Laman Damodred, un hombre distante y consumido por una abrasadora ambición, la única pasión que alentaba en él. En opinión de Moraine, si no se había casado era por la simple razón de que ni siquiera el aliciente de convertirse en reina de Cairhien había bastado para convencer a ninguna mujer de que se desposara con él. Moressin y Aldecain habían sido peores, los dos con una vena de violencia descomedida que habían exteriorizado en arranques de cólera y crueldad. Y en desprecio hacia el padre de Moraine por ser un erudito y por haber tomado a otra erudita como segunda esposa en lugar de hacer un matrimonio que aportara tierras o influencias a la casa Damodred. Rezaría por sus almas, pero la apenaba más la muerte de Jac Wynn que la de sus tres tíos juntos.

—Estás conmocionada, con una fuerte impresión —murmuró Merean—, pero se pasará. Cuando ocurra, acude a mí, pequeña. Y entre tanto no es menester que salgas mañana. Le informaré a la Amyrlin. —La Maestra de las Novicias tenía la última palabra en lo tocante a novicias y Aceptadas. A Merean debía de haberle sentado mal que Tamra las hubiera enviado fuera de la ciudad sin consultarla.

—Gracias por vuestra amabilidad, pero prefiero salir —se apresuró a decir Moraine—. Tener algo que hacer y estar con amigas me servirá de ayuda. Si me quedara mañana, me

encontraría sola.

Merean parecía dubitativa, pero tras dedicarle unas cuantas palabras más para aliviar el dolor que, según creía ella, Moraine disimulaba, la dejó regresar a su cuarto, donde encontró las lámparas de aceite encendidas y el fuego chisporroteando en la chimenea. Obra de Siuan, a buen seguro. Pensó en acercarse al cuarto de su amiga, pero seguramente Siuan se habría quedado profundamente dormida a esas alturas.

Habría cena disponible en los comedores durante una hora más como poco, pero desestimó la idea de comer y en cambio dedicó ese rato a rezar de rodillas por el alma de sus tíos como penitencia. No tenía intención de ser una de esas hermanas que se imponían penitencias cada dos por tres —lo llamaban «mantener un equilibrio en su vida», aunque a ella le parecía una necedad ostentosa—, pero la muerte de parientes consanguíneos tan cercanos, por horribles que hubiesen sido, tendría que despertar alguna emoción en ella. No sentir nada estaba mal. Únicamente cuando estuvo segura de que los comedores se encontrarían llenos de criadas limpiando los suelos se incorporó y se desvistió para lavarse. Utilizó un hilillo de Fuego para calentar el agua, claro. El agua fría habría sido otra penitencia, pero todo tenía un límite.

Apagó las lámparas, tejió una salvaguarda para evitar que sus sueños interfirieran en los de cualquier otra persona —cosa que podía ocurrir con quienes encauzaban, y las mujeres que durmieran cerca podían encontrarse compartiendo los sueños— y se deslizó bajo las mantas. Estaba realmente cansada y el sueño llegó enseguida. Por desgracia, también surgieron las pesadillas. No sobre sus tíos o sobre Jac Wynn, sino sobre un infante tendido en la nieve del Monte del Dragón. Los relámpagos surcaban un cielo negro como boca de lobo, y el llanto de niño era el trueno. Sueños de un joven sin rostro. También en ésos había relámpagos, pero el joven invocaba esos rayos y las ciudades ardían. Las naciones ardían. El Dragón había renacido. Se despertó sollozando.

El fuego se había reducido a unas cuantas brasas. En lugar de echar más leña, usó el cogedor de la chimenea para cubrir las ascuas con ceniza y en vez de meterse de nuevo en la cama se echó una manta encima y salió del cuarto. No estaba segura de poder conciliar el sueño otra vez, pero sí sabía algo con certeza: no quería dormir sola.

Convencida de que Siuan estaría dormida, se deslizó en el cuarto de su amiga y cerró rápidamente la puerta tras de sí. Se llevó una sorpresa.

—¿Moraine? —susurró Siuan.

En la pequeña chimenea todavía danzaban algunas lenguas de fuego que daban luz suficiente para ver que su amiga apartaba las mantas hacia un lado. Moraine se metió en la cama sin perder un segundo.

—¿También has tenido pesadillas? —preguntó.

—Sí. ¿Qué pueden hacer, Moraine? Aunque lo encuentren, ¿qué pueden hacer?

—Pueden traerlo a la Torre —contestó dando a su voz un tono de seguridad que no sentía—. Aquí estaría protegido. —Ojalá fuera así. Aparte de las Rojas, otras podrían quererlo muerto o amansado, dijeran lo que dijeran las Profecías—. Y se lo educaría. —El Dragón Renacido tendría que ser culto. Necesitaría saber de política tanto como cualquier reina y de guerra tanto como cualquier general. Y de historia tanto como cualquier erudito. Verin Sedai decía que la mayor parte de los errores cometidos por gobernantes se debía a que no sabían historia; actuaban ignorando los errores cometidos por otros antes que ellos—. Se lo puede guiar. —Eso sería lo más importante de todo para tener la seguridad de que tomaría las decisiones correctas.

—La Torre no puede enseñarle a encauzar, Moraine.

Eso era verdad. Lo que los hombres hacían era... distinto. Tan distinto como eran hombres y mujeres, según decía Verin. Un pájaro no podía enseñar a volar a un pez. Tendría que sobrevivir aprendiendo por sí solo. Las Profecías no decían que lo haría ni que evitaría volverse loco antes de la Última Batalla, sólo que tenía que estar en el Tarmon Gai'don si se quería tener una esperanza de victoria, pero aun así tenía que creer. ¡Debía tener fe!

—¿Crees que Tamra está teniendo pesadillas esta noche, Siuan?

Librodot

Su amiga resopló.

—Las Aes Sedai no tienen pesadillas.

Pero ellas no eran Aes Sedai todavía. No pudieron pegar ojo lo que quedaba de noche. Moraine ignoraba lo que Siuan veía, tendida allí con la mirada fija en el techo —fue incapaz de preguntarle—, pero ella veía un bebé sollozando en la nieve del Monte del Dragón y un hombre sin rostro invocando los rayos. Estar en vela no la protegía contra esas pesadillas.

Librodot

6



Sorpresas

La suave llamada a la puerta de Siuan sonó poco antes de amanecer. Era una huraña novicia llamada Setsuko, una chica fornida y más baja que Moraine. Les dijo que la Amyrlin había ordenado que todas las Aceptadas estuvieran en las Cuadras de Poniente antes del Tercer Albor, preparadas para reanudar su tarea. A la luz de la lámpara que llevaba, los pálidos ojos de Setsuko estaban ensombrecidos por la envidia. La muchacha arafelina ya sabía que su estancia en la Torre acabaría dentro de unos pocos meses.

Setsuko había hablado abiertamente sobre huir hasta que una visita al estudio de Merean le enseñó discreción, ya que no cordura. Por amarga que fuera la verdad, nunca alcanzaría el chal, pero debía quedarse hasta que las hermanas estuvieran seguras de que podía encauzar sin hacerse daño a sí misma ni hacérselo a otros. A despecho de eso, todavía podía dejar volar la imaginación. Las novicias escapaban de vez en cuando e incluso lo hacía alguna que otra Aceptada que se acobardaba ante lo que le esperaba, pero al final siempre se las capturaba y su regreso a la Torre era dolorosamente desagradable, por no decir algo peor. Era mucho mejor para todos evitar que ocurriera.

En otro momento, por cansada que estuviera, Moraine le habría dirigido unas palabras de ánimo. O una advertencia. Sin embargo, esa mañana el gong del Primer Albor ya había sonado y sólo quedaba media hora para el Segundo Albor. Podían tomar rápidamente un bocado y llegar al establo antes del Tercer Albor, pero con el tiempo muy justo. Moraine bostezó, dio otro abrazo a Siuan y salió corriendo a la oscuridad del pasillo envuelta en la manta antes de que Setsuko llegara a la puerta siguiente y empezara a llamar para despertar a Sheriam. Tendría que tocar más fuerte, porque Sheriam dormía como un tronco.

Seis novicias más llamaban en otras puertas; las lámparas que llevaban les daban aspecto de imágenes fantasmagóricas. Moraine encontró delante de su cuarto a una chica muy alta con el dorado cabello suelto, que le dedicó una desabrida reverencia cuando la despidió con un gesto de la mano. Lisandre tendría opción a realizar la prueba para Aceptada siempre y cuando pusiera remedio a su carácter avinagrado. Y lo haría probablemente. Cuando la Torre veía una falta en una de sus estudiantes, acababa poniéndole remedio de una forma u otra.

Se lavó y se vistió apresuradamente, sin emplear mucho tiempo en frotarse los dientes con sal y bicarbonato, y se pasó el peine por el cabello casi por encima; pero cuando salió a la galería, con la bolsa colgada debajo de la capa, la oscuridad había dado paso a una luz grisácea. Siuan ya se encontraba fuera, preparada y con la capa puesta, y hablaba con la pelirroja Sheriam, que estaba visiblemente irritada. Otras Aceptadas se dirigían presurosas a tomar el desayuno.

—Sheriam dice que es verdad que los Aiel se están retirando, Moraine —le contó Siuan con aire excitado mientras se echaba al hombro la bolsa—. Y que todos se encuentran a leguas de la orilla oriental del río.

Sheriam asintió con la cabeza y empezó a seguir a las otras, pero Moraine le asió el borde de la capa.

—¿Estás segura? —Faltó poco para que Moraine se encogiera. De no encontrarse tan cansada habría tenido más cuidado en escoger las palabras; no se conseguía información si a las primeras de cambio uno irritaba a quien se la podía dar.

Por suerte, la delgada Aceptada no tenía el genio que el color de su cabello y sus rasgados ojos verdes daban a entender. Se limitó a suspirar y miró con anhelo la puerta por la que se salía de la galería.

—El primero que me lo dijo fue un guardia, a quien se lo había dicho un soldado shienariano, un correo, pero después también me lo contaron Serafelle, Ryma y Jennet. Una hermana podría estar equivocada, pero cuando tres afirman lo mismo, puedes tener la seguridad de que están en lo cierto. —Era una compañía agradable con la que pasar una velada, pero tenía una forma de exponer comentarios intrascendentes que parecía que estaba dando una clase—. ¿Por qué sonreís como tontas? —demandó de repente.

—No sabía que estuviera sonriendo —contestó Siuan al tiempo que componía el gesto. Todavía se la notaba anhelante, casi de puntillas, como para echar a correr en cualquier momento.

—¿Acaso la oportunidad de cabalgar por campo abierto no merece una sonrisa? —preguntó Moraine. Bueno, a lo mejor podían convencer a sus escoltas para que las condujeran a los campamentos más próximos al Monte del Dragón. No sabía a ciencia cierta cuándo había adoptado el punto de vista de Siuan, pero ahora ya era suyo. Lo encontrarían antes que nadie. De algún modo lo harían. ¿Sonreír? Se habría puesto a reír a carcajada limpia y a bailar.

—A veces vosotras dos sois bastante raras —dijo Sheriam—. Lo que soy yo, estoy casi derrengada por culpa de la silla de montar. En fin, os podéis quedar aquí hablando si queréis, pero yo tengo ganas de desayunar. —Sin embargo, cuando se daba media vuelta para marcharse, se frenó en seco y soltó una ahogada exclamación, asustada.

Merean había entrado en la galería en medio de la menguante oscuridad, con el chal adornado con enredaderas entrelazadas echado por los brazos de forma que los flecos azules casi rozaban el suelo. Atrajo muchas miradas de las Aceptadas. Las hermanas rara vez llevaban puesto el chal dentro de la Torre, excepto en acontecimientos oficiales. La aparición allí de la Maestra de las Novicias llevando el suyo significaba que alguien estaba en un grave aprieto. O que a esa persona se la convocaba para pasar la prueba. Unas cuantas mujeres remolonearon en la galería, esperanzadas, en tanto que un puñado salió lo más deprisa posible sin llegar a correr, a buen seguro espoleadas por no tener limpia la conciencia. No deberían haber actuado así. Lo único que consiguieron fue que Merean se fijara en ellas, y sin duda hurgaría hasta descubrir por qué se sentían culpables. En Cairhien hasta el zagalillo más simplón lo habría sabido. Pero, Merean no les prestó atención en ese momento y siguió avanzando sosegadamente galería adelante; las Aceptadas con las que se cruzaba y dejaba atrás se incorporaban de la reverencia con la desilusión pintada en el rostro.

Sheriam fue una de las que remolonearon, y fue delante de ella, de Siuan y de Moraine donde Merean se detuvo. A Moraine le palpitó el corazón con fuerza y trató de respirar con normalidad mientras hacía una reverencia. Más bien trató de respirar, simplemente. Quizá Siuan tenía razón. Bueno, en realidad era ella quien tenía razón. Cuando Merean decía que una Aceptada quizá se sometería pronto a la prueba siempre ocurría antes de transcurrir un mes. Pero ¡no estaba preparada! Ni que decir tiene que el semblante de Siuan irradiaba ansiedad y sus ojos relucían. Sheriam tenía los labios entreabiertos en un gesto expectante y esperanzado. Luz, todas y cada una de las Aceptadas debían de sentirse más preparadas de lo que se sentía Moraine Damodred.

—Llegarás tarde si no te das prisa, pequeña —le dijo la hermana Azul a Sheriam, cortante. Lo que resultaba sorprendente. Merean jamás era cortante, ni siquiera cuando había un castigo en perspectiva. Cuando sermoneaba a alguien por alguna fechoría al tiempo que aplicaba la vara, la correa o la detestada zapatilla, su voz sonaba meramente firme.

Mientras la joven de cabello pelirrojo se alejaba disparada, la Maestra de las Novicias centró la atención en Siuan y Moraine. Ésta pensó que el corazón acabaría saliéndose por las

Librodot

costillas si seguía latiéndole tan fuerte. Todavía no. Luz, por favor, aún no.

—He hablado con la Amyrlin, Moraine, y se ha mostrado de acuerdo conmigo en que debes de estar conmocionada por la fuerte impresión. Las otras Aceptadas tendrán que arreglárselas sin ti hoy. —Los labios de la Maestra de Novicias se apretaron un instante antes de que la serenidad volviera a su rostro. No obstante, su voz siguió siendo incisiva como una aguja—. De ser por mí, os habríais quedado todas en la Torre, pero la gente cooperará mejor con unas iniciadas que con escribientes, aunque éstos sean de la Torre Blanca, y las hermanas pondrán el grito en el cielo si se les pide que lleven a cabo esa tarea. La madre tiene razón en eso al menos.

¡Luz! Tenía que haber discutido con Tamra, pues de otro modo no habría estado lo bastante enfadada para decirles todo eso a unas Aceptadas. No era de extrañar que se mostrara tan cortante. El alivio inundó a Moraine porque no la llevaran a toda prisa a hacer la prueba para obtener el chal, pero era más fuerte la desilusión. Ese día podían llegar a los campamentos que rodeaban el Monte del Dragón. ¡Claro que podían!

—Por favor, Merean, yo...

La hermana levantó un dedo. Era una advertencia para que no discutiera, y, por amable y dulce que fuera por lo general, jamás hacía una segunda advertencia. Moraine se apresuró a cerrar la boca.

—No tendrás tiempo para rumiar y darle vueltas a la cabeza, descuida —continuó Merean. Ni que su expresión fuera sosegada ni que no, el modo en que se ajustó el chal sobre los hombros denotaba irritación—. La letra de algunas de las pequeñas parece patas de araña. —Estaba irritada, vaya que sí. Cuando tenía que criticar algo, por leve que fuera, se lo decía directamente al blanco de su crítica y a nadie más—. La madre ha accedido a que pases a limpio las listas que son casi ilegibles. Tienes una caligrafía clara. Un poco floreada, pero clara.

Moraine intentó desesperadamente discurrir algo que decir que la hermana no interpretara como objeción, pero no se le ocurrió nada. ¿Cómo iba a zafarse?

—Es muy buena idea, Moraine —dijo Siuan, y Moraine miró pasmada a su amiga. ¡Su amiga! Pero Siuan siguió adelante, alegremente, con la traición—. No pegó ojo anoche, Merean. Bueno, poco más de una hora. No creo que sea seguro para ella salir a cabalgar. Se desplomaría antes de recorrer dos kilómetros. —¡Y Siuan decía eso!

—Me alegro de que estés de acuerdo con mi decisión, Siuan —dijo secamente Merean. Moraine habría enrojecido si le hubiese hablado a ella con ese tono, pero Siuan estaba hecha de una pasta más dura y se enfrentó a la ceja enarcada de la hermana con una sonrisa de total inocencia—. Tampoco se la debe dejar sola, así que podrás ayudarla. También tú tienes una letra clara. —La sonrisa se heló en los labios de Siuan, pero Merean fingió no darse cuenta—. Seguidme, pues. Venga, moveos. Tengo más cosas que hacer hoy aparte de acompañaros a las dos de aquí para allí.

Deslizándose delante de ellas como un orondo cisne río abajo —un cisne muy veloz— encabezó la marcha hacia un pequeño cuarto sin ventanas, algo más abajo que los aposentos de la Amyrlin y al otro lado del corredor. Un escritorio ricamente tallado, con dos sillones de respaldo recto detrás, contenía una bandeja de plumas, grandes tinteros de cristal, recipientes de arena para secar la tinta, resmas de buen papel blanco y un montón de páginas escritas, apiladas desordenadamente. Moraine colgó la capa en una clavija, dejó la bolsa en el suelo, junto al escritorio, y miró aquel montón de hojas con tanto desánimo como Siuan. Por lo menos había chimenea y un fuego encendido en el estrecho hogar. El cuarto estaba caliente comparado con los corredores. Mucho más que una cabalgada por la nieve. ¿A quién quería convencer?

—Cuando hayáis acabado de desayunar, regresad aquí y poneos a trabajar —dijo Merean—. Dejad las copias en la antesala del estudio de la Amyrlin.

—Luz, Siuan, ¿qué te hizo pensar que esto era una buena idea? —espetó Moraine con energía una vez que la hermana se marchó.

—Porque así verías... —Siuan hizo un gesto atribulado—. De este modo veremos más

Librodot

nombres. Quizá todos, si Tamra nos hace seguir con el trabajo. Podríamos ser las primeras que descubriéramos quién es. Dudo que haya dos niños nacidos en el Monte del Dragón. Pensé que sólo te quedarías tú, no las dos. —Soltó un suspiro triste y luego, inopinadamente, miró extrañada a su amiga—: ¿Por qué ibas a rumiar y darle vueltas a algo? ¿Por qué se supone que sufres una conmoción emocional?

Revelar sus tribulaciones la noche anterior le había parecido fuera de lugar, una nimiedad comparado con lo que le aguardaba al mundo, pero Moraine no dudó en contárselo ahora. Antes de que hubiera terminado, Siuan la estrechó en un abrazo fuerte y confortador. Se habían desahogado la una con la otra muchas más veces de lo que cualquiera de las dos había usado a Merean como paño de lágrimas. Moraine jamás se había sentido tan unida con nadie como lo estaba con Siuan. Ni había querido tanto a nadie.

—Sabes que tengo seis tíos que son hombres estupendos —susurró Siuan—. Y uno murió demostrando lo buena persona que era. Lo que ignoras es que tengo otros dos a los que mi padre no dejaría cruzar la puerta de casa, uno de ellos su propio hermano. Mi padre ni siquiera los mienta. Son ladrones callejeros, pendencieros y borrachos, y cuando han tragado suficiente cerveza, o brandy si lo que han robado les da para pagárselo, se enzarzan con cualquiera que los mire mal. Por lo general, se lanzan los dos sobre el mismo infeliz y lo brean a puñetazos y a patadas o lo golpean con lo que tengan a mano. Algún día los ahorcarán por matar a alguien, si es que no ha ocurrido ya. Cuando pase, no lloraré por ellos. Hay personas que no se merecen una sola lágrima.

Moraine la abrazó también.

—Siempre sabes decir lo más adecuado. Pero rezaré por mis tíos.

—También yo rezaré por esos dos sinvergüenzas cuando mueran. Pero no me preocupan, ni vivos ni muertos. Vamos. Vayamos a desayunar. Va a ser un día largo y ni siquiera disfrutaremos de un estupendo paseo a caballo para hacer ejercicio.

Tenía que estar bromeando, pero aun así no hubo ni pizca de guasa en sus ojos azules. Claro que también detestaba cualquier trabajo administrativo. A nadie le gustaba, en realidad.

El comedor que utilizaban las Aceptadas con mayor frecuencia se hallaba en la planta más baja de la Torre y era una sala grande con prístinas paredes blancas y el suelo de baldosas del mismo color, lleno de mesas largas y lustrosas y bancos sencillos en los que cabían dos mujeres o incluso tres un poco apretadas. Las otras Aceptadas desayunaban deprisa, a veces tragando la comida con indecorosa rapidez. Sheriam se echó las gachas de avena en el vestido y salió disparada del comedor al tiempo que proclamaba que tenía tiempo de cambiarse. Casi iba corriendo. Todo el mundo se daba prisa. Hasta Katerine salió casi trotando, engullendo todavía un crujiente panecillo y sacudiéndose las migas del vestido. Viéndola, no parecía que la oportunidad de salir de la ciudad fuera tan espantosa como afirmaba. Siuan comió parsimoniosamente las gachas de avena, mezclada con manzanas asadas, y Moraine le hizo compañía mientras tomaba otra taza de fuerte té negro al que sólo había echado una gota de miel. Después de todo, las probabilidades de que el nombre del niño se encontrara entre los de las listas que las esperaban en el cuarto tenían que ser mínimas.

Poco después se encontraban solas en las mesas, y una de las cocineras salió y las miró ceñuda, puesta en jarras. Rellena, con el largo e impoluto delantal blanco, Laras estaba en la madurez y era más que bonita, pero aun así era capaz de taladrar una piedra con su mirada ceñuda. Ninguna Aceptada era tan tonta de tratar con soberbia a Laras; o nunca una segunda vez. Hasta Siuan cedió ante aquella firme mirada y acabó rápidamente con los últimos trozos de manzana que le quedaban en el plato. Laras empezó a llamar a las fregonas para que entraran con las bayetas antes de que Siuan y Moraine llegaran a la puerta.

Moraine había esperado que el trabajo fuera ingrato, y lo era, aunque no tanto como había temido. No tan malo. Empezaron por sacar sus propias listas del montón y añadieron las que estaban con letra legible, lo que redujo la pila a la mitad. Pero sólo a la mitad. Si alguien llegaba a la Torre sin saber escribir, le enseñaban a hacerlo de novicia, con una caligrafía decente, pero las que entraban sabiendo escribir mal a menudo tardaban años en conseguir hacerlo legiblemente, si es que lo conseguían. Algunas hermanas utilizaban amanuenses para

cualquier escrito que quisieran que entendiera alguien aparte de ellas.

La mayor parte de las listas parecían más cortas que la de Siuan y la suya; pero, aun contando con la explicación de Meilyn, un número increíble de mujeres había dado a luz. ¡Y eso sólo era en los campamentos cercanos al río! Al reparar en que Siuan repasaba cada página antes de apartarla a un lado, Moraine empezó a hacer lo mismo. Sin mucha esperanza, aunque una probabilidad remota no era lo mismo que algo imposible. Sólo que cuanto más leía más se desanimaba.

Muchas de las anotaciones eran increíblemente imprecisas. ¿Nacido a la vista de las murallas de Tar Valon? Las murallas se divisaban a leguas de distancia, desde las faldas del Monte del Dragón. Ese bebé en particular era una niña, de padre teariano y madre cairhienina, pero la anotación no auguraba nada bueno para localizar al bebé que buscaban. Había demasiadas en las que ponía lo mismo. O «a la vista de la Torre Blanca». ¡Luz, la Torre se podía ver desde una distancia casi tan larga como el propio Monte del Dragón! Vale, desde muchísimos kilómetros, al menos. Otras anotaciones eran tristes. Salia Pomfrey había dado a luz a un niño y se había marchado para regresar a su pueblo, en Andor, después de que su esposo murió al segundo día de combate. Había una nota debajo del nombre, en la letra fluida de Myrelle: «Las mujeres del campamento intentaron disuadirla, pero dicen que estaba medio loca de dolor. Que la Luz la ampare». Triste como para llorar. Y, enfocándolo con más frialdad, tan perturbador como las anotaciones imprecisas. No se había indicado el nombre del pueblo, y Andor era una de las naciones más extensas entre la Columna Vertebral del Mundo y el Océano Aricio. ¿Cómo se la iba a encontrar? El niño de Salia había nacido en la orilla equivocada del Erinin y seis días antes de las fechas que entraban en el plazo; pero, si pasaba lo mismo con la madre del Dragón Renacido, ¿cómo iban a encontrarlo? Las páginas estaban salpicadas de nombres así, aunque por lo general parecían ser mujeres de las que habían oído hablar otras, así que cabía la posibilidad de que estuviera anotada con todos los datos en algún otro sitio. O tal vez no. Cuando Tamra lo expuso, había parecido algo tan simple...

«La Luz nos ampare», pensó Moraine. La Luz amparara al mundo.

Juntando a veces las cabezas para descifrar una escritura que realmente parecía patas de araña, escribieron a ritmo regular e hicieron un alto de una hora a mediodía para bajar al comedor a tomar pan y crema de lentejas, y después volvieron con sus plumas. Elaida, ataviada con un vestido de cuello alto de color rojo más intenso que el que llevaba el día anterior, pasó por allí y, caminando alrededor del escritorio, miró en silencio por encima del hombro de Siuan primero y después de Moraine, como inspeccionando su escritura. El chal de flecos rojos tenía un rico bordado de parrizas reverdecidas. Reverdecidas y, más adecuado a ella, dotadas de largas espinas. Al no encontrar nada que criticar salió tan repentinamente como había entrado, y el suspiro de alivio de Moraine hizo eco del de Siuan. Aparte de eso, las dejaron en paz. Para cuando Moraine espolvoreó fina arena en la última página y la sacudió en la caja de madera que había en el suelo, entre los dos asientos, era hora de cenar. Varios niños habían nacido el día anterior —el nacimiento tenía que darse después de la Predicción de Gitara—, pero no parecía haber la más remota posibilidad de que alguno fuera el que buscaban.

Tras una noche de sueños agitados y poco descanso, no hizo falta que Siuan la apremiara a volver al pequeño cuarto en lugar de reunirse con las otras Aceptadas que se dirigían presurosas a las cuadras. Aunque ese día había algunas que no iban tan deprisa. Por lo visto, hasta una escapada fuera de la ciudad se volvía aburrida cuando lo único que se podía hacer era sentarse y escribir nombres todo el día. Moraine estaba deseando ponerse a escribir nombres. Después de todo, nadie les había dicho lo contrario. Y las había despertado el ruido que hacían las otras al prepararse, no una novicia con la orden de que salieran a caballo con las demás. Como Siuan decía a menudo, era más fácil pedir perdón que pedir permiso. Y eso que la Torre era poco dada al perdón para con las Aceptadas.

Los datos del día anterior las esperaban encima de la mesa; era un montón desordenado, tan alto como lo había sido el primero. Mientras separaban las listas legibles, dos escribientes entraron y se pararon sorprendidos. Una era una mujer robusta, con la Llama de Tar Valon

Librodot

bordada en una de las oscuras mangas, y con el cabello canoso recogido en un moño bajo; el otro era un tipo joven y robusto que parecía más adecuado para llevar armadura que la sencilla chaqueta de paño gris que vestía. Tenía unos ojos castaños preciosos. Y una sonrisa encantadora.

—Me desagrada que se me encomiende una tarea y encontrarme con que ya hay alguien haciéndola —dijo la mujer con acritud. Al reparar en la sonrisa del joven escribiente, le asestó una fría mirada. Su voz se tornó hielo—. Te guardarás mucho, Martan, si quieres conservar tu puesto. Ven conmigo.

Con la sonrisa borrada por la preocupación y el rostro rojo como la grana, Martan salió del cuarto tras ella. Moraine miró a Siuan con aprensión, pero su amiga continuó separando listas como sin nada.

—Sigue trabajando —dijo—. Si damos la impresión de estar muy ocupadas... —No acabó la frase. Si se había asignado la tarea a unos escribientes, entonces no podían albergar muchas esperanzas, pero era lo único que tenían.

En cuestión de minutos se las habían arreglado para empezar a copiar nombres y así las encontró la propia Tamra cuando entró en el cuarto. Ese día llevaba un vestido de seda, en azul liso, y era la personificación de la tranquilidad Aes Sedai. Nadie habría dicho que su amiga había muerto delante de ella hacía sólo dos días o que estaba pendiente de un nombre que salvaría el mundo. En pos de la Amyrlin iba la amanuense de pelo canoso, en cuyo rostro resaltaba la satisfacción más que un carmín chillón, y a quien seguía el joven Martan, sonriéndoles a Moraine y a Siuan por encima del hombro de la mujer. Realmente perdería su puesto si hacía eso muy a menudo.

Moraine se puso de pie e hizo una reverencia con tal precipitación que olvidó la pluma que tenía en la mano. Pero al instante notó cómo ésta se torcía y se encogió al ver la mancha de tinta que dejaba, una marca negra que se extendió en el vestido blanco hasta tener el tamaño de una moneda. Siuan se movió con igual rapidez, aunque mucho más tranquila. Se acordó de dejar la pluma en la bandeja antes de extender la falda. «Tranquila —se exhortó Moraine—. Debo mantener la calma.» Repasar los ejercicios mentales no le sirvió de mucho.

La Amyrlin las observó intensamente. Y, cuando la mirada escrutadora de Tamra se prendía en alguien, hasta el más insensible y encallecido se sentía medido al centímetro y pesado al gramo. Lo más que consiguió Moraine fue no rebullir con nerviosismo. Sin duda, aquella mirada vería lo que planeaban. Si es que se lo podía llamar «plan».

—Mi intención era que tuvieses un día libre para dedicarte a leer o estudiar, a tu arbitrio —dijo lentamente Tamra sin dejar de observarlas—. O quizá practicar para la prueba —añadió con una sonrisa que no mermó un ápice la intensidad de su escrutinio. Hizo una larga pausa y después asintió levemente, para sí—. ¿Sigues alterada por la muerte de tus tíos, pequeña?

—Anoche he tenido pesadillas otra vez, madre. —Era verdad, pero habían vuelto a ser de un bebé que lloraba en la nieve y de un joven sin rostro que destruía el mundo de nuevo a la par que lo salvaba. La firmeza de su voz la asombró. Jamás imaginó que sería capaz de dar una respuesta Aes Sedai a la Sede Amyrlin. Tamra asintió otra vez.

—De acuerdo, si crees que necesitas estar ocupada, podéis seguir. Cuando el aburrimiento de copiar todo el día os abrume, dejad una nota con el trabajo terminado y me ocuparé de que alguien os reemplace. —Se daba media vuelta cuando hizo una pausa—. La mancha de tinta es muy difícil de sacar, sobre todo en tela blanca. No voy a decirte que encauces para limpiarla; eso ya lo sabes. —Otra sonrisa y, agarrando a la amanuense de moño canoso por el brazo, la condujo hacia la puerta—. No es menester poner un gesto tan indignado, señora Wellin —dijo en tono apaciguador. Sólo los necios enfurecían a los escribientes; sus errores, accidentales o a propósito, podían ocasionar un gran daño—. No me cabe duda de que tenéis cosas mucho más importantes de las que ocuparos... —Su voz se redujo a un murmullo al alejarse por el corredor.

Moraine se levantó la falda para ver la mancha. Se había extendido y tenía el tamaño de una moneda grande. Normalmente, para quitar la mancha se habrían necesitado horas de

Librodot

empapar con cuidado la tela en lejía, lo cual irritaba las manos además de no tener garantía de éxito.

—Me dijo que usara el Poder para limpiarme el vestido —dijo, maravillada.

Siuan enarcó las cejas de tal modo que pareció que se le saldrían de la frente.

—No digas tonterías. Oí sus palabras tan bien como tú y no dijo nada de eso.

—No tienes que prestar atención sólo a lo que dice la gente sino a la intención de sus palabras, Siuan.

Interpretar lo que otros querían decir realmente era esencial en el Juego de las Casas y, uniéndolo todo —la sonrisa de Tamra, su mirada y las palabras que había elegido para expresarse—, era casi tan válido como un permiso por escrito.

Abrazó el Poder, tejió Aire, Agua y Tierra por ese orden, y aplicó el tejido sobre la mancha. Que las Aceptadas tuviesen prohibido encauzar para realizar quehaceres no significaba que no les enseñaran cómo hacerlo; para las hermanas no existía tal prohibición, ya que a menudo viajaban sin una doncella. El manchón negro adquirió de repente un brillo de humedad y empezó a reducirse al tiempo que emergía a la superficie de la tela. Siguió menguando hasta que sólo quedó una gotita azabache de tinta seca que le cayó en la palma de la mano.

—Quizá la guarde como recuerdo —comentó mientras dejaba la negra bolita en el borde del tablero del escritorio. Un recuerdo de que Siuan tenía razón en que había ocasiones en las que las reglas se podían romper.

—¿Y si hubiese entrado una hermana? —inquirió mordazmente su amiga—. ¿Habrías intentado explicarle que todo era parte del Juego de las Casas?

Moraine se puso colorada y soltó la Fuente.

—Le habría dicho... Le habría... ¿Tenemos que hablar de esto ahora? Debe de haber tantos nombres como ayer y me gustaría terminar antes de que haya pasado la hora de la cena.

Siuan estalló en carcajadas. El rubor de Moraine alcanzó un tono tan encendido que se habría confundido con el colorete de un bufón.

Llevaban más de una hora escribiendo, cuando Moraine llegó a una anotación que le dio que pensar. Nacido a la vista del Monte del Dragón, decía, lo que era tan ridículo como decir a la vista de la Torre. Pero Willa Mandair había dado a luz a un varón, al oeste del río y el día de la Predicción de Gitara. Copió lentamente el apunte. Al terminar, levantó la pluma, pero no la mojó en el tintero ni miró el siguiente nombre consignado con la picuda letra de Ellid. La mirada se le fue hacia la bolita azabache. Era una Aceptada, no una hermana. Pero se sometería a la prueba pronto. La madre de Bili Mandair habría tenido a la vista el Monte del Dragón aunque el niño hubiera nacido a la orilla del río. Nada de lo que Ellid había escrito indicaba la distancia a la que se encontraba de la montaña ese campamento en el que había estado. Ni siquiera si estaba cerca o lejos. En las anotaciones anteriores ponía «nacido en el campamento de lord Ellisar, fuera de Tar Valon».

La página que tenía delante sólo estaba llena hasta la mitad, pero tomó otra hoja en blanco del montón de la mesa y copió la información referente a Bili Mandair. Un nombre humilde, si era el niño que buscaban. No obstante, había más probabilidades de que el Dragón Renacido fuera hijo de un simple soldado que de un noble.

De pronto, advirtió que Siuan escribía en un librito encuadernado en piel, lo bastante pequeño para que le cupiera en la escarcela, al tiempo que vigilaba la puerta.

—Hay que estar preparada —comentó su amiga.

Moraine asintió y le pasó la hoja con una única anotación a Siuan, que copió cuidadosamente la información en el librito. Moraine se llevaría uno para ella al día siguiente.

La jornada deparó unos cuantos nombres de niños «nacidos a la vista del Monte del Dragón» o incluso «nacido cerca del Monte del Dragón», varios de ellos en la orilla este del Erinin. Moraine sabía que tendría que haberlo imaginado. La montaña era el punto de referencia más fácilmente identificable en leguas a la redonda, después de todo. Pero ésa era sólo la lista del segundo día, y añadieron otros nueve nombres de niños en el libro de Siuan. Luz, ¿cuántos nombres reunirían hasta que acabaran con aquello?

Hubo otras sorpresas. Poco después de media mañana, Jarna Malari entró en el cuarto, elegante con el vestido de seda gris oscuro, los aladares blancos en las sienes que incrementaban su imponente presencia y zafiros en la negra y larga melena, así como alrededor de la garganta. Los sedosos flecos del chal eran tan largos que casi rozaban el suelo a pesar de llevar la prenda echada sobre los hombros. Jarna era una Asentada del Ajah Gris. Las Asentadas rara vez se fijaban en las Aceptadas, pero llamó con un ademán a Moraine.

—Pasea conmigo un poco, pequeña.

En el corredor, Jarna caminó en silencio durante un rato y Moraine se alegró de que fuera así. Luz, ¿qué podía querer de ella una Asentada? De tratarse de una tarea o llevar un mensaje lo habría dicho de inmediato. En cualquier caso, a una Aceptada ni se le ocurriría meter prisa a cualquier hermana. Sería tanto como que una Asentada lo intentara con la Amyrlin. Las corrientes que hacían titilar las llamas de las lámparas de pie no incomodaban a Jarna, por supuesto, pero Moraine empezó a desear tener puesta la capa.

—Me he enterado de que estás atribulada por la muerte de tus tíos —dijo finalmente la Asentada—. Es comprensible.

Moraine respondió con un sonido que confió en que Jarna interpretara como asenso. Lo de las respuestas Aes Sedai estaba muy bien, pero quería evitar una mentira descarada. Si es que podía. Intentó no estirarse para parecer lo más alta posible, pero la coronilla sólo le llegaba al hombro de la otra mujer. ¿Qué querría?

—Me temo que los asuntos de estado no entienden del dolor, Moraine. Dime, pequeña, de la casa Damodred, ¿quién crees que ascenderá al Trono del Sol, ahora que Laman y sus hermanos han muerto?

Moraine se tropezó con sus propios pies, se tambaleó y se habría caído si Jarna no la hubiera sujetado. ¿Una Asentada le pedía su opinión en política? Cierto que se trataba de su propia nación, pero las Asentadas sabían más de la política de la mayor parte de los países que los propios gobernantes. Los límpidos ojos marrones de Jarna la observaban sosegada, pacientemente. Esperando.

—No he pensado en ello, Aes Sedai —respondió Moraine con sinceridad—. Creo que quizás el Trono del Sol pasará a otra casa, pero no sé a cuál de ellas.

—Quizá —musitó Jarna, que entrecerró los párpados durante el breve espacio de tiempo que tardó en pronunciar la palabra—. La casa Damodred se ha ido haciendo una mala reputación que Laman sólo ha empeorado.

Moraine frunció el entrecejo antes de poder controlarse y se apresuró a borrarlo con la esperanza de que Jarna no se hubiese dado cuenta. Era cierto. Su padre había sido el único de su generación que no había tenido un carácter sañudo, varones y mujeres por igual. Las generaciones precedentes habían sido casi igual de malas, cuando no peores, y las acciones de la casa Damodred habían desacreditado su nombre. Sin embargo, no le gustaba oírselo decir a nadie.

—Tu hermanastro Taringail está excluido de la sucesión a causa de su matrimonio con la reina de Andor —continuó Jarna—. Una ley ridícula, pero no puede cambiarla a menos que sea rey, y no puede ser rey hasta que no se haya cambiado. ¿Qué hay de tus hermanas mayores? ¿No se tiene buena opinión de ellas? La... lacra... parece haberse saltado gran parte de tu generación.

—Se las tiene en buen concepto, pero no para el trono —contestó Moraine—. A Anvaere sólo le interesan los caballos y la cetrería. —Y uno no podía fiarse de su temperamento, mucho peor que el que ella había tenido nunca, para ocupar el Trono del Sol. Pero eso era algo que sólo le diría a Siuan—. Y, si Innloine accediera al trono, todo el mundo sabe que dejaría los asuntos de Estado relegados a segundo término, en el mejor de los casos, para dedicarse a jugar con sus hijos. —Era lo más probable, porque al jugar con sus hijos se olvidaría completamente de los asuntos de Estado. Innloine era una madre cariñosa y tierna, pero lo cierto es que no destacaba por su inteligencia precisamente, aunque sí por su testarudez. Una combinación peligrosa en un dirigente—. Nadie apoyará a ninguna de las dos para ocupar el trono, Aes Sedai, ni siquiera entre los miembros de la casa Damodred.

Librodot

Jarna la miró largamente a los ojos, lo que le trajo el incómodo recuerdo de Meilyn afirmando que no podía leer los pensamientos. Pero no podía hacer otra cosa que sostener aquella mirada con paciencia y aparente franqueza. Y esperar fervientemente que Meilyn no hubiese hallado un modo de soslayar los Tres Juramentos.

—Entiendo —dijo al cabo Jarna—. Puedes volver a tu trabajo, pequeña.

—¿Qué quería? —le preguntó Siuan cuando regresó al cuarto.

—No estoy segura —contestó lentamente mientras cogía la pluma. Ésa era la primera mentira que le había dicho a Siuan desde que se conocían. Sabía exactamente lo que Jarna quería y eso la aterraba.

Para cuando dejaron las copias terminadas en el escritorio adornado con tallas de rosas que había pertenecido a Gitara, en la espaciosa antesala del estudio de la Amyrlin, otras seis Asentadas habían ido al cuarto para que Moraine saliera con ellas al corredor. Una de cada Ajah, y todas con la misma pregunta. Tsutama Rath, hermosa y con una mirada tan dura que hizo encogerse a Moraine, no se anduvo con rodeos.

—¿Nunca te has planteado ser reina de Cairhien? —preguntó como sin darle importancia al tiempo que jugueteaba con los rojos flecos del chal.

Así fue como a las pesadillas del bebé en la nieve y del hombre sin rostro se les unió otra. Estaba sentada en el Trono del Sol, con el chal de Aes Sedai, y fuera, en las calles, la turba destruía la ciudad. Hacía más de un milenio que ninguna Aes Sedai había sido reina, e incluso antes, a las pocas que habían admitido serlo las cosas les habían ido muy mal. Pero, si ése era el objetivo de la Torre, ¿cómo podía impedirlo ella? Sólo si abandonaba la Torre tan pronto como obtuviera el chal y se mantenía lejos hasta que las cosas se hubieran resuelto en Cairhien. Se pasó la mayor parte de esa noche insomne y rezando para que le hicieran pronto la prueba. Ni siquiera el día siguiente le parecía lo bastante pronto. Luz, no estaba preparada, pero tenía que escapar. De algún modo.

Librodot

7



La comezón

Al día siguiente encontraron más nombres, y en mayor número, que encajaban con la pauta, todos con una vaga referencia al Monte del Dragón como lugar de nacimiento. Moraine comprendió que Siuan y ella no verían ningún nombre con la indicación de «nacido en las laderas del Monte del Dragón». Mucha gente conocía las Profecías aunque a menudo de forma errónea, sobre todo entre la gente del pueblo, pero la conexión de la montaña estaba presente incluso en las versiones más disparatadas. Ninguna mujer querría admitir que había dado a luz a un niño que algún día podría encauzar el Poder, con todo lo que eso implicaba: la criatura de sus entrañas condenada a la locura y al terror. De modo que ¿cómo iba a admitir que había dado a luz al Dragón Renacido? No podía omitir completamente el Monte del Dragón o sus conocidos podrían enmendarla, pero «cerca de la montaña» o «a la vista de» no entrañaba mucho riesgo. El niño que buscaban a buen seguro estaría oculto tras esa verdad a medias.

Haría falta que alguien visitara a todas esas mujeres para hacerles preguntas más precisas, planteadas prudentemente y expresadas con cuidado. Enumeró mentalmente esas preguntas, el delicado sondeo para obtener información y a un tiempo no revelar nada. Despertar las sospechas de la madre tendría por resultado que volvería a mentir. Y seguramente a huir tan pronto como la persona que la hubiera interrogado se hubiera dado media vuelta. Sería participar en el *Da'es Daemar* estando en juego el mundo. Una tarea que distaba mucho de entusiasmarla, mas ¿cómo resistirse a imaginárselo?

Durante la mañana Tamra les hizo una visita. La Amyrlin entró de repente, justo cuando Moraine guardaba en la escarcela el librito donde había apuntado otro nombre. Trató de disimular el movimiento haciéndolo parte de la reverencia, un toque de torpeza ocasionado por la sorpresa. Creyó haberlo hecho bien, pero contuvo la respiración mientras la Amyrlin la observaba. ¿Habría visto el libro? De repente, la idea de pedir perdón mejor que pedir permiso le pareció muy endeble. Si las pillaban, tan inútil sería lo uno como lo otro. Casi con toda seguridad, ser descubiertas les acarrearía la expulsión temporal, el trabajo en una granja aislada desde el amanecer hasta el ocaso, apartadas de amigas y estudios, con la prohibición de encauzar. Para novicias y Aceptadas ése era el castigo penúltimo, una última oportunidad para aprender a comportarse correctamente antes de ser expulsada para siempre si se reincidía. Mucho peor que las manos llenas de ampollas; sin embargo, sería quedar apartadas definitivamente de la búsqueda del niño.

—Creía que el día de ayer habría saciado vuestro apetito de aburrimiento —dijo finalmente Tamra, y Moraine respiró de nuevo—. Sobre todo el tuyo, Siuan.

Siuan enrojecía rara vez, pero al oír eso se le encendió el rostro. Todo el mundo conocía su desagrado por las tareas administrativas; hacer copias era el castigo que temía más.

—Las listas me ayudan a poner freno a las ideas desagradables, madre —intervino Moraine. Cuando uno empezaba a dar respuestas engañosas, le salían más y más fácilmente aunque fuera a la Sede Amyrlin.

En realidad, aquellas ideas todavía le pasaban por la mente cuando menos lo esperaba,

trabajara con listas o no. Ideas sobre un bebé en la nieve y un hombre sin rostro. E, igualmente tenebrosa, la del Trono del Sol. Deseaba suplicar a Tamra que pusiera fin a ese plan, pero sabía que suplicar no serviría de nada. La Torre no era menos implacable con sus designios que la Rueda del Tiempo con los suyos. En ambos casos, los hilos que tejían eran vidas humanas y la trama que urdían tenía mucha más importancia que cualquier hebra individual.

—Está bien, pequeña. Siempre y cuando tus estudios no se resientan. —Tamra le tendió un papel doblado y sellado con un círculo de cera verde en el que Moraine no había reparado hasta ese momento—. Lleva esto a Kerene Nagashi. Debe de encontrarse en sus aposentos. No se lo entregues a ninguna otra persona.

¡Como si ella fuera capaz de hacer algo así! Algunas Aceptadas se quejaban, en voz muy baja y en privado, de tener que subir los anchos corredores que ascendían en espiral por la Torre; pero, aun teniendo que subir hasta la mitad de la altura total, Moraine disfrutaba de cualquier encargo que la llevara a los sectores de los Ajahs. Se podían descubrir muchas cosas viendo a la gente en sus alojamientos. Hasta las Aes Sedai bajaban la guardia en tales circunstancias. En todo caso, lo hacían un poco, aunque lo suficiente para alguien que supiera escuchar y observar.

Los sectores de los Ajahs eran idénticos en cuanto a número de aposentos y a la forma en que estaban ubicados, pero los detalles diferían ampliamente. La estampación de una espada a tamaño real aparecía impresa en cada una de las enormes baldosas blancas del sector del Ajah Verde, armas de dos docenas de estilos distintos, de un solo filo y de doble filo, de hoja curva y recta. Todas las puertas que había a lo largo de los pasillos tenían tallada una espada con la punta hacia arriba, en dorado para los aposentos de las Asentadas y en plateado o lacado en muchas otras. Los tapices —colgados entre altas lámparas de pie doradas y con las bases forjadas en forma de alabardas en pabellón— representaban escenas marciales de jinetes a la carga, contiendas y famosas batallas finales que se alternaban con antiguos estandartes de guerra de naciones desaparecidas largo tiempo atrás, muchos de ellos rotos y manchados y todos conservados a lo largo de siglos con tejidos del Poder Único. Ninguna Aes Sedai había participado en una contienda desde la Guerra de los Trollocs; pero, cuando llegara el Tarmon Gai'don, el Ajah de Batalla cabalgaría en primera línea. Hasta que llegara ese momento, las Verdes luchaban por la justicia allí donde a menudo sólo podía obtenerse con las espadas de sus Guardianes, pero eso era lo único que hacían mientras esperaban la Última Batalla.

Otra diferencia allí era el número de varones, aunque no eran hombres corrientes, por supuesto. Eran Guardianes. Altos o bajos, corpulentos o delgados, incluso robustos en algunos casos, se movían como leones o leopardos. Ninguno llevaba puesta la capa distintiva en el interior del edificio, pero dicha prenda era un simple ornato para un ojo perspicaz. A los Guardianes se los podía ver en el sector de cualquier Ajah, excepto el Rojo, pero la mayoría tenía habitación en los barracones de la Guardia o incluso en la ciudad. ¡Los Guardianes de las Verdes a menudo vivían en los mismos aposentos que las hermanas!

Un Guardián de ojos verdes, que compensaba su corta talla con una complexión ancha, la miró mientras se cruzaba con ella a buen paso, como si fuera a hacer un mandado. Otros tres que estaban juntos se callaron al verla aproximarse y reanudaron la conversación en voz baja una vez que hubo pasado. Uno llevaba campanillas de plata en las oscuras trenzas arafelinas, otro lucía un gran bigote tarabonés, y el tercero, de tez muy oscura, quizás era teariano o un altaranés del sur. Con todo, aparte de la gracilidad de sus movimientos, había algo más que compartían entre ellos, y con el hombre de complexión corpulenta, y con cualquier hombre que anduviera por allí. En cierta ocasión que había salido de caza con rapaces junto a sus primos había mirado los ojos de un águila encapuchada, con el collar de plumas negras rodeándole la cabeza. Encontrarse con la mirada de un Guardián era algo semejante. No feroz, sino rebosante de conocimiento de sí mismo, absolutamente consciente de sus aptitudes, de su capacidad para la violencia.

Y, no obstante, era una violencia contenida, disciplinada por voluntad propia y por el

Librodot

vínculo con sus Aes Sedai. Allí simplemente se ocupaban de asuntos de la vida cotidiana. Un hombre enjuto, con la cabeza afeitada salvo el alto mechón shienariano, descansaba contra una pared con una pierna doblada y el pie apoyado en el muro, y afinaba un violín sin hacer caso a las bromas bien intencionadas de otro Guardián que decía que sonaba como un gato mojado dentro de una red. Otros dos, en mangas de camisa, practicaban con espadas de madera en un amplio pasillo lateral; los listones atados que sustituían la hoja de acero resonaban con cada golpe veloz.

Rina Hafden, de constitución fornida pero a la vez elegante y grácil y que de algún modo conseguía que su cara cuadrada resultara encantadora, los animaba a la par que exhibía una amplia sonrisa.

—¡Buen golpe, Waylin! ¡Oh, estupendo ese ataque, Elyas! —jaleaba.

Por su constitución podrían haber sido gemelos, aunque uno era moreno de tez e iba completamente afeitado, en tanto que el otro era de piel clara y llevaba barba corta. Sonrientes, siguieron moviéndose más y más deprisa. La camisa húmeda de sudor se les pegaba a los anchos hombros y a la espalda, si bien los dos parecían frescos y descansados.

Al pasar ante una puerta abierta Moraine vio a un Guardián carirredondo que tocaba una melodía majestuosa con una flauta, en tanto que la canosa Jala Bandevin, una mujer imponente a despecho de ser casi una mano más baja que Moraine, trataba de enseñar a un nuevo Guardián los pasos de un baile cortesano. Tenía que ser nuevo ese muchacho ruborizado de cabello claro que no contaría más de veinte años; pero, a pesar de ello, ningún hombre obtenía el vínculo a menos que poseyera ya todas las habilidades requeridas. Todas aparte de bailar, claro.

La puerta de Kerene, con una espada lacada en rojo, dorado y negro, también estaba abierta y del interior salía el sonido de una música alegre. Moraine ignoraba el significado del lacado o de los colores y sospechaba que nunca lo sabría a menos que eligiese el Ajah Verde. Eso no ocurriría, pero le molestaba desconocer algo. Una vez que localizaba algo que no sabía, la ignorancia se convertía en una especie de comezón entre los omóplatos, justo donde uno no llega para rascarse. No por primera vez, archivó en un rincón de su mente lo de las espadas junto a muchas otras cosas vistas en los sectores de los Ajahs. La comezón desapareció, pero sabía que reaparecería cuando volviera a ver esas puertas.

Los contados tapices que había en la sala de Kerene representaban escenas de guerra o de caza, pero la mayor parte del espacio de las paredes estaba ocupado por librerías talladas en distintos estilos de media docena de países. Junto con unos cuantos libros, contenían un gran cráneo de león, otro aún mayor de un oso, cuencos vidriados, jarrones de formas extrañas, dagas adornadas con gemas y oro, y dagas con sencillas empuñaduras de madera, una con sólo un fragmento de la hoja rota. El martillo de un herrero, con la cabeza partida en dos, se hallaba junto a un cuenco de madera resquebrajado en el que había una gruesa gota de fuego, tan exquisita que podría adornar una corona. Un reloj dorado de cilindro, con las agujas paralizadas poco antes del mediodía o de medianoche, se encontraba al lado de un guantelete reforzado con acero en el envés y con manchas oscuras que, a no dudar, eran de sangre. Estos objetos y todos los demás eran recuerdos de los muchos más de cien años de llevar el chal.

Los recuerdos de antes del chal eran pocos. Sólo una fila de miniaturas colocadas sobre la repisa de la chimenea, tallada en ondas, y que representaban a un hombre de aire digno, vestido sencillamente; una mujer sonriente y regordeta; y cinco niños, tres de ellos, niñas. Era la familia de Kerene; todos llevaban mucho tiempo enterrados, como también sus sobrinas y sobrinos, y los hijos de éstos, y los nietos. Ése era el pesar que sobrellevaban las Aes Sedai. La familia muerta, y todo lo que uno conocía, desaparecido. Excepto la Torre. La Torre Blanca siempre perduraba.

Dos de los Guardianes de Kerene se hallaban en la sala con ella. El inmenso Karile, a quien el cabello y la barba le otorgaban el aspecto de un león de dorada melena, leía un libro delante de la chimenea con los pies apoyados en el ornamentado guardafuegos de latón; un hilillo de humo se alzaba de la cazoleta de su pipa de boquilla larga. Stepin, con más aspecto

de escribiente que de Guardián a causa de los estrechos hombros y los melancólicos ojos marrones, estaba sentado en una banqueta y tocaba una alegre giga con una vihuela de doce cuerdas; los dedos del Guardián se movían con la destreza de cualquier músico contratado. Ninguno de los dos hombres interrumpieron lo que hacían por la llegada de una Aceptada.

La propia Kerene bordaba en un bastidor de pie. Siempre resultaba incongruente ver a una Verde ocupada con una labor de aguja. Sobre todo cuando, como ahora, el motivo era un campo de flores silvestres. ¿Cómo encajaba eso con la violencia y la muerte que decoraban las paredes? Alta y delgada, Kerene aparentaba exactamente lo que era, el rostro intemporal firme y hermoso, los ojos, casi negros, estanques de serenidad. Incluso allí vestía un traje de montar, con la falda pantalón adornada con cuchilladas de un intenso color esmeralda; llevaba el oscuro cabello, con ligeros toques blancos, más corto aún que Karile o Stepin, por encima de los hombros, y sujeto en una gruesa coleta. Con ese largo seguramente le era más fácil conservarlo arreglado cuando viajaba. Kerene rara vez se quedaba mucho tiempo en la Torre antes de emprender viaje de nuevo. Dejó la aguja en el bastidor, tomó la carta y rompió el sello verde de cera con el pulgar. Tamra siempre sellaba sus mensajes a las hermanas con cera del color del Ajah de la destinataria. De todos los Ajahs y de ninguno.

Lo que quiera que hubiese escrito Tamra, Kerene lo leyó enseguida y su expresión no varió lo más mínimo; pero, antes de que la Verde hubiese terminado, Stepin dejó la vihuela apoyada contra una mesa auxiliar y empezó a abotonarse la chaqueta. Karile colocó el libro en un estante, vació la pipa dando golpecitos en la chimenea y se la guardó en un amplio bolsillo de la chaqueta. Eso fue todo, pero saltaba a la vista que estaban listos y a la espera. A despecho de sus ojos tristes, Stepin ya no tenía aspecto de escribiente. Ambos eran leopardos, esperando la orden de salir de caza.

—¿Hay alguna respuesta, Aes Sedai? —preguntó Moraine.

—La llevaré yo misma, pequeña —contestó Kerene, que echó a andar hacia la puerta con un paso vivo que remarcó el frufrú de la falda de seda—. Tamra me reclama urgentemente, pero no dice por qué —les dijo a los Guardianes, que le pisaban los talones como dos sabuesos.

Moraine se permitió esbozar una sonrisa fugaz. Como les ocurría a los sirvientes, a menudo las hermanas olvidaban que las Aceptadas tenían orejas. A veces el mejor modo de enterarse de algo era guardar silencio y escuchar.

Desandaba el camino por el corredor espiral lleno de corrientes mientras pensaba en lo que había escuchado e intentaba hacer caso omiso del frío, cuando Siuan la alcanzó a todo correr. No había hermanas por allí, pero aun así...

—Otro mensaje —explicó Siuan—. Para Aisha Raveneos. Se puso a mascullar algo sobre urgencia en un tono interrogante. Apuesto a que era el mismo que llevaste a Kerene. ¿Qué crees que quiere Tamra con el Gris y el Verde juntos?

El Ajah Gris se ocupaba de asuntos de mediación y justicia, más en lo relativo al uso de las leyes que de las espadas, y Aisha tenía fama de cumplir la ley al pie de la letra por encima de sus propios sentimientos, ya fueran de piedad o de desprecio. Era un rasgo que compartía con Kerene. Y las dos mujeres habían llevado el chal durante mucho tiempo, si bien eso podía carecer de importancia. Tal vez Moraine no era tan hábil como Siuan con acertijos y rompecabezas, pero aquel asunto era realmente como el Juego de las Casas.

Miró en derredor con recelo, incluso echó una ojeada a su espalda. Una doncella despabilaba las mechas de una lámpara de pie un poco más adelante y dos hombres de librea, uno encaramado a una alta escalera de mano, hacían algo en uno de los tapices. Seguía sin haber ninguna hermana a la vista, pero Moraine bajó la voz de todos modos.

—Tamra quiere... rastreadoras que busquen al niño. Oh, esto lo cambia todo. Estaba equivocada, Siuan, y tú tenías razón.

—¿Equivocada en qué y razón en qué? ¿Qué te hace pensar que está reclutando rastreadoras?

¿Cómo podía ser tan diestra con los rompecabezas y no ver la pauta en aquello?

—Ahora mismo ¿qué asunto podría ser más importante para Tamra que el niño, Siuan?

Librodot

—inquirió con impaciencia—. ¿O tan secreto que ni se atreve a poner por escrito la razón de la urgencia? Esa actitud reservada indica que no cree que se pueda confiar en las Rojas. En eso es en lo que tenías razón. Lo que es más, ¿cuántas otras hermanas querrían en un primer momento negar que ese niño es realmente el anunciado? Sobre todo si no se lo encuentra hasta que se haya hecho un hombre y encauce ya. No, se propone utilizar hermanas que sabe con certeza que saldrán en su búsqueda. En lo que me equivoqué fue al pensar que se lo traería a la Torre. Eso lo dejaría al alcance de las Rojas y de otras que quizá no sean de fiar. Una vez hallado, Tamra hará que lo lleven a algún lugar y lo escondan. Su educación estará en manos de quienes lo van a buscar, las mujeres en las que más confía.

Siuan se llevó una mano a la frente.

—Creo que la cabeza me va a estallar —murmuró—. Has montado todo eso partiendo de dos mensajes y ni siquiera sabes lo que decían.

—Sé una cosa que decían y otra que no. Sólo es una cuestión de ver las pautas y encajar las piezas, Siuan. En serio, a ti tendría que resultarte muy fácil.

—¿De veras? Ellid me dio un rompecabezas de herrero la semana pasada. Dijo que se había aburrido de él, pero me parece que no pudo resolverlo. ¿Quieres intentarlo?

—No, gracias —respondió cortésmente Moraine. Y, tras echar otra ojeada por si había alguna hermana, le sacó la lengua a su amiga.

Al día siguiente, Tamra envió otros tres mensajes. El primero fue para Meilyn Arganya; el segundo, para Valera Gorovni, una pequeña y llenita Marrón que siempre sonreía y parecía bullir incluso estando quieta, y el tercero fue para Ludice Daneen, una huesuda Amarilla cuyo largo y severo rostro quedaba enmarcado por unas trencillas tarabonesas adornadas con cuentas coloridas y que le llegaban a la cintura. Ninguna dejó ver el menor indicio del contenido del mensaje, pero las tres habían llevado el chal más de cien años y todas compartían reputación de cumplir estrictamente la ley. Moraine lo interpretó con una confirmación e incluso Siuan empezó a creer en su teoría.

Cinco parecían muy pocas para emprender la búsqueda del niño, día tras día agregaban más nombres en sus pequeños libros y llenaban más y más páginas, pero Tamra no envió más mensajes. Al menos, no lo hizo a través de ellas dos. Se había nombrado Guardiana de las Crónicas a Aeldra Najaf para reemplazar a Gitara, y cabía la posibilidad de que los hubiera llevado ella o, más probablemente, que los hubiera enviado con una novicia. Haciendo turnos para asomarse por el borde de la puerta, Moraine y Siuan intentaron mantener una discreta vigilancia de la Amyrlin y de sus aposentos durante un tiempo, pero las visitas a Tamra se sucedían a un ritmo regular. Constante no, pero sí regular. A las Asentadas se las podía descartar, pues rara vez salían de los confines de la ciudad mientras tenían un sillón en la Antecámara de la Torre, pero cualquiera de las otras podría haber sido rastreadora. O no. Para Moraine era frustrante en extremo; esa comezón entre los omóplatos, justo donde no se llegaba.

Al poco tiempo renunciaron a sus intentos de espiar. Para empezar, no parecía tener sentido. Y en segundo lugar, al copiar sólo una de ellas, el registro de los nombres iba mucho más lento. Y Aeldra, de regreso al estudio de la Amyrlin, pilló a Moraine acechando en la puerta.

El cabello blanco era la única similitud entre Aeldra y Gitara, y el de Aeldra era liso y lo llevaba tan corto como Kerene. La nueva Guardiana era enjuta, con la piel cobriza curtida como cuero por haber estado mucho tiempo expuesta al aire y al sol, y desde luego nadie la había descrito como una belleza, con aquella mandíbula estrecha y la afilada nariz. La única joya que lucía era el anillo de la Gran Serpiente, sus vestidos eran de paño azul, de buena tela pero de corte sencillo, y la estola de un tono azul profundo, echada por los hombros, tenía poco más de dos dedos de ancho. Una mujer muy distinta de Gitara.

—¿Qué miras, pequeña? —preguntó suavemente.

—Sólo a las hermanas que entran y salen del estudio de la Amyrlin, Aes Sedai —contestó Moraine. Ciertas todas y cada una de las palabras.

—¿Soñando con el chal? —Aeldra sonrió—. Quizás emplearías mejor tu tiempo

estudiando y practicando.

—Encontramos tiempo para hacer las dos cosas, Aes Sedai, y este trabajo también me mantiene ocupada la mente. —Otra cosa que era verdad. La búsqueda del niño ocupaba cada pizca de su mente que no estuviera ocupada por unos pensamientos que preferiría no tener.

Un leve ceño se marcó en la frente de Aeldra, que puso una mano en la mejilla de Moraine, casi como si esperara notarla febril.

—¿Esos sueños te siguen atormentando? Algunas de las Marrones saben mucho sobre hierbas curativas. Estoy segura de que una te dará algo para ayudarte a dormir si lo necesitas.

—Verin Sedai lo ha hecho ya. —La infusión tenía un gusto horrible, pero la ayudaba a conciliar el sueño. Lástima que no la ayudara a olvidar las pesadillas que surgían cuando se dormía—. Los sueños no son tan malos ahora. —A veces no había modo de utilizar las evasivas.

—Muy bien, entonces. —Aeldra recobró la sonrisa, pero sacudió el índice en un gesto reprobador delante de la nariz de Moraine—. Sin embargo, soñar despierta asomada a las puertas no es correcto en una Aceptada, pequeña. Si vuelvo a verte, tendré que darme por enterada. ¿Lo has entendido?

—Sí, Aes Sedai.

Se había acabado el espiar. Moraine empezó a pensar que terminaría chillando por culpa de esa maldita comezón.

Librodot

8



Briznas de serenidad

Tampoco pudieron eludir las lecciones privadas con las hermanas. Y no es que Moraine ni Siuan lo desearan, pero las largas horas que pasaban sentadas y escribiendo las dejaban increíblemente cansadas, además de que sólo disponían de tiempo libre de anochecida, después de cenar. Las Aceptadas que seguían saliendo a diario hasta la puesta del sol hacían lo mismo, aunque muchas rezongaban por ello; cuando no había cerca Aes Sedai que pudieran oírlas, claro. O, más bien, tomaban lecciones cuando se les ofrecían. Algunas hermanas se negaban, alegando que volverían a enseñar a las Aceptadas cuando no tuvieran que dar a las novicias las clases que deberían impartir las Aceptadas. Eran muchas las Aes Sedai a las que no les gustaba la situación. Según los rumores se habían presentado peticiones a la Amyrlin requiriendo que se volviera a la rutina normal, pero, de ser cierto, Tamra las había rechazado. Los rostros de las Aes Sedai seguían siendo máscaras de serenidad, pero hasta en los ojos de las más amables surgía con frecuencia un destello de enojo que sobresaltaba a las novicias y hacía ir con pies de plomo a las Aceptadas. En el frío de pleno invierno, la Torre parecía febril.

Siuan nunca hablaba de sus experiencias, pero Moraine se dio cuenta enseguida de que ella atraía miradas particularmente iracundas de casi todas las Aes Sedai con las que se encontraba, y entendía el porqué. A diferencia de las otras, Siuan y ella podrían haber dado clases a las novicias y asistir a las suyas a una hora más razonable. Unas cuantas hermanas que enseñaban a otras de noche alegaban estar muy ocupadas cuando cualquiera de las dos intentaba concertar una lección. En ciertos aspectos, las Aes Sedai eran tan mezquinas como cualquier persona, aunque eso era algo que ninguna Aceptada osaba decir en voz alta. Moraine confiaba en que esas pequeñas enemistades desaparecieran pronto. A veces las irritaciones cicateras acababan enquistándose y se convertían en antagonismos durante toda la vida. Mas ¿qué podía hacer ella para evitarlo? Disculparse humildemente con aquellas que parecían más enfadadas, suplicar su indulgencia y confiar. No renunciaría a las listas.

No todas las hermanas eran tan reacias. Kerene se reunió con ella para discutir los hechos conocidos por los historiadores sobre Artur Hawkwing y su imperio, que en realidad eran relativamente pocos; Meilyn le hizo una prueba referente al antiguo escritor Willim de Manaches y su influencia en la filósofa saldaenina Shivena Kayenzi; y Aisha le preguntó exhaustivamente sobre las diferencias en la estructura de las leyes en Shienar y en Amadicia. Ése era el tipo de lecciones que tomaba ahora. Lo que podían enseñarle del Poder, lo que ella podía aprender —que no era siempre lo mismo— ya le había sido impartido meses atrás. De haberse atrevido, habría preguntado la razón de que siguieran en la Torre. ¿Por qué no estaban rastreando ya los nombres de las listas? ¿Por qué?

Y, sin embargo, sabía la respuesta; o lo que debía de ser la respuesta. Ninguna otra cosa encajaba. Lo cierto es que no tenían prisa. Separar al niño de la madre inmediatamente sería cruel, y quizá pensaban que disponían de años para encontrarlo, pero, de ser ése el caso, ni siquiera habían mirado las listas todavía, con tantas entradas carentes hasta del nombre de un

pueblo. A lo mejor esperaban que estuvieran completas. Moraine confiaba en que hubiera más buscadoras, porque Siuan le informó que Valera y Ludice seguían en la Torre.

¡Ni pizca de urgencia! A Moraine la consumía la impaciencia. Corría el rumor de que la lucha continuaba a muchas lenguas hacia el sur, pero sólo como refriegas, si bien se decía que algunas eran feroces. Al parecer ninguno de los comandantes de los ejércitos de la Coalición quería presionar demasiado a enemigos peligrosos que, después de todo, estaban en retirada. Al menos esto último era seguro, pues lo habían informado las Aes Sedai. Se rumoreaba que muchos murandianos y altaraneses ya habían recogido sus cosas y se dirigían hacia el sur, de vuelta a casa, y que amadicienses y ghealdanos planeaban hacerlo dentro de poco. El mismo rumor hablaba de problemas a lo largo de La Llaga, así que las tropas de las Tierras Fronterizas se pondrían en camino hacia el norte dentro de poco. Por lo visto, las Aes Sedai no hacían caso de los rumores. Moraine intentó sacar a colación el tema con ellas, pero...

—Los rumores son irracionales y no tiene cabida aquí, pequeña —le dijo firmemente Meilyn, serena la mirada por encima del borde de la taza de té que sostenía entre las puntas de los dedos—. Bien, cuando Shivena afirma que la realidad es ilusión, ¿hasta qué punto saca la idea de los textos de Willim, o bien es una concepción propia?

—Si quieres hablar de rumores, que sean sobre Artur Hawkwing —dijo Kerene con voz cortante. Siempre jugueteaba con uno de sus cuchillos mientras daba la lección y lo utilizaba como puntero. Esa noche era el cuchillo de un hombre pobre, tan viejo que el mango de madera estaba agrietado y combado—. La Luz sabe que la mitad de lo que sabemos de él son simples rumores.

Aisha suspiró y la apuntó con el regordete índice mientras los dulces ojos marrones se volvían repentinamente duros. De rostro tan corriente que podría pasar por ser una granjera, llevaba encima una fortuna en joyas —pendientes con gotas de fuego, largos collares de esmeraldas y rubíes—, pero en los dedos sólo lucía el anillo de la Gran Serpiente.

—Si no puedes centrarte sólo en el asunto que estamos tratando, quizás una visita a Merean te vendría bien. Sí, ya me parecía a mí que dirías eso.

¡Era imposible hacerles entender la urgencia del tema! Lo único que podía hacer era esperar. Y practicar sin rechinar los dientes. Luz, ojalá la sometieran pronto a la prueba. Con el chal en los hombros, saldría de la Torre como una flecha volando del arco y buscaría al niño. Pronto, pero no antes de que tuviera todos los nombres. ¡Oh, qué terrible dilema!

Los alojamientos de las Aceptadas bullían con más hablillas de lo habitual, aunque no respecto a quién había tenido una discusión con quién o qué Verde se rumoreaba que estaba teniendo un comportamiento escandaloso con un Guardián. Estos otros rumores procedían de los guardias, de soldados, de hombres y mujeres de los campamentos, y se referían a la lucha, a hombres que habían muerto heroicamente y a aquellos que habían sido héroes y seguían vivos. De ésos se hablaba más; alguien así podría tener cualidades para Guardián, un tema que se discutía mucho entre las Aceptadas, a excepción de unas pocas que ya sabían que querían entrar en el Ajah Rojo. Se hablaba de campamentos que se estaban levantando, aunque nadie sabía si se dirigían hacia el este, en pos del ejército, o si regresaban a su casa; y otros sobre grupos pequeños que se quedaban a fin de que los nombres de las mujeres se anotaran en la lista para la recompensa de la Torre. Por lo menos eso reducía las posibilidades de que la mujer indicada se marchara sin saber nada de ella; pero, si ya estaba incluida en la lista y se había ido, ¿se encontraría entre aquellas que sería fácil localizar? Moraine habría gritado de frustración.

Ellid Abareim tenía un chisme procedente de una Aes Sedai, aunque insistía en que no era un rumor.

—Oí a Adelorna decírselo a Shemaen —comentó con una sonrisa.

Ellid siempre sonreía cuando se veía en un espejo, y cuando sonreía daba la impresión de estar mirándose en uno. Una ráfaga de viento nocturno sopló en el patio interior y agitó las ondas del rubio cabello que enmarcaba su cara perfecta. Sus ojos eran cual grandes zafiros, su piel, cremosa. La única falta que Moraine le encontraba a su aspecto era un busto demasiado opulento. Y era muy alta, casi tanto como la mayoría de los hombres. Éstos le sonreían a

Librodot

Ellid; cuando no le lanzaban miradas lascivas. Las novicias rondaban tras ella, y demasiadas necias entre las Aceptadas la envidiaban.

—Adelorna dijo que Gitara tuvo una Predicción de que el Tarmon Gai'don tendrá lugar durante la vida de las hermanas que existen ahora —prosiguió Ellid—. Me muero de impaciencia. Tengo intención de elegir el Verde, ¿sabéis? —Todas las Aceptadas lo sabían—. Me propongo tener seis Guardianes cuando cabalgue hacia la Última Batalla. —Eso también lo sabían todas las Aceptadas. Ellid no dejaba de repetirte lo que se proponía hacer. Y casi siempre lo hacía. Era injusto.

—Bien —susurró Moraine cuando Ellid se reunió con las otras que iban a cenar—. Así que Gitara tuvo otras Predicciones. Al menos otra, y si hubo una, bien podría haber más.

—Nosotras ya sabíamos que la Última Batalla se aproximaba. —Siuan tenía fruncido el entrecejo. Guardó silencio mientras Katerine y Sarene pasaban a su lado comentando con voz cansina si no estaban demasiado agotadas para cenar, y prosiguió cuando se hallaron lo bastante lejos para que no la oyeran—. ¿Qué importa si Gitara tuvo una docena de Predicciones, o un centenar?

—Siuan, ¿no te has preguntado cómo podía estar segura Tamra de que el momento era ahora, de que el niño nacería ahora? Yo diría que es muy probable que al menos una de esas otras Predicciones hablara de él. Algo que, uniéndolo a lo que le oímos decir, le indicó a Tamra que había llegado el momento. —Ahora le llegó el turno a Moraine de fruncir el entrecejo—. ¿Sabes cómo funcionaba la Predicción con Gitara? —Dependiendo de las mujeres ocurría de forma diferente, incluido el modo en que formulaban una Predicción—. Por la forma en que habló, el niño podría haber estado naciendo en ese instante. Quizá la impresión fue lo que la mató.

—La Rueda gira según sus designios —pronunció Siuan con pesadumbre, y luego se estremeció—. ¡Luz! Vayamos a cenar. Todavía necesitas practicar.

También habían reanudado las prácticas, al menos por la noche, y Myrelle seguía ayudándolas cuando no se sentía tan cansada que se iba derecha a la cama después de cenar. O a veces antes. Y eran bastantes las Aceptadas que hacían lo uno o lo otro puesto que el silencio reinaba en las galerías mucho antes de que las lámparas se apagaran. Las prácticas no le habían ido bien a Moraine, sobre todo al principio. La primera noche Elaida entró en su cuarto mientras soportaba los tormentos de Siuan y de Myrelle sobre la alfombra de flores. Aunque el fuego ardía todo lo alto que permitía el pequeño hogar, sólo conseguía quitar lo más intenso del frío. Por lo menos no helaba.

—Me alegra ver que no aprovechas como excusa tu trabajo para evitar las prácticas —dijo la hermana Roja. Su tono revelaba todo lo contrario, que sí la sorprendía, y pronunció la palabra «trabajo» con desdén. De nuevo, su vestido era de un rojo intenso, y llevaba el chal como si estuviera realizando una tarea oficial. Se desplazó hasta un rincón desde donde veía de frente a Moraine y se cruzó de brazos—. Continúa. Quiero observarte.

No le quedaba más remedio que obedecer. Tal vez espoleadas por la presencia de Elaida, Siuan y Myrelle recurrieron a los peores trucos para sobresaltarla con azotes y pellizcos, estampidos junto al oído y golpes en las piernas que parecían varazos. Y siempre cuando más necesitaba estar concentrada. Moraine intentó no mirar a Elaida, pero la hermana se había situado justo donde era imposible no verla. La mirada crítica de Elaida la ponía nerviosa, aunque, tal vez, también la inspiraba. O la azuzaba. Centrada en sí misma, concentrándose con todas sus fuerzas, logró completar sesenta y un tejidos antes de que el sesenta y dos se desmoronara en un revoltijo de Tierra, Aire, Agua y Energía que le puso la piel pegajosa hasta que lo dejó disiparse. No era una actuación maravillosa, pero tampoco tan terrible. En muchas ocasiones había estado muy cerca de completar los cien, pero sólo lo había conseguido dos veces, una de ellas por los pelos.

—Lastimoso —dijo Elaida con voz de hielo—. Jamás la pasarás así. Y quiero que la pases, pequeña. La pasarás o haré que te desprendas de la piel y bailes con los huesos al aire antes de que se te expulse. Vosotras dos sois lamentables como amigas si es así como la ayudáis. Cuando yo era Aceptada sí sabíamos cómo practicar. —Hizo que Siuan y Myrelle se

movieran al rincón donde había estado ella y ocupó su sitio en la mesa—. Esto os enseñará a hacerlo debidamente. Empieza, pequeña.

Moraine se humedeció los labios y se dio la vuelta. Myrelle le dirigió una sonrisa de ánimo y Siuan asintió con seguridad, pero la preocupación de ambas era evidente. ¿Qué iba a hacer Elaida? Moraine empezó. Tan pronto como abrazó el Poder, unas ráfagas de luz comenzaron a destellar delante de sus ojos y le dejaron motitas negras y plateadas grabadas en la retina. Estallidos y silbidos penetrantes consiguieron que los oídos le zumbaran. Golpes como si los propinaran correas o varas le llovieron encima sin pausa. Todo era constante, sin cesar hasta que completaba un tejido y aun entonces la pausa sólo duraba lo que tardaba ella en comenzar a tejer otra vez.

Y durante todo el tiempo Elaida la arengaba en un tono frío e impasible.

—Más deprisa, pequeña. Debes tejer más deprisa. El tejido casi debe surgir completo al momento. Más rápido. Más rápido.

Aferrada a la serenidad con uñas y dientes, Moraine llegó sólo al duodécimo tejido antes de perder completamente la concentración. Parpadeó intentando librarse de las danzantes motas que le empañaban la vista. Y, con más éxito, contener las lágrimas. El dolor la cubría desde los hombros hasta los tobillos, los moretones le ardían, los verdugones le palpitaban y le escocían con el sudor. Los oídos le seguían pitando con un repique.

—Gracias, Aes Sedai —se apresuró a decir Siuan—. Ahora entendemos lo que debemos hacer.

Myrelle se asía la falda con las manos crispadas; tenía el semblante ceniciento y los ojos desorbitados por el horror.

—Otra vez —ordenó Elaida.

Moraine tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para darse media vuelta de nuevo. La única diferencia fue que en esta ocasión acabó a los nueve tejidos.

—Otra vez —repitió Elaida.

En el tercer intento, completó seis tejidos, y sólo tres en el cuarto. El sudor le corría por la cara. Al cabo de un rato, las luces centelleantes y los silbidos ensordecedores casi no eran una molestia. Sólo los golpes incesantes tenían importancia. Sólo la interminable paliza y el insoportable dolor. En el quinto intento, cayó de rodillas, sollozando, bajo la primera lluvia de golpes. Éstos cesaron al punto, pero Moraine, encogida sobre sí misma, siguió llorando como si nunca fuera a parar. ¡Oh, Luz!, jamás había sentido tanto dolor. Jamás.

Ni siquiera se dio cuenta de que Siuan se arrodillaba a su lado hasta que su amiga le habló con suavidad.

—¿Puedes ponerte de pie, Moraine?

Alzando la cabeza de la alfombra, miró el rostro de Siuan, rebosante de preocupación. Con un esfuerzo que no se creía capaz de hacer, consiguió controlar el llanto a duras penas y asintió con la cabeza antes de incorporarse trabajosamente. Los músculos magullados no la sostenían. Cada movimiento hacía que la ropa le rozara en los verdugones irritados por el sudor, y la asaltaba un dolor abrasador.

—Vivirá —dijo secamente Elaida—. Un poco de dolor esta noche hará que aprenda la lección. ¡Hay que ser rápida! Volveré por la mañana para Curarla. Y ahora tú, Siuan. Ayúdala a meterse en la cama y empieza.

Siuan se puso pálida, pero cuando una Aes Sedai daba una orden...

Moraine no quería verlo, pero Siuan había tenido que presenciarlo, así que mantuvo los ojos abiertos merced a un esfuerzo de voluntad. Y verlo la hizo desear romper a llorar de nuevo. A menudo, cuando practicaban, Siuan conseguía completar hasta el último tejido a despecho de cualquier cosa que hiciera Moraine. Nunca fallaba a menos de dos tercios de la totalidad. Esa noche, bajo el estricto tutelaje de Elaida, logró llegar a veinte la primera vez. La segunda, a diecisiete, y catorce en la tercera. Tenía la cara cenicienta y chorreando de sudor. Respiraba con irregularidad. Pero no había derramado una sola lágrima. Y, cuando un tejido fallaba, comenzaba desde el principio sin un instante de pausa. En el cuarto intento, acabó doce. Y doce en el quinto y en el sexto. Obstinadamente, comenzó a tejer una vez más.

Librodot

—Es suficiente por esta noche —dijo Elaida. Ni un atisbo de lástima teñía su voz. Lenta, dolorosamente, Siuan se volvió, desvanecido el brillo del *Saidar.* Su rostro estaba por completo inexpresivo. Elaida prosiguió sosegadamente mientras se ajustaba el chal—: Incluso si consiguieseis terminar, tal como estáis, seguiríais fracasando en la prueba. No hay una brizna de serenidad en vosotras. —Clavó la mirada severa primero en Siuan y después en Moraine—. Recordad: tenéis que estar serenas os hagan lo que os hagan. Y tenéis que ser rápidas. Si sois lentas, fracasaréis tan seguro como si os domina el pánico o el miedo. Mañana por la noche veremos si sabéis hacerlo mejor.

Siuan esperó hasta que la puerta se cerró detrás de la Aes Sedai y entonces echó la cabeza hacia atrás.

—¡Oh, Luz! —gimió. Cayó de rodillas con un sordo golpe, y las lágrimas que había contenido salieron como un torrente.

Moraine se levantó de la cama de un brinco y corrió hacia Siuan. Bueno, intentó hacerlo. Más bien fue un doloroso renquear, y Myrelle llegó primero. Las tres se quedaron arrodilladas allí, abrazadas unas a otras y llorando, Myrelle con tantas ganas como Siuan. Al cabo, dando sorbidos de nariz y limpiándose las lágrimas con los dedos, Myrelle se apartó.

—No os mováis de aquí —dijo, como si estuvieran en condiciones de ir a alguna parte, y salió corriendo de la habitación. Poco después regresaba con un gran tarro de barro vidriado en rojo, y acompañada por Sheriam y Ellid para ayudarla a desvestir a Siuan y a Moraine y aplicarles el ungüento del tarro.

—¡Esto está mal! —manifestó ferozmente Ellid mientras abría el tarro, una vez que las dos estuvieron desnudas y cesaron los gemidos por los roces de la ropa contra los verdugones y las moraduras. Sheriam y Myrelle se mostraron de acuerdo con sendos cabeceos—. ¡La ley prohíbe utilizar el Poder para disciplinar a una iniciada!

—¿Sí? —gruñó Siuan—. ¿Y nunca te ha dado una hermana un golpe en la oreja o un correazo en el trasero con el Poder? —Soltó una exclamación ahogada—. No hace falta frotar hasta llegar al hueso, ¿verdad?

—Lo siento —se disculpó Ellid en tono contrito—. Intentaré tener más cuidado. —La vanidad era un gran defecto, pero era el único que tenía. El único. Resultaba difícil que Ellid no te gustara—. Las dos deberíais informar de esto. Todas podríamos ir a hablar con Merean.

—No —dijo roncamente Moraine. Al principio el ungüento escocía más que los verdugones; después la cosa mejoraba. Un poquito—. Creo que Elaida intenta realmente ayudarnos. Dijo que quería que pasáramos la prueba.

Siuan la miró de hito en hito como si de pronto le hubiesen crecido plumas.

—No recuerdo que dijera tal cosa. ¡Yo opino que lo que intenta es que fracasemos!

—Además —añadió Moraine—, ¿se sabe de alguna Aceptada que...? ¡Oh! ¡Ay! —Sheriam masculló una disculpa, pero el ungüento seguía escociendo—. ¿Se sabe de alguna Aceptada que haya protestado sin pagar por ello?

En respuesta, las tres negaron con la cabeza. Aun de mala gana, tuvieron que darle la razón. Las novicias que protestaban recibían una afable pero firme explicación de por qué las cosas eran como eran. De las Aceptadas se esperaba que no cayeran en ese error. Se les exigía aprender a tener aguante tanto como aprender historia o el Poder.

—Quizá decida dejaros en paz —comentó Sheriam, pero lo dijo como si estuviera convencida de lo contrario.

Cuando finalmente se marcharon, Myrelle les dejó el tarro del ungüento. Sólo gracias a la horrible infusión de Verin pudieron dormir, encogidas debajo de las mantas en la cama de Moraine. Y era el lúgubre recordatorio de aquel tarro en la repisa de la chimenea lo que les impedía conciliar el sueño tanto como los moretones y verdugones.

Elaida no hablaba por hablar, y apareció antes del alba para utilizar la Curación con ellas. Y la usó, no la ofreció. Simplemente tomó la cabeza de las jóvenes entre sus manos y tejió sin preguntar. Cuando el intrincado tejido de Energía, Aire y Agua la tocó, Moraine soltó un jadeo y sufrió una convulsión. Por un instante sintió como si estuviera totalmente sumergida en agua helada, pero cuando el tejido se desvaneció los cardenales amarillentos

Librodot

habían desaparecido. Por desgracia, Elaida se ocupó de proporcionarles otros nuevos esa noche; y otros a la siguiente. Moraine aguantó siete intentos la segunda noche y diez la tercera antes de que el dolor y las lágrimas la superaran. Siuan llegó a diez la segunda vez y a doce la tercera. Y nunca lloró hasta que Elaida se hubo marchado. Ni una lágrima.

Sheriam, Myrelle y Ellid debían de haber estado vigilando, porque cada noche, después de que Elaida se marchaba, aparecían para ofrecerles conmiseración mientras las desvestían y extendían el ungüento sobre las heridas. Ellid incluso intentó hacer bromas, pero nadie tenía ganas de reír. Moraine empezó a preguntarse si en el tarro habría suficiente ungüento. ¿Se habría equivocado? ¿Tendría razón Siuan y Elaida quería que fracasaran? Un frío terror se alojó en su estómago como una bola de hielo. Tenía miedo de que la próxima vez pudiera suplicarle a Elaida que parara. Pero Elaida no pararía; de eso estaba segura, y la idea le daba ganas de llorar.

La mañana siguiente a la tercera visita de Elaida, sin embargo, fue Merean quien las despertó en la cama de Siuan y realizó la Curación.

—No os molestará de este modo nunca más —les dijo la maternal Aes Sedai una vez que los verdugones desaparecieron.

—¿Cómo os habéis enterado? —preguntó Moraine mientras se ponía rápidamente la ropa interior. Dormidas como troncos gracias al efecto de la infusión de Verin, habían dejado que el fuego se apagara y sólo quedaban cenizas, por lo que hacía frío en el dormitorio, aunque no tanto como unos días atrás. No obstante, el suelo estaba helado. Moraine cogió las medias que había dejado sobre el respaldo de una silla.

—Tengo mis métodos, como deberíais saber —respondió vagamente Merean. Moraine sospechaba que se lo había contado Myrelle o Sheriam o Ellid o tal vez las tres, pero Merean era Aes Sedai, lo que significaba que nunca habría una respuesta clara cuando una ambigua era suficiente y quizá más conveniente—. En cualquier caso, su actuación casi le ha valido un castigo y le he informado que le pediría a la Amyrlin la Mortificación de la Carne. Y le he recordado que lo que he de administrar a una hermana es más severo que lo que doy a novicias o Aceptadas. Ha captado la idea.

—¿Y por qué no recibe un castigo por lo que nos hizo? —preguntó Siuan mientras echaba las manos hacia atrás para abrocharse los botones del vestido.

La Maestra de las Novicias enarcó una ceja al oír el tono empleado por Siuan, que rayaba en la exigencia. Pero posiblemente pensó que merecían un poco de condescendencia después de lo de Elaida.

—Si hubiese utilizado el *Saidar* para castigaros o coaccionaros, me habría ocupado de que se la atara al triángulo para ser azotada, pero no quebrantó ninguna ley por lo que hizo. —De repente, los ojos de Merean chispearon y los labios se curvaron en una ligera sonrisa—. Tal vez no debería decíroslo, pero lo haré. Su castigo habría sido por ayudaros a hacer trampas en la prueba del chal. Lo único que la salvó fue el interrogante de si era realmente hacer trampas. Confío en que aceptaréis su regalo con la intención que se hizo. Después de todo, pagó el precio de la humillación cuando me encaré con ella.

—Lo haré Aes Sedai, creedme —contestó Siuan con voz monótona. El sentido de sus palabras era obvio. Merean suspiró y meneó la cabeza, pero no añadió nada más.

La bola de hielo que se había deshecho en el estómago de Moraine al saber que no habría más lecciones de Elaida reapareció y esta vez era el doble de grande. ¿Que casi las había ayudado a hacer trampas? ¿Es que les había dado un anticipo de lo que era la prueba para obtener el chal? ¡Luz, si la prueba consistía en recibir golpes todo el tiempo...! Oh, Luz ¿cómo iba a superarla? No obstante, consistiera en lo que consistiese la prueba, todas las mujeres que llevaban el chal se habían sometido a ella y la habían pasado. También ella la pasaría. ¡Fuera como fuese lo haría! Presionó a Myrelle y a Siuan para que fueran más duras con ella, pero aunque algunas veces la hicieron llorar se negaron a repetir lo que había hecho Elaida. Aun así, fracasó una y otra vez en completar los cien tejidos. Aquella bola de hielo aumentaba día a día.

No vieron a Elaida durante dos días; al tercero se la encontraron cuando se dirigían al

comedor a mediodía. La hermana Roja se paró junto a una lámpara de pie al verlas y no dijo palabra cuando le hicieron una reverencia. Sin romper el silencio se volvió para seguirlas con la mirada mientras continuaban pasillo adelante. Su rostro era una severa máscara de serenidad, pero sus ojos ardían. Fue una mirada que tendría que haberles chamuscado el paño del vestido.

A Moraine se le cayó el alma a los pies. Obviamente, Elaida creía que habían ido personalmente a la Maestra de las Novicias. Y había «pagado un precio de humillación». A Moraine se le ocurrían varias formas de utilizar la amenaza de una penitencia para conseguir que Elaida renunciara, y todas la habrían hecho retorcerse de vergüenza. La pregunta era hasta qué punto había retorcido Merean. Seguramente, con mucha fuerza; consideraba a novicias y Aceptadas como grupos de su competencia. ¡Oh!, eso no era una pequeña enemistad que pudiera enconarse con el tiempo. Lo que había en los ojos de Elaida era animosidad en toda la extensión de la palabra. Se habían hecho una enemiga de por vida.

Cuando se lo comentó a Siuan, junto con su razonamiento, la mujer más alta gruñó amargamente.

—Bueno, nunca quise tenerla de amiga, ¿verdad? Te aseguro que, una vez que haya obtenido el chal, si vuelve a intentar hacerme daño se lo haré pagar.

—¡Oh, Siuan! —Moraine se echó a reír—. Las Aes Sedai no van por ahí haciéndose daño unas a otras. —Pero su amiga no se apaciguó.

Justo una semana después de la Predicción de Gitara, la temperatura subió de repente. El sol se alzó en un cielo despejado que parecía el de un fresco día de primavera, y antes de que se pusiera el sol gran parte de la nieve se había derretido. Alrededor del Monte del Dragón había desaparecido por completo excepto en el propio pico. El terreno en torno a la montaña tenía su propio calor y la nieve siempre se derretía allí primero. El límite se había establecido. Era un niño nacido en aquellos diez días el que buscaban. Dos días después, el número de los que cumplían el criterio empezó a disminuir radicalmente, y casi al cabo de una semana habían pasado cinco días sin que añadieran otro nombre en los pequeños libros. Sin embargo, sólo podían esperar que no se encontraran más.

Nueve días después de fundirse la nieve, cuando Siuan y Moraine salían de sus cuartos para ir a desayunar, Merean apareció en la galería envuelta en la tenue luz que precedía al amanecer. Llevaba el chal puesto.

—Moraine Damodred —dijo formalmente—, se te convoca a la prueba para alcanzar el chal de Aes Sedai. Que la Luz vele por ti y te preserve sana y salva.

9



El comienzo

Merean apenas le dio tiempo a Moraine para abrazar a Siuan antes de llevársela, y con cada paso la bola de hielo creció en el estómago de Moraine. ¡No estaba preparada! En todas las prácticas había conseguido completar todos los tejidos sólo dos veces y nunca bajo una presión que se pareciera ni de lejos a la que Elaida le había impuesto. Iba a fracasar. Esas palabras resonaban en su mente como un tambor que marcaba la marcha hacia el hacha del verdugo. Iba a fracasar.

Mientras seguía a Merean por una estrecha escalera que descendía en espiral a gran profundidad en los cimientos de la Torre se le ocurrió una idea. Si fracasaba, todavía podría encauzar, al menos mientras actuara con circunspección. A la Torre no le gustaba la ostentación en las mujeres a las que mandaba marcharse, y cuando a la Torre no le gustaba algo sólo los necios no hacían caso. Las hermanas decían que las mujeres a las que se les mandaba irse casi renunciaban a tocar el *Saidar* por miedo a sobrepasar inadvertidamente las restricciones de la Torre, pero renunciar a ese éxtasis escapaba a su comprensión. Sabía que ella nunca lo haría, seguiría siendo Moraine Damodred, descendiente de una casa poderosa aunque desacreditada. Sus heredades sin duda necesitarían años para recuperarse de los estragos causados por los Aiel, pero a buen seguro todavía podrían proporcionarle unos ingresos aceptables.

Le vino una tercera idea y todo encajó, tan evidente que por fuerza debía de haberlo pensado desde el principio a un nivel más profundo de su conciencia. Todavía tenía su libro con cientos de nombres guardado en la escarcela. Aunque fracasara, podía ponerse a buscar al niño. Eso conllevaba riesgos, por supuesto. A la Torre le desagradaba extraordinariamente que los extraños se inmiscuyeran en sus asuntos, y ella sería una extraña en caso de fracasar. Si algunos gobernantes habían tenido que lamentar amargamente haberse entremetido en los planes de la Torre, qué no sería una joven expulsada aunque perteneciera a una casa poderosa. Daba igual. Pasaría lo que tuviera que pasar.

—La Rueda gira según sus designios —murmuró, con lo que se ganó una mirada intensa de Merean. El ritual distaba mucho de ser complejo, pero había que cumplirlo. El hecho de que hubiera olvidado que una vez bajo tierra debía permanecer callada hasta que se le preguntara algo no decía mucho a favor de sus posibilidades en la prueba.

Era muy extraño. Deseaba ser Aes Sedai más que nada en la vida, pero la certeza de que, ocurriera lo que ocurriese allí, podría emprender la búsqueda, la certeza de que lo haría acalló aquel retumbo en su cabeza. Incluso hizo que la bola de hielo menguara. Un poco. De un modo u otro, dentro de pocos días iniciaría su propia búsqueda. La Luz quisiera que fuese como Aes Sedai.

Los altos pasadizos por los que la condujo Merean, excavados en la roca de la isla y tan anchos como cualquier pasillo de la Torre, estaban alumbrados por lámparas en soportes de hierro, a bastante altura de los blancos muros, si bien muchos corredores laterales se hallaban sumidos en la oscuridad o iluminados únicamente con lámparas muy separadas unas de otras que creaban pequeños y aislados focos de luz. El liso suelo de piedra no tenía ni una mota de

polvo. Habían preparado el camino para ellas dos. El aire era seco y frío y, aparte del quedo susurro de sus pasos, lo envolvía el silencio. Salvo los almacenes de los niveles más altos, estos sótanos se utilizaban rara vez y todo era sencillo y sin adornos. Puertas de oscura madera jalonaban los corredores, todas cerradas y, a medida que se internaban más y más, con la llave echada. Había muchas cosas guardadas allí abajo a salvo de ojos indiscretos. Tampoco lo que se hacía allí abajo era para ojos extraños.

En el nivel más bajo, Merean se paró delante de unas dobles puertas más grandes que cualquiera de las que habían dejado atrás y tan altas y anchas como las de una fortaleza, pero estaban pulidas hasta brillar y no tenían refuerzos de hierro. La Aes Sedai encauzó y unos flujos de Aire las abrieron silenciosamente al girar sobre goznes bien engrasados. Moraine respiró hondo y la siguió hacia una cámara grande, redonda y abovedada, rodeada de lámparas de pie. La luz, reflejada en las pulidas paredes de piedra blanca, cegaba en contraste con la relativa penumbra de los pasadizos.

Parpadeando, los ojos se le fueron directamente hacia el objeto situado en el centro, debajo de la cúpula, un gran óvalo, estrecho en los extremos superior e inferior, y el armazón poco más grueso que su brazo. Tenía una altura algo inferior a dos metros y unos noventa centímetros de ancho en la parte central, brillaba con la luz de las lámparas, ora plateado, ora dorado o verde o azul o un remolino de todos ellos, sin permanecer del mismo color más de un instante y —cosa que parecía imposible— se sostenía sin apoyos. Era un *ter'angreal*, un artefacto construido para usar el Poder Único en la remota Era de Leyenda. En su interior se le haría la prueba. No fracasaría. ¡No lo haría!

—Acudid —dijo formalmente Merean. Las otras Aes Sedai que se encontraban en la cámara, una de cada Ajah y con los chales de flecos echados por los hombros, se aproximaron y se situaron en círculo alrededor de las dos. Una de ellas era Elaida y a Moraine el corazón le palpitó de inquietud—. Llegas en la ignorancia, Moraine Damodred. ¿Cómo te marcharás?

Luz, ¿por qué se había permitido que Elaida tomara parte en esto? Ansiaba preguntarlo, pero las palabras estaban prescritas.

—Con conocimiento de mí misma. —Le sorprendió que la voz le sonara tan firme.

—¿Por qué razón se te ha convocado aquí? —entonó Merean.

—Para someterme a la prueba. —La calma era importantísima, pero aunque su voz sonara tranquila la procesión iba por dentro. No podía quitarse a Elaida de la cabeza.

—¿Por qué razón habría que probarte?

—Para que yo descubra si soy digna. —Todas las hermanas intentarían hacerla fracasar (después de todo, de eso se trataba la prueba), pero Elaida podría poner mayor empeño en conseguirlo. ¡Oh, Luz!, ¿qué podía hacer?

—¿De qué se te consideraría digna?

—De llevar el chal.

Dicho esto, empezó a desnudarse. Según la antigua costumbre, debía pasar la prueba vestida de la Luz, lo que simbolizaba que confiaba sólo en la protección de la Luz.

Al desabrocharse el cinturón recordó de pronto el librito guardado en la escarcela. ¡Si lo descubrían...! Pero vacilar ahora era fracasar. Dejó cinturón y escarcela en el suelo, junto a los pies, y echó las manos hacia atrás para desabrochar los botones del vestido.

—Por consiguiente, te daré instrucciones —continuó Merean—. Verás este símbolo en el suelo. —Encauzó y con el dedo dibujó una estrella de seis puntas en el aire, dos triángulos invertidos trazados con fuego durante un instante.

Moraine percibió que una de las hermanas que estaban detrás de ella abrazaba el *Saidar* y que un tejido le tocaba la parte posterior de la cabeza.

—Recuerda lo que debe recordarse —murmuró la hermana. Era Anaiya, una Azul. Pero esto no formaba parte de lo que le habían enseñado. ¿Qué significaba? Hizo que los dedos siguieran desabrochando firmemente la hilera de botones. Había empezado y debía proceder con absoluta calma.

—Cuando veas ese símbolo, irás inmediatamente hacia él, con paso firme, sin apresurarte ni vacilar, y sólo entonces podrás abrazar el Poder. Los tejidos requeridos deben

empezar de inmediato y no te apartarás de ese símbolo hasta que se hayan completado.

—Recuerda lo que debe recordarse —murmuró Anaiya.

—Cuando los tejidos estén completos —continuó Merean—, volverás a ver ese símbolo señalando el camino que debes seguir, de nuevo con paso firme, sin vacilación.

—Recuerda lo que debe recordarse.

—Cien veces tejerás, en el orden que se te ha dado y con absoluta serenidad.

—Recuerda lo que debe recordarse —susurró una última vez Anaiya, y Moraine sintió aposentarse el tejido en su interior, de un modo muy semejante a como lo hacía la Curación.

Todas las hermanas excepto Merean se apartaron y formaron un círculo alrededor del *ter'angreal.* Arrodilladas en el suelo de piedra, abrazaron el *Saidar.* Envueltas en el brillo del Poder encauzaron y el color cambiante del aro oval incrementó su velocidad hasta que centelleó como un calidoscopio adherido a la rueda de un molino. Tejieron los Cinco Poderes con una complejidad casi tan grande como cualquier cosa requerida en la prueba, cada hermana concentrada en su tarea. No. No era cierto. No del todo. Elaida desvió los ojos y su mirada era severa y abrasadora cuando se posó en Moraine, un punzón al rojo vivo que podría traspasarle el cráneo.

Moraine deseó humedecerse los labios, pero «absoluta serenidad» significaba exactamente eso. Con protección de la Luz o sin ella, quitarse la ropa delante de tantas mujeres no era fácil, pero la mayoría de las hermanas estaban concentradas en el *ter'angreal.* Sólo Merean la miraba ahora. Atenta a una vacilación, a una grieta en su aparente serenidad. Había empezado, y desmoronarse significaba fracasar. No obstante, todo era aparente serenidad, una máscara de rasgos sosegados que no llegaba más allá de la piel.

Siguió desnudándose y dobló cuidadosamente cada prenda; las colocó en un montón ordenado encima del cinturón y de la escarcela. Eso tendría que bastar. Todas las hermanas excepto Merean estarían ocupadas hasta que la prueba hubiese acabado —o eso pensaba ella, al menos— y dudaba de que la Maestra de las Novicias rebuscara entre sus ropas. En cualquier caso, ya no podía hacer nada más. Se quitó el anillo de la Gran Serpiente en último lugar; dejar el aro dorado encima de las otras cosas le causó una punzada. Desde que lo había conseguido lo había llevado puesto incluso para bañarse. El corazón le latía desaforadamente, con tanta fuerza que estaba segura de que Merean debía de oírlo. Oh, Luz, Elaida. Tendría que ser muy cautelosa. Esa mujer sabía cómo hacer que se desmoronara. Tenía que estar vigilante y preparada.

Después de eso sólo le quedó esperar allí de pie. Enseguida se le puso carne de gallina por el aire frío y deseó poder mover los pies descalzos sobre el suelo de piedra, que estaba helado. Absoluta serenidad. Permaneció inmóvil, recta la espalda, con las manos a los costados y respirando regularmente. Absoluta serenidad. Que la Luz la asistiera. Se negaba a fracasar sólo por culpa de Elaida. ¡Se negaba! Pero la bola de hielo en el estómago irradió su gelidez hasta llegarle a los huesos. No dejó traslucir nada de eso. Una máscara de absoluta serenidad.

De improviso, el aire en la abertura de aro se tornó una superficie blanca. Parecía de algún modo más blanca que el paño de su falda, más que la nieve o que el papel más fino, pero en vez de reflejar la luz de las lámparas pareció absorberla en parte e hizo que la cámara se volviera progresivamente oscura. Y, entonces, el alto aro empezó a girar lentamente sobre su base sin hacer el menor ruido, ni el más leve roce de la piedra contra el material de que estaba hecho, fuera éste lo que fuese.

Nadie habló. No era necesario. Sabía lo que tenía que hacer. Decidida, al menos exteriormente, caminó con paso firme hacia el anillo giratorio, sin apresurarse ni vacilar. Pasaría la prueba, hiciera lo que hiciese Elaida. ¡La pasaría! Se metió en la blancura, la franqueó y...

Se preguntó dónde demonios se encontraba y cómo había llegado allí. Se hallaba parada en un corredor de piedra, recto y jalonado de lámparas de pie. Había una única puerta, situada al fondo y abierta a la luz del sol. De hecho, era la única salida. A su espalda se alzaba una lisa pared. Muy extraño. Tenía la certeza de no haber visto nunca ese lugar. ¿Y por qué estaba

Librodot

allí... desnuda? Sólo la certidumbre de que debía demostrar una absoluta calma impidió que se cubriera con las manos. Cualquiera podía entrar por esa puerta lejana de un momento a otro, después de todo. De repente, reparó en un vestido que había encima de una mesa estrecha, a mitad del corredor. Sabía a ciencia cierta que ni la mesa ni el vestido se encontraban allí un momento antes, pero las cosas no se materializaban de pronto como por arte de magia. Creía estar segura de eso.

Luchando para no apresurarse, se dirigió hacia la mesa, sobre la que había un juego completo de prendas. Los escarpines eran de terciopelo negro bordado; la blanca ropa interior y las medias, de la más fina seda; el vestido, de un tejido ligeramente más pesado y en un color verde oscuro, bien cortado y meticulosamente confeccionado. Bandas en rojo, verde y blanco, de cinco centímetros cada una, formaban una estrecha franja de color en la delantera del vestido, desde el cuello alto hasta las rodillas. ¿Cómo podía haber allí un vestido con los colores de su casa? No recordaba la última vez que se había puesto un vestido de ese estilo, lo cual era muy raro, porque seguramente se habría pasado de moda un año o dos antes. Parecía tener lagunas en la memoria. ¿Lagunas? ¡Mares! Aun así, volvió hacia atrás la cabeza para abrocharse los diminutos botones de madreperla mirándose en el espejo de cuerpo entero... ¿De dónde había salido? No, mejor no preocuparse por lo que no parecía tener explicación. Las ropas le sentaban tan bien como si su propia modista le hubiera tomado medidas. Una vez que se hubo vestido, empezó a sentirse lady Moraine Damodred hasta la última brizna de su ser. Únicamente llevar el cabello peinado en complejos rizos a los lados de la cabeza habría incrementado esa sensación. ¿Cuándo había empezado a llevar suelto el cabello? Daba igual. En Cairhien sólo había un puñado de personas que podían dar órdenes a Moraine Damodred. La mayoría obedecía sus mandatos. No le cabía duda de ser capaz de mantener la serenidad que hiciese falta. Ya no.

La puerta al fondo del pasillo conducía a un patio grande y circular rodeado de altos arcos de ladrillo que sostenían una galería con columnata. Torres y bóvedas doradas sugerían un palacio, pero no se veía a nadie por allí. Todo estaba silencioso bajo el claro cielo primaveral. Primaveral o de un fresco día estival, tal vez. ¡Ni siquiera recordaba qué época del año era! Pero recordaba quién era, lady Moraine, criada y educada en el Palacio del Sol, y eso bastaba. Se detuvo sólo el tiempo suficiente para localizar la estrella de seis puntas, una figura de pulido latón e incrustada en los adoquines que había en el centro del patio; se recogió la falda y salió al exterior. Se movió como alguien nacido en un palacio, alta la cabeza, sin apresurarse.

Al segundo paso el vestido desapareció y se quedó en ropa interior. ¡Imposible! Haciendo gala de una gran fuerza de voluntad continuó su regio avance. Serena. Segura. Dos pasos más y la ropa interior se desvaneció. Para cuando las medias de seda y las ligas se esfumaron, a mitad de camino de la brillante estrella de latón, le pareció que era una grave pérdida. No tenía sentido, pero al menos había llevado cubierto algo. A paso regular. Serena y segura.

Tres hombres salieron de uno de los arcos de ladrillos; eran tipos corpulentos, sin afeitar, vestidos con chaquetas de tosco paño, de los que se pasaban el día bebiendo en las tabernas o en la sala de las posadas. Desde luego no eran el tipo de hombres a los que permitirían deambular por un palacio. Las mejillas le enrojecieron aun antes de que repararan en ella y empezaran a mirarla con lascivia y a guiñarle un ojo. La ira la invadió, pero la reprimió. Serenidad. Moverse con paso firme, ni apresurándose ni vacilando. Tenía que ser así.

Uno de los hombres se pasó los dedos por el pelo grasiento como para alisárselo, pero el resultado fue peor. Otro se estiró la andrajosa chaqueta. Empezaron a caminar despaciosamente hacia ella con una sonrisita untuosa en la cara. No le daban miedo, simplemente tenía la ardiente certeza de que esos..., esos... rufianes la estaban viendo sin un centímetro de ropa encima —¡en cueros!—, pero no osó encauzar hasta que llegara a la estrella. Absoluta serenidad y paso firme. La rabia, profundamente enterrada, se retorcía y pugnaba por salir, pero la refrenó.

Al tocar la estrella de latón con el pie Moraine habría querido soltar un suspiro de alivio. En cambio volvió el rostro hacia los tres patanes, abrazó el *Saidar* y encauzó Aire en el tejido requerido. Un sólido muro de Aire de tres pasos de altura surgió repentinamente alrededor de los hombres y Moraine lo ató. Eso estaba permitido. El muro resonó como el acero cuando uno de ellos lo golpeó.

Había una estrella de seis puntas en el ápice del mismo arco enladrillado por el que habían salido los hombres. Estaba segura de que antes no se encontraba allí, pero ahora sí. Caminar con paso firme al pasar junto al muro de Aire no fue nada fácil, y Moraine se alegró de asir todavía el Poder. Por las maldiciones y los gritos que oía en el interior, los hombres estaban intentando trepar al borde encaramándose unos sobre los hombros de otros. Una vez más, no eran ellos la causa de su temor, sino el hecho de que la viesen desnuda de nuevo. El rubor volvió a teñirle las mejillas. Costaba trabajo no apretar el paso, pero se concentró en eso, en mantener el semblante inmutable, sereno, por muy sonrojado que estuviera.

Cruzó el arco y se volvió, preparada por si acaso los hombres...

Luz, ¿dónde se encontraba? ¿Y por qué estaba... desnuda? ¿Por qué asía el *Saidar*? Soltó el Poder con inquietud a la par que con renuencia. Sabía que ahí afuera, en aquel patio vacío, había completado el primer tejido de los cien que tenía que hacer. Sabía eso y nada más. Excepto que debía seguir adelante.

Afortunadamente, había una muda en el suelo, justo al otro lado del arco. Eran ropas de paño burdo y gordo, y las medias le picaban, pero le quedaban como si se las hubiesen hecho a medida. Incluso los pesados zapatos de cuero. Le parecían horribles, pero se los calzó.

Era muy extraño, dado que lo que había detrás parecía el patio de un palacio, pero el corredor por el que echó a andar era de piedra toscamente labrada, no tenía puertas y lo alumbraban lámparas en soportes de hierro situados a gran altura en la pared. Más apropiado para una fortaleza que para un palacio. Y desde luego no es que no tuviera ninguna puerta; eso era imposible. Ella tenía que seguir adelante, lo que significaba que el corredor debía conducir a algún sitio. Más extraño incluso que el propio corredor fue lo que dejó ver al abrirse la única puerta que había al fondo.

Ante Moraine se alzaba una aldea con una docena de casas con tejado de bálago y graneros destartalados. Los postigos combados se mecían en los goznes con el soplo del viento, que levantaba polvo en la única calle de tierra bajo un implacable sol de mediodía. El calor la golpeó con la fuerza de un martillo y la empapó de sudor antes de que hubiese dado diez pasos. Se alegró de llevar los fuertes zapatos; el suelo era rocoso y posiblemente le habría quemado a través de la suela de unas zapatillas. Había un pozo de piedra en el centro de lo que tiempo atrás podría haberse llamado el prado comunal de pueblo, una zona de tierra seca con matas dispersas de hierba seca. En las verdes baldosas desportilladas que rodeaban el pozo, sobre las que antaño pisaban los hombres y las mujeres que iban a sacar agua, alguien había dibujado una estrella de seis puntas con una pintura roja, ahora desvaída y saltada.

Tan pronto como pisó la estrella, Moraine empezó a encauzar. Aire y Fuego y después Tierra. Hasta donde alcanzaba a ver se divisaban campos agostados y árboles retorcidos con las ramas peladas. Nada se movía en el paisaje. ¿Cómo había llegado allí? Como quiera que hubiese sido, quería marcharse de ese lugar muerto. De repente, se encontró atrapada en arbustos uñanegra cuyas oscuras espinas de más de dos centímetros de largo se le enganchaban en las ropas y le pinchaban las mejillas y el cuero cabelludo. No se molestó en pensar que era imposible. Su único deseo era salir de allí. Cada pinchazo le producía ardor y sentía que en algunos había brotado la sangre. Calma. Tenía que manifestar una calma absoluta. Incapaz de mover la cabeza, buscó a tientas el modo de apartar al menos algunas de las ramas marrones enmarañadas, y por poco no dio un respingo cuando las agudas púas se le clavaron en la carne. La sangre le resbalaba por los brazos. Calma. Podía hilar tejidos distintos de los requeridos, pero ¿cómo librarse de esas malditas espinas? El Fuego no servía; los arbustos tenían pinta de estar tan secos como yesca, y si los quemaba las llamas también la envolverían a ella. Siguió tejiendo mientras pensaba, por supuesto. Energía, después Aire. Energía seguida de Tierra y Aire juntos. Aire, después Energía y Agua.

Librodot

Algo se movió en una de las ramas, una forma pequeña y oscura con ocho patas. El recuerdo surgió de alguna parte y a Moraine se le cortó la respiración a despecho de sí misma. Mantener el semblante tranquilo requirió emplear al máximo sus habilidades. La araña calavera procedía del Yermo de Aiel. ¿Cómo sabía eso? El nombre no se debía sólo a la mancha gris del dorso que semejaba una calavera humana. Una picadura podía enfermar a un hombre fuerte durante días. Dos podían matarlo.

Todavía hilando la inútil maraña de los Cinco Poderes —¿para qué estaba tejiendo una cosa así?—, todavía hilando, dividió la urdimbre y tocó a la araña con un minúsculo pero intrincadísimo tejido de Fuego. La araña se incineró con tal rapidez que ni siquiera chamuscó la rama donde estaba. Y eso que no haría falta mucho para prender fuego a los secos arbustos. Sin embargo, antes de que Moraine tuviera tiempo de sentir alivio, vio otra araña que se dirigía hacia ella y la mató con ese mismo tejido pequeño; y después otra, y otra más. Luz, ¿cuántas había? Los ojos de Moraine, la única parte del cuerpo que podía mover, buscaron frenéticamente y casi en cualquier punto donde se posaron había otra araña calavera dirigiéndose hacia ella. Mató a todas las que vio; pero, habiendo tantas en su ángulo de visión, no podía dejar de preguntarse cuántas habría fuera del alcance de su vista. ¿Y detrás? ¡Calma!

Mientras incineraba arañas tan deprisa como podía, empezó a hilar más y más rápido aquella gran maraña inútil. En varios sitios empezaron a salir zarcillos de humo de los puntos ennegrecidos de las ramas. Manteniendo el gesto petrificado en una máscara de sosiego, tejió más y más deprisa. Murieron docenas más de arañas y se alzaron más hilillos de humo, algunos más gruesos. Si prendía una llama, se extendería como el viento. Más deprisa. Más deprisa.

Los últimos hilos encajaron en su lugar en el tejido inútil, y tan pronto como Moraine dejó de tejer los arbustos uñanegra desaparecieron. ¡Se esfumaron, simplemente! Los pinchazos de las espinas no, pero apenas le preocupaban en ese momento. Anhelaba quitarse la ropa y sacudirla a fondo. Utilizar flujos de Aire. Las arañas de los arbustos habían desaparecido junto con las uñanegra, pero ¿y si tenía alguna en el vestido? ¿O dentro de él? No obstante, Moraine buscó otra estrella de seis puntas y la encontró encima de la puerta de una de las casas de techo de bálago. Calma absoluta. Entró en una oscuridad tan negra como boca de lobo.

Y se halló preguntándose dónde estaba y cómo había llegado allí. ¿Por qué iba vestida con ropa de granjera y por qué sangraba como si hubiera rodado sobre un espino? Sabía que había completado dos de los cien tejidos que tenía que hacer, y nada más. Ni siquiera sabía dónde había realizado el primero. Nada salvo que el camino que debía seguir iba a través de esa casa. No volvió la mirada hacia el paisaje inhóspito que había a su espalda.

Lo único que veía al frente era un débil brillo de luz al otro lado de la habitación. Extraño; estaba segura de que las ventanas tenían echados los postigos. Quizás aquel brillo señalaba una salida, una grieta junto a una puerta, tal vez. Podría haber creado una luz, pero todavía no debía abrazar el Poder de nuevo. La oscuridad no le daba miedo, pero caminó con cuidado para no tropezar con nada. Sin embargo, no encontró ningún obstáculo. Caminó casi un cuarto de hora mientras el brillo luminoso aumentaba paulatinamente antes de caer en la cuenta de que lo que veía era una puerta. Un cuarto de hora en una casa que habría podido recorrer dos veces en una cuarta parte de ese tiempo. Un lugar muy peculiar, aquél. Habría pensado que era un sueño si no hubiese tenido la certeza de que no lo era.

Tardó casi el doble en llegar a la puerta, que se abrió a una escena tan extraña como la larga andadura. Un compacto muro de enormes piedras de cinco pasos de altura y treinta de lado rodeaba un espacio cuadrado con el suelo pavimentado, pero no veía nada detrás de él, ni un edifico ni un árbol. Tampoco había portones ni puertas; la que había utilizado para entrar había desaparecido cuando echó un vistazo hacia atrás. Un vistazo despreocupado con la máscara de calma en el rostro, como si estuviera tallada. El aire era húmedo y primaveral, el cielo estaba radiante y despejado excepto por unas pocas nubes algodonosas que lo cruzaban, pero esos detalles no hacían mella en el ominoso ambiente del lugar.

La estrella de seis puntas, de unos dos metros de lado a lado, se hallaba tallada en el

Librodot

centro del cuadrado, y Moraine caminó hacia allí lo más rápido que se atrevió. Justo antes de llegar a ella, una figura inmensa, cubierta con una cota de la que sobresalían pinchos, se aupó en lo alto del muro y saltó dentro. El ser era tan alto como un Ogier, y no se lo podía confundir con un humano a pesar de que la forma del cuerpo sí era humana. Unas fauces de lobo y unas orejas móviles convertían en un espanto la que, de otro modo, habría sido la cara de un hombre. Moraine había visto dibujos de trollocs, pero jamás había visto uno en carne y hueso. Engendros de la Sombra creados en la guerra que habría puesto fin a la Era de Leyenda y servidores del Oscuro, los trollocs habitaban en La Llaga, corrompida por la Sombra, a lo largo de las Tierras Fronterizas. ¿Es que estaba en La Llaga? La idea hizo que la sangre se le helara en las venas. A su espalda oyó el golpe seco de unas botas al aterrizar pesadamente, así como el ruido de pezuñas. No todos los trollocs tenían pies humanos. La criatura con hocico de lobo desenvainó una enorme espada de hoja curvada como una guadaña que llevaba ceñida a la espalda y echó a correr hacia ella. ¡Luz, qué rápida era esa cosa! Oyó más pies que corrían y también pezuñas. Más trollocs saltaron desde el muro que tenía enfrente, los rostros deformes con picos de águilas y hocicos de jabalí de los que sobresalían colmillos.

Dio otro paso y se encontró en la estrella. Inmediatamente abrazó el *Saidar* y empezó a hilar. En primer lugar el tejido requerido; pero, tan pronto como los primeros hilos de Aire, Tierra y Energía quedaron colocados, dividió los flujos e hizo un segundo tejido, y un tercero, de Fuego. Había formas distintas de crear bolas de fuego y Moraine eligió la más sencilla. Moviendo las manos la arrojó a los trollocs que estaban más cerca y giró sobre sí misma mientras seguía tejiendo Fuego. Tenía que parar en el tejido más importante, pero mientras fuera lo bastante... ¡Luz, había docenas de trollocs en el espacio cuadrado y más seguían trepando por el muro! Apuntando a los más próximos, a sólo unos pasos de distancia, lanzó con las dos manos tan deprisa como podía tejer y, donde impactaron las bolas de fuego, estallaron; una decapitó a una criatura con hocico de carnero y cuernos; otra partió en dos a otro con hocico y cuernos de macho cabrío; otras sesgaron piernas o patas. Moraine no sentía lástima. Los trollocs capturaban humanos para comérselos.

Completó el giro y llegó justo a tiempo de asir el tejido mayor cuando estaba a punto de desmoronarse. Justo a tiempo de lanzar bolas de fuego que decapitaron una cabeza con pico de águila, a escasos pasos de distancia, y medio torso de un trolloc con hocico de lobo que se tambaleó al borde de la estrella antes de desplomarse muerto. No iba a funcionar. Había demasiados y seguían pasando más por encima del muro. Además, no podía descuidar el tejido importante mientras giraba lo más rápido posible. Tenía que haber un modo. ¡No fracasaría! De algún modo la idea de que los trollocs la mataran y la devoraran no se le pasó por la cabeza en ningún momento. No fracasaría; eso era lo esencial.

Inopinadamente se le ocurrió cómo, y sonrió y empezó a tararear la danza cortesana más rápida que conocía. Quizá fuera ése el modo; al menos, sí era una posibilidad. Los pasos rápidos la llevaron alrededor del borde de la estrella sin que perdiera de vista siquiera el tejido que tenía que completar por encima de todo. Al fin y a la postre, por rápido que moviera los pies, ¿qué podía haber más sereno que una danza cortesana, con el semblante adecuadamente sosegado, como si estuviera bailando en el Palacio del Sol? Tejió los Cinco Poderes lo más rápido que pudo, más de lo que había hilado nunca, no le cabía duda. En cierto modo, la danza la ayudó, y el intrincado tejido empezó a cobrar forma cual el encaje más exquisito de Mardina. Tejió y bailó, lanzó bolas de fuego con las dos manos, mató Engendros de la Sombra con las dos manos. A veces se acercaban tanto que su sangre le salpicaba la cara, tan cerca que tenía que sortearlos bailando cuando se desplomaban, tan cerca que tenía que esquivar danzando las espadas curvas, pero hizo caso omiso de la sangre y continuó bailando.

El último hilado ocupó su lugar y Moraine dejó que el tejido completo se evaporara, pero seguía habiendo trollocs en el cuadrado. Un paso rápido la llevó al centro de la estrella, donde bailó en un pequeño círculo, espalda contra espalda con una pareja imaginaria. Realizar tres tejidos separados a la vez la había dejado exhausta, pero sacó fuerzas para ejecutar otros tres de nuevo. Danzando arrojó fuego e invocó rayos del cielo, acribilló el patio con explosiones.

Librodot

Finalmente, sólo quedó ella moviéndose, danzando. Dio tres vueltas más antes de caer en la cuenta y detenerse. Tarareando. Ahora había un acceso arqueado en el muro, una abertura envuelta en sombras con la estrella cincelada en lo alto. El corazón se le heló. Un arco que conducía hacia el lugar de donde habían llegado los trollocs. A La Llaga. Sólo los locos entraban en La Llaga por voluntad propia. Se recogió la tosca falda y se obligó a cruzar el osario en que se había convertido el patio, hacia la puerta. Era el camino que debía seguir.

Librodot

10



El final

Noventa y nueve tejidos. Encontró la estrella de seis puntas trazada con cantos rodados de río en medio de las inmensas dunas de un desierto donde el calor la mareaba y absorbía la humedad de su piel antes de que el sudor pudiera brotarle. La encontró dibujada en la nieve de la falda de una montaña donde vientos huracanados la zarandeaban y los rayos descargaban por doquier, y en una gran urbe de increíbles torres donde la gente le chapurreaba cosas que no entendía. La encontró en un bosque envuelto en la noche, en un pantanal de aguas negras, en una marisma plagada de hierbas altas que cortaban como cuchillos, en granjas y en llanuras, en chozas y palacios. A veces la encontraba estando vestida, pero las ropas desaparecían frecuentemente y, con igual frecuencia, no tenía puesto nada desde el principio. A veces se encontraba atada con cuerdas o grilletes, doblada en posturas forzadas que le retorcían las articulaciones, o colgada por las muñecas o los tobillos. Se enfrentó a serpientes venenosas y lagartos de agua de cinco metros de largo y con fauces repletas de dientes, con jabalíes lanzados a la carga y con leones a la caza, con hambrientos leopardos y con manadas de ganado salvaje en estampida. La picaron avispones e insectos que le eran desconocidos. Hordas que enarbolaban antorchas intentaron llevarla a la rastra para quemarla; Capas Blancas que querían ahorcarla; ladrones que querían apuñalarla; asaltantes de camino que querían estrangularla. Y todas las veces olvidaba lo ocurrido y se preguntaba cómo se había hecho ese corte en la mejilla, o lo que tenía que ser una incisión de la hoja de una espada en las costillas, tres profundos surcos en la espalda que parecían obra de unas garras, y otras heridas, marcas y golpes que le sangraban y la hacían cojear. Y estaba agotada. Terriblemente exhausta. Más de lo que justificaría la ejecución de noventa y nueve tejidos. Tal vez se debía a las heridas. Noventa y nueve tejidos.

Asiendo la sencilla falda de paño, se dirigió, renqueante, hacia la estrella de seis puntas formada con baldosas rojas junto a una cantarina fuente de mármol, en un pequeño jardín que rodeaba un atrio de finas y estriadas columnas. Apenas se sostenía en pie y mantener el semblante sosegado requería hasta el límite de su habilidad. Le dolía todo el cuerpo. No. Estar en un grito describía mejor cómo se sentía. Pero éste era el último. Una vez acabado, aquello, fuera lo que fuese, terminaría también y podría pedir la Curación. Si es que encontraba a una Aes Sedai. Y, si no, una Lectora serviría.

Éste era otro tejido inútil que sólo producía una lluvia de motas brillantes de colores si se hilaba correctamente. Si se hacía incorrectamente le enrojecería la piel de forma dolorosa, como si le hubiese quemado el sol. Empezó con mucho cuidado.

Su padre salió del atrio justo enfrente de ella; llevaba una chaqueta larga de un estilo que por lo menos estaba pasado de moda un año, con franjas de los colores de la casa Damodred desde el cuello alto hasta más abajo de las rodillas. Para ser un varón cairhienino era muy alto, sólo un par de centímetros menos del metro ochenta, y el cabello, con más canas que pelo de su color, lo llevaba atado en la nuca. Siempre iba tan recto como la hoja de una espada, excepto cuando se inclinaba para que ella se echara en sus brazos siendo niña, pero

ahora tenía los hombros hundidos. Moraine no entendía que al verlo le hubieran entrado ganas de llorar repentinamente.

—Moraine —dijo su padre mientras un gesto preocupado acentuaba las arrugas en el afable rostro—, debes venir conmigo inmediatamente. Es tu madre, pequeña. Se muere. Llegarás justo a tiempo si vas ahora.

Aquello era demasiado. Moraine quería echarse a llorar. Quería marcharse corriendo con él. No hizo ni lo uno ni lo otro. El tejido pareció completarse por sí mismo en un borroso remolino y sobre ellos empezaron a caer vistosas motas brillantes. Aquel despliegue le pareció tremendamente amargo. Moraine abrió la boca para preguntar dónde se encontraba su madre y entonces vio una segunda estrella detrás de él formada con azulejos rojos, encima de la columnata, justo por donde había aparecido su padre. Con paso firme, sin vacilación.

—Te quiero, padre —dijo tranquilamente. Luz, ¿cómo podía estar tranquila? Pero debía estarlo—. Por favor, dile a madre que la quiero con todo mi corazón.

Pasó junto a él y renqueó hacia la segunda estrella. Le pareció oír que la llamaba, que corría tras ella y le tiraba de la manga, pero tenía la mente como embotada por el esfuerzo de mantener el gesto sosegado y caminar con paso firme. Bueno, en realidad iba a trompicones, pero no vaciló ni se apresuró. Pasó entre las columnas estriadas, debajo de la estrella, y...

Entró tambaleándose en una blanca cámara circular; el reflejo de la luz de las lámparas de pie la cegó. La memoria le volvió de golpe y la impresión casi hizo que se le doblaran las rodillas. Incapaz de pensar mientras el torrente de recuerdos entraba a raudales en su mente, consiguió dar tres pasos más antes de pararse con un trompicón. Lo recordaba todo, la ejecución de cada tejido, dónde había sufrido cada herida. Todos sus tropiezos, sus frenéticos esfuerzos para conservar una apariencia de serenidad.

—Se ha consumado —entonó Merean mientras daba una fuerte palmada—. Que nadie hable de lo que ha pasado aquí. Que quede entre nosotras para compartirlo en silencio con la que lo ha experimentado. Se ha consumado. —Dio otra palmada fuerte y los flecos azules del chal se mecieron—. Moraine Damodred, pasarás la noche en oración y contemplación por las obligaciones que cargarás a partir de mañana, cuando te pongas el chal de Aes Sedai. Se ha consumado. —Dio otra palmada por tercera vez.

La Maestra de las Novicias se recogió la falda y echó a andar hacia las puertas, pero las otras hermanas se acercaron rápidamente a Moraine. Todas excepto Elaida, cayó en la cuenta Moraine. Arrebujada en el chal como si tuviera frío, la Roja se marchaba detrás de Merean.

—¿Quieres la Curación, pequeña? —preguntó Anaiya. Una mano más alta que Moraine, sus rasgos poco atractivos casi prevalecían sobre la intemporalidad del rostro y la hacían parecer más una granjera que una Aes Sedai a despecho del vestido de fino paño azul, de corte excelente y con bordados complejos en las mangas—. No sé por qué pregunto. No estás en tan mal estado como algunas que he visto, pero sí lo suficiente.

—¿La he... superado? —preguntó Moraine, asombrada.

—Si los sonrojos contaran como pérdida de la calma nadie alcanzaría el chal nunca —contestó Anaiya mientras se ajustaba el suyo y se reía.

¡Luz, lo habían visto todo! Por supuesto. Tenían que verlo, pero Moraine recordó a un hombre increíblemente atractivo que la había tomado en sus brazos y había empezado a besarla a conciencia, justo cuando iniciaba el cuadragésimo tercer tejido, y se puso colorada. ¡Habían visto eso!

—Deberías Curar a la pequeña antes de que se caiga redonda, Anaiya —dijo Verin. Baja y de mirada distraída, era bastante regordeta. Llevaba un vestido de fino paño en color rojizo y el chal con flecos marrones. A Moraine le caía bien Verin, pero sintió un escalofrío al ver sus ropas en las manos de la hermana Marrón.

—Sí, supongo que sí —convino Anaiya, que tomó la cabeza de Moraine entre las manos y encauzó.

Estas heridas eran mucho peores que los verdugones y las magulladuras que le había inflingido Elaida, y esta vez Moraine sintió como si estuviese cubierta de hielo en lugar de sumergida en agua fría. Sin embargo, cuando la sensación pasó todos los cortes y surcos

Librodot

habían desaparecido. Por el contrario, el cansancio no sólo no se había evaporado sino que era más abrumador. Y estaba muerta de hambre. ¿Cuánto tiempo habría pasado allí abajo? Su sentido del tiempo, tan cuidadosamente aprendido, estaba trastornado por completo.

Tocó ligeramente su escarcela y comprobó que el librito seguía dentro, pero no podía hacer nada más delante de las hermanas. Además, estaba deseando volver a vestirse. No obstante, había una pregunta que quería que le respondieran. Los retos afrontados en la prueba no habían sido pura casualidad, un simple producto del *ter'angreal.* Los continuos ataques a su modestia no dejaban lugar a dudas.

—La última parte de la prueba fue muy cruel —dijo. Sosteniendo el vestido para metérselo por la cabeza, hizo una pausa. La hizo para observar sus rostros.

—No se puede hablar de ello, por cruel que fuera —manifestó Anaiya con firmeza—. Nunca, con nadie.

Pero Yuan, una Amarilla delgada, miró de soslayo hacia las puertas; en sus grises ojos había una expresión de desagrado. ¡Vaya! Merean no había tomado parte en la prueba. Elaida había intentado hacerla fracasar y con más empeño que cualquiera de las otras, o en caso contrario la hermana arafelina no habría denotado ese desagrado. ¡Vaya!

Las otras tres hermanas se fueron cada una por su lado, pero Anaiya y Verin la escoltaron de vuelta al nivel por encima de los sótanos, aunque por una ruta distinta de la que había utilizado Moraine para bajar. Cuando se marcharon, se dirigió al cuarto en el que Siuan y ella habían pasado tantos días copiando nombres y se encontró con dos escribientes haciendo el trabajo, dos mujeres con aire agobiado a las que no les hizo gracia que las interrumpiera con preguntas sobre una Aceptada de la que no sabían nada.

Se dirigió presurosa a los alojamientos de las Aceptadas, casi a la carrera —por lo que recibió tres reprimendas de hermanas; todavía seguía siendo una Aceptada, hasta el día siguiente—, y encontró el cuarto de Siuan y el suyo vacíos. Ahora algunas de las excursiones para anotar nombres estaban terminando antes y ya era bien pasado el mediodía, así que buscó por las otras habitaciones hasta encontrar a Sheriam y a Myrelle sentadas frente a la chimenea, en la habitación de esta última, donde la pequeña alfombra tenía un ajado borde rojo y la palangana y el aguamanil eran azules.

—Merean vino a buscar a Siuan hace poco —informó Myrelle, excitada—. Para la prueba.

—¿Has...? ¿La has pasado? —preguntó Sheriam.

—Sí —respondió, y sintió cierta tristeza ante el repentino retraimiento reflejado en sus semblantes. Incluso se pusieron de pie y se llevaron las manos a la falda, a punto de hacer una reverencia. Entre ellas se había abierto una brecha. Seguía siendo Aceptada hasta el día siguiente, pero la amistad llegaba a su fin hasta que ellas se ganaran también el chal. No le dijeron que se marchara, pero tampoco le pidieron que se quedara, y parecieron aliviadas cuando anunció que se retiraba a su cuarto para esperar sola el regreso de Siuan.

Una vez en su habitación, examinó el librito de la escarcela, pero no vio nada que indicara que lo habían tocado ni páginas arrugadas porque alguien hubiese leído sin tener cuidado. Lo que no significaba que nadie lo hubiera hecho. Claro que ninguna habría sabido lo que leía a menos que supiera lo que hacían Siuan y ella. Y las rastreadoras de Tamra. Elevó una muda plegaria de gracias porque ninguna hubiera estado entre las hermanas que le habían hecho la prueba. Que ella supiera.

Una criada, o tal vez una novicia, había encendido el fuego en el hogar y había dejado una bandeja en la pequeña mesa. Al retirar el blanco paño que la cubría, se encontró con una abundante comida como no creía haber ingerido en su vida: montones de lonchas de ternera asada, nabos con una salsa cremosa, habas con queso blanco de cabra que se desmenuzaba, col con piñones. Había una hogaza de crujiente pan moreno y una gran tetera llena. Debían de acabar de dejar la bandeja allí porque todo estaba caliente. La Torre sabía cómo sincronizar las cosas con la mayor precisión.

Le parecería mucho, pero se lo comió todo, incluso el pan. Entero. Su cuerpo ansiaba dormir, pero eso no podía ser. Si Siuan fracasaba y sobrevivía al fracaso —Luz, que al menos

Librodot

saliera con vida— la acompañarían al cuarto y tendría sólo el tiempo necesario para recoger sus cosas y despedirse. Moraine no quería arriesgarse. Así que se tumbó encima de la cama, enroscada, pero con un libro encuadernado en piel. *Corazones apasionados* no sería adecuado para una novicia, pero era uno de sus preferidos. Y de Siuan. Se pasó varios minutos mirando la primera página antes de darse cuenta de que no había leído nada. Se levantó para pasear un rato antes de volver a coger el libro, bostezando, pero siguió siendo incapaz de leer una sola frase. Siuan regresaría. No la echarían de la Torre. Pero había tantas formas de dar un paso en falso, tantos modos de fallar. ¡No! Siuan la pasaría. Tenía que pasarla. No sería justo que ella alcanzara el chal y Siuan no. Sabía que su amiga llegaría a ser una Aes Sedai mejor de lo que ella jamás lograría.

A lo largo de la tarde oyó el ruido que hacían otras Aceptadas al regresar, algunas riendo, otras protestando, todas dando voces. Sin embargo, el ruido no tardaba en dejar paso al silencio cuando se corría la voz de que se había sometido a la prueba y la había pasado, y que estaba en su habitación. Mañana sería ascendida a Aes Sedai, pero ellas actuaban como si lo fuera ya y se movían calladamente para no molestarla. La hora de la cena llegó y pasó. De hecho, Moraine pensó que podría comer algo a despecho del enorme y tardío almuerzo, pero no bajó al comedor. Para empezar, dudaba de ser capaz de soportar las ojeadas de las otras o, lo que era peor, las miradas huidizas. En segundo lugar, Siuan podía volver mientras se encontraba ausente.

Estaba en la cama y hacía otro intento de leer entre bostezo y bostezo, cuando Siuan entró. Su expresión era indescifrable.

—¿Has...? —empezó Moraine, que fue incapaz de acabar la frase.

—Fue tan fácil como caerse de una barca... en medio de un banco de cazones —contestó Siuan—. Casi se me sale el corazón por la boca cuando recordé esto... —Se dio unos golpecitos en la escarcela, donde también llevaba el libro con los nombres—. Pero después todo fue bien. —De repente, se puso colorada hasta la raíz del pelo. Consiguió sonreír—. Las dos ascenderemos a un tiempo, Moraine.

Moraine se levantó de un salto y, riendo, bailaron agarradas de la mano de pura alegría. Ansiaba preguntar qué había pasado en la prueba de su amiga, pero... Para compartirlo en silencio y, aun entonces, únicamente con las mujeres que lo habían compartido. ¿Cuánto hacía que ellas dos lo compartían todo? Incluso en esto el chal acarreaba separaciones.

—Debes de estar muerta de hambre —dijo Moraine, que dejó de bailar. Era tal su cansancio que se tambaleó, y Siuan no se mantenía mucho más firme—. Tiene que haber una bandeja esperándote en la habitación. —Señaló la que seguía encima de su mesa. Se la habían subido por ser una ocasión tan especial, pero tendría que ser ella la que bajara los platos sucios. Y darse por contenta si no tenía que lavarlos por tardar tanto.

—Podría comerme un remo, pero hay algo mejor en mi habitación. —De repente, esbozó una sonrisa traviesa—. Tengo seis ratones que me proporcionó uno de los mozos esta mañana.

—Somos prácticamente hermanas —protestó Moraine—. No podemos meter ratones en la cama de alguien. En cualquier caso, aparte de que sea impropio, tampoco sería justo. Casi todo el mundo se ha pasado gran parte del día fuera y deben de estar tan cansadas como tú.

—Ser prácticamente hermanas no es lo mismo que serlo, Moraine. Piensa. Es nuestra última oportunidad. No será correcto realmente cuando tengamos el chal. —La sonrisa de Siuan dio paso a un gesto severo—. Y Elaida no ha salido de la Torre, que yo sepa. Los ratones son una pequeña compensación por esas palizas, Moraine. Nos lo debe. ¡Nos lo debe!

Moraine respiró hondo. Sin Elaida quizá nunca habría practicado para tejer más deprisa, y sin eso era posible que hubiese fracasado. Pero sospechaba que su padre no había sido la única contribución especial de Elaida. Con demasiada frecuencia, sus debilidades habían quedado al descubierto por alguien que las conocía muy bien. Esa mujer había intentado hacerla fracasar.

—De acuerdo, pero después de que hayas comido —contestó.

11



Antes de apuntar el alba

Esforzándose para reprimir los bostezos, Moraine se vistió con cuidado a la luz de una lámpara y del fuego mortecino de la estrecha chimenea. Y fue un gran esfuerzo. Una noche en contemplación significaba una noche en vela; le escocían los ojos como si tuviese arenilla en ellos y sentía los miembros pesados. Bueno, de todos modos le habría sido imposible dormir por la simple razón de pensar en lo que le aguardaba esa mañana. ¡Oh!, ¿por qué no había convencido a Siuan de no llevar a cabo esa temeridad? Era una pregunta que se había hecho muchas veces a lo largo de la noche, y tan absurda en la primera ocasión como ahora. Rara vez se imponía en una discusión con Siuan.

¡Ojalá estuviera su amiga con ella ahora! Meditar sobre las obligaciones y las cargas de una Aes Sedai conducía inevitablemente a la tarea que Moraine se proponía emprender, y la enormidad de esa búsqueda había ido aumentando más y más conforme transcurría la noche, hasta que se alzó ante ella tan inaccesible como el mismísimo Monte del Dragón. Tener compañía habría sido una ayuda, pero el ritual era explícito. Tenían que estar solas cuando fueran a buscarlas. Ahora los tropiezos no conllevaban castigos más allá de la vergüenza y probablemente una reputación de frívolas mentecatas de la que quizá no pudieran librarse nunca —claro que quizá ya se habían ganado esa reputación—, pero aun así lo mejor era tratar en lo posible de no dar pie a reproches.

Después de vestirse colocó sus escasas pertenencias encima de la cama; pero, excepto una muda de ropa interior y medias, las demás ropas las dejó en el armario. Se lavarían y se guardarían para que se las pusiera alguna novicia cuando se ganara el anillo. Ninguna de las que vestían de blanco en esos momentos podría llevarlas, al menos sin hacerles bastantes arreglos, pero daba igual; la Torre Blanca sabía esperar con paciencia. El librito lo tenía metido en la escarcela, que era el lugar más seguro que se le había ocurrido. Acababa de dejar sobre la cama la cajita de palo rosa en la que guardaba las pocas joyas que se había llevado a la Torre, cuando sonó una llamada en la puerta; tres golpes firmes. Pegó un brinco y el corazón le palpitó con fuerza. De repente, se puso casi tan nerviosa como antes de la prueba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no correr a abrir. En cambio, comprobó cómo tenía el cabello mirándose en el espejo del lavabo y usó el cepillo para peinar unos mechones que no lo necesitaban realmente; después dejó el cepillo en la cama y fue hacia la puerta.

Siete hermanas —los rostros cual máscaras intemporales y todas con el chal lleno de bordados de enredaderas sobre vestidos de seda o de fino paño— la esperaban en la oscuridad de la noche, una de cada Ajah. Así lo requería el ritual. Elaida era la representante Roja, pero Moraine consiguió sostener la mirada severa de la mujer con aire impasible y el rostro sereno. Bueno, tan sereno como le era posible. Dentro de una hora o poco más serían iguales, al menos en grado. Elaida no podría intimidarla nunca más.

Sin decir palabra, Moraine salió a la galería y cerró la puerta tras ella por última vez. También en silencio, las siete mujeres formaron un círculo a su alrededor y la escoltaron a lo largo de la oscura galería hasta la puerta de Siuan. El silencio estaba prescrito. Jeane, una

domani delgada de piel cobriza, llamó tres veces y los flecos verdes de su chal se mecieron. Siuan abrió la puerta tan pronto que debía de haber estado esperando ansiosa a que sonara la tercera llamada. El anillo de hermanas se abrió para dejarla pasar; un fugaz ceño apareció en la frente de Siuan al ver a Elaida, pero al menos no torció el gesto, gracias a la Luz. Moraine apretó los dientes para contener un bostezo. Acabaría sin quebrantar nada de lo establecido.

El suave roce de los escarpines sobre las baldosas las acompañó a lo largo de corredores de la Torre donde nada se movía salvo ellas y las llamas que titilaban en las lámparas de pie. Moraine se sorprendió al no ver a ningún criado. Gran parte de su trabajo se realizaba en las horas previas a que las hermanas se levantaran o después de que se hubieran retirado por la noche. Descendieron en silencio a los niveles subterráneos de la Torre, siguieron a lo largo de pasadizos bien iluminados y pasaron ante otros oscuros. Las puertas de la cámara donde Siuan y ella habían pasado la prueba estaban abiertas de par en par, pero todas se pararon en el corredor y el anillo de Aes Sedai se rompió para formar una fila detrás de las dos mientras se volvían hacia las puertas abiertas.

—¿Quién va? —demandó la voz de Tamra desde el interior.

—Moraine Damodred —respondió con voz clara, y, aunque su rostro se mantuvo sereno, el corazón la palpitó alocadamente. Esta vez, de alegría. Siuan dijo su nombre a la vez, con un tono desafiante en la voz, aunque ligero. Había insistido en que Elaida todavía encontraría el modo de privarlas del chal si podía.

Sus maestras nunca habían sacado a colación el asunto de la precedencia —quizá no esperaban que las dos llegaran hasta este punto al mismo ritmo, hombro con hombro—, pero Moraine oyó que alguien contenía la respiración detrás de ella. Y, cuando Tamra volvió a hablar, lo hizo tras una pausa tan ligera que quizá sólo era obra de su imaginación.

—¿A qué vienes?

—A prestar los Tres Juramentos y así ganar el chal de Aes Sedai —respondieron al unísono. Ni que se rompieran las normas ni que no, se proponían hacerlo todo juntas esa mañana en la medida en que fuera posible.

—¿Con qué derecho pides esta carga?

—Con el derecho de haber superado el tránsito, sometiéndome a la voluntad de la Torre Blanca.

—Entra, pues, si te atreves, y vincúlate a la Torre Blanca.

Entraron de la mano. Juntas. El rostro sosegado y el paso firme, ni precipitado ni vacilante. La voluntad encarnada de la Torre las aguardaba.

Tamra, ataviada con un vestido de brocado azul y con la estola de Amyrlin alrededor del cuello, se hallaba de pie, enmarcada por el *ter'angreal* oval cuyos colores cambiaban lentamente de plateado a dorado, de azul a verde. Aeldra estaba a su lado, con un vestido de un tono azul más oscuro, y sostenía un cojín de terciopelo negro con las dos manos. A lo largo del perímetro de la pared circular se encontraban las Asentadas de la Antecámara de la Torre, con el chal y agrupadas por Ajahs, y delante de cada grupo de tres Asentadas había otras dos hermanas más de ese Ajah, también con el chal en los hombros y con otro doblado sobre un brazo. Los ojos inexpresivos siguieron a Siuan y a Moraine mientras éstas se internaban en la cámara.

El *ter'angreal* presentaba el primer problema para su plan. El alto aro ovalado era demasiado estrecho para pasar las dos a la vez sin apretarse una contra otra, y eso no encajaba con la solemnidad y la dignidad del momento. Aquélla había sido una discusión que Moraine había ganado. Siuan le lanzó una mirada —parecía imposible que aquellos ojos azules pudieran tornarse incisivos sin que se alterara la expresión sosegada, pero lo hicieron— y, recogiéndose la falda, lo cruzó, seguida por Moraine. Se arrodillaron juntas delante de la Sede Amyrlin.

Del cojín de terciopelo que sostenía Aeldra, Tamra tomó la Vara Juratoria, un cilindro suave de color blanco marfileño de treinta centímetros de largo y un poco más grueso que la muñeca de Moraine. La Vara Juratoria era un *ter'angreal* que la vincularía a los Tres Juramentos y, por ende, a la Torre.

Tamra vaciló un instante como si no supiera a cuál de ellas vincular primero, pero sólo fue un momento. Moraine alzó las manos delante de la mujer, con las palmas hacia arriba, y Tamra le puso la Vara en ellas. Ése era el favor pedido por Siuan, la condición puesta para aceptar que Moraine le cediera el paso a través del óvalo. Ni que decir tiene que no le había revelado cuál era ese «favor» hasta que Moraine accedió. Se convertiría en Aes Sedai antes por pocos minutos. ¡No era justo!

Pero no era el momento de pensar que tendría que haber imaginado lo que Siuan se proponía cuando cedió tan fácilmente a cruzar primero. El brillo del *Saidar* rodeó a Tamra y ésta tocó la Vara Juratoria con un fino flujo de Energía.

Moraine cerró la mano en torno a la Vara. Tenía el tacto de cristal, sólo que más suave de algún modo.

—Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, juro no pronunciar una sola palabra que no sea verdad. —El Juramento se instaló dentro de ella, y de repente el aire pareció presionar más fuerte contra su piel. «El rojo es blanco —pensó—. Arriba es abajo.» Todavía podía pensar una mentira, pero ahora su lengua no podría pronunciarla—. Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, juro no crear armas para que un hombre mate a otro. —La presión aumentó bruscamente; era como si la hubieran metido en una prenda invisible, demasiado ajustada, que la moldeara desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Con gran disgusto de Moraine, el sudor le brotó en la frente, pero mantuvo el semblante sereno.

»Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, juro no utilizar el Poder Único como arma excepto contra los Engendros de la Sombra o como último recurso en defensa de mi vida, la vida de mi Guardián o la de otra hermana.

Aquella prenda se ciñó más aún, y Moraine respiró trabajosamente por la nariz a la par que apretaba los dientes para no jadear. Invisible y totalmente flexible, pero aun así ¡tan opresiva! Esa sensación de presión en el cuerpo desaparecería, pero tardaría un año en desvanecerse por completo. ¡Luz! Se preguntó cómo lo habría pasado Elaida al prestar ese último juramento, con la mención de los Guardianes. Los Tres Juramentos eran iguales, inalterables, se eligiera el Ajah que se eligiera. Pensar aquello la confortó; un poco.

—Está medio consumado —entonó la Amyrlin—, y la Torre Blanca queda grabada en tus huesos. —Pero no terminó la ceremonia, sino que tomó la Vara Juratoria y la puso en las manos de Siuan. Moraine reprimió una sonrisa. Habría besado a Tamra.

Siuan no sudó ni jadeó. Prestó los Juramentos con voz clara y fuerte, sin parpadear siquiera cuando cada uno de los tres se acopló en ella. Ninguna penalidad física podía perturbar a Siuan, que jamás había llorado hasta que Elaida se había marchado, que nunca había derramado una sola lágrima hasta haber salido del estudio de Merean. Siuan tenía el corazón de una leona.

—Está medio consumado, y la Torre Blanca queda grabada en tus huesos —dijo Tamra mientras volvía a poner la Vara Juratoria sobre el cojín de terciopelo que sostenía Aeldra—. Levántate ahora, Aes Sedai, y elige tu Ajah, y se consumará todo lo que quede consumado por la Luz.

Por mucha ecuanimidad que Siuan hubiera demostrado mientras prestaba los Juramentos, se movió tan deprisa como Moraine cuando se incorporaron e, inclinándose para besarle el anillo de la Gran Serpiente, hicieron una reverencia formal a Tamra.

Caminaron juntas hacia las hermanas Azules. Lentamente, con tanto empaque como fueron capaces de exhibir; y sin asirse de la mano. Eso habría sido impensable en aquel momento. Como cualquier Aceptada, a menudo habían discutido en qué Ajah entrarían, los pros y los contras de cada cual, como si supieran algo más que lo superficial, pero durante el último año o más esas discusiones se habían limitado simplemente a confirmar una elección ya tomada. El Azul estaba dedicado a las causas justas, que no siempre era lo mismo que buscar la justicia, como hacían Verdes y Grises. Las «Rastreadoras de Causas», llamaba Verin a las Azules, y las mayúsculas resultaban evidentes en el tono de su voz. Moraine ni siquiera podía imaginar pertenecer a otro. Siuan sonreía, cosa que no debería haber hecho. Claro que

Librodot

también ella sonreía, cayó Moraine en la cuenta, incapaz de dejar de hacerlo.

Una vez que la dirección que tomaban fue evidente, las hermanas de otros Ajahs empezaron a hacer reverencias a la Amyrlin y se marcharon, primero las Amarillas, después las Verdes, que se dirigieron hacia el exterior de la cámara como si se deslizaran, con sus Asentadas a la cabeza, cual una regia procesión. A continuación salieron las Marrones, seguidas por las Blancas. Moraine ignoraba qué era lo que establecía ese orden; pero, una vez que las Rojas, las últimas, hubieron salido, Tamra abandonó la cámara detrás de ellas. Lo que pasara allí sólo incumbía al Azul. Aeldra se quedó para observar.

Las tres Asentadas se reunieron en un corro mientras Leane, de tez cobriza, esbelta y tan alta como la mayoría de los hombres, se inclinaba para poner el chal de flecos azules alrededor de los hombros de Moraine al mismo tiempo que Rafela, delgada, bonita y de tez oscura, hacía otro tanto con Siuan. Ninguna de las dos tenía todavía el rostro intemporal, pero la apostura digna las envolvía como una capa. Las Asentadas eran la encarnación de la dignidad.

La robusta Eadyth, con el cabello blanco y largo hasta la cintura, besó ligeramente a Siuan en ambas mejillas y después a Moraine mientras les decía a una y a otra «Bienvenida a casa, hermana. Hemos esperado largo tiempo tu llegada». Anlee, de gesto grave y cabello canoso, con el vestido de cuchilladas azules y casi tantos anillos y collares como Gitara solía llevar, repitió los besos y la frase de bienvenida, y a continuación lo hizo Lelaine, cuya expresión solemne desapareció para dar paso a una sonrisa mientras hablaba. La belleza de Lelaine se tornaba extraordinaria cuando sonreía.

—Bienvenida a casa, hermana —dijo Leane mientras se inclinaba de nuevo para besar a Moraine—. Hemos esperado largo tiempo tu llegada.

Aeldra también las besó en las mejillas y les dijo la frase de bienvenida, pero después, inopinadamente, añadió algo.

—Las dos me debéis una empanada hecha con vuestras propias manos. Es costumbre entre nosotras hacer ese regalo a la sexta hermana que da el beso de bienvenida.

Moraine parpadeó e intercambió una mirada con Siuan. ¿Acababa la ceremonia de forma tan brusca? ¿Una empanada? Dudaba de que Aeldra pudiera comerse la que hiciera ella. No había cocinado nada en toda su vida.

Eadyth chasqueó la lengua y se ajustó el chal sobre los largos brazos.

—Pero bueno, Aeldra. Sólo porque estas dos hayan decidido traspasar los límites en tantos sentidos no es razón para que tú olvides tu dignidad —dijo firmemente—. Sigamos. —Los largos flecos azules se mecieron cuando alzó las manos—. Te encomiendo, Leane Sharif, que escoltes a Moraine Damodred para que la Torre Blanca sepa que una hermana Azul ha llegado a casa. Te encomiendo, Rafela Cindal, que escoltes a Siuan Sanche para que la Torre Blanca sepa que una hermana Azul ha llegado a casa.

Eadyth se reunió con Aeldra y condujo a las otras Asentadas fuera de la Cámara, pero al parecer las demás no habían acabado del todo.

—La tradición es algo preciado que no se debe permitir que languidezca —dijo Rafela mientras miraba a Siuan y a Moraine—. ¿Marcharéis hacia el sector del Ajah Azul vestidas con la Luz, como requiere la antigua costumbre? —Siuan se ciñó el chal como si tuviera intención de no quitárselo nunca, y Rafela se apresuró a añadir—: Y con el chal, por supuesto. Para demostrar que no necesitáis más protección que la Luz y el chal de una Aes Sedai.

Moraine se dio cuenta de que se ceñía el chal de igual forma y se obligó a aflojar las manos para acariciar suavemente la seda. Los Tres Juramentos la habían hecho Aes Sedai, pero no se había sentido como tal hasta que tuvo el chal sobre los hombros. Pero ¡si tenía que caminar en público sin llevar puesto nada más...! Oh, Luz, ¡la cara le ardía! Nunca había visto una Aes Sedai ruborizada.

—Oh, ya está bien, Rafela —intervino Leane con una rápida y tranquilizadora sonrisa que dirigió a Moraine y Siuan. Durante un tiempo había sido Aceptada con ellas, y por la calidez de esa sonrisa parecía que su amistad podría reanudarse en el punto donde la habían dejado—. Hace mil años las mujeres venían a ser ascendidas a Aes Sedai vestidas con la Luz

Librodot

y se marchaban del mismo modo, y también lo estaban todas las que se encontraban aquí, pero lo único que se ha conservado de esa costumbre es que los pasillos permanezcan vacíos hasta que lleguéis al sector del Ajah —explicó dinámicamente. Leane hacía todo con dinamismo y energía—. Excepto unas cuantas Marrones, dudo de que alguien recuerde siquiera la costumbre. Rafela está como loca por recuperar costumbres en desuso. No lo niegues, Rafela. ¿Te acuerdas del florecimiento de los manzanos? Ni siquiera las Verdes recuerdan qué batalla se supone que conmemora eso.

Cosa extraña, aunque Rafela había alcanzado el chal un año antes que Leane se limitó a suspirar.

—Las costumbres no se deberían olvidar —dijo, pero sin energía. Leane meneó la cabeza.

—Venid. Sé que querréis desayunar, pero eso tendrá que esperar por otras cosas, entre ellas este paseo. En el que no estarán incluidos todos los corredores públicos —agregó a la par que miraba a Rafela con una ceja enarcada—. Ni nos pararemos en los sectores de cada Ajah para llamar y que salgan a ver a una hermana del Azul. —Meneó la cabeza y las condujo al pasillo; encauzó brevemente para cerrar las grandes puertas—. Jamás me había sentido más avergonzada en mi vida. Tú tendrías que haber sido la que se sonrojara, Rafela. Verin le dijo que tenía una voz tan dulce que debería dedicarse a cantar. Una Roja salió para decirnos que dejáramos de lanzar maullidos y nos fuéramos. ¡Y las Verdes! Algunas Verdes tienen un sentido del humor... rudo. —Si Rafela se había sonrojado entonces o no, ahora un débil rubor le tiñó las mejillas.

Moraine se preguntó hasta qué punto habría sido rudo el humor de esas Verdes. Al menos el sonrojo de Rafela le sirvió para dejar de preocuparse por el suyo. Por supuesto las hermanas darían una imagen distinta entre ellas de lo que hacían con quienes no llevaban el chal. Que ahora llevaba ella. La hacía sentirse varios centímetros más alta, aunque Leane le sacara la cabeza y los hombros. La otra mujer había acortado la longitud de sus pasos, pero aun así Moraine tenía que trotar para no retrasarse mientras subían desde los sótanos a los corredores de la Torre, vacíos a excepción de ellas. Los corredores rara vez estaban llenos, pero la ausencia de gente los hacía parecer cavernosos. Imaginar que la Torre se hallaba completamente desierta no resultaba difícil. Algún día lo estaría, si las cosas seguían como hasta entonces.

—¿La ceremonia termina con este paseo? —preguntó—. Me refiero a la parte del Ajah Azul. ¿Puedo hacer preguntas? —Se suponía que eso era lo primero que tendría que haber dicho, pero quería que el sonido de voces ahuyentara los pensamientos desagradables.

—No termina del todo —contestó Leane—, pero puedes preguntar lo que quieras. Algunas cosas, sin embargo, no se pueden responder hasta que conozcas a la Selectora Mayor, la cabeza de nuestro Ajah.

—No debes revelar nunca ese título —intervino con presteza Rafela.

Moraine asintió, aunque eso ya lo sabía. A las Aceptadas les enseñaban que cada Ajah tenía sus secretos, como Rafela tendría que saber. Más de una hermana le había dicho a Moraine que cuando ganara el chal tendría que aprender casi tanto como antes. Su intención era ir con mucho tiento hasta que supiese algo más.

—Tengo una pregunta —dijo Siuan con el entrecejo fruncido—. ¿Hay muchas costumbres como la de la empanada? Sé cocinar, pero mi hermana mayor se ocupaba de todo lo que era hornear.

—¡Oh, sí! —respondió animadamente Rafela, que se lanzó a enumerar costumbres arcanas mientras caminaban por el primer nivel de la Torre, algunas tan absurdas como llevar medias azules cuando se salía de Tar Valon, y otras tan sensatas como abstenerse de contraer matrimonio. Las Aes Sedai se casaban de vez en cuando, pero Moraine no veía que esa relación pudiera acabar de otro modo que no fuera mal.

El torrente de información continuó mientras subían uno de los corredores espirales y sólo se paró cuando llegaron ante las pulidas y sencillas puertas que conducían al sector Azul.

—Ya oiréis el resto después —dijo Rafela, que dejó que el chal le resbalara por los

brazos—. Aseguraos de aprenderlas todas enseguida. Algunas han de cumplirse tan estrictamente como la ley de la Torre. Creo que debería hacerse con todas, pero al menos algunas se cumplen.

—Vale ya, Rafela —la interrumpió Leane, y ella y la hermana de tez oscura asieron un picaporte de latón cada una y abrieron las puertas.

No habían encauzado. Quizá fuera otra costumbre. Cabalgar le resultaría molesto durante unos cuantos días, y Moraine se proponía emplear el tiempo en memorizar esas costumbres hasta que pudiera marcharse de la ciudad. Al menos las que eran de obligado cumplimiento. No estaba dispuesta a dejar que el inicio de la búsqueda se retrasara por algo tan absurdo como no vestir completamente de azul en primer día de mes. Luz, seguramente eso no sería obligatorio. No obstante, mejor era asegurarse.

Siuan y ella cruzaron el umbral y se pararon, sorprendidas. El Azul era el segundo Ajah menos numeroso, después del Blanco, pero todas las hermanas Azules que se encontraban en Tar Valon en aquel momento estaban alineadas en el corredor y, a excepción de Aeldra, envueltas formalmente en el chal.

12



La entrada en casa

Anaiya fue la primera en adelantarse y besarlas en la mejilla.

—Bienvenida a casa, hermana. Hemos esperado largo tiempo tu llegada —saludó—. Aeldra me ha contado cómo me ha escamoteado mis empanadas —añadió mientras daba un tirón al chal con aire irritado que obviamente era puro fingimiento, traicionado por una risa—. No fue justo que se aprovechara así de su posición.

—O tal vez las mías, si hubiese sido un poco más rápida —comentó Kairen después de recibirlas con el saludo formal. Muy hermosa y no excesivamente alta, su sonrisa desdecía la fría serenidad reflejada en los ojos azules—. ¿Podemos esperar al menos que vuestra destreza para hornear sea escasa? A Aeldra le gustan las bromas casi tanto como a vosotras dos y sería agradable ver que recibe la recompensa debida.

Moraine se echó a reír y abrazó a Siuan. No pudo evitarlo. Realmente había llegado a casa. Las dos estaban en casa.

El sector Azul no tenía nada de la aparatosidad llamativa del Verde y del Amarillo, aunque no era tan sencillo como el del Marrón o el del Blanco. Las colgaduras de invierno de intensos colores que había en las paredes representaban escenas de jardines en primavera y campos de flores silvestres, arroyos que corrían entre piedras y pájaros en vuelo. Las lámparas de pie pegadas a las paredes claras eran doradas, pero con una decoración muy sencilla. Sólo las baldosas, en todos los tonos de azul desde el pálido de un cielo matinal hasta el intenso violeta del ocaso, ponían un toque de esplendor. Avanzando lentamente a lo largo de aquellas ondas, Siuan y ella recibieron el beso de bienvenida otras treinta y nueve veces más antes de llegar hasta Eadyth y las otras dos Asentadas.

—Se han preparado habitaciones para las dos —les indicó la hermana carirredonda—, así como ropas adecuadas y algo para desayunar, pero cambiaos y comed deprisa. Hay cosas que he de deciros, cosas que debéis saber antes de que el hecho de salir de nuestro sector no implique un riesgo para vosotras. O, a decir verdad, incluso entrar en él, aunque la mayoría es tolerante con una hermana nueva. Cabriana, ¿quieres acompañarlas, por favor?

Una hermana de ojos claros y cabello rubio que casi le llegaba a la cintura extendió la falda de cuchilladas azules en una ligera reverencia. Las clases no las daban todas las hermanas, ni mucho menos, y Moraine no la reconoció. En su mirada había una fiera franqueza más acorde con una hermana Verde, pero su tono de voz sonó bastante sumiso cuando habló.

—Como ordenes, Eadyth. —Se volvió hacia Siuan y Moraine y les habló casi con igual mansedumbre—: ¿Queréis acompañarme, por favor?

Era muy extraña esa mezcla de fiereza y... Bueno, «docilidad» era la palabra que más se acercaba a describir su actitud.

—¿Es la Selectora Mayor? —preguntó cautamente Moraine tan pronto como estuvieron lo bastante lejos para que Eadyth no la oyera. Ni ninguna otra, esperaba. Las hermanas que se habían reunido para recibirlas se dispersaban ya, solas o de dos en dos, mientras se quitaban el

chal.

—¡Oh, sí! —respondió Anaiya, que, junto a Kairen, se unió a ellas. Cabriana tenía la boca abierta para contestar, pero la cerró sin la menor protesta por haber sido desplazada—. Es inusitado que la Selectora Mayor sea también una Asentada —continuó Anaiya—; pero, a diferencia de algunas, a nosotras, las Azules, nos gusta sacar el máximo partido de la aptitud de cada cual.

Kairen asintió con la cabeza, dobló el chal y se lo puso sobre un brazo.

—Eadyth es quizá la Azul más competente en los últimos cien años; pero, si fuese Marrón o Blanca, la dejarían pasarse el día entretenida ocupándose de minucias.

—¡Oh, sí! —convino Cabriana, que chasqueó la lengua—. Lo de algunas Asentadas Marrones ha sido bochornoso. Para ser Asentadas, cuando menos. Pero las Marrones siempre dejan vagar la mente. Sea como sea, podéis estar seguras de que tengáis el talento que tengáis se le encontrará una utilidad.

Moraine, a quien no le gustó cómo sonaba eso, intercambió una mirada cautelosa con Siuan. Bueno, ninguna de las dos tenía habilidades especiales. Pero ¿de qué riesgo iba Eadyth a ponerlas sobre aviso? Riesgo incluso allí. Habría querido preguntarles a las tres hermanas que las escoltaban pasillo adelante, pero estaba convencida de que la información tenía que venir de Eadyth; y en privado, o de otro modo se habría limitado a decírselo allí mismo, delante de las demás. ¡Luz! Su nuevo hogar posiblemente tuviera tantas corrientes subyacentes como el Palacio del Sol. Claramente era un momento para actuar con prudencia. Para oír, observar y decir poco.

Los aposentos elegidos para Siuan y para ella estaban juntos, un poco retirados del corredor principal, y cada cual se componía de un dormitorio espacioso, una amplia sala de estar, un vestidor y un estudio, con chimeneas de mármol tallado donde el fuego chisporroteante había caldeado la atmósfera. Los paneles pulidos de las paredes estaban desnudos, pero sobre los suelos de baldosas azules había alfombras de dibujos, algunas con flecos, procedentes de una docena de países. Los muebles también eran dispares; aquí, una mesa con incrustaciones de madreperla de un estilo usado en Cairhien cien años atrás; allí, una silla con patas talladas en forma de enredaderas de sólo la Luz sabía dónde, y las lámparas y los espejos eran de procedencia tan variada como lámparas y espejos había. Pero nada tenía grietas ni trozos saltados y cada pieza de madera o de metal estaba pulida hasta brillar. Las cosas que habían dejado en sus cuartos de Aceptadas se encontraban allí. El cepillo y el peine de Moraine estaban en el lavabo; la escribanía de ébano, sobre el escritorio del estudio; su joyero, encima de una mesa auxiliar del dormitorio. Sus aposentos ya tenían su toque personal.

—Pensamos que os gustaría estar cerca —comentó Anaiya cuando acabaron en la sala de estar de Moraine.

Kairen y Cabriana la flanqueaban sobre la alfombra con dibujos de volutas y la miraban tan a menudo como a Siuan y a Moraine. Hablaban entre ellas con la cómoda desenvoltura que da una larga amistad, pero saltaba a la vista que Kairen y Cabriana se dejaban guiar por Anaiya. Era algo muy sutil, pero obvio para unos ojos adiestrados en el Palacio del Sol. No es que significara nada especial —en cualquier grupo siempre había alguien que llevaba la voz cantante—, pero Moraine archivó el dato en su memoria.

—Podéis elegir otras habitaciones si queréis —añadió Kairen—. Tenemos muchas vacías, aunque me temo que algunas tienen tanto polvo como el sótano en peores condiciones.
—Pronto se marcharía de Tar Valon; había comentado por encima que tenía ciertos asuntos que tratar en Tear. ¿Sería una de las rastreadoras de Tamra? Imposible saberlo. En la Torre siempre había Aes Sedai que partían y otras que regresaban.

—Si queréis cambiaros, puedo ocuparme de mandar que las limpien —se ofreció Cabriana, que se recogió la falda como si fuera a hacerlo en ese mismo momento. ¡Parecía ansiosa! ¿Por qué se comportaba de un modo tan extraño? Saltaba a la vista que era la inferior de las tres mujeres, pero es que actuaba igual con Siuan y con ella.

—No, gracias. —Toqueteando la puntilla que remataba el cojín de un sillón, Moraine

intentó decir que las habitaciones eran muy bonitas (las tres hermanas se habían ocupado de prepararlo todo, aunque las alfombras y los muebles fueran regalo de la Torre), pero su lengua se negó a pronunciar la mentira, de modo que buscó una frase de compromiso—. Éstas son más que adecuadas.

Todos los cojines tenían volantes de puntilla fruncida, al igual que las colchas de las camas y las fundas de las almohadas. ¡Algunos de los volantes parecían tener otros volantes fruncidos! Los aposentos serían mucho más aceptables para su gusto una vez que se libraran de todas esas puntillas. De hecho, Siuan había sonreído al ver las puntillas en su cama, como si fuera a disfrutar durmiendo en un mar de espumosas puntillas fruncidas. La idea hizo que Moraine se estremeciera.

Ofreció té o vino caliente con especias antes de caer en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo procurarse ni lo uno ni lo otro, pero Anaiya contestó que debían de estar ansiosas por cambiarse y desayunar; las otras dos asintieron con la cabeza en un gesto de conformidad. Las tres se recogieron la falda a un tiempo y salieron.

—El desayuno puede esperar —dijo Siuan tan pronto como la puerta se cerró detrás de las tres hermanas—. Lo primero es Eadyth. ¿Tienes alguna idea de lo que va a decirnos? A mí me suena como tu Juego de las Casas.

—Eadyth primero, desayuno después —convino Moraine, aunque con el olor a gachas calientes y a albaricoques asados que salía de la bandeja tapada que había en una mesa se le hacía la boca agua—. Pero no tengo la más remota idea, Siuan. Nada. —Con todo, era cierto que recordaba al *Da'es Daemar.*

En el vestidor había colgados cuatro vestidos de fino paño azul, sencillos pero de buen corte, dos de ellos con falda pantalón para montar a caballo, y Moraine se puso uno de falda normal y dejó el blanco con bandas de colores de Aceptada doblado en el cesto de ropa sucia. El librito de anotaciones lo cambió de la escarcela del cinturón blanco, que también se llevarían de la habitación, a la escarcela azul que encontró en el espacioso armario. Incluso allí —quizás especialmente allí— consideraba que el sitio más seguro para guardarlo era su propia persona. No le sorprendió descubrir que el vestido le encajaba a la perfección. Se decía que la Torre sabía más de sus iniciadas que sus modistas y peluqueras juntas. Y no es que ella hubiese tenido modista o peluquera desde hacía tiempo, por supuesto, algo que se proponía remediar en cuanto pudiera. Al menos, en lo tocante a la modista. Se había acostumbrado a llevar el cabello suelto, pero necesitaría más de cuatro vestidos antes de marcharse de Tar Valon, y en un tejido mejor que el paño. La seda no era barata, pero sentaba maravillosamente.

Del joyero tallado sacó su pieza favorita: una *kesiera.* Había sentido no poder llevarla allí, pero aun después de seis años sus manos recordaban todavía cómo tejer la fina cadena de oro en el cabello para que el pequeño zafiro le colgara en el centro de la frente. Se miró en un espejo de pared que tenía el marco de madera con volutas talladas y sonrió. No tendría el semblante intemporal aún, pero ahora parecía lady Moraine Damodred, y lady Moraine Damodred había navegado en el Palacio del Sol por corrientes subterráneas que podían hundir a alguien incluso con quince o dieciséis años. Ahora estaba preparada para navegar por las corrientes de aquí. Tras echarse sobre los hombros su chal de flecos azules, fue a buscar a Siuan y se encontró con ella en el pasillo, también con el chal y caminando en dirección contraria.

La primera hermana que vieron, Natasia, una delgada saldaenina con oscuros ojos rasgados y altos pómulos que había sido una maestra indulgente, les indicó la dirección a los aposentos de Eadyth con un gesto de desagrado en los carnosos labios. Moraine se pregunto si Natasia estaría molesta por algo con Eadyth, aunque demostrarlo abiertamente sería extraño, pero también Eadyth imitó esa expresión casi con exactitud cuando las hizo pasar y las condujo a unos sillones mullidos, delante de la chimenea de la sala de estar, donde danzaban las llamas de un agradable fuego. Y después se quedó de pie, calentándose las manos, como si se sintiera reacia a hablar. No les ofreció té ni vino ni les dio ningún tipo de bienvenida. Siuan rebulló con impaciencia en el borde del asiento, pero Moraine se obligó a permanecer

Librodot

inmóvil. Con dificultad, pero lo hizo. La presión de los Tres Juramentos resultaba especialmente incómoda al estar sentada. Guardar silencio, oír y observar.

La sala de Eadyth era más grande que las suyas, con una cornisa tallada en forma de olas y dos tapices de flores y pájaros de vivos colores en las paredes, aunque las lámparas de pie eran igualmente sencillas. El macizo mobiliario era de madera oscura, con incrustaciones de marfil y turquesa, excepto la delicada mesita que parecía tallada en marfil o hueso. Llevara mucho o poco tiempo ocupando esos aposentos, Eadyth les había dado unos cuantos toques personales, como por ejemplo un alto jarrón de brillante porcelana amarilla de los Marinos, un ancho cuenco de plata batida y un par de figurillas de cristal —un hombre y una mujer tendiéndose la mano— sobre la repisa de la chimenea. Todo ello no le revelaba nada, salvo que la mujer de cabello blanco tenía buen gusto y compostura. Callar, oír y observar.

Siuan rebullía en el mullido asiento y parecía a punto de levantarse cuando finalmente Eadyth volvió el rostro hacia ellas. Se cruzó de brazos y respiró hondo.

—Durante seis años se os ha enseñado que la segunda grosería mayor es referirse a la fuerza de alguien en el Poder Único. —De nuevo los labios se fruncieron levemente—. A decir verdad, me resulta difícil hablar de ello, por muy necesario que sea. Durante seis años se os ha disuadido contundentemente de pensar en vuestra propia fuerza en el Poder o de la de cualquier otra. Ahora tenéis que aprender a comparar vuestra fuerza con la de cada hermana con la que os encontréis. Con el tiempo, será un acto reflejo y lo haréis sin pensar, pero debéis ir con mucho cuidado hasta que lleguéis a ese punto. Si otra hermana está por encima de vosotras en el Poder, sea del Ajah que sea, debéis ceder ante ella. Cuanto más alta se encuentre, más ha de ser vuestra actitud deferente. No hacerlo es la tercera grosería mayor, y es tercera sólo por un pelo. La razón más habitual de que las hermanas nuevas reciban un correctivo es un paso en falso en ese sentido; y, puesto que la penitencia la establece la hermana ofendida, rara vez es leve. Un mes o dos de Trabajos Domésticos o de Privación es lo más liviano que podéis esperar. La Mortificación del Espíritu o la Mortificación de la Carne no son castigos insólitos.

Moraine asintió lentamente con la cabeza. Por supuesto. Eso explicaba la deferencia de Elaida hacia Meilyn y que Rafela cediera ante Leane. Y Cabriana; Cabriana no era fuerte en absoluto. Aquella idea resultaba muy dura. Cuando la Torre Blanca quería poner freno a algo, lo ponía de forma contundente y absoluta. Luz, la Torre las despojaba de algo, y después les hacía utilizar eso mismo para determinar la jerarquía. Qué enredo. Al menos Siuan y ella eran casi iguales en fuerza y seguramente lo seguirían siendo cuando alcanzasen todo su potencial. Hasta ese momento habían avanzado al mismo paso. No habría parecido natural que Siuan tuviera que ceder ante ella.

—¿Hemos de obedecerlas? —preguntó Siuan, que por fin no había aguantado sentada y se había puesto de pie. Eadyth suspiró sonoramente.

—Creía haber hablado con claridad, Siuan. Cuanto más por encima de ti esté una Aes Sedai, mayor ha de ser tu deferencia. Me desagrada sobremanera hablar de esto, así que por favor no me hagas repetir las cosas. Funciona igual en el otro sentido, naturalmente, pero debéis recordar que la norma no se aplica si el Ajah o la Torre sitúa a alguien por encima de vosotras. Si se os incluye en una embajada, por ejemplo, debéis obedecer a la emisaria de la Torre como me obedeceríais a mí aunque la fuerza de esa mujer apenas llegara para someterla a la prueba de Aceptada. Bien. ¿Os ha quedado claro esto? Estupendo, porque, al menos en lo que a mí respecta, siento la urgente necesidad de limpiarme los dientes. —Y las hizo salir de sus aposentos como si realmente fuera a frotárselos con sal y bicarbonato.

—Tenía un miedo horrible —comentó Siuan cuando se encontraron en el pasillo—, pero eso no está nada mal. Había pensado que tendríamos que empezar desde abajo, pero resulta que ya no estamos lejos del nivel superior. Dentro de cinco años nos encontraremos más cerca aún. —Se pensara en ello o no, todas lo sabían cuando llegaban al máximo de fuerza; la extensión de tiempo podía variar considerablemente de una mujer a otra, pero siempre era un ascenso suave, en línea recta.

—Yo también estaba asustada —admitió Moraine con un suspiro—, pero la cosa no es

tan sencilla como puede parecer según lo explicas tú. ¿En qué punto la deferencia se convierte en obediencia? Aunque ella no lo llamó así, es eso lo que significa. Hemos de observar atentamente a las otras hermanas y, hasta que estemos seguras, más vale pecar de prudentes. Dentro de un mes tengo intención de encontrarme a leguas de Tar Valon, no sudando en una granja al otro lado del río.

Siuan resopló.

—Así que iremos con precaución. ¿Y qué otra cosa hemos hecho los últimos seis años? Aunque todavía puede ser peor. ¿Qué te parece si llevo mi bandeja a tus aposentos y desayunamos juntas?

Sin embargo, antes de que llegaran a su alojamiento las interceptó otra Aes Sedai, una mujer alta, de cara cuadrada y el cabello de color gris acerado tejido en multitud de trencillas, rematadas con cuentas azules, que le llegaban a la cintura. Llevaba un vestido azul cielo. Moraine había dado por sentado que todas las hermanas Azules habían estado presentes para darles la bienvenida, pero no recordaba haber visto a ésta. Se obligó a captar la habilidad de la mujer, su fuerza, y comprendió que era casi tan grande como lo serían la suya propia y la de Siuan cuando llegaran al máximo. A buen seguro que en este caso era algo más que deferencia lo que se requería. ¿Deberían hacer una reverencia? Decidió esperar en actitud cortés, con las manos enlazadas en la cintura.

—Soy Cetalia Delarme —se presentó la hermana con un fuerte acento tarabonés mientras miraba a Moraine de arriba abajo—. Por la descripción que me han hecho de ti, «la bonita muñequita de porcelana», debes de ser Moraine.

Moraine se puso tensa. ¿Una bonita... muñequita de porcelana? Sólo merced a un ímprobo esfuerzo fue capaz de conservar el gesto sereno y no apretar los puños. La ayudó a no hacerlo la idea de esa granja de trabajo. Sin embargo, Cetalia ya no tenía centrada su atención en ella.

—Lo cual significa que tú eres Siuan, ¿verdad? Me han contado que eres muy buena resolviendo acertijos y enigmas. ¿Qué te parece este pequeño rompecabezas? —preguntó al tiempo que le tendía una pequeña rima de páginas.

Siuan frunció el entrecejo a medida que leía, al igual que Moraine, que había vuelto la cabeza hacia los papeles que sostenía su amiga y también leía. Siuan pasaba las hojas demasiado deprisa y a Moraine no le daba tiempo a pillarlo todo, pero le daba la impresión de que sólo eran nombres de naipes que no guardaban orden alguno a su modo de ver. Al Soberano de Copas le seguía el Caballero de Vientos; al Soberano de Llamas, la Dama de Cetros; aunque también al cinco de Monedas le seguía el cuatro de Copas. ¿Un acertijo? Una estupidez, es lo que era.

—No estoy segura —dijo finalmente Siuan mientras le devolvía las hojas. Eso resolvía el asunto. Si hubiese sido un acertijo, habría encontrado la solución.

—¿No? —El monosílabo estaba cargado de decepción, pero al cabo de un momento Cetalia continuó al tiempo que ladeaba la cabeza con un gesto pensativo que hizo tintinear suavemente las cuentas de las largas trencillas—. No has dicho que no lo sabes, lo que significa que has captado algún indicio. ¿De qué no estás segura?

—Existe un juego sobre el que leí algo —respondió lentamente Siuan—. Un juego de cartas con el que se distraen las mujeres acaudaladas y que se llama Ringleras. Hay que colocar los naipes en orden descendente siguiendo una serie de pautas, pero sólo algunos palos de la baraja pueden ponerse sobre otros. Creo que alguien apuntó en esas hojas cómo jugó cada naipe. En una partida ganadora.

—¿Y eso lo sabes sólo por haber leído algo sobre el juego? —Cetalia tenía una ceja enarcada.

—La hija de un pescador no puede permitirse el lujo de jugar a las cartas —repuso secamente Siuan.

En los ojos de Cetalia asomó una expresión peligrosa, y Moraine temió que iba a caerle una penitencia.

—Apostaría a que Moraine ha jugado a Ringleras —se limitó a decir la hermana

tarabonesa, sin embargo—. No obstante, sospecho que ella habría supuesto que sólo era una lista incoherente de naipes o algo por el estilo. La mayoría pensaría eso. Pero tú, que sólo has leído algo sobre el juego, dedujiste la respuesta correcta. Acompáñame. Tengo unos cuantos acertijos más con los que quiero tantear tu capacidad.

—Todavía no he desayunado —protestó Siuan.

—Ya desayunarás después. Ven. —Obviamente, Cetalia pensaba que se le debía algo más que una mera deferencia.

Moraine siguió con la vista a Siuan, que fue de mala gana en pos de Cetalia corredor adelante, y dirigió a la espalda de esta última una mirada irritada. Ese comportamiento rayaba en la grosería. Por lo visto existían gradaciones. Bueno, también en el Palacio del Sol había matices en todo. Pero sólo tendrían que soportarlo poco tiempo. Al cabo de una semana se habrían marchado y, en lo que a ella concernía, no pensaba regresar hasta haber alcanzado el máximo de su fuerza. Excepto para informar a Tamra dónde se encontraba el niño, claro. Que fueran ellas quienes lo encontraran sería realmente maravilloso.

Las gachas del desayuno todavía se conservaban lo bastante calientes como para resultar comestibles, y Moraine se acomodó melindrosamente en un sillón mullido, delante de la mesa; pero, antes de que hubiese probado dos bocados, entró Anaiya, que era casi tan fuerte en el Poder como Cetalia, de manera que Moraine soltó la cuchara de plata y se puso de pie.

—Te diría que siguieras sentada y comieras —empezó la mujer de aspecto maternal—, pero Tamra ha enviado a una novicia a buscarte. Le dije a la pequeña que yo te comunicaría el mensaje porque quería ofrecerte la Curación. En ocasiones puede ayudar con la presión de los Juramentos.

Moraine enrojeció. Todas sabían lo incómoda que se sentía ahora, por supuesto. ¡Luz!

—Gracias —dijo después, tanto por la Curación (pues, aunque la presión no menguó un ápice, sí resultaba más «cómoda» de soportar) como por la pista. Si no tenía que ponerse de pie en presencia de Anaiya, seguramente tampoco tenía que obedecerla. A menos que Anaiya sólo estuviera mostrándose cortés, desde luego. Faltó poco para que Moraine suspirara. Era preciso observar más a fondo para llegar a cualquier conclusión.

Salió del sector Azul con el chal ceñido firmemente sobre los hombros —no estaba dispuesta a salir sin él todavía; para empezar, protegía del frío— y se preguntó qué querría Tamra de ella. Sólo se le ocurría una posibilidad. Ahora que Siuan y ella eran hermanas de hecho, quizá Tamra se proponía incluirlas entre las rastreadoras. Después de todo, ya lo sabían. Ninguna otra cosa tenía sentido. Aceleró el paso empujada por el anhelo.

—Pero no quiero un trabajo —protestó Siuan mientras el estómago volvía a sonarle por el hambre. Se sentía exprimida después de pasar horas en los aposentos de Cetalia, tan llenos de libros y cajas de papeles amontonadas que parecían los de una Marrón. Y, por lo visto, esa mujer no había oído hablar nunca de una silla de asiento mullido. ¡Las suyas eran duras como piedras!

—No seas ridícula —dijo displicentemente la hermana de cabello gris al tiempo que cruzaba las piernas. Echó con aire despreocupado las últimas páginas que había entregado a Siuan sobre un escritorio que ya estaba repleto—. No lo hiciste muy mal para ser principiante. Te necesito y no hay más que hablar. Te espero aquí mañana por la mañana, con el Segundo Albor. Ahora, ve a comer algo. Ya eres una Aes Sedai y no puedes andar por ahí sonando como una cañería que pierde agua.

No tenía sentido protestar otra vez. La maldita mujer había dejado claro que, a su modo de ver, dos protestas seguidas se acercaban peligrosamente a la grosería. ¡Maldita, maldita mujer! No dejó que la rabia se reflejara en su semblante, una lección aprendida mucho antes de llegar a Tar Valon. En los muelles de pescadores demostrar ira o miedo podía ocasionar problemas. O, a veces, llevaba a acabar con un cuchillo clavado en la espalda.

—Como ordenes, Cetalia —murmuró, con lo que se ganó otro gesto de enarcar una ceja, y se las arregló por los pelos para no salir con aire ofendido de los aposentos de la mujer. Ya en el pasillo, sí caminó de ese modo; ¡y que el Oscuro se llevara a cualquiera que no le

gustara!

¡Así la asparan por ser tan necia de dejarse engatusar por esa mujer! Moraine le había aconsejado actuar con precaución y, en cambio, había intentado borrar de un plumazo la duda de la maldita voz de la maldita Cetalia pensando como Moraine.

Unas manos incompetentes a la caña del timón hacían dar bandazos a la barca, cuando no la hacían volcar. Su incompetente manejo del timón significaba que no saldría de la Torre en mucho tiempo. No tanto como años. Sólo hasta que fuera lo bastante fuerte para decirle a Cetalia lo que podía hacer con su trabajo. Al menos esa mujer no le había echado las zarpas a Moraine. Con su mente, habría resultado una asistenta maravillosa para Cetalia.

A pesar de estar hambrienta prefirió ir a buscar a Moraine antes de comer; quería avisarle que tendría que realizar la búsqueda sola. Ver a Moraine siempre la hacía sonreír. Cetalia se había equivocado en una cosa. No era una bonita muñequita de porcelana: era una bellísima muñequita de porcelana. Al menos exteriormente. Por dentro, que era lo que contaba, era otro cantar. La primera vez que la había visto, Siuan estuvo segura de que la muchacha cairhienina se quebraría como una delicada caracola tubular en cuestión de días. Pero Moraine había resultado ser tan dura como ella misma, si no más. Por muy a menudo que cayera, volvía a ponerse de pie al instante. Moraine desconocía el significado de «renunciar». Y por eso fue una sorpresa encontrarla hundida en una silla en su sala de estar, con el chal echado sobre el respaldo y una expresión malhumorada en el rostro. Sobre una bandeja había una tetera vitrificada en color verde que soltaba olor a té caliente, pero las tazas blancas no se habían utilizado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Siuan—. No te habrás ganado ya una penitencia, ¿verdad?

—Peor aún —respondió desconsoladamente Moraine. Por regla general, a Siuan su voz le recordaba unas campanillas de plata, aunque Moraine detestaba oírselo decir—. Tamra me ha puesto a cargo de la distribución de la recompensa.

—¡Rayos y centellas! —Siuan paladeó la maldición. Ahora no habría varazos por hablar como siempre había hecho. Había oído decir cosas a algunas Aes Sedai que habrían hecho enrojecer a un estibador. Aun así, le pareció percibir un regusto a jabón en la lengua—. ¿Es que sospecha algo? ¿Intenta asegurarse de que no interfieras? —Quizás era por eso por lo que Cetalia la había atado corto a ella. No. Es que había resuelto condenadamente bien las pruebas, ¡necia de ella!

—Creo que no, Siuan. Me enseñaron a dirigir una propiedad, aunque sólo lo hice durante unos cuantos meses antes de venir a la Torre. Dijo que eso me daba todos los conocimientos necesarios para realizar la tarea. —Torció la boca en un gesto de fastidio—. Según ella, «andaba holgazaneando, sin hacer nada» y sospecho que decidió dar un trabajo oneroso a una Azul para, de algún modo, ser justa. ¿Y qué te ha pasado a ti? ¿Qué tipo de acertijos quería Cetalia que vieras?

—Un montón de informes antiguos —rezongó Siuan mientras se sentaba en una de las mullidas sillas. ¡Ojalá no se sintiera como si tuviera la piel tres veces más pequeña que lo que correspondía a su tamaño! Sin pedir permiso, se sirvió té en una taza. Entre ellas nunca se pedían permiso para cosas así—. Quería que discurriera lo que había ocurrido hace cuarenta o cincuenta años en Tarabon, Saldaea y Altara. —Tan pronto como las palabras salieron de su boca deseó tapársela con la mano, pero ya era muy tarde para eso.

Moraine se sentó erguida, muy interesada de repente.

—Cetalia dirige a los informadores del Ajah Azul. —No era una pregunta. Típico de ella llegar directamente al meollo del asunto.

—Ni siquiera susurres tal cosa. La maldita mujer me pondrá a hervir como un pez clavo si se entera de que me he ido de la lengua. En cualquier caso lo hará, seguramente, pero no quiero darle motivos antes de que llegue a sus oídos. —Sí que lo haría, si lo ocurrido ese día servía de guía—. Mira, entregar la recompensa no puede durar más que unos pocos meses. Después podrás marcharte. Infórmame hacia dónde te diriges, y si me entero de algo intentaré hacértelo saber. —El Ajah Azul tenía una extensa red de informadores, igualmente útil para

llevar mensajes al exterior como para enviarlos a la Torre.

—Ignoro si puedo permitirme el lujo de retrasar la búsqueda unos pocos meses —comentó Moraine en voz queda, gachos los ojos, algo impropio de ella—. Yo... Tengo un secreto que no te he contado, Siuan. —Pero ¡si nunca había secretos entre ellas!—. Mucho me temo que la Antecámara se propone sentarme en el Trono del Sol.

Siuan parpadeó. ¿Moraine en un trono?

—Serías una reina maravillosa. Y no saques a relucir a esas soberanas Aes Sedai que acabaron mal, porque eso ocurrió hace mucho tiempo. En la actualidad hay muy pocos dirigentes que no tengan de consejera a una hermana. ¿Quién ha dicho algo en contra salvo los Capas Blancas?

—Hay mucho trecho de consejera a reina, Siuan. —Moraine se sentó erguida de nuevo y se arregló los pliegues de la falda; su voz adquirió ese tono de irritada paciencia que utilizaba para explicar las cosas—. Obviamente, la Antecámara piensa que podría ocupar el trono sin que la turba saliera a las calles, pero no quiero correr el riesgo de que se equivoquen. Cairhien ha padecido más que suficiente estos últimos dos años para que además pase algo así. Aun cuando no se equivoquen, nadie ha gobernado Cairhien durante mucho tiempo sin estar dispuesto a rebajarse al secuestro, al asesinato y a cosas peores. Mi bisabuela, Carewin, gobernó más de cincuenta años y la Torre la tiene catalogada como una dirigente con éxito porque Cairhien prosperó y no se enzarzó en muchas guerras durante su mandato, pero su nombre se sigue utilizando hoy en día para asustar a los niños. Mejor ser olvidada que ser recordaba como Carewin Damodred; pero, aun con el respaldo de la Torre, como mínimo tendría que intentar igualar sus éxitos si la Antecámara se sale con la suya. —De repente, los hombros se le encorvaron y en sus ojos surgió el brillo de unas lágrimas contenidas—. ¿Qué puedo hacer, Siuan? Estoy atrapada como un zorro en un cepo y ni siquiera puedo arrancarme el pie de un mordisco para escapar.

Siuan dejó la taza en la bandeja, se arrodilló junto a Moraine y puso las manos en los hombros de su amiga.

—Encontraremos una salida —dijo con un tono de seguridad que no sentía—. La encontraremos. —Le sorprendió un poco que el Primer Juramento le permitiera decir esas palabras. No se le pasaba por la imaginación ninguna salida posible para ninguna de las dos.

—Si tú lo dices, Siuan. —La voz de Moraine dejaba claro que tampoco ella lo creía posible—. Cuando menos, hay algo a lo que sí puedo poner remedio. ¿Puedo ofrecerte la Curación?

Siuan la habría besado. De hecho, fue lo que hizo.

Todavía quedaba bastante nieve cerca de las montañas que se alzaban delante de Lan, y el rastro dejado por un gran contingente de hombres, ostensible bajo la luz del sol de la tarde, se dirigía directamente a través de las colinas hacia las cumbres ocultas por las nubes y cuya altura aumentaba progresivamente cuanto más lejanas en el horizonte se encontraban. Lan miró por el visor de lentes pero no distinguió ningún movimiento más adelante. Los Aiel debían de haber entrado ya en las montañas. *Gato Danzarín* pateó impacientemente con un casco.

—¿Son ésos los picos de la Columna Vertebral del Mundo? —preguntó Rakim con su voz rasposa—. Impresionantes, pero no sé por qué imaginaba que eran más altos.

—Eso es el macizo llamado la Daga del Verdugo de la Humanidad —aclaró entre risas un avezado viajero arafelino—. Considéralo como las estribaciones de la Columna y no andarás desencaminado.

—¿Por qué nos quedamos parados aquí? —demandó Caniedrin en voz bastante baja para que no le llamaran la atención por ello, pero sí lo bastante alta para que Lan lo oyera. A Caniedrin le gustaba presionar hasta rozar el límite en cuanto tenía ocasión.

Bukama le ahorró contestarle.

—Sólo a los majaderos se les ocurriría luchar contra los Aiel en las montañas —dijo en voz alta el curtido guerrero. Se volvió en la silla hacia Lan y bajó el tono hasta hacerlo casi un

susurro a la par que las arrugas del permanente ceño se acentuaban—. Quiera la Luz que Pedron Niall no elija pintarse la cara en este momento.

Niall, capitán general de los Hijos de la Luz, comandaba el ejército ese día.

—No lo hará —respondió simplemente Lan.

Sólo un puñado de hombres sabía tanto de la guerra como Niall. Lo que significaba que había muchas probabilidades de que esta guerra en particular finalizara ese mismo día. Se preguntó si se la denominaría una victoria. Guardó el visor de lentes en la funda que tenía en la silla y desvió la mirada hacia el norte. Sentía el tirón, como le ocurre a la viruta de hierro con el imán. Era una sensación casi dolorosa después de tanto tiempo. Algunas guerras no podían ganarse, pero aun así había que combatirlas. Bukama, que lo observaba, meneó la cabeza.

—Y sólo un necio salta directamente de una guerra a otra. —No se molestó en hablar bajo, y varios domani que Lan tenía a la vista le lanzaron una mirada extrañada; obviamente, se preguntaban a qué se referiría Bukama. Ningún habitante de las Tierras Fronterizas se lo habría preguntado. Sabían quién era él.

—Un mes o dos me bastarán para descansar, Bukama. —Ese plazo sería el tiempo que tardaría en regresar a casa. Con suerte, sólo un mes.

—Un año, Lan. Sólo un año. ¡Oh!, está bien. Ocho meses. —Bukama dijo aquello como si hiciera una gran concesión. ¿Acaso estaba cansado? Siempre había parecido estar hecho de hierro, pero ya no era joven.

—Cuatro meses —contemporizó Lan. Si había podido aguantar dos años, bien podía aguantar otros cuatro meses. Y si para entonces Bukama seguía sintiéndose cansado... Ése sería un precipicio que cruzaría cuando llegara a él.

Resultó que Niall eligió no ser un necio, lo que estaba muy bien, dado que más de la mitad del ejército ya se había marchado con la creencia de que la victoria se había alcanzado días atrás, si no cuando los Aiel iniciaron la retirada. Y la llamaban una gran victoria. Al menos lo hacían quienes no habían participado en ella, los parásitos y los mirones, y los historiadores ya escribían sobre la batalla como si lo supieran todo. Por Lan podían hacer lo que quisieran. Su mente se hallaba a doscientas leguas al norte.

Tras las despedidas, y esquivando completamente Tar Valon, Bukama y él giraron hacia el sur, en dirección a tierras más templadas. Tar Valon era una ciudad extraordinaria y maravillosa a decir de todos, pero en ella había demasiadas Aes Sedai para sentirse a gusto. Bukama charlaba animadamente de lo que quizá verían, en Andor y tal vez en Tear. Habían estado en ambas naciones, pero luchando contra los Aiel, y ni siquiera habían visto la legendaria Ciudadela de Tear o ninguna de las grandes ciudades. Lan permanecía callado a menos que Bukama se dirigiera a él. Sentía la atracción de su tierra con intensidad. Su único anhelo era regresar a La Llaga. Y no tener ningún encuentro con Aes Sedai.

Librodot

13



Asuntos en la ciudad

Podrían haber hecho que les subieran comida a sus aposentos, pero después de que Moraine utilizó la Curación con Siuan, bajaron al primer turno del comedor. Ninguna de las dos quería perderse su primera comida como Aes Sedai en el comedor principal de las hermanas, donde las Aceptadas sólo entraban invitadas en muy contadas ocasiones, y las novicias únicamente para servir las mesas. Era una estancia amplia, de techo alto, decorada con tapices de invierno de vivos colores en las blancas paredes y una ancha cornisa que brillaba por la capa de pan de oro que la cubría. En las mesas cuadradas, de esbeltas patas elegantemente talladas, había espacio sólo para cuatro y la mayoría estaban bastantes separadas para mantener una conversación en privado, aunque ese día había algunas colocadas juntas para que se acomodaran grupos más grandes. Las únicas que llevaban puesto el chal eran ellas dos, y atrajeron las miradas de las otras hermanas, por no mencionar sus sonrisillas divertidas. Moraine sintió que las mejillas se le encendían, pero haría falta algo más que unas sonrisas para que renunciara a ponerse el chal cada vez que saliera de sus aposentos. Más incluso que unas risas. Había trabajado muy duro para conseguirlo. Siuan caminaba sobre las baldosas con dibujos de los colores de todos los Ajahs con una gracia regia a la par que se ajustaba el chal en los brazos con aire indiferente pero como si quisiera llamar la atención sobre él. Siuan no solía ser nada tímida.

Allí no había bancos, sino sillas de respaldo bajo, tallado a juego con las patas de las mesas, y mientras que en el comedor de las Aceptadas se comía lo que quiera que se hubiera preparado en la cocina, allí una joven sirvienta, con la Llama de Tar Valon bordada en la pechera, tras hacer una reverencia enumeraba los platos que la cocina tenía para ofrecer con el sonsonete de quien ha repetido esa lista muchas veces. Mientras que las Aceptadas utilizaban una pesada vajilla de barro vidriado con un tosco barniz y tenían que servirse y quitar los platos, allí la misma sirvienta les traía la comida en una bandeja de plata repujada, en platos de delicada porcelana tarabonesa orlados con la Llama de Tar Valon. La porcelana de Tarabon no podía compararse con la que procedía de los Atha'an Miere, pero distaba mucho de ser barata.

Siuan protestó porque el pescado estaba demasiado condimentado, pero sólo dejó las raspas y miró alrededor como si pensara pedir más. Moraine pidió un sustancioso guiso de vegetales y ternera, pero no tenía mucho apetito y al final acabó tomando únicamente un trozo de pan moreno acompañado por una taza de té. Tenía que escapar, pero no había salida. Desentenderse de una tarea encomendada por la Sede Amyrlin era inconcebible. A lo mejor la Antecámara decidía que el plan era inasequible. Nadie había vuelto a abordarla con el tema desde que Tsutama le había preguntado si había pensado ser reina de Cairhien. Quizá tomaran esa decisión. Parecía una pequeña esperanza, pero era lo único que tenía.

Tan pronto como regresaron al sector del Ajah Azul, Eadyth las mandó llamar a sus aposentos de nuevo y sin ceremonias les entregó a cada una de ellas una carta de valores por un valor de mil coronas de oro.

—Recibiréis la misma cantidad de la Torre cada año en esta fecha —dijo— o, si no

estáis aquí, se depositará en donde determinéis. —El desagrado demostrado en su explicación anterior había desaparecido por completo. Ahora exhibía una serena sonrisa; serena y complacida por contar con dos nuevas Azules—. Gastadlo con buen juicio. Podréis conseguir más si es necesario, pero si pedís demasiado a menudo tendréis que responder preguntas a la Antecámara. Creedme, ser interrogada por la Antecámara no es una experiencia agradable. Nunca.

Al leer la cantidad Siuan abrió mucho los ojos y, aunque pareciera imposible, los abrió más aún al oír que se podía conseguir más. Pocos mercaderes ganaban más oro en un año, y muchos nobles menores se las arreglaban con una cifra muy inferior, pero la Torre no podía permitir que se viera a las hermanas en la pobreza. En el Palacio del Sol Moraine había aprendido que el poder aumentaba a menudo cuando otros pensaban que uno ya tenía poder, y esa idea podía relacionarse con una imagen de opulencia.

Aunque Moraine tenía banquero y se ofreció a presentárselo, Siuan depositó la carta de valores en manos de la Torre. Su padre no había ganado mil coronas en toda su vida, y ella no estaba dispuesta a poner en riesgo esa suma de ningún modo. Nada de lo que dijo Moraine la convenció. Lo único que le interesaba era la seguridad y, por lo visto, un banco lo bastante antiguo para prestar dinero a Artur Hawkwing no podía competir en ese aspecto con el primer banco fundado tras el Desmembramiento.

A media tarde, luciendo orgullosamente el chal de flecos azules, Moraine alquiló una silla de manos en la gran plaza que había delante de la Torre, donde se arremolinaba una muchedumbre de desocupados y buhoneros, volatineros y malabaristas, músicos y vendedores de puestos callejeros que despachaban pasteles de carne y castañas asadas, todos a buena distancia de la inmensa estructura. Pocas personas se acercaban a más de un centenar de pasos a no ser que tuvieran asuntos que tratar en la Torre o que quisieran presentar una petición. Los dos porteadores, unos tipos fornidos vestidos con chaqueta de color marrón oscuro y el largo cabello pulcramente recogido en la nuca, la transportaron con ligereza por las calles mientras el que iba delante gritaba: «¡Dejad paso a una Aes Sedai! ¡Dejad paso a una Aes Sedai!».

Sus voces no parecían impresionar a nadie y quizá no le creían. A pesar de llevar retiradas las gruesas cortinillas, los flecos del chal no se habrían visto a menos que dejara colgar los brazos por el borde de las ventanillas en una postura poco elegante. Nadie se apartaba más deprisa de lo que lo hacía por los gritos de los carreteros y a menudo incluso más despacio, ya que los carreteros llevaban largos látigos y no eran reacios a la hora de utilizarlos. Aun así, enseguida llegaron a lo que parecía un pequeño palacio situado en un ancho bulevar con altos árboles deshojados en la parte central, y los porteadores retiraron las varas para que Moraine pudiera abrir la puerta. El edificio era de estilo sureño, con una alta cúpula blanca y esbeltas torres en las cuatro esquinas, así como una ancha escalinata de mármol que conducía a un amplio pórtico con columnas; pero, a pesar de todo, el conjunto tenía un cierto aire de circunspección. Las tallas de piedra y los frisos de parras y hojas estaban bien ejecutados, pero eran sencillos y sin resultar recargados. Nadie dejaría su dinero en un banco con pocos fondos, pero tampoco lo confiaría a uno que despilfarrara en sí mismo.

Un portero que lucía dos galones rojos en las mangas de la oscura chaqueta le hizo una reverencia y la acompañó a través de las puertas, tras lo cual la dejó a cargo de un lacayo con chaqueta lisa, un joven guapo, aunque demasiado alto que la condujo con aire serio hasta el despacho de la señora Dormaile, una mujer menuda y canosa, una mano más baja que Moraine. El padre de Moraine había guardado su dinero en el banco del hermano mayor de Ilain Dormaile, el cual llevaba todavía sus propias cuentas en Cairhien, lo que inclinó su decisión a la hora de elegir banco cuando llegó a Tar Valon.

Al verla con el chal, una leve sonrisa asomó al rostro usualmente solemne de la señora Dormaile, que extendió la falda oscura con bandas rojas en una reverencia precisa, ni demasiado breve ni en exceso profunda. Claro que le había hecho la misma reverencia incluso cuando había ido allí con el vestido de Aceptada. Después de todo, sabía la cantidad que había depositado Moraine en el banco nada más llegar a la ciudad, y las sumas que habían llegado procedentes de sus heredades a lo largo de los años.

Librodot

—¿Puedo daros la enhorabuena, Moraine Sedai? —dijo afectuosamente mientras escoltaba a Moraine hasta un sillón mullido con el alto respaldo tallado—. ¿Os apetece vino con especias o un té? ¿Quizás unos pastelillos de miel o semillas de amapola?

—Un poco de vino, gracias —contestó Moraine con una sonrisa—. Con eso bastará. —Moraine Sedai. Era la primera vez que alguien la llamaba así y le gustaba cómo sonaba.

Una vez que la mujer hubo pasado el encargo al lacayo, tomó asiento delante de Moraine sin pedir permiso. No se le exigía al propio banquero que permaneciera de pie ceremoniosamente.

—Presumo que habéis venido a depositar vuestro estipendio. —Claro, un banquero tenía que saber eso—. Si queréis más información de lo ocurrido, me temo que puse todo lo que sabía en la carta que os envié, y no he tenido ninguna otra noticia.

A Moraine el gesto sonriente se le quedó petrificado un momento. Recobró el dominio de sí misma con esfuerzo, y al hablar lo hizo en un tono despreocupado.

—Pongamos que me lo contáis todo otra vez. Quizá podría separar la paja del grano si me refrescáis la memoria.

La señora Dormaile ladeó ligeramente la cabeza.

—Como gustéis. Hace nueve días se presentó un hombre, un cairhienino con el uniforme de capitán de la guardia de la Torre y que dijo llamarse Ries Gorthanes. Hablaba con acento culto, un hombre educado, puede que incluso de la nobleza, y era alto, sus buenas tres manos más alto que yo, ancho de hombros, con porte militar. Iba afeitado, naturalmente, y su cara estaba bien proporcionada, atractiva a pesar de la cicatriz de unos tres centímetros de largo, aquí. —Se dibujó una línea con el dedo desde el rabillo del ojo izquierdo hacia la oreja.

Ni el nombre ni la descripción estimularon la memoria de Moraine, aunque tampoco habría dicho nada en caso contrario. Con un leve ademán indicó a la mujer que siguiera.

—Presentó una orden, supuestamente firmada por la Sede Amyrlin, dándome instrucciones de que le facilitara los datos de vuestras finanzas. Por desgracia para él, conozco bien la firma de Tamra Ospenya, y la Torre Blanca sabe que nunca revelaría los asuntos de mis clientes en ningún sentido. Hice que varios lacayos lo redujeran y lo encerraran en una cámara fuerte vacía y después mandé llamar a la Guardia Real. Lamento no haber aprovechado la oportunidad de sacarle el nombre de su señor o su señora; pero, como sabéis, la Torre Blanca no ve con buenos ojos eso.

El lacayo regresó con una jarra de plata ornamentada y dos copas, también de plata, en una bandeja. La banquera guardó silencio hasta que el joven hubo salido.

—Escapó antes de que los guardias llegaran —prosiguió mientras servía el oscuro vino, que soltaba un dulce aroma a especias—. Un asunto de soborno. —Un gesto de desagrado torció los labios de la mujer un instante antes de ofrecer a Moraine la copa con una ligera reverencia—. Hice azotar al joven implicado y apuesto a que todavía lo nota cuando se sienta. Después lo contraté como chico de sentina en un barco que transportaba cerecillas a Tear, donde lo dejarán en tierra sin un cobre, a menos que persuada a la capitana para que lo deje seguir en el barco. Me aseguré de que pasara eso convenciéndola de que me diera por adelantado el sueldo del chico. Es un joven guapo. Quizá la convenza. Creo que ella lo tenía en mente cuando me entregó las monedas.

Con la mirada fija en la de la otra mujer por encima del borde de la copa, Moraine enarcó una ceja con gesto interrogante. Se sentía muy orgullosa por su aparente serenidad, tanta como la que había exhibido en cualquier momento durante la prueba.

—El falso capitán de la guardia quebrantó la ley de la Torre, Moraine Sedai —respondió con tono flemático la señora Dormaile a la pregunta implícita en el gesto de Moraine—, y se me requirió que lo entregara a la justicia de la Torre, pero los asuntos internos prefiero que sigan siendo internos. Os cuento esto sólo porque estabais involucrada, ¿lo entendéis?

Moraine asintió con la cabeza. Por supuesto. Ningún banco podía permitirse que se supiera que sus empleados aceptaban sobornos. Sospechaba que el joven había salido tan bien parado porque era el hijo o el sobrino de alguien, o de otro modo podría haber flotado río

Librodot

abajo sin ir en barco. Los banqueros eran gente dura.

La señora Dormaile no le preguntó qué sabía o qué opinaba de aquello. No era asunto de ella. Su rostro ni siquiera denotó curiosidad. Esa discreción era una de las razones por las que Moraine sólo había dispuesto de pequeñas cantidades de dinero en la Torre. Como novicia, sin tener acceso a la ciudad, no le había hecho falta, pero su propio sentido de lo privado la hizo continuar con ese proceder siendo Aceptada. La ley de la Torre requería una representación igual de todos los Ajahs en el banco de la Torre, y ahora que llevaba el chal no quería que sus asuntos fueran del conocimiento de otras Azules, y menos aún los otros Ajahs, sobre todo después de lo que acababa de enterarse.

La única razón por la que la Torre podía haber retenido la carta de la señora Dormaile era que la Antecámara confiaba en que creyera que había renunciado a ponerla en el Trono del Sol. Pero habían hecho los primeros movimientos o, más bien, algo más que los primeros, ya que habían actuado con tanto cuidado como el ladrón que intenta arramblar con la bolsa bien protegida de una dama. Lo suficiente para que cualquiera dedujera su propósito. Ninguna otra cosa explicaba que un cairhienino intentara descubrir cómo gastaba el dinero y en quién lo gastaba. Oh, Luz, iban a hacerlo antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba, a menos que encontrara una salida.

Ni que decir tiene que no dejó que nada de eso se reflejara en su rostro y se limitó a sorber el vino y disfrutar de la dulce calidez que se le deslizaba por la garganta, en todo momento aparentemente serena.

—A mi modo de ver habéis actuado muy bien, señora Dormaile, en detrimento de vuestra casa. Transferid, por favor, una recompensa adecuada desde mi cuenta a la vuestra.

Como era debido, la banquera puso objeciones dos veces al tiempo que inclinaba la cabeza antes de aceptarlo con una actitud renuente que Moraine apenas advirtió. ¡Luz, tenía que encontrar una salida!

Empezó a hacer planes. No para escapar, sino para estar preparada. Firmó la carta de valores y antes de marcharse dio ciertas instrucciones ante las que la señora Dormaile ni siquiera denotó un atisbo de sorpresa. Tal vez se debía a que también era cairhienina y por ende estaba acostumbrada al *Da'es Daemar* o sencillamente porque todos los banqueros eran circunspectos. Quizá tenía de clientes a otras Aes Sedai. En tal caso, Moraine se enteraría sólo si las hermanas se lo decían. La tumba no era tan discreta como Ilain Dormaile.

Ya de vuelta en la Torre hizo averiguaciones hasta decidirse por una modista. Cinco Azules como mínimo dijeron que Tamore Alkohima era la mejor de Tar Valon, e incluso las que hablaron de otras admitieron que Tamore era muy buena, así que a la tarde siguiente Siuan y ella alquilaron sillas de manos hasta la tienda de la señora Alkohima; Siuan protestó por el precio del transporte. Por la Luz bendita. Sólo era un céntimo de plata. No había sido fácil convencer a Siuan de que fuera con ella. ¿Cómo podía pensar esa mujer que cuatro vestidos eran suficientes? Iba a tener que aprender a no ser tan agarrada.

El establecimiento de la señora Alkohima, con las paredes llenas de altas estanterías en las que había piezas de seda y fino paño en cualquier tonalidad imaginable, era una de varias tiendas grandes que ocupaban el piso inferior de un edificio que parecía estar todo él hecho de curvas. Encajaba a la perfección con Tamore. De tez clara para ser domani, habría hecho que Gitara casi pareciera un chico en comparación. Cuando se acercó a recibirlas —el chal de flecos aseguraba un recibimiento personal— en lugar de caminar dio la impresión de que flotaba grácilmente entre maniquíes con vestidos a medio acabar y estanterías más pequeñas, llenas de puntillas y cintas. Sus seis ayudantes hicieron una profunda reverencia; todas eran jóvenes bonitas, vestidas con ropas exquisitamente confeccionadas al estilo de su país de origen, todas diferentes. La modista no hizo reverencia alguna. Conocía su sitio en el mundo. El vestido de un tono verde pálido, elegante y sencillo al mismo tiempo, ponía de manifiesto su talento, aunque se ajustaba de una manera alarmante moldeando su figura de un modo que no dejaba dudas de lo que había exactamente debajo de la seda.

La lánguida sonrisa de Tamore se amplió al oír su pedido, y con razón. Pocas de sus dientas encargarían un ropero entero en una sola visita. Al menos, la sonrisa creció para

Librodot

Moraine. A fuerza de insistir, Siuan había accedido a encargar seis vestidos para tener uno para cada día de la semana con los que tenía ya, pero los quería en paño. Moraine encargó veinte, la mitad con falda pantalón para cabalgar y todos de la mejor seda. Podría haberse arreglado con menos, pero quizá la Antecámara lo comprobaría. Un pedido de veinte vestidos les haría pensar que se quedaría en Tar Valon.

Siuan y ella se encontraron enseguida en la trastienda, donde Tamore observó mientras cuatro de sus ayudantes las desvestían completamente y les tomaban medidas haciéndolas girar a uno y otro lado para que la modista viera con qué tenía que trabajar. En casi cualquier otra circunstancia, aquello habría abochornado a Moraine terriblemente, pero esto era para una modista, lo cual marcaba una gran diferencia. Entonces llegó el momento de sacar telas, de elegir. Tamore sabía lo que significaban los flecos de los chales, de modo que los tonos azules predominaron.

—Quiero vestidos decentes, ¡ojo! —dijo Siuan—. Cuellos altos y nada demasiado ajustado. —Eso último lo dijo dirigiendo una mirada harto significativa al atuendo de Tamore. Moraine casi gimió. ¡Quisiera la Luz que Siuan no tuviera intención de seguir con esa actitud!

—Esto me parece demasiado claro para mí —murmuró Moraine cuando una chica alta y rubia, con un vestido verde de profundo escote cuadrado que dejaba a la vista gran parte de la acanaladura de los senos, le sobrepuso una tela de seda azul cielo—. Estaba pensando en los estilos cairhieninos, sin los colores de la casa ni los bordados —sugirió. Nunca podría llevar los colores de los Damodred dentro de la Torre.

—Corte cairhienino, por supuesto —dijo Tamore mientras se daba golpecitos con el pulgar en el carnoso labio inferior con aire pensativo—. Eso os encajaría muy bien. Pero ese tono os queda precioso con vuestra tez blanca. La mitad de vuestros vestidos deben ser de color claro y la mitad bordados. Lo vuestro es la elegancia, no la sencillez.

—¿Quizá sólo una cuarta parte de cada? —¿Que el corte cairhienino le encajaba bien? ¿Acaso insinuaba que no le quedaría bien un vestido domani? Tampoco es que pensara ponérselo. ¡El de Tamore era indecente! Pero estaba el principio que implicaba el comentario.

—No. —La modista meneó la cabeza—. Al menos un tercio en colores claros —dijo firmemente—. Como mínimo. Y la mitad, bordados. —Frunció ligeramente el entrecejo y volvió a frotarse el labio inferior con el pulgar.

—Un tercio y la mitad —accedió Moraine antes de que la mujer aumentara el porcentaje, como parecía estar tomando en consideración. Con una buena modista siempre había que negociar. Podría soportar un poco de bordado.

—¿No tenéis nada más barato, señora Alkohima? —inquirió Siuan a la par que miraba ceñuda la pieza de fino paño azul que tenía sobrepuesto. ¡Luz, eso quería decir que había preguntado los precios! No era de extrañar que las chicas que estaban con ella parecieran escandalizadas.

—¿Queréis disculparme un momento, Tamore? —pidió Moraine.

Y, cuando la modista asintió con la cabeza, entregó la pieza de seda a la chica andoreña y condujo apresuradamente a Siuan hacia un lado de la tienda para hacer un aparte con ella.

—Escúchame, Siuan, y no discutas porque no podemos dejar a Tamore esperando mucho tiempo —susurró—. No preguntes precios. Ya nos dirá el coste después de que hayamos hecho la selección. Nada de lo que se compre aquí será barato, pero los vestidos que te confeccione Tamore te harán parecer Aes Sedai tanto como el mismo chal. Y llámala Tamore, no «señora Alkohima». Debes guardar las normas sociales o creerá que te burlas de ella. Intenta pensar en ella como una hermana que está un poco por encima de ti. Es preciso un leve toque de deferencia. Sólo un leve toque, aunque por mucho que pregunte, será ella la que te diga lo que te pondrás.

Siuan lanzó una mirada ceñuda por encima del hombro a la mujer domani. ¡Luz, ceñuda!

—¿Y el puñetero zapatero nos dirá el tipo de escarpines que hemos de comprar y nos cobrará un precio con el que podríamos comprar cincuenta juegos de redes nuevas?

—No —contestó Moraine, impaciente. Tamore sólo enarcaba una ceja, pero la

expresión del rostro era tormentosa. El significado de aquella ceja levantada era tan claro como el cristal más fino. Ya habían hecho esperar demasiado a la modista y eso les costaría un precio. ¡Y la mirada ceñuda! Se apresuró a continuar en un susurro—. El zapatero hará lo que queramos y discutiremos el precio con él, pero sin presionar demasiado si queremos que realice un buen trabajo. Y lo mismo ocurrirá con el confeccionista de guantes, con la de medias, con la de ropa interior y con todos los demás. Y alégrate de que no necesitemos una peluquera. Las mejores son verdaderas tiranas, casi tanto como los perfumeros.

Siuan soltó una fuerte risa, como si Moraine estuviera bromeando; pero, si alguna vez se ponía en manos de una peluquera, ya aprendería que no sabría cómo acabaría peinada hasta que la peluquera hubiera terminado y le permitiera mirarse en un espejo. Al menos, así funcionaba en Cairhien.

Una vez hecha la selección de colores y de los dibujos de los bordados —incluso en eso era necesaria la negociación, como también qué vestidos irían o no bordados— tuvieron que quedarse hasta que el primer vestido se hubo cortado y se les probó sujeto con alfileres, tarea que Tamore, tomándolos de un alfiletero que llevaba en la muñeca, realizó con destreza. Moraine descubrió enseguida cuál sería el precio por hacer esperar a la mujer. El color del vestido que le probó era un azul más claro que el azul cielo, casi un blancoazulado, y por el modo en que probó el de paño azul oscuro a Siuan, iba a ser tan ajustado en el pecho y en las caderas como el que llevaba la modista. Tal vez más. Aunque no lo había hecho, Tamore podría haberlas pinchado «accidentalmente» una docena de veces y exigir una prueba con alfileres para cada vestido, pero Moraine estaba segura de que los primeros vestidos que tendría listos serían los de tonos más claros.

Los precios que mencionó Tamore después de que les quitaron las prendas sujetas con alfileres y las pusieron en maniquíes hicieron que a Siuan casi se le salieran los ojos de las órbitas, pero al menos no hizo comentarios. Acabaría aprendiendo, sí. En una ciudad como Tar Valon, pagar una corona de oro por un vestido de paño y diez por uno de seda eran precios razonables para una modista de la calidad de Tamore. Con todo, Moraine dijo que habría una generosa propina por acabar rápidamente la confección. De otro modo, podría ocurrir que no viesen ni un vestido terminado en meses.

Antes de marcharse, Moraine le dijo a Tamore que había decidido encargar otros cinco trajes de montar en el más estricto estilo cairhienino, lo que significa en color oscuro —aunque no lo expresó de ese modo—, todos con seis cuchilladas en rojo, verde y blanco en la pechera, en horizontal, muchas menos franjas de las que le correspondían por derecho. La expresión de la domani no cambió ante esa evidencia de que era un miembro de escasa importancia en una casa noble. Coser para una Aes Sedai igualaba en importancia a hacerlo para la cabeza de una casa, o quizás incluso para una dirigente.

—Me gustaría que fueran los últimos en confeccionarse, si hacéis el favor —le dijo Moraine—. Y no los enviéis. Alguien vendrá a recogerlos.

—Os puedo prometer que serán los últimos, Aes Sedai.

¡Oh, sí!; los primeros vestidos iban a ser de color claro. Pero la segunda parte de su plan se había cumplido. De momento, estaba todo lo preparada que podía estarlo.

14



Cambios

No tardó en confirmarse que tenían razón las hermanas que habían dicho que había tanto que aprender después de recibir el chal como antes. Moraine y Siuan habían aprendido las complejidades de las costumbres de la Torre Blanca durante la etapa de Aceptadas, sobre todo cuáles existían desde hacía tanto tiempo que tenían categoría de ley y castigos por quebrantarlas. Ahora Rafela y otras se pasaban horas instruyéndolas en la larga lista de costumbres del Ajah Azul, acrecidas a lo largo de más de tres mil años. De hecho, Siuan había retenido la mayor parte de lo que Rafela les había dicho durante la primera conversación en el sector Azul, y Moraine tuvo que trabajar con empeño para no quedarse retrasada. Habría sido penoso recibir un castigo por algo tan trivial como vestir de rojo dentro de la Torre. Las gemas rojas sí estaban permitidas, como las gotas de fuego, rubíes o granates, pero se prohibía ese color en las prendas, algo relacionado con una animosidad entre el Azul y el Rojo que venía de antiguo y que ya nadie sabía con certeza cuándo o por qué había empezado. A veces, la sistemática oposición entre el Azul y el Rojo casi había paralizado la actividad de la Antecámara.

La idea de una enemistad entre Ajahs la sobresaltaba, pero había otros enfrentamientos. Mientras que la concordia entre el Verde y el Azul apenas había sufrido altibajos durante varios siglos, la situación distaba mucho de ser igual con otros Ajahs. En la actualidad existía cierta tirantez con el Blanco, por razones que sólo conocía el Blanco, y una tensión latente con el Amarillo, con hermanas de cada Ajah acusando a las del otro de inmiscuirse en sus acciones en Altara unos cien años antes. Una arraigada costumbre prohibía la injerencia en asuntos de otra hermana, costumbre que brindaba el único eximente de la deferencia debida. Por lo menos, fuera de la Torre. Y después estaban las variantes. Por ejemplo, el Marrón respaldaba al Blanco contra el Azul, pero apoyaba al Azul contra el Amarillo. Es decir, de momento. Esas cosas podían alargarse durante siglos o cambiar en un visto y no visto. También era preciso saber qué antagonismos y rivalidades existían entre otros Ajahs, cuando se conocían. Todos eran una trampa de lazo dispuesta a saltar con un paso descuidado o una palabra poco cauta. ¡Luz, el enredo era tal que, en comparación, el *Da'es Daemar* parecía un juego de niños!

Todas las noches Siuan escuchaba sus recitados y viceversa, igual que habían hecho de novicias y de Aceptadas, aunque en el caso de Siuan casi no merecía la pena porque nunca cometía errores.

Se dedicaron de nuevo a estudiar el Poder con Lelaine, Natasia, Anaiya y otras por turnos; aprendieron el vínculo para el Guardián y otros tejidos que no se revelaban a las Aceptadas, incluidos unos cuantos que sólo conocían las Azules. A Moraine eso le resultó muy interesante. Si el Azul incluía tejidos entre los secretos de su Ajah, a buen seguro que los otros Ajahs hacían lo mismo, y si los Ajahs lo hacían, seguramente ocurría lo mismo con hermanas por separado. Después de todo, ella tenía uno, el primero que había aprendido antes de ir a Tar Valon, y se lo había ocultado celosamente a las hermanas. Se habían dado cuenta

de que la chispa ya se había encendido en ella, pero les había hablado sólo de encender velas y crear una bola de luz para ver en la oscuridad. Nadie vivía en el Palacio del Sol sin aprender a guardar secretos. ¿Tendría Siuan tejidos secretos? No era la clase de pregunta que se podía hacer a la mejor amiga.

Aunque ahora sabían lo suficiente sobre el *Saidar* para aprender con rapidez, simplemente era demasiado para un día o una semana. Al menos, Moraine se sentía incapaz. El método de hacer caso omiso del calor o del frío resultó ser un truco mental de concentración muy sencillo una vez que uno sabía cómo realizarlo; o eso afirmaba Natasia.

—La mente ha de estar tan tranquila como un plácido estanque —enunció con pedantería, igual que cuando daba clase en el aula. Se encontraban en sus aposentos, donde casi cualquier superficie horizontal estaba cubierta de figurillas y pequeñas tallas y miniaturas. Esas lecciones tenían lugar en los aposentos de la maestra—. Concentraos en un punto por encima del ombligo, en el centro del cuerpo, y empezad a respirar a un ritmo invariable. No como se respira normalmente. Cada inhalación ha de durar exactamente igual, lo mismo que cada exhalación. Y, entre lo uno y lo otro, debéis contener la respiración un espacio de tiempo también igual. Con el tiempo se convertirá en algo natural. Respirando así, concentradas así, la mente se distancia enseguida del mundo exterior, sin percibir ya calor ni frío, y podréis caminar desnudas en medio de una ventisca sin temblar o a través de un desierto sin sudar. —Natasia dio un sorbo de té y luego se echó a reír; los oscuros ojos rasgados le brillaban—. La congelación y la insolación seguirán presentando problemas al cabo de un tiempo de exposición. Sólo la mente está realmente distanciada; el cuerpo no tanto.

Quizá fuera sencillo, pero al cabo de más de una semana a Moraine la concentración le fallaba en cualquier momento, por ejemplo al sentarse a comer o mientras recorría un pasillo, y entonces soltaba una exclamación ahogada cuando el frío se hacía sentir de repente y la traspasaba tres veces más intenso que antes de empezar el ejercicio de meditación. En público, todos esos respingos atraían las miradas de otras hermanas. Mucho se temía que empezaba a ganarse reputación de persona soñadora. Y de sufrir sonrojos constantes. Distaba mucho de ser algo innato. Huelga decir que Siuan lo pilló a la primera y, que viera Moraine, no volvió a tener un escalofrío.

La Fiesta de las Luces llegó para señalar el cambio de año, y durante dos días todas las ventanas de Tar Valon brillaron radiantemente desde el anochecer hasta el alba. En la Torre, los criados entraron en estancias que no se habían utilizado durante siglos para encender lámparas y se aseguraron de que ardieran durante dos días enteros. Era una celebración gozosa, con desfiles de ciudadanos que llevaban lámparas por las calles envueltas en oscuridad y alegres reuniones que frecuentemente se prolongaban hasta la salida del sol incluso en los hogares más pobres, pero a Moraine la llenaba de tristeza. Estancias sin utilizar durante siglos. La Torre Blanca estaba disminuyendo y no se le ocurría qué podía hacerse para evitarlo. Claro que si las mujeres que habían llevado el chal doscientos años o más no hallaban una solución, ¿cómo iba a poder encontrarla ella?

Muchas hermanas recibieron ornamentadas invitaciones a bailes durante la fiesta, y bastantes las aceptaron. A las Aes Sedai podía gustarles bailar como a cualquier otra mujer. Moraine recibió invitaciones también de nobles cairhieninos de dos docenas de casas y de un número casi igual de mercaderes con suficiente fortuna para codearse con la nobleza. Sólo los planes de la Antecámara para ella podrían haber atraído a tantos cairhieninos poderosos a la ciudad al mismo tiempo. Echó las tarjetas al fuego, sin responder. Ése era un movimiento peligroso en el *Da'es Daemar* y a saber cómo se interpretaría, pero ella no jugaba el Juego de las Casas. Se ocultaba, simplemente.

Era algo sorprendente: los primeros vestidos se entregaron a primeras horas del primer día de fiesta. O Tamore estaba ansiosa de recibir la propina o, más probablemente, pensaba que querrían los atuendos para las fiestas de esos días. La modista llegó con dos de sus ayudantes para ver si hacían falta arreglos, pero no fue necesario. Tamore era excelente en su profesión. Sin embargo, Moraine no se había equivocado. De sus seis vestidos, el más oscuro

Librodot

era de un tono un poco más intenso que el azul cielo, y sólo dos tenían bordados, lo que significaba que casi todos los demás los llevarían. Tendría que seguir poniéndose un poco más los de paño que le había dado el Ajah. Por lo menos todos sus trajes de montar serían oscuros. Ni siquiera Tamore se pondría un traje de montar en un color demasiado claro. Los vestidos de Siuan, de los que sólo uno tenía falda pantalón para poder montar, denotaban toda la elegancia que era capaz de demostrar Tamore, de modo que resultaban adecuados para un palacio a pesar de ser de paño, pero hacían resaltar el busto y las caderas de forma muy destacada. Siuan fingió no darse cuenta o quizá no se la dio. Realmente la ropa no le importaba apenas.

Tampoco Siuan tenía fáciles algunas cosas. Regresaba de los aposentos de Cetalia con un semblante que se tornaba más y más inflexible de día en día. Y también cada día estaba más irritable y quisquillosa, pero se negó a hablar del problema e incluso contestó bruscamente a Moraine cuando ésta insistió en preguntarle. Eso era preocupante; podía contar con los dedos de la mano las veces que Siuan se había enfadado con ella en seis años. El día en que Tamore entregó los vestidos, sin embargo, Siuan se reunió con ella para tomar té en sus aposentos antes de bajar a cenar, pero en lugar de coger una taza se dejó caer pesadamente en un sillón con tallas de hojas y se cruzó de brazos con gesto furioso. Su semblante había dejado de ser impasible y sus azules ojos echaban chispas.

—Esa puñetera barracuda de mujer va a acabar conmigo —gruñó. Aquella media semana había deshecho cada brizna del duro trabajo de las hermanas con su lenguaje—. ¡Tripas de peces! ¡Espera que brinque a obedecerla como un salmón en época de desove! ¡Ni siquiera fui tan rauda cuando era una...! —Soltó un gruñido estrangulado y los ojos se le desorbitaron cuando el Primer Juramento puso freno a la infracción. Tosió y se puso pálida mientras se golpeaba el pecho con el puño. Moraine sirvió rápidamente una taza de té, pero pasaron minutos antes de que Siuan pudiera beber. Sus pensamientos debían de haberse desbocado para llegar a ese extremo.

»Vale, cuando era Aceptada no —masculló una vez que fue capaz de hablar de nuevo—. Desde el mismo instante en que llego es: «Encuentra esto, Siuan» y «Haz aquello, Siuan» y «¿Aún no has terminado, Siuan?». Cetalia chasquea los dedos y que me aspen si no espera que salga pitando a obedecer.

—Las cosas son así —dijo juiciosamente Moraine. La situación podría haber sido mucho peor, pero por lo visto Siuan no compartía su opinión en ese momento y Moraine no quería iniciar una discusión—. No durará siempre, y sólo hay un puñado de hermanas que están por encima de nosotras.

—Para ti es fácil decirlo —rezongó Siuan—. No tienes a la puñetera Cetalia chascando los dedos para que te muevas.

Eso era cierto, pero no significaba en absoluto que su tarea fuera más llevadera. Las nuevas lecciones le dejaban poco tiempo libre, pero había esperado que repartir la recompensa la permitiría visitar los campamentos que quedaban todavía. Por el contrario, durante dos o tres horas cada mañana se sentaba en un cuartito interior sin ventana del octavo nivel de la Torre en el que sólo cabían el escritorio y dos sillas de respaldo recto. En los cuatro rincones había lámparas de pie con espejos, de latón y sin adornos, que proporcionaban buena luz; por suerte, ya que hacía falta. De no ser por esas lámparas, el cuarto habría estado oscuro en pleno mediodía. Normalmente era un escribiente quien trabajaba allí, pero quienquiera que fuese, él o ella, no había dejado impronta alguna en el cuarto. Sobre el escritorio sólo había un tintero, una bandeja con plumas, un tarro de arena y un pequeño cuenco blanco con alcohol para limpiar las plumillas; las paredes de piedra clara estaban desnudas.

La habitación exterior, considerablemente más grande, se hallaba abarrotada con filas de escritorios altos y estrechos y altas banquetas; pero, tan pronto como Moraine llegaba, los escribientes formaban una fila que empezaba en su escritorio y casi daba la vuelta a la habitación grande y le iban entregando las listas de mujeres que habían recibido la recompensa, así como informes de los arreglos hechos para enviar el dinero a las mujeres que ya se habían marchado. El número de esos informes era angustioso. Apenas quedaban

Librodot

campamentos y los últimos se evaporaban como rocío al salir el sol. Ninguno de los escribientes usaba la otra silla, sino que permanecían de pie respetuosamente mientras ella leía cada página y daba la aprobación con su firma al pie, y después hacían una reverencia o inclinaban la cabeza y se apartaban para dejar paso al siguiente, sin pronunciar palabra. A no mucho tardar, Moraine pensaba que realmente era posible morirse de aburrimiento.

Intentó que organizaran la distribución más deprisa —los vastos recursos de la Torre podrían haberse ocupado de ello en una semana, ya que la Torre contaba con cientos de escribientes más—, pero el personal administrativo trabajaba a su ritmo. Incluso dio la impresión de que las cosas iban más despacio después de su sugerencia de apresurar la tarea. Se planteó suplicar a Tamra que la relevara de ese cometido, pero ¿para qué hacer un esfuerzo inútil? ¿Qué mejor modo de mantenerla encerrada en Tar Valon hasta que los manejos de la Antecámara fructificaran? Aburrimiento y frustración. Aun así, tenía su plan. Pensar en ello la consolaba un poco. Lentamente, una decisión arraigó en su interior. Si llegaba lo peor, huiría, fuera cual fuese el castigo por su infracción. Cualquier castigo quedaba en el futuro y antes o después acabaría. El Trono del Sol sería una sentencia de por vida.

Al día siguiente a la Fiesta de las Luces se convocó a Ellid para someterse a la prueba, aunque Moraine no se enteró hasta después. La hermosa Aceptada que quería ser una Verde no salió del *ter'angreal.* No hubo comunicado; la Torre Blanca jamás pregonaba sus fracasos, y la muerte de una mujer en la prueba se consideraba el mayor fracaso por parte de la Torre. Ellid desapareció, simplemente, y sus pertenencias se retiraron. Sin embargo, fue un día de duelo, y Moraine se puso cintas blancas en el cabello y se ató un pañuelo de seda blanca con puntillas en cada brazo, de manera que colgaban sobre las muñecas. Nunca le había caído bien Ellid, pero merecía su sentimiento de pesar.

No todas las hermanas lo bastante fuertes para mandarles hacer algo cuanto antes mostraron deseo de hacerlo. Elaida las evitaba, o al menos no la volvieron a ver antes de que se enteraran de que había partido de regreso a Andor. Con todo, saber que se había marchado fue un alivio. Su fuerza era tanta como la que alcanzarían ellas con el tiempo y podría haberles amargado la vida casi tanto como lo había hecho cuando eran novicias y después Aceptadas. O tal vez más. Los encargos insignificantes que novicias y Aceptadas daban por sentado casi habrían sido un castigo para ellas como Aes Sedai. Tal vez sin «casi».

Lelaine, tan fuerte en el Poder como Elaida, y Asentada por si fuera poco, las invitó a tomar té varias veces para aliviar la tensión de las primeras semanas, como dijo ella. Siuan se llevaba muy bien con Lelaine, aunque a Moraine la ponía algo nerviosa con su mirada penetrante. Daba la impresión de que Lelaine supiera más de una de lo que dejaba ver, de que una no tenía secretos para ella. Claro que Siuan tampoco parecía entender que ella le tuviera simpatía a Anaiya. No era por la Curación. Anaiya se mostraba afectuosa y abierta y conseguía infundir la sensación de que todo saldría bien al final. Casi todas las conversaciones con Anaiya resultaban reconfortantes. Moraine creía que con el tiempo podría ser tan buena amiga como Leane, aunque no tanto como Siuan.

Esa amistad de Leane se había reanudado en el mismo punto en el que se había quedado, tanto con Siuan como con ella, y trajo consigo a Adine Canvado, una mujer regordeta de ojos azules y negro cabello corto que no manifestaba el menor atisbo de arrogancia a pesar de ser andoreña. No era muy fuerte con el Poder, desde luego. En verdad, considerar aquello se estaba convirtiendo en un acto reflejo. Restablecieron la relación con hermanas de otros Ajahs que habían sido Aceptadas con ellas y descubrieron que, en algunos casos, la amistad revivió nada más cambiar unas pocas palabras, y en otros, que simplemente se había reducido a una buena relación, mientras que en unos pocos la brecha entre Aes Sedai y Aceptada se había convertido en una costumbre demasiado arraigada para que se cerrara ahora que ellas también llevaban el chal. Pero eran suficientes. Las amigas hacían más llevaderas muchas cargas, incluso aquellas que ni siquiera conocían.

No obstante, a pesar de las amigas los días discurrían con una lentitud glacial. Meilyn por fin emprendió viaje y después Kerene, seguida sucesivamente por Aisha, Ludice y Valera, pero el alivio de Moraine porque la búsqueda se hubiera puesto finalmente en marcha se vio

Librodot

empañado por la frustración de haberse quedado al margen. Siuan empezó a estar interesada en su trabajo, hasta el punto de que sus protestas más parecían por costumbre que por otra cosa. Se dirigía hacia los aposentos de Cetalia más pronto de lo que era necesario y a menudo se quedaba hasta el segundo o tercer turno de comedor. Moraine no tenía esa barrera amortiguadora. Seguía con las pesadillas de un bebé en la nieve y el hombre sin rostro y el Trono del Sol, aunque no con tanta frecuencia a excepción de la última, tan contumaz como siempre. Quitó casi todas las puntillas y volantes de sus aposentos, para lo que sólo hizo falta una visita a un fabricante de cojines y una corta espera para que los cambios se llevaran a cabo de dos en dos o de tres en tres. No quitó todas a causa de la evidente desilusión denotada en silencio por Anaiya al ver que desaparecían, así que el lecho seguía siendo un océano de blanca espuma que provocaba las risitas divertidas de Siuan. Pero pasaba más tiempo en las otras habitaciones, así que la cama se quedaría igual. Tras numerosos esfuerzos consiguió hornear una empanada sin que se le requemara, pero Aeldra tomó un bocado y se puso verde. Siuan hizo un pastel de pescado que la hermana de cabello canoso calificó de sabroso, sólo que antes de una hora tuvo que salir corriendo al excusado y pidió la Curación. Nadie las acusó de hacer nada deliberadamente, cosa que era verdad, pero Anaiya y Kairen lo consideraron un buen escarmiento a su glotonería.

Sólo una semana después de Ellid, en el Alto Chasaline, Sheriam se sometió a la prueba y la pasó. Técnicamente, Siuan era la Azul más reciente por un pelo, pero Cetalia se negó a prescindir de sus servicios ni siquiera durante unas pocas horas, así que fue Moraine quien puso el chal en los hombros de la saldaenina de cabello rojo como el fuego cuando al día siguiente eligió el Ajah Azul y, devolviéndole la radiante sonrisa, la escoltó al sector Azul para la bienvenida. Allí Siuan se las arregló para hacer una escapadita y darle el sexto beso. Sheriam era muy buena cocinera y además le encantaba hornear.

En Cairhien era el Día de Reflexión, pero Moraine no consiguió meditar demasiado en sus pecados y faltas. Siuan y ella habían recobrado una amiga que habían temido perder durante un año. Siuan llegó incluso a sugerir que incluyeran a Sheriam en su búsqueda y Moraine necesitó horas para convencerla de lo contrario. No es que temiera que Sheriam las pusiera en evidencia ante Tamra, pero su amiga había sido una de las chismosas más grandes en los alojamientos de Aceptadas. Nunca contaba lo que prometía guardar en secreto, pero sería incapaz de resistir la tentación de soltar indirectas sobre un secreto jugoso, insinuaciones de que conocía un secreto, como Siuan debería saber bien. No había más que insinuar que uno sabía un secreto para que alguien se propusiera descubrirlo; era inevitable. A veces Siuan no sabía lo que era la precaución. ¿A veces? No, nunca.

Las hermanas empezaron a hablar de un resurgimiento de la Torre con tantas mujeres superando con éxito la prueba del chal en tan poco tiempo, y había otras dos que quizá lo hicieran muy pronto. Como establecía la costumbre, nadie hablaba de Ellid, pero Moraine pensaba en ella. Una mujer muerta y tres ascendidas al chal en el espacio de dos semanas, pero la única novicia que hizo la prueba para Aceptada en ese mismo plazo había fallado y le habían mandado marcharse, además de que no se había añadido ningún nombre al libro de novicias mientras que se había echado a más de veinte, demasiado débiles para llegar al chal nunca. A ese paso, las estancias vacías seguirían sin utilizarse durante más siglos. Hasta que todas se quedaran desiertas. Siuan intentaba animarla, pero ¿cómo iba a sentirse alegre cuando la Torre Blanca estaba destinada a convertirse en un monumento funerario?

Tres días después, Moraine deseó haber pasado debidamente el Día de Reflexión. No era supersticiosa, pero se decía que dejar de hacerlo siempre traía mala suerte a alguien que a uno le importaba. Estaba en el segundo turno de desayuno y comía despacio las gachas mientras pensaba con irritación en la tortura del aburrido trabajo administrativo que le esperaba, cuando Ryma Galfrey entró en el comedor. Delgada y elegante en el vestido verde con cuchilladas amarillas, no era una de aquellas a las que Moraine debiera deferencia, pero tenía un porte regio que acentuaban los rubíes que le adornaban la cabeza como una corona y el aire altivo típico en el semblante de las Amarillas. Sorprendentemente, tejió Aire y Fuego para hacer que su voz fuera claramente audible hasta en el último rincón del comedor.

—Anoche, Tamra Ospenya, la Vigilante de los Sellos, la Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin, murió mientras dormía. Que la Luz ilumine su alma. —Su voz sonó absolutamente serena, como si hubiera anunciado que ese día llovería, y sólo esperó el tiempo justo para recorrer la estancia con una fría mirada a fin de asegurarse de que se habían asimilado sus palabras antes de marcharse.

Un murmullo se alzó de inmediato en las otras mesas, pero Moraine se quedó helada. Las Aes Sedai morían prematuramente tan a menudo como cualquier persona, y las hermanas no se debilitaban con los años —la muerte llegaba mientras se gozaba de un estado de salud aparentemente perfecto—, pero aquello era tan inesperado que había sido como un mazazo. «La Luz ilumine el alma de Tamra», rezó para sus adentros. Que la Luz iluminara su alma. Pues claro que lo haría. ¿Qué iba a pasar ahora con la búsqueda del niño? Nada, por supuesto. Las rastreadoras elegidas por Tamra conocían su trabajo; informarían a la nueva Amyrlin de su tarea. Quizá la nueva Amyrlin la liberara de su propio trabajo si conseguía hablar con la mujer antes de que la Antecámara le informara de sus planes.

Un sentimiento de vergüenza y asco la mortificó de inmediato; apartó el cuenco de gachas, perdido de golpe el apetito. ¡Una mujer a la que había admirado de todo corazón había muerto, y su primera idea era sacar ventaja de ello! Verdaderamente, tenía enraizado en la médula el *Da'es Daemar*, y quizá toda la oscuridad de los Damodred.

Estuvo a punto de pedir una penitencia a Merean, pero la Maestra de las Novicias podría darle algo que la retuviera más tiempo en Tar Valon. Considerar aquello incrementó su sentimiento de culpa, de modo que ella misma se impuso la penitencia. Sólo uno de los vestidos que tenía era casi del color blanco de luto, un azul tan pálido que más parecía blanco con un matiz azulado, y se lo puso para los ritos funerarios de Tamra. Tamore había realizado un fino bordado en la pechera, la espalda y las mangas en una compleja mezcla de azules y el conjunto parecía bastante inocente. Hasta que se lo hubo probado. Entonces le pareció tan descarado como el que había llevado la modista. No. No lo parecía. Lo era. Casi se había echado a llorar tras mirarse en el espejo de cuerpo entero.

Siuan parpadeó al verla en el corredor donde estaban sus aposentos.

—¿Estás segura de querer llevar puesto eso? —La voz le sonaba estrangulada. Llevaba unas largas cintas blancas atadas al cabello y otras más largas atadas en los brazos. Todas las hermanas que pasaban junto a ellas lucían variaciones de lo mismo. Las Aes Sedai nunca se vestían de luto riguroso, salvo las Blancas, que no consideraban como tal ese color.

—A veces es necesaria una penitencia —contestó Moraine, que se colocó el chal a la altura de los codos a propósito, y Siuan no preguntó nada más. Había preguntas que una hacía y había preguntas que no. Era costumbre establecida. Y también amistad.

Ataviadas con el chal, todas las hermanas residentes en la Torre se reunieron en un recóndito claro de una zona boscosa del recinto de la Torre; envuelto en una sencilla mortaja azul, el cadáver de Tamra yacía sobre un féretro. El aire matinal era frío —Moraine lo notaba a pesar de no sentir escalofríos— e incluso los robles circundantes seguían pelados bajo el cielo gris; las gruesas ramas retorcidas creaban un marco adecuado para el funeral. El atuendo de Moraine se ganó más de una mirada con la ceja enarcada, pero el gesto desaprobatorio de las hermanas era parte de su penitencia. Lo más difícil de soportar era siempre la Mortificación del Espíritu. Cosa extraña, todas las Blancas llevaban brillantes cintas negras, pero debía de tratarse de una costumbre del Ajah ya que no suscitó gestos ceñudos ni miradas intensas por parte de las otras hermanas. Debían de haberlo visto con anterioridad. Cualquiera que lo deseara podía alzar una plegaria o pronunciar un corto panegírico, y la mayoría lo hizo. De las Rojas sólo hablaron las Asentadas y fueron muy breves, pero quizás eso también era costumbre.

Moraine se obligó a avanzar hasta el féretro con el chal flojo, dejando bien a la vista el vestido, consciente de que sería el centro de atención de todo el mundo. Lo más difícil de soportar.

—Que la Luz ilumine el alma de Tamra tan radiantemente como ella merecía y que halle cobijo en la mano del Creador hasta que renazca. Que la Luz le reserve un renacimiento

Librodot

esplendoroso. No recuerdo ninguna mujer a la que haya admirado tanto como a Tamra. Todavía la admiro y la honro. Siempre lo haré.

Las lágrimas le empañaban los ojos y no por la humillación que se le clavaba como largas espinas. No había llegado a conocer realmente a Tamra —las novicias y las Aceptadas no conocían realmente a las hermanas, cuanto menos a la Sede Amyrlin— pero, oh, Luz, cómo la echaría de menos.

Cumpliendo el deseo de Tamra, unos flujos de Fuego incineraron su cadáver y hermanas pertenecientes al Ajah del que había ascendido, el Ajah al que había vuelto a su muerte, se ocuparon de esparcir sus cenizas por los jardines de la Torre Blanca. Moraine no era la única que lloraba. La serenidad Aes Sedai no podía escudarla a una de todas las cosas.

Moraine llevó aquel vestido vergonzante el resto del día y al llegar la noche lo quemó. Habría sido incapaz de volver a mirarlo sin que los recuerdos de ese día se agolparan en su mente.

Hasta que se nombrara una nueva Amyrlin, la Antecámara reinaba en la Torre, pero la ley establecía medidas cada vez más estrictas para garantizar que no se demoraran demasiado. Así pues, al final de la tarde del día siguiente al funeral de Tamra, Sierin Vayu había sido ascendida del Gris. Se suponía que una Amyrlin concedía indulgencias y remisión de penitencias el día que tomaba la Vara y la Estola. No las hubo por parte de Sierin, y en el plazo de media semana se había despedido —sin referencias— hasta al último escribiente varón de la Torre, supuestamente por coquetear con novicias o Aceptadas o por «miradas y ojeadas inadecuadas», lo que podía significar cualquier cosa. Hasta a hombres tan mayores que sus nietos ya tenían hijos se los puso en la calle, al igual que a hombres a los que no les gustaban las mujeres en absoluto. Sin embargo, nadie habló de ello. Nadie se atrevía; sobre todo donde podía llegar a oídos de Sierin.

A tres hermanas se las exilió de Tar Valon durante un año, y Moraine se vio obligada a acudir con las demás al Patio de Traidores en dos ocasiones para presenciar cómo se desnudaba a una Aes Sedai y se la ataba con los miembros extendidos al triángulo para ser azotada hasta hacerla aullar. Una salvaguarda que formaba una titilante cúpula gris por encima del patio empedrado retuvo los chillidos hasta que parecieron penetrar en tropel dentro de Moraine ahogando todo pensamiento e incluso la respiración. Por primera vez en una semana perdió la concentración y tembló de frío. Y no sólo de frío. Le daba miedo que esos gritos retumbaran en sus oídos durante muchísimo tiempo, ya fuera despierta o dormida. Sierin presenció el castigo y oyó los aullidos con absoluta calma.

Una nueva Amyrlin elegía su propia Guardiana, claro está, y también podía escoger una nueva Maestra de las Novicias si quería. Sierin había hecho ambas cosas. Cosa extraña, Amira, la fornida mujer cuyas largas trencillas rematadas con cuentas se sacudían mientras manejaba la vara a discreción, era una Roja, al igual que lo era la nueva Guardiana, Duhara. No había ley o costumbre que exigiera que la Guardiana o la Maestra de las Novicias fueran del Ajah al que había pertenecido la Amyrlin, pero era algo que casi se daba por hecho. Claro que también se rumoreaba la gran sorpresa que había sido que Sierin eligiera el Gris en lugar del Rojo. Moraine no creía que ninguna de las rastreadoras de Tamra le hablara de la búsqueda del niño a Sierin.

El día siguiente al segundo castigo de azotes, Moraine se presentó en la antesala del estudio de la Amyrlin, donde Duhara estaba sentada más derecha que un palo tras su escritorio, con la estola roja, de una mano de anchura, envuelta al cuello. El oscuro vestido de la mujer tenía tantas cuchilladas escarlatas que más parecía de ese color. Duhara era una delgada y hermosa domani a pesar de medir casi una mano y media más que Moraine, pero en los labios carnosos de la mujer había un algo de ruindad y sus ojos no dejaban de buscar faltas. Moraine se recordó que, sin la estola de Guardiana, Duhara habría tenido que correr a obedecer si ella hubiese chascado los dedos de haber querido hacerlo. Se disponía a hablar, cuando la puerta del estudio de la Amyrlin se abrió con un golpe y Sierin salió a paso vivo con un papel en la mano.

—Duhara, necesito que te... Vaya, ¿qué quieres?

Librodot

Las últimas palabras iban dirigidas a Moraine; a gritos. Moraine se apresuró a hacer una reverencia, tan profunda como cuando había sido novicia, y besó el anillo de la Gran Serpiente que la Amyrlin lucía en la mano derecha antes de incorporarse. Ese anillo era la única joya que llevaba Sierin. La estola de siete colores era la mitad de ancha que la de Duhara, y el vestido de seda gris oscuro era de corte sencillo. Bastante regordeta, su rostro redondo parecía creado para la jovialidad, pero mostraba una expresión de implacable severidad como si se la hubiesen tallado. Por su talla, Moraine casi podía mirarla a los ojos directamente. Unos ojos duros.

La boca se le quedó seca y luchó para no tiritar por un frío que de repente pareció más crudo que el de pleno invierno, pero unos ejercicios de sosiego acudieron rápidamente en su ayuda para recobrar la compostura. Se había enterado de muchas cosas sobre Sierin por los rumores que corrían respecto a la nueva Amyrlin. Hubo algo que le caló hondo en ese momento, como un afilado cuchillo. Para Sierin, su propia visión de la ley era la ley en sí, sin que pudiera encontrarse rastro de piedad en ella. Ni en la Amyrlin.

—Madre, pido que se me releve de mis deberes respecto a la recompensa. —Gracias a la Luz, la voz le sonaba firme—. Las amanuenses están llevando a cabo el trabajo todo lo rápido que pueden, pero tenerlas esperando en fila todos los días para que una hermana apruebe lo que han hecho les quita horas que podrían emplear en otra cosa.

Sierin frunció la boca como si hubiese mordido un caqui amargo.

—Daría carpetazo a toda esa estupidez de la recompensa si no fuera porque indispondría a la Torre con la gente. Un absurdo despilfarro de dinero. Está bien, que las amanuenses entreguen sus papeles a otra para que los firme. Quizás una Marrón. Les gusta ese tipo de cosas. —A Moraine le levantó el ánimo, pero entonces la Amyrlin añadió—: Te quedarás en Tar Valon, por supuesto. Como sabes, te necesitaremos pronto.

—Lo que ordenéis, madre —contestó Moraine, a quien se le había caído el corazón a los pies después de haberse elevado fugazmente. Tras hacer otra profunda reverencia, volvió a besar el anillo de la Amyrlin. Con una mujer como Sierin, mejor no correr riesgos.

Siuan la esperaba en sus aposentos cuando regresó. Su amiga se inclinó hacia adelante, con expectación y un gesto interrogante.

—Estoy relevada de la recompensa, pero se me ha ordenado permanecer en Tar Valon. «Como sabes, te necesitaremos pronto.» —Le pareció una buena imitación de la voz de Sierin, aunque había un dejo de amargura.

—¡Tripas de pescado! —rezongó Siuan, que se echó hacia atrás—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Saldré a cabalgar. Sabes dónde estaré y en qué orden.

Siuan se quedó sin respiración.

—Que la Luz te guarde —dijo al cabo de un momento.

No tenía sentido esperar, así que Moraine se puso un traje de montar; Siuan la ayudó para acabar antes. Era de un adecuado color azul oscuro, con unas pocas enredaderas plateadas trepando por las mangas para enroscarse en el alto cuello. Todas sus ropas oscuras tenían bordados, pero había empezado a pensar que un poco de adorno tampoco estaba tan mal. Dejó el chal doblado en el alto armario, sacó una capa forrada con piel de zorro negro y guardó el cepillo y un peine en uno de los bolsillos interiores que había puesto la costurera que había hecho la capa, y el pequeño costurero en otro. Por último cogió los guantes de montar, abrazó a Siuan y salió rápidamente. Una despedida larga habría acabado con lágrimas y no podía correr ese riesgo.

Las hermanas con las que se cruzó en el corredor la miraron al pasar a su lado, pero la mayoría parecía enfrascada en sus propios asuntos, aunque Kairen y Sheriam comentaron que les parecía un día frío para cabalgar. Sólo Eadyth dijo algo más; la paró levantando un poco la mano y la miró de un modo que le recordó a Lelaine.

—Granjas y pueblos derruidos no son una buena perspectiva para un paseo agradable, me temo —murmuró la Asentada de cabello blanco.

—Sierin me ha ordenado que me quede en Tar Valon y creo que podría entender como

Librodot

desobediencia cruzar uno de los puentes —respondió Moraine, el rostro una máscara perfecta de serenidad.

La boca de Eadyth se apretó un momento, tan fugazmente que podría haber sido imaginación de Moraine. Obviamente, en esa respuesta había adivinado que Sierin había revelado los planes, y no le hacía ni pizca de gracia.

—La Amyrlin puede ser temible con alguien que va contra sus deseos en lo más mínimo, Moraine.

Moraine casi sonrió. Luz, la mujer le había dado la oportunidad de responder francamente. Bueno, casi francamente. Una respuesta típica de Aes Sedai.

—En tal caso no cruzaré un puente. No me apetece en absoluto que me azoten.

Ya en las Cuadras de Poniente, hizo que ensillaran a *Flecha*; sin alforjas. No hacían falta para cabalgar por la ciudad y, le hubiera dicho lo que le hubiera dicho a Eadyth, la Asentada podría enviar a alguien a comprobar cómo había salido. De estar en su lugar, Moraine habría actuado así. Con suerte, nadie sospecharía nada antes de que cayera la noche.

Su primera parada fue en el banco de la señora Dormaile, donde la banquera le tenía preparadas varias cartas de valores de distintas cantidades, así como cuatro bolsas de cuero con doscientas coronas de oro y plata entre todas. El dinero la sustentaría durante un tiempo. Las cartas de valores eran para cuando se terminara el dinero y en caso de emergencia. Cuando utilizara una tendría que moverse deprisa. Los informadores de la Torre la estarían buscando y, por discretos que fueran los banqueros, generalmente la Torre se enteraba de lo que quería enterarse. La señora Dormaile no hizo preguntas, claro, pero al saber que Moraine iba sola le ofreció a cuatro de sus lacayos como escolta, y Moraine aceptó. No tenía miedo de asaltantes, que eran pocos en Tar Valon y fáciles de manejar si ocurría cualquier cosa; pero, si a alguien se le ocurría la idea de robar, mejor que se ocupara de ello una escolta que tener que utilizar el Poder. Eso llamaría la atención. Las mujeres acaudaladas iban acompañadas a menudo por una escolta, incluso en Tar Valon.

Los hombres que ataron una caja alrededor de *Flecha* mientras ella se despedía de la banquera serían lacayos; pero, aunque vestían una sencilla chaqueta gris, eran tipos musculosos que parecían acostumbrados a la espada que llevaban colgada al cinturón. Sin duda eran los «lacayos» que habían reducido a maese Gorthanes o como quiera que se llamara realmente; ellos u otros como ellos. Los bancos siempre tenían guardias, aunque no los llamaban así.

En la tienda de Tamore envió a dos de los hombres con dinero para comprar un baúl de viaje y contratar a un par de porteadores. Después se cambió y se puso otro de los trajes de montar que la señalaban como una noble menor cairhienina. Tres de los cinco vestidos estaban bordados, pero muy poco, y Moraine no protestó. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para poner pegas. Al igual que la señora Dormaile, Tamore tampoco le hizo preguntas; una se sometía a una modista, pero al fin y a la postre era eso, una modista. Y también las modistas tenían discreción o no duraban mucho en el negocio. Antes de marcharse, Moraine se guardó el anillo de la Gran Serpiente en la escarcela. Sentía la mano como desnuda sin él, y el dedo parecía ansiar el tacto del pequeño anillo de oro, pero en Tar Valon había mucha gente que sabía lo que significaba. De momento, tenía que ir guardado.

Con su pequeño séquito, se dirigió hacia el norte e hizo paradas en las que fue llenando el baúl —cargado en las varas que reposaban en los hombros de los porteadores— con cosas que no había podido llevarse de la Torre sin que alguien se diera cuenta, hasta que finalmente llegaron al Puerto del Norte, donde las murallas de la ciudad trazaban una curva hacia afuera y se internaban en el río hasta formar un anillo de kilómetro y medio de lado a lado, roto únicamente por la bocana del puerto. Los muelles techados con madera jalonaban la parte interior de ese gran anillo y en ellos estaban atracados barcos fluviales de todo tamaño. Tras unas cuantas palabras con la patrona de los muelles, una mujer de constitución recia y cabello canoso que parecía agobiada por el trabajo, se encaminó hacia el *Alazul*, una embarcación de dos palos. El *Alazul* no era el barco más grande atracado en los muelles, pero tenía previsto zarpar antes de una hora.

A no tardar, *Flecha* estaba a bordo y atada en cubierta; le habían puesto un arnés de anchas correas por debajo del vientre y la habían izado con un bauprés. Moraine pagó a los porteadores y despidió a los lacayos tras darles las gracias y un marco de plata a cada uno. El baúl lo habían guardado en un pequeño camarote del alcázar. Sin embargo, como iba a pasar más tiempo de lo que habría querido en ese camarote, se quedó en cubierta y rascó la nariz a *Flecha* mientras soltaban las amarras del barco fluvial y lo apartaban del muelle. Después los largos remos se movieron para que el *Alazul* maniobrara a través del puerto como un inmenso escarabajo acuático.

Ésa fue la razón de que Moraine viera cómo la patrona de los muelles señalaba el *Alazul* y hablaba con un hombre; éste se ceñía la oscura capa sin dejar de mirar la embarcación. Abrazó inmediatamente el *Saidar* y todo adquirió una clara precisión ante su vista. No tanto como con un visor de lentes, pero distinguió el rostro del hombre que escudriñaba ávidamente bajo la capucha. La señora Dormaile lo había descrito con exactitud. No era guapo, pero sí bien parecido a despecho de la cicatriz en el rabillo del ojo izquierdo. Y era alto para ser cairhienino, casi un metro ochenta. Pero ¿cómo había dado con ella y por qué la había estado buscando? No se le ocurría ninguna respuesta agradable a ninguna de las dos preguntas, en especial la segunda. Para alguien que quisiera desbaratar el plan de la Antecámara, que quisiera en el Trono del Sol a otra casa que no fuera la de Damodred, la forma más sencilla de lograr su propósito era dar muerte a la candidata de la Antecámara. Moraine memorizó el rostro del hombre y soltó el Poder. Al parecer, había una razón más para ser prudente y tener mucho cuidado. El hombre sabía en qué barco viajaba y seguramente todas las paradas que la embarcación tenía previstas entre Tar Valon y las Tierras Fronterizas. Aquél le había parecido el lugar mejor para empezar, lejos de Cairhien y fácil de llegar a él por el río.

—¿El *Alazul* es un barco rápido, capitán Carney? —preguntó.

El capitán, un hombre ancho y atezado por el sol que llevaba engomado el fino bigote con los extremos en punta, dejó de gritar órdenes y esbozó una respetuosa sonrisa. Le había complacido mucho recibir el oro de una noble para su pasaje y el de su montura.

—El más veloz del río sin lugar a dudas, milady —respondió y reanudó sus gritos a la tripulación. Ya tenía en su poder la mitad del oro y sólo necesitaba mostrarse lo bastante respetuoso para estar seguro de que recibiría el resto.

Cualquier capitán habría dicho lo mismo de su barco; pero, cuando el viento hinchó las velas triangulares, el *Alazul* pareció alzarse sobre el agua como su homónimo del reino animal, la cerceta alazul, y salió por la bocana casi volando.

En ese momento, Moraine incurrió en desobediencia a la Sede Amyrlin. Bueno, Sierin seguramente lo consideraría así desde el momento en que había salido de la Torre, pero la intención no era el hecho consumado. Fuera cual fuese el castigo que impusiera Sierin, seguramente combinaría Trabajos Domésticos, Privación, Mortificación de la Carne y Mortificación del Espíritu. Y, por si todo eso fuera poco, casi con toda seguridad tenía a un asesino pisándole los talones. Las rodillas tendrían que haberle temblado por miedo a Sierin, si no por maese Gorthanes; pero, a medida que Tar Valon y la Torre empequeñecían en la distancia, lo único que experimentó Moraine fue una desbordante sensación de libertad y excitación. Ahora ya no podían sentarla en el Trono del Sol. Para cuando la Antecámara la encontrara, otra persona lo habría ocupado ya. Y había salido en busca del niño. Se había embarcado en una aventura tan grandiosa como cualquiera que hubiese emprendido jamás una Aes Sedai.

Librodot

15



En Canluum

El aire de Kandor tenía el frescor de la incipiente primavera cuando Lan regresó a las tierras donde siempre había sabido que moriría. Mientras que en territorios más meridionales hacía tiempo que la primavera había empezado, en el norte los árboles mostraban las primeras yemas rojizas de los rebrotes y unas pocas flores silvestres salpicaban la hierba marchita del invierno allí donde no había sombras persistentes en las que resistían los últimos reductos de la nieve, pero el pálido sol apenas daba calor comparado con el sur. Unas nubes grises amenazaban con más lluvia y soplaba un viento frío y racheado que le atravesaba la chaqueta. Quizás el sur lo había ablandado más de lo que pensaba. Una pena, si era así. Casi estaba en casa. Casi.

El trasiego de un centenar de generaciones había apelmazado la ancha calzada hasta dejar la tierra tan dura como las rocas de las colinas circundantes, de modo que apenas se levantaba polvo a pesar del constante tránsito de carros de bueyes que se marchaban de los mercados matinales de granjeros en Canluum, mientras que las caravanas de carretas de mercaderes, rodeadas por guardias montados que llevaban cascos y piezas de armaduras, se dirigían hacia las altas murallas grises de la ciudad. Aquí y allí, se distinguían las cadenas del gremio de mercaderes kandoreses a lo ancho de un torso, o las campanillas en el cabello de un arafelino, o un rubí adornando la oreja de un hombre, o un broche de perlas en el pecho de una mujer, pero en su mayoría las ropas de los comerciantes eran de colores apagados y discretas a su manera. Un mercader que hiciera demasiada ostentación de sus beneficios tendría muchas dificultades para cerrar tratos.

En contraste, los granjeros hacían gala de su prosperidad cuando iban a la ciudad. Bordados de vistosos colores adornaban los calzones bombachos de hombres, los amplios pantalones de mujeres y las capas que ondeaban al viento. Algunos llevaban cintas de colores en el pelo o un estrecho cuello de piel. Parecía que se habían vestido para los bailes y las fiestas del cercano Bel Tine. Sin embargo, la gente del campo miraba a los forasteros con tanta desconfianza como cualquier guardia; los miraban y empuñaban lanzas o hachas y apretaban el paso. El aire estaba cargado de tensión en Kandor, puede que a todo lo largo de las Tierras Fronterizas. El año anterior los bandidos habían proliferado como las malas hierbas y había habido más problemas de los habituales fuera de La Llaga. Hasta corría el rumor de un hombre que encauzaba el Poder, aunque ése era el tipo de chisme que se repetía con frecuencia.

Lan, que conducía por las riendas a *Gato Danzarín* hacia Canluum, prestó tan poca atención a las intensas miradas que su compañero y él atraían sobre sí como a los gestos ceñudos y las continuas quejas de Bukama. Esta vez los rezongos eran por un casco de su montura, magullado por una piedra, que lo había obligado a ir a pie.

Sí que llamaban la atención; eran dos hombres altos que llevaban de las riendas a sus caballos y a un animal de carga con un par de andrajosos cestos de mimbre, y sus ropas sencillas aparecían desgastadas y manchadas por el polvo de los caminos. No obstante, los

correajes y las armas estaban bien cuidados. Un hombre joven y uno viejo, con el cabello largo hasta los hombros y sujeto con un cordón de cuero tejido, ceñido a las sienes. Los *hadori* atraían las miradas. Sobre todo allí, en las Tierras Fronterizas, donde la gente tenía alguna idea de lo que significaban.

—Necios —rezongó Bukama—. ¿Es que nos toman por bandidos? ¿Creen que vamos a robarles a todos en pleno mediodía y en una calzada principal?

Les lanzó una mirada feroz y se acomodó la espada colgada a la cadera de un modo que atrajo las miradas cavilosas de algunos guardias de los mercaderes. Un fornido granjero azuzó a su buey para alejar el carro de ellos.

Lan guardó silencio. Los malkieri que todavía lucían el *hadori* tenían mala reputación, aunque no por ser bandidos, pero recordárselo a Bukama sólo conseguiría que su compañero se pusiera de peor humor durante días. Los rezongos se enfocaron después en las posibilidades de encontrar una cama decente donde pasar la noche, con una comida decente antes. Bukama no esperaba mucho y confiaba menos de lo que esperaba.

En los planes de Lan no entraban la comida ni el alojamiento a pesar de la distancia que habían viajado. Su mente seguía enfocada hacia el norte, pero era consciente de cuanto lo rodeaba, sobre todo de quienes miraban en su dirección más de una vez, consciente del tintineo de arneses y crujidos de sillas de montar, de la trápala de cascos, del chasquido de la cubierta de lona de una carreta, floja sobre el armazón. Cualquier sonido fuera de lugar sería como un grito para él. Se mantenía alerta, pero La Llaga se encontraba en el norte. Todavía a kilómetros en línea recta a través de colinas, pero él la sentía, percibía la degeneradora corrupción.

No eran más que imaginaciones suyas, pero no por ello menos reales. Había tirado de él estando en el sur, en Cairhien y en Andor, incluso en Tear, que se hallaba a casi quinientas leguas de distancia. Dos años ausente de las Tierras Fronterizas, su guerra personal abandonada por otra, y cada día el tirón se hacía más fuerte. Nunca debió dejar que Bukama lo convenciera para retrasar la vuelta ni permitir que el sur lo ablandara. Los Aiel lo habían ayudado a mantener el nervio, el instinto, el toque. Todo eso que él resumía como «el filo».

Para la mayoría de los hombres La Llaga era sinónimo de muerte. De muerte y de la Sombra en una tierra en descomposición, corrompida por el aliento del Oscuro, donde cualquier cosa —la picadura de un insecto, el pinchazo de una espina, el roce de una hoja— podía matar. Morada de trollocs, Myrddraal y cosas peores. Dos tiradas a cara o cruz habían decidido dónde empezar de nuevo. Cuatro naciones lindaban con La Llaga, pero su guerra personal cubría toda la extensión de esa frontera, desde el Océano Aricio hasta la Columna Vertebral del Mundo. Un lugar donde hallar la muerte era tan bueno como otro cualquiera. Casi estaba en casa. Casi había vuelto a La Llaga. Había estado lejos demasiado tiempo.

Un foso seco rodeaba la muralla de Canluum; tenía cincuenta pasos de anchura y diez de profundidad, y lo salvaban cinco anchos puentes de piedra con torreones a ambos lados, tan altos como los baluartes que jalonaban la propia muralla. A veces las incursiones de trollocs y Myrddraal provenientes de La Llaga llegaban a poblaciones de Kandor situadas más en el interior que Canluum, pero ningún asalto había logrado traspasar la muralla de la ciudad. El Ciervo Rojo ondeaba encima de todas las torres. Un hombre orgulloso, lord Varan, Cabeza Insigne de la casa Marcasiev; ni siquiera la reina Ethenielle desplegaba tantos estandartes en la propia Chachin.

Los guardias de las torres exteriores, que lucían la cimera astada de Varan en el yelmo y el Ciervo Rojo en el pecho, escudriñaban el interior de las carretas antes de dejar que cruzaran el puente o, de vez en cuando, indicaban a alguien que se retirara un poco más la capucha. Sólo hacía falta un gesto; la ley en todas las Tierras Fronterizas prohibía llevar oculta la cara dentro de un pueblo o de una ciudad, y nadie quería que lo confundieran con uno de los Seres de Cuencas Vacías que intentaba colarse a hurtadillas en la ciudad. Miradas duras siguieron a Lan y a Bukama en el puente. Sus rostros eran claramente visibles. Y sus *hadori.* Sin embargo, en ninguna de aquellas miradas vigilantes hubo señal de reconocimiento. Dos años era mucho tiempo en las Tierras Fronterizas. En dos años podían morir muchísimos hombres.

Librodot

Lan advirtió que Bukama se había quedado callado, lo que siempre era una mala señal.

—Tranquilo, Bukama.

—Nunca empiezo una pelea —espetó su compañero, pero dejó de toquetear la empuñadura de su espada.

Los guardias del tramo de la muralla que había sobre las puertas blindadas con hierro y los que estaban en el puente sólo llevaban peto y espaldar, pero no por ello estaban menos alertas, sobre todo con un par de malkieri que llevaban el cabello sujeto con un *hadori.* Bukama fue apretando más los labios a cada paso.

—¡Al'Lan Mandragoran! ¡La Luz nos valga, oímos que habíais muerto luchando contra los Aiel en las Murallas Resplandecientes! —La exclamación procedía de un guardia joven, más alto que los otros, casi tanto como Lan. Debía de tener uno o dos años menos que él, pero la diferencia parecía de diez. Toda una vida. El guardia hizo una profunda reverencia, con la mano izquierda en la rodilla—. ¡*Tai'shar Malkier*! —«Genuina estirpe de Malkier», significaba—. Estoy listo, majestad.

—No soy un rey —respondió quedamente Lan. Malkier había sucumbido. Lo único que perduraba era la guerra. En él, cuando menos.

Bukama no habló en voz baja.

—¿Que estás listo para qué, chico? —Bukama golpeó con la base de la mano el peto del guardia, justo en el Ciervo Rojo, y el joven reculó un paso—. ¡Te has cortado el cabello y lo llevas suelto! —Bukama pareció escupir las palabras—. ¡Sirves a un lord kandorés! ¿Con qué derecho afirmas ser malkieri?

El rostro del joven enrojeció; el chico parecía no saber qué contestar. Otros guardias se encaminaron hacia la pareja y después se pararon cuando Lan soltó las riendas. No hizo nada más, pero ahora sabían su nombre. Miraron al semental zaino plantado detrás de él, inmóvil y alerta, casi con tanta cautela como miraban a Lan. Un caballo de batalla era un arma formidable y no sabían que *Gato Danzarín* sólo estaba entrenado a medias aún.

Se abrió un hueco alrededor del grupo cuando la gente que ya había cruzado las puertas se apresuró a recorrer unos metros antes de volverse para mirar, en tanto que los que seguían en el puente recularon. Entre la gente se alzaron gritos en una y otra dirección preguntando qué había interrumpido el tránsito. Bukama hizo caso omiso de todo, centrado en el guardia ruborizado. No había soltado las riendas del caballo de carga ni las de su castrado ruano. Eso dejaba abierta la esperanza de seguir adelante sin que los aceros se desenvainaran.

Un oficial salió de la casa de guardia de piedra que había al otro lado de las puertas; llevaba el yelmo —adornado con el emblema— sujeto debajo del brazo, pero la mano enfundada en guantelete se apoyaba sobre la empuñadura de la espada. Alin Seroku, un hombre canoso de aspecto rudo, con cicatrices blanquecinas en la cara, había servido en La Llaga durante cuarenta años, pero sus ojos se abrieron ligeramente por la sorpresa al ver a Lan. Saltaba a la vista que él también había oído los rumores sobre su muerte.

—Que la Luz os ilumine, lord Mandragoran. El hijo de el'Leanna y al'Akir, bendita sea su memoria, siempre es bienvenido. —Los ojos de Seroku se desviaron hacia Bukama; su expresión no era de bienvenida. Plantó firmemente los pies en medio de la puerta. Cinco jinetes habrían podido pasar sin problema por ambos lados, pero su actitud lo hacía parecer una barrera, como lo era en efecto. Ninguno de los guardias se movió, pero todos tenían la mano sobre la empuñadura de la espada. Todos salvo el joven que sostenía la mirada feroz de Bukama con otra igual—. Lord Marcasiev nos ha ordenado mantener el orden a rajatabla —continuó Seroku, casi disculpándose. Pero sólo casi—. La ciudad está en tensión. Todas esas historias de un hombre que encauza ya son bastante malas de por sí, pero ha habido asesinatos en las calles este último mes y, lo que es peor, a plena luz del día, así como extraños accidentes. La gente rumorea sobre Engendros de la Sombra sueltos dentro de las murallas.

Lan hizo un ligero asentimiento con la cabeza. Dada la proximidad de La Llaga, la gente siempre achacaba a los Engendros de la Sombra cualquier cosa que parecía no tener explicación, ya fuera una muerte repentina o una mala cosecha inesperada. Sin embargo, no cogió las riendas de *Gato Danzarín.*

—Nuestra intención es descansar unos días aquí antes de cabalgar hacia el norte. —Descansar e intentar recuperar el «filo».

Por un instante le pareció que Seroku se sorprendía. ¿Acaso esperaba una promesa de respetar la paz o disculpas por el comportamiento de Bukama? Hacer ahora cualquiera de las dos cosas supondría avergonzar a su compañero. Sería una lástima que su guerra terminara allí. Lan no quería morir matando kandoreses.

Su viejo amigo apartó la mirada del joven guardia, que estaba temblando de rabia, prietos los puños contra los costados.

—Soy el único culpable de lo ocurrido —manifestó sin mirar a nadie, con voz inexpresiva—. No tengo disculpa por lo que he hecho. Juro por la memoria de mi madre que respetaré la paz de lord Marcasiev. Juro por la memoria de mi madre que no desenvainaré la espada dentro de las murallas de Canluum.

Seroku se quedó boquiabierto y a Lan le costó trabajo disimular su estupefacción.

El oficial del rostro con cicatrices sólo vaciló un momento antes de apartarse y hacer una reverencia al tiempo que tocaba la empuñadura de la espada primero y después se llevaba la mano al corazón.

—Lan Mandragoran Dai Shan siempre es bienvenido —manifestó formalmente—. Y también Bukama Marenellin, el héroe de Salmarna. Que ambos halléis la paz algún día.

—La paz está en el último abrazo de la madre —respondió Lan con igual formalidad mientras tocaba la empuñadura de la espada y después el corazón.

—Que nos acoja en su seno algún día —finalizó Seroku. Nadie ansiaba descansar en la tumba, pero en las Tierras Fronterizas era el único lugar donde se hallaba la paz.

Pétreo el rostro, Bukama echó a andar tirando de las riendas de *Venablo de Sol* y del caballo albardón sin esperar a Lan. Mala señal; algo no iba bien.

Canluum era una ciudad de piedra y ladrillo, y las calles adoquinadas serpenteaban alrededor de altas colinas. La invasión Aiel no había llegado en ningún momento a las Tierras Fronterizas, pero las perturbaciones de la guerra ocasionaban la disminución del comercio incluso en lugares muy lejanos a cualquier batalla y ahora, que tanto la contienda como el invierno habían terminado, gentes de todos los países abarrotaban la ciudad. A pesar de tener La Llaga prácticamente en la puerta de casa, la extracción de piedras preciosas en las colinas circundantes hacían de Canluum una ciudad próspera. Y, por raro que pudiera parecer, en ella residían los mejores relojeros del mundo. Los gritos de vendedores ambulantes y tenderos voceando sus mercancías se alzaban sobre el sordo murmullo de la multitud incluso fuera de las plazas de los mercados. Músicos, juglares o volatineros vestidos con ropas de vivos colores actuaban en todos los cruces de calles. Unos cuantos carruajes lacados traqueteaban entre la aglomeración de gente; carretas, carros y carretones, y caballos con sillas y bridas guarnecidas en oro o plata se abrían paso entre el gentío; los atuendos bordados de los jinetes eran tan recargados como los arreos de los animales, además de estar ribeteados con pieles de zorro, de marta o de armiño. Apenas quedaba un palmo de calle vacío por ningún sitio.

Lan vio incluso Aes Sedai, mujeres de rostro sereno e intemporal. Eran bastantes los que las reconocían nada más verlas, de modo que a su alrededor se formaban remolinos de gente para dejarles paso libre. Respeto o precaución, sobrecogimiento o temor: razones no faltaban para que incluso un rey se apartara de una hermana. Tiempo atrás podía pasar un año sin ver a una Aes Sedai, incluso en las Tierras Fronterizas, pero parecía que las hermanas estaban por todas partes desde que había muerto la anterior Sede Amyrlin. Quizá se debía a esos chismes sobre un hombre que encauzaba; no dejarían que anduviese suelto mucho tiempo, si realmente existía.

Lan desvió la vista de ellas y caminó deprisa para pasar inadvertido. El *hadori* podía bastar para despertar el interés de una hermana que buscara un Guardián. Se suponía que preguntaban al hombre antes de vincularlo, pero él conocía a varios que tenían ese vínculo y en todos los casos les había llegado por sorpresa. ¿Quién iba a renunciar a su libertad para trotar en pos de una Aes Sedai a menos que no todo se limitara a preguntar?

Increíblemente, los rostros de muchas mujeres quedaban cubiertos por velos de encaje.

Librodot

Encaje fino, lo bastante transparente para que se viera que tenían ojos, además de que nunca se había oído que existieran mujeres Myrddraal, pero Lan jamás habría imaginado que la ley se quebrantara por una simple moda.

El siguiente paso sería quitar las lámparas de aceite que jalonaban las calles y dejar que la oscuridad sentara sus reales por las noches. Más increíble que lo de los velos fue que Bukama miró a algunas de esas mujeres y no abrió la boca. Después, un hombre de nariz prominente, llamado Nazar Kurenin, se cruzó con Bukama y éste ni siquiera parpadeó. El guardia joven seguramente había nacido después de que La Llaga había engullido a Malkier, pero Kurenin, que llevaba el cabello corto y la barba dividida en dos puntas, le doblaba la edad a Lan. Los años no habían borrado completamente la marca de su *hadori.* Había muchos como Kurenin, y verlo tendría que haber hecho barbotar de rabia a Bukama. Lan miró a su amigo con preocupación.

En su trayecto hacia el centro de la ciudad iban ascendiendo en dirección a la colina más alta, Reducto del Ciervo. El palacio de lord Marcasiev, con apariencia de fortaleza, ocupaba la cumbre; los de otros nobles menores estaban emplazados en las terrazas inferiores. En cualquiera de esas residencias darían una cálida acogida a al'Lan Mandragoran. Tal vez más cálida de lo que él deseaba en ese momento. Bailes y cacerías con nobles invitados que vendrían desde largas distancias, hasta ochenta kilómetros algunos e incluso desde el otro lado de la frontera con Arafel. Gente ávida de escuchar sus «aventuras». Jóvenes que querrían unirse a sus incursiones en La Llaga y viejos que compararían sus experiencias con las de él. Mujeres ansiosas de compartir el lecho de un hombre al que los cuentos absurdos afirmaban que La Llaga no podía matar. A veces Kandor y Arafel eran iguales o peores que las tierras sureñas; algunas de esas mujeres estarían casadas.

Y habría hombres como Kurenin, afanados en el empeño de enterrar el recuerdo de Malkier, y mujeres que ya no se adornaban la frente con el *ki'sain* en promesa de consagrar a sus hijos a la lucha contra la Sombra hasta el último aliento. Podía pasar por alto las sonrisas falsas mientras lo llamaban al'Lan Dai Shan, Señor Tocado con la Diadema de Guerra y Rey No Coronado de una nación traicionada mientras él aún estaba en su cuna. Considerando el talante actual de Bukama, éste podría acabar matando a alguien. O algo peor, dado el juramento que había prestado en las puertas. Lo cumpliría a rajatabla, pero sólo con las manos y los pies era lo bastante peligroso para lisiar a un hombre de por vida.

—Varan Marcasiev nos retendrá una semana o más por cumplir las normas de cortesía —comentó Lan, que giró hacia una calle más estrecha que se alejaba cuesta abajo del Reducto—. Con lo que hemos oído sobre bandidos y demás, se alegrará de que no aparezca a presentarle mis respetos.

Totalmente cierto. Había visto al Cabeza Insigne de la casa Marcasiev sólo una vez, años atrás, pero recordaba al hombre de semblante grave, entregado por completo a sus deberes. Lord Marcasiev dispondría los preparativos de esos bailes y cacerías, pero lamentaría todos y cada uno de ellos.

Bukama lo siguió sin protestar por perderse una cama en palacio o los banquetes que prepararían los cocineros. Era preocupante. Además de recobrar su «filo», tenía que hallar un modo de aguzar el de Bukama o, para el caso, tanto daba si se cortaban las venas en ese mismo momento.

16



Hondonadas

En las cañadas próximas a la muralla norte no había palacios, sino tiendas y tabernas, posadas, establos y patios de carretas. En torno a los largos almacenes de los delegados comerciales se desarrollaba una gran actividad, pero al barrio de Hondonadas no llegaban carruajes y eran contadas las calles lo bastante anchas para que circularan carros por ellas. Aun así, estaban tan abarrotadas y eran tan ruidosas como las anchas avenidas. En ese barrio los artistas callejeros llevaban atuendos deslucidos, pero lo compensaban metiendo más jaleo, y compradores y vendedores por igual gritaban como si quisieran que se los oyera dos calles más allá. Entre la multitud habría cortabolsas, descuideros y todo tipo de ladrones que tras acabar su ronda matinal se dirigirían a zonas más altas mientras que otros se encaminarían hacia allí para probar fortuna por la tarde. Lo asombroso habría sido lo contrario, considerando la cantidad de mercaderes que había en la ciudad. Lan se guardó la bolsa debajo de la camisa la segunda vez que unos dedos invisibles le rozaron la chaqueta. Cualquier banquero le haría un préstamo a cuenta del predio shienariano que se le había concedido al alcanzar la edad adulta, pero perder el oro que llevaba encima significaba tener que aceptar la hospitalidad de Reducto del Ciervo.

En las tres primeras fondas que lo intentaron —unas construcciones cuadradas de piedra con tejados de pizarra y chillones letreros en el exterior—, los posaderos no tenían ni un tabuco libre que ofrecer. Comerciantes de poca monta y guardias de mercaderes tenían todo abarrotado hasta el ático. Bukama empezó a rezongar sobre preparar una cama en un pajar, pero no mencionó en ningún momento los colchones de plumas y las finas sábanas que esperaban en el Reducto. Dejaron los caballos al cuidado de los mozos de cuadra en la cuarta posada, La Rosa Azul, y Lan entró en el establecimiento dispuesto a encontrar un sitio para ellos dos aunque le llevara el resto del día.

Dentro, una mujer canosa, alta y guapa dirigía el negocio en la abarrotada sala común donde las charlas y las risas casi ahogaban el canto de una muchacha delgada, que se acompañaba con una cítara. El humo de las pipas se enroscaba en las vigas del techo, y de la cocina salía el olor a cordero asado. En cuanto la posadera vio a Lan y a Bukama se dio un tirón al delantal de rayas azules y se dirigió hacia ellos, penetrante la mirada de sus ojos oscuros.

Antes de que Lan tuviera tiempo de abrir la boca, agarró a Bukama por las orejas, tiró hacia abajo y lo besó. Las kandoresas no solían ser recatadas, pero aun así fue un beso notablemente largo e intenso para hacerlo delante de tantos ojos. En las mesas hubo sonrisitas burlonas y dedos que los señalaban.

—También me alegro de verte, Racelle —murmuró Bukama, esbozando una sonrisa, cuando la mujer lo soltó finalmente—. No sabía que tuvieras una posada aquí. ¿Crees que...? —Eludió los ojos en lugar de sostener la mirada de la mujer y eso resultó ser un error. El puño de Racelle se estrelló contra su mandíbula con tal contundencia que el impacto le bamboleó la cabeza y lo hizo tambalearse.

Librodot

—Seis años sin saber una palabra —bramó Racelle—. ¡Seis años!

Volvió a agarrarle las orejas y le dio otro beso, más largo aún esta vez. Mejor dicho, lo tomó. El firme y sostenido tirón de orejas frustraba cualquier otra opción que no fuera seguir inclinado y dejar que hiciese lo que quisiera. Cuando menos, no le clavaría un cuchillo en las costillas mientras lo besaba. O tal vez sí.

—Creo que la señora Arovni encontrará una habitación para Bukama en alguna parte —comentó con sequedad una voz familiar detrás de Lan—. Y para ti también, claro.

Lan se volvió y estrechó el brazo del único hombre en la sala que, además de Bukama, era tan alto como él: Ryne Venamar, su más viejo amigo aparte de su compañero de viaje. La posadera todavía tenía ocupado a Bukama, y Ryne condujo a Lan hacia una mesita redonda que había en un rincón. Cinco años mayor que él, Ryne también era malkieri, pero llevaba el cabello tejido en dos largas trenzas rematadas con campanillas; más campanillas de plata adornaban las bocas vueltas de sus botas y formaban una fila a lo largo de las mangas de la chaqueta amarilla. A Bukama no le caía mal Ryne exactamente, pero con su estado de ánimo actual sólo Nazar Kurenin podía causar un efecto peor.

Mientras los dos se acomodaban en los bancos, una camarera con el delantal de rayas les llevó vino con especias. Por lo visto, Ryne lo había pedido nada más ver a Lan. De ojos oscuros y labios carnosos, la muchacha miró a Lan de arriba abajo sin cortedad mientras soltaba la jarra delante de él, y después le susurró al oído su nombre, Lira, así como una invitación si hacía noche allí. Lo único que Lan quería esa noche era dormir, de modo que bajó la vista y murmuró que le hacía un gran honor. Lira no lo dejó terminar. Soltó una risa escandalosa, se agachó y le mordió con fuerza la oreja.

—Para mañana —anunció con voz alta, de timbre gutural— te habré honrado a tal punto que las rodillas no te sostendrán.

Un estallido de risotadas se alzó en las mesas de alrededor. Ryne imposibilitó cualquier posibilidad de arreglar las cosas al echarle una moneda y darle un azote en el trasero para que se marchara. Lira le dedicó una sonrisa que le marcó hoyuelos y se guardó la moneda de plata en el escote del vestido, pero se alejó lanzando miradas humeantes a Lan que hicieron que éste suspirara. Si se le ocurría decirle que no, la chica era capaz de clavarle un cuchillo por el insulto.

—Tu suerte con las mujeres no ha cambiado. —La risa de Ryne sonó un tanto cortante. Tal vez le gustaba la camarera—. La Luz sabe que es imposible que les parezcas atractivo. Cada año estás más feo. Quizá debería probar un poco esa modestia esquiva tuya y dejar que las mujeres me llevaran de la nariz.

Lan abrió la boca, pero en lugar de hablar echó un trago. No tendría que explicarlo, pero de todos modos ya era demasiado tarde para explicárselo a Ryne. El padre de éste se lo había llevado a Arafel el año que Lan cumplió los diez. Llevaba sólo una espada al cinto en lugar de dos en la espalda, pero aun así era arafelino de la cabeza a los pies. De hecho iniciaba conversaciones con mujeres que no se habían dirigido a él antes. Lan, educado por Bukama y sus amigos en Shienar, había crecido rodeado por una pequeña comunidad que conservaba las costumbres malkieri. Si Lira compartía su lecho esa noche, como parecía casi seguro, descubriría que no tenía nada de tímido ni de retraído una vez que se hubieran acostado, pero aun así era la mujer la que decidía cuándo entrar en esa cama y cuándo marcharse de ella.

Varias personas de la sala miraban hacia su mesa de reojo o por encima de los bordes de las jarras. Una mujer rellenita y de tez cobriza, que llevaba un vestido mucho más grueso de lo que era habitual en las domani, no hacía el menor esfuerzo por disimular sus ojeadas mientras hablaba animadamente con un tipo de bigote retorcido y con una gran perla en la oreja. Seguramente se preguntaba si habría jaleo por Lira, si un hombre que llevaba el *hadori* sería realmente capaz de matar por un quítame allá esas pajas.

—No esperaba encontrarte en Canluum —dijo Lan, que dejó la jarra sobre la mesa—. ¿Escoltas la caravana de un mercader?

A Bukama y a la posadera no se los veía por ningún sitio. Ryne se encogió de hombros.

—Desde Shol Arbela. El comerciante más afortunado de Arafel, decían. Decían. De

Librodot

mucho le ha servido. Llegamos ayer y anoche unos asaltantes le cortaron el cuello dos calles más arriba. Este viaje me he quedado sin paga. —Esbozó una sonrisa desganada y tomó un buen trago de vino, quizás en memoria del comerciante o tal vez por su paga perdida—. Y que me aspen si yo esperaba verte aquí.

—No deberías prestar oídos a los rumores, Ryne. No he sufrido ninguna herida digna de mención desde que partí hacia el sur. —Si conseguían habitación Lan pensaba tomarle el pelo a Bukama preguntándole si ya la había pagado y cómo. Quizás encorajinarse acababa con su apatía.

—Los Aiel —resopló Ryne con desdén—. Jamás pensé que pudieran liquidarte. —Él nunca se había enfrentado a los Aiel, claro—. Suponía que te encontrarías dondequiera que estuviera Edeyn Arrel. En este momento en Chachin, por lo que he oído.

Aquel nombre hizo que Lan alzara bruscamente la cabeza para mirar al hombre que tenía enfrente.

—¿Y por qué iba a estar cerca de lady Arrel? —demandó suavemente. Suavemente pero dando énfasis al título de la mujer.

—Tranquilo, hombre. No me refería a... —Con muy buen juicio, dio un giro a la conversación—. Que me aspen, no me digas que no te has enterado. Ha enarbolado la Grulla Dorada. En tu nombre, claro está. Con la entrada del nuevo año partió de Fal Moran a Maradon y acaba de regresar. —Ryne meneó la cabeza, y las campanillas del cabello tintinearon tenuemente—. Debe de haber doscientos o trescientos hombres aquí mismo, en Canluum, dispuestos a seguirla. A seguirte, quiero decir. Algunos que ni se te pasarían por la imaginación. El viejo Kurenin lloró cuando la oyó hablar. Todos están dispuestos a arrancar a Malkier de las garras de La Llaga.

—Lo que muere en La Llaga muerto está —respondió cansinamente Lan. Por dentro sentía un frío intenso. De repente, la expresión de sorpresa de Seroku al oír que se proponía cabalgar hacia el norte cobraba otro sentido, al igual que la afirmación del joven guardia de que estaba listo. Hasta las miradas de los que ocupaban la sala parecían diferentes. Y Edeyn era parte de ello. Siempre le había gustado estar en el centro de la tormenta—. Tengo que ocuparme de mi caballo —le dijo a Ryne mientras retiraba hacia atrás el banco en el que estaba sentado.

Ryne comentó algo sobre hacer una ronda por las tabernas esa noche, pero Lan casi ni lo oyó. Cruzó a buen paso la cocina, donde el calor de las estufas de hierro, los hornos de piedra y los hogares se dejaba notar, y salió al frío patio del establo en el que se mezclaban los olores a caballo, heno y humo de leña. Una alondra gris trinaba en el borde del tejado de la cuadra. Las alondras grises llegaban en primavera antes incluso que los petirrojos. Las alondras cantaban en Fal Moran la primera vez que Edeyn le había hablado muy quedo al oído.

Los caballos ya estaban en el establo, y los arreos, las sillas y las albardas se encontraban sobre las mantas de ensillar, encima de las puertas de las cuadras, pero de los cestos de mimbre no había rastro. La señora Arovni debía de haber avisado a los mozos de cuadra que Bukama y él tenían alojamiento.

En el oscuro establo sólo había una persona, una moza de cuadra delgada, de gesto duro, que limpiaba las cuadras. Sin dejar de trabajar observó en silencio a Lan, que revisaba a *Gato Danzarín* y a los otros caballos. Siguió observándolo cuando empezó a recorrer de un extremo a otro el reducido espacio de la cuadra. Lan intentaba pensar pero el nombre de Edeyn seguía rondándole la cabeza. Y también el rostro de la mujer, enmarcado en el sedoso cabello negro que le llegaba a la cintura; un rostro hermoso con grandes y oscuros ojos capaces de sorberle el alma a un hombre hasta cuando rebosaban autoridad.

Poco después la moza de cuadra murmuró algo en su dirección, se llevó los dedos a los labios y a la cabeza, y salió deprisa del establo con la carretilla medio llena, sin dejar de echarle vistazos por encima del hombro. Se paró para cerrar las puertas, cosa que también hizo con presteza, y lo dejó en la oscuridad rota únicamente por la tenue luz que entraba por los ventanucos abiertos en el pajar. Las motas de polvo danzaban en los pálidos rayos

Librodot

dorados.

Lan torció el gesto. ¿Tanto la asustaba un hombre que llevaba el *hadori*? ¿Le había parecido amenazador que caminara de un lado a otro de la cuadra? De pronto fue consciente del movimiento de sus manos a lo largo de la empuñadura de la espada, de la tensión de su rostro. ¿Caminar? No. Lo que había estado haciendo era desplazarse en la postura de lucha llamada *El leopardo en hierba alta*, que se utilizaba cuando había enemigos por todas partes. Tenía que tranquilizarse.

Se sentó cruzado de piernas en una bala de paja, asumió el *ko'di* y flotó en el imperturbable vacío, fundido en uno con la bala de paja que tenía debajo, con el establo, con la espada envainada en la funda. «Sentía» los caballos que comían en los pesebres, las moscas que zumbaban en los rincones. Todo formaba parte de él. Especialmente la espada. Pero en esta ocasión lo único que buscaba era el vacío carente de emociones.

De la bolsa del cinturón sacó un pesado sello de oro, con el grabado de una grulla en vuelo, y le dio vueltas en la mano. Era el anillo de los reyes malkieri, hombres que habían frenado el avance de la Sombra durante más de novecientos años. El desgaste a lo largo del tiempo había obligado a rehacerlo incontables veces, y en todas ellas habían fundido el anillo antiguo para que formara parte del nuevo. Todavía podía existir alguna partícula del que habían llevado los dirigentes de Rhamdashar, nación que había precedido a la de Malkier, y de Aramaelle, anterior a Rhamdashar. Ese trozo de metal representaba más de tres mil años de lucha contra La Llaga. Le había pertenecido desde hacía casi tantos años como los que tenía, pero nunca lo había llevado puesto. Generalmente hasta contemplarlo era una carga, una penosa tarea que se imponía a diario. Dudaba de que hubiera sido capaz de hacerlo ese día sin encontrarse en el vacío. En el *ko'di* la mente flotaba libremente y las emociones se hallaban más allá del horizonte.

Estando en la cuna le habían dado cuatro regalos: el anillo que tenía en las manos, el guardapelo que llevaba al cuello, la espada colgada a la cadera y un juramento prestado en su nombre. El guardapelo que guarecía el retrato de la madre y del padre que no recordaba haber visto en vida era el más preciado, y el juramento, el más oneroso. «Luchar contra el Oscuro mientras el hierro conserve su dureza y haya piedras a mano. Defender a los malkieri mientras quede una gota de sangre en las venas. Vengar lo que no pueda defenderse.» Y después lo habían ungido con óleos y lo habían nombrado Dai Shan, consagrándolo como el siguiente rey de Malkier, tras lo cual mandaron que lo sacaran de una tierra que sabían que moriría.

Ya no quedaba nada que defender, sólo una nación que vengar, y lo habían entrenado para eso desde que había dado los primeros pasos. Con el regalo de su madre al cuello y la espada de su padre en la mano, con el anillo grabado a fuego en el corazón, había luchado desde su decimosexto día onomástico para vengar a Malkier. Pero jamás había conducido hombres a La Llaga. Bukama había cabalgado con él, y otros también, pero no podía llevar hombres allí. Esa guerra era sólo suya. No se podía devolver la vida a los muertos y tampoco se podía resucitar una nación. Sólo que ahora Edeyn Arrel quería intentarlo.

Su nombre levantaba ecos en el vacío que lo envolvía. Un centenar de emociones surgieron como implacables montañas, pero alimentó el fuego con ellas hasta que todo fue quietud. Hasta que su corazón latió al ritmo del lento pataleo de los caballos del establo y el aleteo de las moscas marcó un contrapunto con su respiración. Ella era su *carneira*, su primer amor. A despecho de la quietud que lo envolvía, un millar de años de tradición se lo gritaban.

Él tenía quince años y Edeyn más del doble cuando la mujer le recogió con las manos el pelo que todavía le llegaba a la cintura y le susurró sus intenciones. Por entonces las mujeres aún lo llamaban guapo y se reían de sus sonrojos, y durante medio año Edeyn había disfrutado pavoneándose con él del brazo y metiéndolo en su cama. Hasta que Bukama y los otros hombres le entregaron el *hadori.* El regalo de su espada en su décimo día onomástico lo había convertido en un hombre según la costumbre a todo lo largo de la Frontera, aunque con años de anticipación; pero entre los malkieri ese cordón de cuero trenzado había sido más importante. Una vez que le ciñó la frente, él fue el único que decidió dónde ir y cuándo y por qué. Y la oscura canción de La Llaga se había convertido en un aullido que ahogaba cualquier

otro sonido. El juramento que había pronunciado en el fondo de su corazón tanto tiempo atrás se tornó una danza que sus pies debían seguir.

Habían pasado casi diez años desde que Edeyn lo vio partir de Fal Moran, y cuando volvió ella se había ido, pero todavía recordaba su cara con más claridad que la de cualquier mujer que había compartido su cama desde entonces. Ya no era un muchacho para creer que lo había amado por el simple hecho de elegirlo para ser su primera amante, aunque existía un viejo dicho entre los malkieri: «Tu *carneira* lleva para siempre una parte de tu alma como una cinta en el cabello». La costumbre tan fuerte como una ley hacía que fuera así.

Una de las puertas del establo chirrió al abrirse y apareció Bukama, sin chaqueta y con la camisa metida de cualquier manera en los pantalones. Sin la espada parecía que estuviera desnudo. Como indeciso, abrió las dos puertas de par en par antes de entrar en el establo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó finalmente—. Racelle me ha contado lo de..., lo de la Grulla Dorada.

Lan volvió a guardar el anillo y dejó que el vacío desapareciera. De pronto, la cara de Edeyn pareció encontrarse en todas partes, justo fuera del alcance de la vista.

—Ryne dice que hasta Nazar Kurenin está dispuesto a seguirme —comentó a la ligera—. ¿No sería eso algo digno de verse? —Un ejército podía perecer al tratar de derrotar a La Llaga. Ejércitos enteros habían sucumbido al intentarlo. Pero el recuerdo de Malkier ya empezaba a morir, y una nación era tanto su recuerdo como el propio territorio—. Ese chico de las puertas podría dejarse crecer el cabello y pedirle a su padre el *hadori.* —La gente estaba olvidando; intentaba olvidar. Cuando hubieran desaparecido el último hombre con el cabello atado y la última mujer con la frente pintada, ¿también habría muerto realmente Malkier?—. Vaya, pero si hasta es posible que Ryne se quite esas trenzas. —Todo atisbo de chanza desapareció de su voz al añadir—: Pero ¿merece la pena el precio? Al parecer algunos creen que sí.

Bukama resopló, pero había habido una pausa. Quizás él era uno de los que lo pensaban.

El hombre de más edad se dirigió a la cuadra donde estaba *Venablo de Sol* y empezó a toquetear la silla que había encima de la puerta como si de repente hubiese olvidado a qué había ido allí.

—Todo tiene un precio —dijo sin levantar la vista—. Pero hay precios y precios. Lady Edeyn... —Echó una ojeada a Lan y luego se volvió para mirarlo cara a cara—. Siempre ha sido de las que exigen todos los derechos y requieren que se cumpla hasta la más pequeña obligación. La costumbre te ata con cuerdas y, hagas la elección que hagas, ella las utilizará como una brida a menos que encuentres un modo de evitarlo.

Lan metió sosegadamente los pulgares en el cinturón de la espada. Bukama lo había sacado de Malkier cargado a la espalda. Era el último de los cinco que habían sobrevivido a aquel viaje. Bukama tenía derecho a hablar con claridad aunque al soltar la lengua sus palabras alcanzaran a su *carneira.*

—¿Y cómo sugieres que eluda mis obligaciones sin cubrirme de deshonor? —preguntó con más brusquedad de lo que era su intención. Respiró hondo y continuó en un tono más suave—. Ven, la sala común huele mucho mejor que esto. Ryne sugirió hacer una ronda de tabernas esta noche. A no ser que la señora Arovni tenga compromisos prioritarios contigo. Ah, por cierto, ¿cuánto nos costarán las habitaciones? ¿Son buenas? No demasiado caras, espero.

Bukama se reunió con él camino de las puertas del establo; estaba sonrojado.

—No muy caras —se apresuró a contestar—. Tú tienes un camastro en el ático y yo..., eh..., me alojo en el cuarto de Racelle. Me gustaría dar una vuelta por las tabernas, pero creo que Racelle... No creo que tenga intención de dejarme... Yo... ¡Puñetero mocoso! —farfulló—. ¡Ahí dentro hay una jovencita que se llama Lira y que está proclamando que no usarás ese camastro esta noche y que tampoco dormirás mucho, así que no creas que puedes...! —Se calló de golpe al salir a la luz del sol, que parecía más brillante después de la oscuridad del interior del establo. La alondra seguía cantando a la primavera.

Seis hombres cruzaban el patio, vacío a excepción de ellos. Eran seis hombres

Librodot

corrientes, con la espada al cinto, como cualquier hombre en cualquier calle de la ciudad. Pero Lan lo supo antes de que las manos se movieran, antes de que las miradas se centraran en ellos y los hombres apretaran el paso. Se había enfrentado a muchos hombres que querían matarlo para no saber sus intenciones. Y a su lado tenía a Bukama, comprometido por un juramento que no le habría permitido desenvainar la espada aunque la hubiese llevado al cinto. Las manos eran armas ineficaces contra espadas, sobre todo cuando el adversario era tan superior en número. Si los dos intentaban volver al interior del establo, los hombres los habrían alcanzado antes de que tuvieran tiempo de atrancar las puertas. El tiempo pareció lentificarse, fluir como miel fría.

—¡Adentro y atranca las puertas! —bramó Lan al tiempo que llevaba la mano a la empuñadura—. ¡Obedéceme, soldado!

En la vida le había dado una orden a Bukama de esa manera, y el hombre vaciló un instante, pero después inclinó la cabeza con gesto formal.

—Mi vida es vuestra, Dai Shan —dijo con voz sorda—. Os obedezco.

Mientras Lan echaba a andar hacia los atacantes oyó caer la tranca del establo con un golpe seco. Percibió lejana la sensación de alivio. Flotaba en el *ko'di*, era uno con la espada que salió suavemente de la vaina. Uno con los hombres que corrían hacia él, las botas resonando sordamente en la tierra apelmazada del patio, los aceros desnudos.

Un tipo flaco, con aspecto de grulla, se adelantó a los otros y Lan ejecutó las posturas. El tiempo cual miel fría. La alondra gris cantaba y el hombre delgado chilló cuando *Cortar las nubes* le seccionó la mano derecha por la muñeca en tanto que Lan, pasando con gracilidad de una postura a otra, se desplazaba hacia un lado para que los demás no pudieran atacarlo a un tiempo. *Llovizna en el ocaso* cortó la cara a un hombre y le sacó un ojo; un joven pelirrojo dio un tajo a Lan en las costillas con *Guijarros negros en la nieve.* Únicamente en los cuentos un hombre se enfrentaba a seis sin sufrir heridas. *La rosa se abre* cortó el brazo izquierdo a un hombre calvo, y el pelirrojo logró hacer una incisión en el rabillo del ojo a Lan. Sólo en los cuentos un hombre se enfrentaba a seis y sobrevivía. Eso lo había sabido desde el principio. El deber era pesado como una montaña, la muerte, liviana como una pluma. Y su deber era para con Bukama, que había llevado cargado a la espalda a un infante. Sin embargo, de momento seguía vivo, así que luchó asestando una patada en la cabeza al pelirrojo, danzando en su camino a la muerte. Danzó y recibió heridas, sangró y danzó en el aguzado filo de la vida. El tiempo cual miel fría, fluyendo de postura en postura, y sólo podía haber un final. Pero todo era algo distante. La muerte, liviana como una pluma. *Diente de león al viento* rebanó la garganta al gordo al que había dejado tuerto —ni con la cara destrozada había dejado de atacarlo—, y un tipo con barba dividida en dos puntas y hombros de herrero exhaló un grito de sorpresa cuando *Besar a la víbora* le hundió el acero de Lan en el corazón.

Y de repente, Lan cayó en la cuenta de que sólo quedaba él de pie, con seis hombres desplomados delante del establo. El joven pelirrojo hincó los talones en el suelo con una última sacudida convulsiva, y después Lan fue el único de los siete que todavía respiraba. Sacudió la sangre de su espada, se inclinó para limpiar las últimas gotas con la chaqueta —demasiado buena— del herrero y envainó formalmente el arma como si estuviera en el patio de entrenamiento bajo la mirada atenta de Bukama.

La gente salió de golpe de la posada, cocineras y mozos de cuadra, camareras y parroquianos que preguntaban a voces qué era todo ese jaleo, y se quedaron mirando estupefactos a los hombres muertos. Ryne fue el primero en acercarse, espada en mano y el rostro carente de expresión al detenerse frente a Lan.

—Seis —murmuró mientras observaba los cuerpos—. Realmente tienes la jodida suerte del Oscuro.

Lira llegó junto a Lan sólo unos instantes antes que Bukama y los dos empezaron a entreabrir las rasgaduras de sus ropas para examinarle las heridas. La joven se estremecía delicadamente con cada una que dejaba a la vista, pero comentó en un tono tan tranquilo como el de Bukama si no convendría mandar llamar a una Aes Sedai para que diera la Curación y lo que hacía falta coser, y después rechazó desdeñosamente la posibilidad de que

fuera Bukama quien usara la aguja en lugar de ella. La señora Arovni, recogida la falda para que no se manchara en los charcos de sangre y barro, iba de aquí para allí con aire ofendido a la par que asestaba miradas feroces a los cadáveres desparramados por el patio de su establo y protestaba en voz alta que las bandas de asaltantes no merodearían a plena luz del día si la guardia estuviera haciendo su trabajo. La domani que había mirado fijamente a Lan en la sala se mostró de acuerdo, también en voz alta, y su esfuerzo se lo pagó la posadera con una seca orden de que fuera a buscar a la guardia, además de un empellón para que se pusiera en marcha. El modo de tratar a una parroquiana daba la medida de la conmoción de la señora Arovni, y que la domani saliera corriendo sin protestar daba la medida de la conmoción de todo el mundo. La posadera empezó a organizar hombres para que se llevaran de su vista los cadáveres.

Ryne miró a Bukama y después volvió la vista hacia el establo como si no entendiera; y probablemente no lo entendía.

—No eran asaltantes, creo —dijo sin embargo. Señaló al tipo con aspecto de herrero—. Cuando Edeyn Arrel estuvo aquí, ése se encontraba presente y le gustó lo que oyó. Y uno de los otros también, creo. —Las campanillas del cabello sonaron al menear la cabeza—. Es curioso. La primera vez que habló de enarbolar la Grulla Dorada fue después de que nos llegara el rumor de que habías muerto fuera de las Murallas Resplandecientes. El nombre de al'Lan congrega hombres, pero, estando muerto, ella podría ser el'Edeyn. —Alzó las manos al ver las miradas que Lan y Bukama le lanzaban.

»No hago acusaciones —se apresuró a decir—. Jamás acusaría a lady Edeyn de algo así. Estoy seguro de que tiene toda la tierna sensibilidad que puede esperarse de una mujer.

La señora Arovni soltó un gruñido fuerte y seco como un puñetazo y Lira masculló en voz baja que el guapo arafelino sabía poco sobre mujeres.

Lan meneó la cabeza. No era una negativa. Edeyn era capaz de disponer que lo mataran si servía a sus intereses, podría haber dejado órdenes aquí y allí por si acaso los rumores sobre su muerte resultaban falsos, pero aunque lo hubiera hecho no era motivo para relacionar su nombre con ello, sobre todo delante de extraños. Las manos de Bukama se quedaron quietas manteniendo abierto un desgarro en la manga de Lan.

—¿Adónde iremos desde aquí? —preguntó en voz queda.

—A Chachin —respondió Lan al cabo de un momento. Siempre se tenía posibilidad de elegir, pero a veces todas las opciones eran duras—. Tendrás que dejar a *Venablo de Sol.* Me propongo partir mañana con las primeras luces del día. —El oro que le quedaba alcanzaría para proporcionarle a Bukama una montura nueva.

—¡Seis! —gruñó Ryne, que envainó la espada con bastante fuerza—. Creo que voy a acompañarte. Prefiero no regresar a Shol Arbela hasta tener la certeza de que Ceiline Noreman no me hace responsable de la muerte de su marido. Y será estupendo ver ondear de nuevo la Grulla Dorada.

Lan asintió. Elegir entre abandonar lo que se había prometido a sí mismo tantos años atrás y enarbolar el estandarte, o detenerla. Si es que podía. En uno u otro caso tendría que encararse con Edeyn. La opción de La Llaga habría sido mucho más fácil.

Librodot

17



Una llegada

Al final del primer mes, Moraine había llegado a la conclusión de que ir en pos de la profecía tenía muy poco de aventura y mucho de aburrimiento, y al cabo de tres meses de haber abandonado Tar Valon su grandiosa búsqueda había derivado principalmente en frustración. Todavía sentía la piel demasiado tirante por los Tres Juramentos y, por si eso fuera poco, había que añadir la laceración de la silla de montar. El viento sacudía los postigos cerrados contra los pasadores, y Moraine rebulló en la dura silla de madera; bebió un sorbo de té con miel para ocultar la impaciencia. En Kandor las comodidades se reducían al mínimo en una casa en duelo. No le habría sorprendido demasiado si hubiese visto escarcha en los muebles de madera, con tallas de hojas, o en la caja metálica del reloj que había sobre la chimenea apagada.

—Fue todo muy extraño, milady —suspiró Jurine Najima, y por décima vez estrechó ferozmente a sus hijas contra sí como si nunca fuera a soltarlas. Las chicas parecieron hallar consuelo en el prieto abrazo. De pie a ambos lados de la silla de Jurine, Colar y Eselle, de unos trece y catorce años, tenían el largo cabello negro de su madre y los grandes ojos azules rebosantes de dolor. Los ojos de Jurine también parecían grandes en una cara demacrada por la tragedia, y daba la impresión de que el sencillo vestido gris se hubiese confeccionado para una mujer más gruesa—. Josef era siempre muy cuidadoso con las linternas en el establo —prosiguió—, y nunca permitía que se entrara con ningún tipo de fuego. Los chicos debieron de llevar al pequeño Jerid a ver a su padre al trabajo y... —Otro profundo suspiro—. Todos quedaron atrapados dentro. ¿Cómo pudo arder todo el establo tan deprisa? No tiene sentido.

—Hay pocas cosas que lo tienen, señora Najima —dijo en tono tranquilizador Moraine, que dejó la taza en la pequeña mesa que tenía al lado. Sentía lástima, pero la mujer había empezado a repetirse—. No siempre se encuentra la razón, pero saber que hay una puede servirnos de consuelo. La Rueda del Tiempo gira en el Entramado según sus designios, pero el Entramado es obra de la Luz.

Al oírse, Moraine tuvo que contener una mueca. Esas palabras requerían una dignidad y un peso que su juventud no podía darles. Por un instante deseó tener el rostro intemporal, pero lo que menos le interesaba en ese momento era que el título de Aes Sedai quedara unido a su visita. Ninguna hermana había ido a visitar a Jurine todavía, pero alguna aparecería antes o después.

—Lo que vos digáis, milady Alys —respondió cortésmente la otra mujer, aunque un movimiento de los ojos en un momento de descuido reveló lo que pensaba. Esa extranjera era una cría estúpida, por noble que fuese.

La pequeña gema azul de la *kesiera* que le colgaba sobre la frente y uno de los trajes de montar de Tamore, en verde oscuro, confirmaban su supuesto rango. La gente permitía a un noble hacer preguntas que nunca consentiría a un plebeyo, además de que se aceptaba un comportamiento extraño como algo natural. Supuestamente, estaba haciendo visitas de pésame en duelo por la muerte de su propio rey. Y eso que no había mucha gente que llorara a

Laman en el propio Cairhien. Las últimas noticias que tenía de allí, de hacía un mes, hablaban de cuatro casas que aspiraban al trono y de feroces escaramuzas, algunas de ellas, casi batallas. Luz, ¿cuántos morirían antes de que se arreglaran las cosas? También habría habido muertos si el plan de la Torre hubiese seguido adelante —la sucesión al Trono del Sol siempre se disputaba, ya fuera con enfrentamientos abiertos o asesinatos o secuestros— pero al menos había estado ausente el tiempo suficiente para poner fin a ese plan. Y pagaría por ello, aparte del castigo que Sierin le impusiera por desobediencia.

Tal vez dejó entrever algo de su rabia, porque la señora Najima pareció creer que ella misma había dejado ver sus pensamientos con demasiada claridad, y empezó a hablar de nuevo con ansiedad. Nadie quería enfadar a un noble, aunque fuera de otro país.

—Josef había tenido siempre tanta suerte, milady Alys. Todo el mundo lo comentaba. Decían que si Josef Najima se cayera a un agujero, habría ópalos en el fondo. Cuando acudió a la llamada de lady Kareil para luchar contra los Aiel me preocupé, pero no sufrió ni un rasguño. Cuando sobrevino la fiebre de campamento no nos afectó ni a nosotros ni a nuestros hijos. Josef se ganó el favor de lady Kareil sin procurarlo. Entonces parecía que realmente la Luz nos iluminaba. Jerid nació sano y sin percances, la guerra terminó en cuestión de días y, cuando regresamos a Canluum, la señora nos concedió la caballeriza por los servicios de Josef, y... y... —Se tragó las lágrimas que no quería derramar. Colar empezó a sollozar y su madre la estrechó con más fuerza y le susurró palabras tranquilizadoras.

Moraine se levantó. Más repetición. Allí no había nada para ella. Jurine también se puso de pie; aunque no era una mujer alta le sacaba casi una mano. Cualquiera de las dos chicas podía mirarla directamente a los ojos. Obligándose a no actuar con prisa, murmuró más frases de condolencia e intentó poner en la mano de la mujer una bolsa de gamuza mientras las chicas le llevaban la capa forrada de piel y los guantes. Una bolsa pequeña. Al principio, el instinto la había inducido a ser generosa a pesar de la recompensa que no tardaría en llegar si es que no se había recibido ya, pero dentro de poco tendría que buscar un banco.

La negativa obstinada de la mujer a tomar la bolsa la irritó. No. Entendía el orgullo y, además, lady Kareil se había ocupado de proveer. El hecho de que hubiese un reloj era señal de un hogar próspero. Lo que la irritaba realmente era su deseo de marcharse. Jurine Najima había perdido a su esposo y a tres hijos en una mañana terrible, pero su pequeño Jerid había nacido a más de treinta kilómetros del lugar correcto. A Moraine le incomodaba sentir alivio en relación con la muerte de un infante. Pero lo sentía. El niño muerto no era el que buscaba.

Fuera, bajo un cielo gris, se ciñó la capa. Cualquiera que caminara por las calles de Canluum con la capa abierta atraería las miradas. Cuando menos, cualquier forastero, a menos que resultara obvio que esa persona era una Aes Sedai. Además, el hecho de impedir que el frío la afectara no significaba que fuera totalmente ajena a él. Que la gente de allí llamara sin atisbo de sorna «la entrada de la primavera» a esto, escapaba a su comprensión. Tachó mentalmente el nombre de Jurine Najima. En el libro de notas que llevaba en la escarcela ya había otros nombres cruzados con una raya: los de las madres de cinco niños nacidos en el lugar o el día equivocado, así como el de las madres de tres niñas. Su optimismo inicial de que sería la que encontrara al pequeño se había reducido a una débil esperanza. El librito contenía cientos de nombres. Seguro que las rastreadoras de Tamra darían primero con él. A pesar de todo tenía intención de seguir adelante. Tendrían que pasar años antes de que pudiera volver a Tar Valon sin que entrañara riesgo. Muchísimos años.

A despecho del viento helador que soplaba sobre los tejados, las sinuosas calles se encontraban abarrotadas de gente que iba y venía, de carros y carretas, de vendedores ambulantes con sus bandejas o carretones. Los carreteros gritaban y hacían restallar los largos látigos para hacer algún progreso; de ellos, las mujeres eran las más inclinadas a descargarlos sobre carne y por ello avanzaban en línea recta. Sin embargo, Moraine tenía que andar con cuidado y esquivar carretas y carros de ruedas altas. No era la única persona forastera que iba a pie por las calles. Un tarabonés con un enorme bigote la empujó al pasar a su lado y masculló una disculpa, y una altaranesa de tez olivácea la miró con cara de pocos amigos, y después le sonrió un illiano con la típica barba que no cubría el labio superior, un tipo muy

Librodot

guapo y no excesivamente alto. Un teariano de tez morena, aún más guapo, la miró de arriba abajo y frunció los labios en un gesto que delató sus pensamientos lascivos. El tipo incluso hizo intención de hablarle, pero Moraine dejó que el viento le levantara un lado de la capa, lo suficiente para dejar a la vista las franjas que cruzaban la pechera de su vestido. Fue suficiente para que el teariano saliera disparado. Seguramente estaba dispuesto a dirigirse con su cara bonita y sus proposiciones lujuriosas a una mercader, pero con una noble era otro cantar.

No todo el mundo se veía forzado a ir a paso de tortuga. En dos ocasiones Moraine avistó Aes Sedai entre la multitud, y los que reconocían el rostro intemporal se quitaban de su paso de un salto y avisaban prestamente a otros para que se apartaran, de modo que caminaban en huecos despejados que se abrían y cerraban a su paso calle adelante. No conocía a ninguna de las dos mujeres, pero mantuvo la cabeza agachada y continuó por el otro lado de la calle, a suficiente distancia para que no percibieran su habilidad. Quizá debería ponerse un velo. Una mujer fornida se cruzó con ella; el encaje del velo hacía borrosos los rasgos del rostro. Hasta Sierin Vayu habría resultado irreconocible a tres metros con uno de ésos. Aunque absurda, la idea le provocó un escalofrío a Moraine.

La posada donde había alquilado una pequeña habitación se llamaba Las Puertas del Cielo, tenía cuatro pisos de piedra, con el tejado verde, y era la mejor y la más grande de Canluum. Los talleres cercanos de joyeros, orfebres, plateros y modistas prestaban sus servicios a los nobles del Reducto, que se alzaba detrás de la posada. De haber sabido quién más se alojaba allí antes de pagar su estancia, no se habría quedado. No había una sola habitación libre en la ciudad, pero un pajar habría sido preferible. Respiró hondo y entró deprisa en el establecimiento. Ni la bocanada de calor procedente de cuatro grandes hogares ni los buenos olores que venían de la cocina le aflojaron la tensión de los hombros.

La sala común era grande, con vigas de color rojo intenso, y todas las mesas estaban ocupadas. En su mayor parte, los parroquianos eran mercaderes vestidos con ropas sencillas que hacían tratos en voz baja mientras tomaban vino, y unos pocos artesanos acaudalados ataviados con chaquetas o vestidos bordados profusamente. Moraine apenas reparó en ellos. Como mínimo había cinco hermanas alojadas en Las Puertas del Cielo —a ninguna de las cuales conocía de la Torre, gracias a la Luz— y todas se encontraban en la sala cuando entró. Maese Helvin, el posadero, haría sitio para una Aes Sedai aunque tuviera que obligar a otros clientes a sentarse más apretados.

Las hermanas guardaban las distancias entre ellas, casi sin darse por enteradas de la presencia de las demás, y la gente que antes no habría reconocido a una Aes Sedai al verla sí lo hacía ahora, y sabía lo suficiente para no entremeterse. Todas las demás mesas se hallaban abarrotadas; pero, si algún hombre estaba sentado con una Aes Sedai, es que era su Guardián, todos de mirada dura y un aire peligroso por muy corriente que pudiera parecer su aspecto. Una de las hermanas que se encontraba sola era una Roja, algo que Moraine sabía por un comentario oído por casualidad. Sólo Felaana Bevaine, una Marrón delgada y rubia que llevaba un sencillo vestido de paño oscuro, lucía el chal. Había sido la primera en abordar a Moraine cuando llegó. Ni que decir tiene que habían percibido su habilidad tan pronto como se acercó.

Guardando los guantes bajo el cinturón y doblando la capa sobre un brazo, echó a andar hacia la escalera de piedra que había al fondo de la sala. No muy deprisa, pero tampoco entreteniéndose. Y mirando al frente. Los ojos de las hermanas la siguieron; era casi como sentir unos dedos, aunque no exactamente agarrándola. Ninguna le habló. La tenían por una espontánea, una mujer que había aprendido a encauzar por sí sola. Esa afortunada equivocación se había producido por casualidad, una idea errónea por parte de Felaana, pero se había reforzado por la presencia de una verdadera espontánea en la posada. Nadie sabía lo que era la señora Asher excepto las hermanas. A muchas Aes Sedai les desagradaban las espontáneas y las consideraban una pérdida para la Torre, pero eran pocas las que se tomaban la molestia de hacerles la vida imposible. La señora Asher, una mercader vestida con ropas de paño oscuro y un broche redondo esmaltado en rojo como único adorno, bajaba la vista cada vez que una hermana la miraba, pero no les interesaba. El cabello canoso de la mujer se

encargaba de ello.

Entonces, justo cuando Moraine llegaba a la escalera, una mujer habló a su espalda.

—Vaya, vaya. Qué sorpresa.

Se volvió deprisa y mantuvo el gesto sereno con esfuerzo mientras hacía una breve reverencia, la adecuada de una noble menor a una Aes Sedai. A dos Aes Sedai. Vestían seda de colores sobrios, pero aparte de la propia Sierin no podía haber topado con nadie peor que esas dos.

Los aladares blancos en el largo cabello de Larelle Tarsi resaltaban la serena elegancia de la mujer de tez cobriza. Ella le había dado varias clases, tanto de novicia como de Aceptada, y tenía una habilidad especial para formular la pregunta que uno menos quería que le hicieran. Peor aún, la otra era Merean. Verlas juntas la sorprendió; no había imaginado que se cayeran especialmente bien.

Larelle era tan fuerte como Merean, lo que exigía deferencia, pero ahora no estaban en la Torre. No tenían derecho a inmiscuirse en lo que quiera que Moraine estuviera haciendo allí. Sin embargo, si cualquiera de las dos hacía allí el comentario equivocado, la noticia de que Moraine Damodred deambulaba por ahí de incógnito se propagaría entre las hermanas que estaban en la sala y llegaría a oídos indebidos, tan seguro como que el hueso de durazno era venenoso. La vida era así. Poco después le llegaría una orden de regresar a Tar Valon. Desobedecer a la Sede Amyrlin una vez ya era bastante malo. Si lo hacía dos veces, a buen seguro que se enviaría a hermanas a llevarla de vuelta. Abrió la boca con la esperanza de anticiparse antes de que se diera esa posibilidad, pero alguien se le adelantó.

—No es menester intentarlo con ésta —dijo Felaana, que se volvió en el banco de una mesa cercana, en la que estaba sentada sola. Había estado enfrascada en escribir en un librito encuadernado en cuero y tenía una mancha de tinta en la punta de la nariz, nada menos—. Dice que no tiene interés en ir a la Torre. Tozuda como una mula al respecto. Y también reservada. Se supone que deberíamos estar enteradas de que había aparecido una espontánea en una casa menor cairhienina, pero a esta pequeña le gusta guardar las distancias.

Larelle y Merean miraron a Moraine, la primera con una ceja enarcada y la segunda tratando, aparentemente, de contener una sonrisa.

—Es muy cierto, Aes Sedai —dijo con tiento Moraine, aliviada de que otra hubiese establecido la base de su argumento—. No deseo apuntarme como novicia y no lo haré.

Felaana la observó con aire pensativo, pero siguió dirigiéndose a las otras.

—Pongamos que tiene veintidós, pero la regla se ha pasado por alto en un par de ocasiones. Una mujer dice que tiene dieciocho y eso basta para que se la inscriba. A menos que sea una mentira demasiado evidente, claro, y esta pequeña podría aparentar fácilmente...

—Nuestras reglas no se hicieron para que se soslayaran —la atajó Larelle, cortante.

—No creo que esta joven aceptara mentir sobre su edad, Felaana —intervino Merean—. No quiere ser novicia, así que déjalo estar.

Moraine casi soltó un suspiro de alivio. Felaana era bastante más débil que ellas para aceptar que la interrumpieran, pero empezó a levantarse con la clara intención de seguir con la discusión. Sin acabar de ponerse de pie miró hacia la escalera, detrás de Moraine, y abrió mucho los ojos. Se volvió a sentar de golpe y se centró de nuevo en escribir como si en el mundo sólo existiera el librito de notas. Merean y Larelle se ajustaron los chales de modo que los flecos grises y los azules se mecieron. Parecían ansiosas de hallarse en cualquier otro sitio. Daba la impresión de que les hubiesen clavado los pies al suelo.

—Así que esta pequeña no quiere ser novicia —dijo una voz de mujer desde la escalera. Una voz que Moraine sólo había oído una vez, hacía dos años, y nunca olvidaría. Varias mujeres eran más fuertes que ella, pero sólo una podía serlo tanto como ésta. De mala gana, miró hacia atrás.

Unos ojos casi negros la observaban debajo de un moño color gris acerado que iba decorado con adornos de oro: estrellas y pájaros, medias lunas y peces. También Cadsuane llevaba puesto el chal con los flecos verdes.

—En mi opinión, pequeña —dijo secamente—, te vendría bien pasar diez años de

blanco.

Todo el mundo había pensado que Cadsuane Melaidhrin había muerto en algún lugar, retirada, hasta que reapareció al inicio de la Guerra de Aiel, y sin duda muchas hermanas deseaban que estuviera realmente en la tumba. Cadsuane era una leyenda, y tener un mito vivo con los ojos clavados en una resultaba muy perturbador. La mitad de las historias que se contaban de ella rayaban en lo imposible y la otra mitad lo superaban, incluso entre aquellas de las que había prueba. Un antiguo rey de Tarabon había desaparecido de palacio cuando se supo que podía encauzar y se lo había llevado a Tar Valon para amansarlo mientras un ejército que no daba crédito a lo que se decía iba detrás para intentar el rescate. El rapto de un rey de Arad Doman y de una reina de Saldaea, a los que se había hecho desaparecer como por arte de magia, en secreto, y cuando Cadsuane los liberó al fin, la guerra que parecía inevitable había caído completamente en el olvido. Se contaba que contravenía la ley de la Torre cuando le venía bien, que desacataba las costumbres, que hacía las cosas a su modo y a menudo arrastraba a otros con ella.

—Agradezco a la Aes Sedai su interés —empezó Moraine, pero se calló ante aquella intensa mirada. No era una mirada dura, sino simplemente implacable. Al parecer había habido incluso Sedes Amyrlin que a lo largo de los años habían tenido cuidado de no interponerse en su camino. Se rumoreaba que una vez hasta había agredido a una Amyrlin. Pero eso era imposible, claro; ¡la habrían ejecutado por ello! Moraine tragó saliva con esfuerzo; dos veces. Cadsuane bajó los peldaños de la escalera.

—Traed a la chica —les dijo a Merean y a Larelle, y sin volver la vista atrás empezó a cruzar la sala común.

Mercaderes y artesanos la miraron, algunos abiertamente y otros de reojo; también los Guardianes, pero todas las hermanas mantuvieron la vista en la mesa.

El semblante de Merean se puso tenso y Larelle soltó un suspiro exagerado, pero las dos azuzaron a Moraine para que caminara en pos de la figura con los adornos de oro meciéndose en el moño. No le quedó más remedio que ir. Al menos Cadsuane no podía ser una de las mujeres a las que Tamra había llamado; no había vuelto a Tar Valon desde aquella visita al principio de la guerra.

La hermana Verde las condujo hacia uno de los reservados de la posada, donde un buen fuego ardía en el hogar de piedra negra y unas lámparas plateadas colgaban a lo largo de los paneles rojos de las paredes. Había un pichel alto cerca del fuego para que se conservara caliente el contenido, y encima de una pequeña mesa tallada descansaba una bandeja lacada con copas de plata. Merean y Larelle ocuparon dos de los sillones almohadillados; pero, cuando Moraine soltó la capa en una silla e hizo intención de sentarse, Cadsuane señaló un lugar delante de las otras hermanas.

—Quédate de pie ahí, pequeña —ordenó.

Reprimiendo un estallido de cólera, Moraine se esforzó para no apretar los puños. Ni siquiera una mujer tan fuerte como Cadsuane tenía derecho a darle órdenes allí. Con todo, bajo aquella mirada implacable se quedó de pie como le había dicho; temblando de ira, luchando para no pronunciar palabras que después lamentaría, pero lo hizo. Había algo en esa mujer que le recordaba a Siuan, sólo que de un modo extremado. Siuan había nacido para dirigir. Cadsuane había nacido para mandar.

Caminó lentamente alrededor de las tres, una vez, dos veces. Merean y Larelle intercambiaron una mirada interrogante y Larelle abrió la boca, aunque después de mirar a Cadsuane volvió a cerrarla. Asumieron la expresión de reposada calma; cualquier observador habría pensado que sabían exactamente lo que estaba pasando. Cadsuane las miraba de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo no le quitaba ojo a Moraine.

—La mayoría de las hermanas nuevas no se quitan el chal casi ni para bañarse, pero aquí estás tú, sin chal y sin anillo, en uno de los lugares más peligrosos que podrían elegirse, a un paso de la propia Llaga. ¿Por qué?

Moraine parpadeó. Era una pregunta directa. Realmente esa mujer se saltaba las costumbres cuando se le antojaba. Se obligó a hablar con un tono ligero.

—Las hermanas nuevas también buscan Guardián. —¿Por qué la había tomado con ella esa mujer?—. Yo aún no he vinculado al mío, y me han dicho que los hombres de la frontera son buenos Guardianes.

La Verde le asestó una mirada penetrante y Moraine deseó no haber fingido una actitud tan ligera. Cadsuane se paró detrás de Larelle y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué sabes de esta pequeña?

Todas las chicas que habían dado clase con Larelle la tenían por la hermana perfecta y se sentían intimidadas por su fría reflexión. Todas la habían temido y al mismo tiempo habían deseado ser como ella.

—Moraine era estudiosa y aprendía deprisa —respondió pensativamente—. Siuan Sanche y ella han sido dos de las que han captado las cosas con más rapidez en toda la historia de la Torre, pero eso ya debes de saberlo tú. A ver, déjame pensar. Sí, también era muy libre con sus opiniones y tendía a dar rienda suelta a su genio, pero la metimos en cintura... hasta cierto punto. Ella y la Sanche eran muy aficionadas a las travesuras. Pero las dos pasaron la prueba de Aceptada al primer intento. Le falta madurez, naturalmente, pero puede llegar a ser algo.

Cadsuane se desplazó hasta situarse detrás de Merean y le hizo la misma pregunta, aunque añadió:

—Larelle se ha referido a su afición a las... travesuras. ¿Era una pequeña conflictiva?

Merean meneó la cabeza a la par que sonreía.

—No, realmente no era conflictiva, sólo tenía mucha vitalidad. Las bromas de Moraine eran constantes, pero nunca hubo maldad en ellas. Tanto de novicia como de Aceptada tuvo que ir a mi estudio más veces que otras tres pequeñas juntas, salvo su amiga íntima, Siuan. Claro que es frecuente que las amigas íntimas se metan en líos juntas, pero en el caso de ellas dos no hubo una sola vez que si me mandaban a una no me mandaran también a la otra. La última fue justo el mismo día en que habían pasado la prueba del chal, por la noche. —Su sonrisa se borró y apareció un frunce en el entrecejo muy parecido al que había puesto aquella noche. No de enfado, sino más bien de incredulidad ante las diabluras que podían llegar a hacer unas jóvenes; y un asomo de que la cosa le había hecho gracia—. En lugar de pasar la noche en contemplación, las pillaron intentando meter a escondidas ratones en el cuarto de una hermana, Elaida a'Roihan. Dudo de que alguna otra mujer haya sido ascendida a Aes Sedai con las posaderas demasiado sensibles para poderse sentar debido a su última visita a la Maestra de las Novicias.

Moraine mantuvo el gesto sereno y no apretó los puños, pero poco podía hacer respecto al rubor de las mejillas. ¡Ese gesto ceñudo y a la vez divertido a regañadientes, como si todavía hablara de una Aceptada! Conque le faltaba madurez, ¿verdad? Vale, a lo mejor le faltaba un poco, pero aun así... ¡Como lo de sacar a relucir todos esos detalles íntimos!

—Creo que ya sabes sobre mí todo lo que necesitas saber —le dijo a Cadsuane con aire estirado. Lo íntimas que habían sido Siuan y ella no le incumbía a nadie más que a ellas. Lo mismo que los castigos, y encima con detalles—. Y, ahora que tu curiosidad ha quedado satisfecha, he de hacer el equipaje. Parto para Chachin.

Logró tragarse un gemido antes de que se le escapara. Todavía soltaba la lengua más de lo debido cuando estaba irritada. Si Merean o Larelle formaban parte de la búsqueda, entonces debían de tener cuando menos algunos nombres de la lista que había en su librito. Incluido el de Jurine Najima, en Canluum, el de lady Inés Demain, en Chachin, y el de Avene Sahera, que vivía en «un pueblo de la calzada entre Chachin y Canluum». Si sospechaban algo, ya sólo le quedaba decir que después se proponía visitar Arafel y Shienar para confirmar esas sospechas. Cadsuane sonrió y no fue en absoluto una sonrisa agradable.

—Te marcharás cuando yo lo diga, pequeña —dijo—. Y, mientras no tengas que contestar algo, cállate. Ese pichel debe de tener vino caliente. Sírvenos un poco.

Moraine se estremeció. ¡Pequeña! Ya no era una novicia. Esa mujer no podía ordenarle que se fuera o que se quedase. Ni que hablara o dejase de hablar. Pero no protestó. Se dirigió hacia la chimenea, iracunda, y cogió el pichel de cuello alto.

—Pareces muy interesada en esta joven, Cadsuane —comentó Merean, que se volvió un poco para mirar a Moraine mientras servía el vino—. ¿Hay algo sobre ella que deberíamos saber?

—¿Alguien ha predicho que será Amyrlin algún día? —La sonrisa de Larelle tenía un asomo de sorna; con Cadsuane, sólo un asomo—. No es la impresión que me da a mí, aunque, claro está, yo no tengo el don de la Predicción.

—Y yo podría vivir otros treinta años —dijo Cadsuane mientras tendía la mano hacia la taza que le ofrecía Moraine—. O solamente tres. ¿Quién sabe?

A Moraine se le abrieron los ojos de par en par y se derramó vino caliente en la muñeca. Merean dio un respingo y a Larelle parecía que le hubiesen dado una pedrada en la frente.

—Pon más cuidado con las otras tazas —dijo la Verde, impasible ante los gestos de sorpresa—. Pequeña... —Moraine volvió a la chimenea, todavía con los ojos muy abiertos, y Cadsuane continuó—: Meilyn es bastante mayor que yo, así que cuando faltemos las dos Kerene será la más fuerte. —Larelle se encogió. ¿Es que esa mujer se proponía quebrantar todas las costumbres de una tacada?—. ¿Os incomodan mis palabras? —El tono solícito de Cadsuane no podía ser más falso, y la Verde no esperó respuesta—. Guardar silencio sobre la edad no impide que la gente sepa que vivimos más que el resto. ¡Bah! Y hay un gran escalón desde Kerene hasta las siguientes cinco. Cinco, contando a esta pequeña y a la Sanche cuando alcancen su potencial. Y una de esas cinco es tan vieja como yo y, para colmo, está retirada.

—¿Hay alguna razón para hablar de esto? —preguntó Merean, que parecía un poco mareada. Larelle tenía las manos apretadas contra el estómago y el rostro ceniciento. Casi ni miraron el vino que Moraine les ofrecía antes de rechazarlo, y ésta se quedó con la copa en la mano, aunque no se creía capaz de beber ni un sorbo. Cadsuane frunció el entrecejo, un gesto temible.

—En mil años no ha habido nadie en la Torre que pueda igualarme. Y hace casi seiscientos que no ha habido nadie que iguale a Meilyn o Kerene. Hace mil años habría habido cincuenta hermanas o más que estarían por encima de esta pequeña. Sin embargo, dentro de cien años estará en el escalón más alto. Oh, es posible que aparezca alguien más fuerte en ese tiempo, pero no serán cincuenta, y cabe la posibilidad de que no haya ninguna. Estamos disminuyendo.

Moraine aguzó los oídos. ¿Tendría Cadsuane alguna solución al problema? Pero ¿cómo era posible que cualquier solución tuviera que ver con ella?

—No entiendo —repuso secamente Larelle. Parecía haber recobrado la compostura y estar enfadada por haberla perdido—. Todas somos conscientes de eso, pero ¿qué tiene que ver Moraine con ello? ¿Crees que, de algún modo, puede atraer más chicas a la Torre? ¿Chicas con... un potencial mayor? —Tuvo que esforzarse para decir lo último, aunque no pudo evitar un gesto de desagrado, y el modo en que resopló dejó bien claro lo que pensaba de esa idea.

—Lamentaría que se la perdiera antes de que sepa distinguir el derecho del revés. La Torre no puede permitirse el lujo de perderla a causa de su propia ignorancia. Miradla. Una bonita muñeca cairhienina noble. —Cadsuane puso el índice debajo de la barbilla de Moraine y empujó hacia arriba—. Antes de que encuentres a ese Guardián, pequeña, un bandido que quiere ver qué llevas en la bolsa te clavará una flecha en el corazón. Un asaltante de caminos que se desmayaría al ver a una hermana dormida te romperá la cabeza y te despertarás al fondo de un callejón más ligera de oro y puede que de algo más. Supongo que querrás elegir a tu primer hombre con tanto celo como a tu primer Guardián.

Moraine apartó la cabeza de un tirón, fuera de sí. Primero, Siuan y ella, y ahora esto. ¡Había cosas de las que no se hablaba!

Cadsuane hizo caso omiso de su indignación. Sorbió calmosamente el vino y se volvió hacia las otras.

—Hasta que encuentre un Guardián que la defienda, quizá sería mejor protegerla de su propio entusiasmo. Creo que vosotras dos vais a Chachin, así que os acompañará. Espero que no la perdáis de vista.

Moraine recuperó el habla, pero sus protestas, como antes su indignación, no sirvieron de nada. Merean y Larelle también protestaron; a voces, como ella. Una Aes Sedai no necesitaba que «cuidaran de ella» por nueva que fuera. Tenían asuntos propios de los que ocuparse. No dejaron claro cuáles eran ni si los compartían —pocas hermanas lo habrían hecho—, pero saltaba a la vista que ninguna de las dos quería compañía. Cadsuane no hizo caso a nada que no quería oír, dio por hecho que harían lo que quería, presionó cuando se abría un resquicio. A no tardar, las dos rebullían en sus asientos y admitían que se habían encontrado el día anterior y que no estaban seguras de si viajarían juntas o no. En cualquier caso, ambas tenían intención de pasar dos o tres días en Canluum, mientras que Moraine quería marcharse enseguida.

—La pequeña se quedará hasta que os marchéis —manifestó Cadsuane con resolución—. Bien, todo arreglado, entonces. Estoy segura de que las dos querréis ocuparos de lo que quiera que os trajo a Canluum, así que no os entretengo más.

Larelle se ajustó el chal con aire irritado ante la brusquedad con la que las despachaba y después salió echando humo y mascullando que Moraine se arrepentiría si la estorbaba o la retrasaba. Merean se lo tomó mejor y comentó que cuidaría de Moraine como de una hija, aunque su sonrisa distaba mucho de ser complacida.

Cuando se marcharon, Moraine miró a Cadsuane con incredulidad. Jamás había visto algo semejante. Salvo una vez que vio una avalancha. Lo aconsejable en ese momento era callarse y esperar la ocasión para irse sin que la vieran Cadsuane o las otras. Lo más juicioso.

—Yo no he accedido a nada —dijo fríamente. Muy fríamente—. ¿Y si tengo asuntos urgentes que atender en Chachin? ¿Y si no quiero esperar aquí dos o tres días? —Quizá necesitaba aprender a contener la lengua un poco más.

Cadsuane se había quedado mirando pensativamente la puerta por la que habían salido Merean y Larelle, pero volvió los ojos hacia Moraine con una mirada taladradora.

—Hace sólo unos cuatro meses que llevas el chal ¿y ya tienes asuntos urgentes que no pueden esperar? ¡Bah! Todavía no has aprendido la que es la primera lección de verdad: el chal significa que estás preparada para empezar a aprender realmente. La segunda lección es la cautela. Sé mejor que la mayoría lo duro que resulta descubrir eso cuando se es joven y se tiene el *Saidar* en la punta de los dedos y el mundo a tus pies. Que es lo que crees tú. —Moraine intentó decir algo, pero tanto le habría dado encontrarse delante de aquella avalancha—. Correrás grandes riesgos a lo largo de la vida, si vives lo suficiente. Ya has corrido más de los que piensas. Hazme caso. Y haz lo que te digo. Esta noche pasaré por tu cuarto y si no estás en la cama te encontraré y te haré llorar como lloraste por esos ratones. Después podrás secarte las lágrimas en ese chal que crees que te hace invencible. Y no es así.

Fija la mirada en la puerta que se había cerrado detrás de Cadsuane, Moraine cayó en la cuenta de que todavía tenía en la mano la copa de vino y la vació de un trago. Esa mujer era... formidable. La costumbre prohibía la violencia física contra otra hermana, pero Cadsuane no había dado rodeos ni cabía otra interpretación en su amenaza. Lo había dicho claramente, así que, por los Tres Juramentos, era exactamente lo que había querido decir. Increíble. ¿Habría mencionado por casualidad a Meilyn Arganya y a Kerene Nagashi? Eran dos de las rastreadoras de Tamra. ¿Cabría la posibilidad de que Cadsuane fuera otra de ellas? En cualquier caso, como poco había interrumpido su búsqueda durante casi una semana o más. Eso, si al final se iba con Merean y Larelle. Pero ¿por qué sólo una semana? Si Cadsuane formaba parte de la búsqueda..., si... Quedarse allí plantada, toqueteando la copa de vino vacía, no la llevaba a ninguna parte, así que cogió la capa.

Librodot

18



Una calleja estrecha

Varias personas volvieron la vista hacia Moraine cuando ésta salió a la sala común, algunas con una expresión de lástima en los ojos. Sin duda, imaginaban lo que suponía ser el centro de atención de tres Aes Sedai y no veían nada bueno en ello. En el rostro de ninguna de las otras hermanas había conmiseración. La mayoría ni siquiera se fijó en ella, pero Felaana exhibía una sonrisa complacida. Probablemente pensaba que podía darse por hecho que el nombre de lady Alys se inscribiría en el libro de novicias. Al menos no sabía la verdad, o no tendría esa sonrisa. Todavía quedaba alguna esperanza de seguir oculta para Sierin durante un tiempo más. Ni a Cadsuane ni a las otras dos se las veía por ninguna parte.

Mientras avanzaba entre las mesas, Moraine se sentía como una peonza que hubiera estado dando vueltas. Había muchas preguntas y no tenía respuesta a ninguna. ¡Ojalá estuviera Siuan, con su habilidad de resolver enigmas! Además, Siuan no perdía los nervios por nada. Le habría venido bien la presencia de su amiga aunque sólo fuera por el efecto tranquilizador que ejercía sobre ella.

Una mujer joven se asomó por la puerta de la calle y después se retiró rápidamente. Moraine dio un traspié. Cuando uno deseaba mucho algo hasta imaginaba verlo. La mujer se asomó otra vez; llevaba la capucha caída sobre el bulto que cargaba a la espalda y era realmente Siuan, robusta y guapa con uno de los trajes de montar de Tamore, en color azul. Esa vez vio a Moraine, pero en lugar de correr a saludarla, Siuan señaló con la cabeza hacia la calle y volvió a desaparecer.

Con el corazón en la garganta, Moraine se echó la capa y salió. Calle abajo, Siuan caminaba entre el tráfico y echaba ojeadas hacia atrás cada tres pasos. Un carretero tiró de las riendas con fuerza para no arrollarla y después hizo restallar el látigo por encima de la cabeza de Siuan, pero ésta parecía ajena al resoplido que lanzaron los caballos por el tirón de riendas y al látigo y a los gritos furiosos del carretero. Moraine la siguió deprisa, cada vez más preocupada. Tendrían que pasar otros tres o cuatro años antes de que Siuan adquiriera fuerza suficiente para decirle a Cetalia que dejaba el puesto como su ayudante, y, en cualquier otro caso, esa mujer la permitiría irse cuando nevara en el Día Solar. La única posibilidad que quedaba para que Siuan estuviera en Canluum... Moraine gimió, y un tipo de orejas grandes que vendía alfileres en una bandeja le dirigió una mirada preocupada. Ella le respondió con otra mirada tan feroz que el tipo apartó la vista.

Quizás a Siuan se le había escapado algo o tal vez habían encontrado su libro de apuntes o... No. Lo importante no era cómo había ocurrido. Sierin debía de haberlo descubierto; todo. Sería muy propio de esa mujer enviar a Siuan a llevarla de vuelta a la Torre para que así la preocupación de una alimentara la de la otra durante el largo viaje de regreso. A lo mejor estaba dando rienda suelta a su imaginación, pero es que no se le ocurría otra explicación.

A cien pasos de la posada, Siuan volvió a mirar hacia atrás, se paró hasta estar segura de que Moraine la había visto y después entró disparada en un callejón. Moraine apretó el paso y la siguió.

Su amiga paseaba bajo las lámparas de aceite que aún no se habían encendido en

aquella calleja estrecha y polvorienta. El vestido azul oscuro tenía las marcas de un viaje duro: arrugas, manchas, polvo. Nada asustaba a Siuan, pero ahora el miedo brillaba en los penetrantes ojos azules. Moraine abrió la boca para confirmar sus propios temores sobre Sierin, pero su amiga se adelantó.

—Luz, creí que no iba a dar contigo, maldita sea. Dime que lo has encontrado, Moraine. Dime que el niño Najima es el que buscamos y podemos entregárselo a la Torre para que lo guarden cien hermanas y que todo ha acabado.

¿Cien hermanas?

—No, Siuan, no es él. —Eso no le sonaba a Sierin—. ¿Qué pasa? ¿Por qué has venido tú en lugar de enviar un mensaje?

Siuan se echó a llorar. Siuan, que tenía el corazón de un león. Las lágrimas le corrieron por las mejillas. Rodeó a Moraine con los brazos y la estrechó con tanta fuerza que le hizo daño en las costillas. Estaba temblando.

—No podía confiar esto a una paloma —murmuró—. Ni a ninguno de los informadores. No me habría atrevido. Todas han muerto. Aisha, Kerene, Valera, Ludice, Meilyn... Dicen que a Aisha y a su Guardián los mataron unos bandidos en Murandy. Se supone que Kerene se cayó de un barco en el Alguenya durante una tormenta y se ahogó. Y Meilyn..., Meilyn... —Los sollozos no la dejaron continuar.

Moraine la abrazó al tiempo que le decía palabras tranquilizadoras y miraba por encima del hombro de Siuan, consternada.

—Ocurren accidentes —dijo despacio—. Bandidos, tormentas... Las Aes Sedai mueren como cualquier otra persona.

Le costaba trabajo creer sus propias palabras. ¿Todas ellas? Su padre solía decir que una vez era casualidad, y dos, tal vez coincidencia, pero tres o más indicaban la intervención de un enemigo. Decía que lo había leído en algún sitio. Pero ¿qué enemigos? Le vino una idea, pero la rechazó con determinación. Había cosas que daba miedo hasta pensarlas.

Siuan se soltó del abrazo de Moraine.

—No lo entiendes ¡Meilyn! —Torció el gesto y se frotó los ojos—. ¡Tripas de pescado! No estoy siendo nada clara. ¡Contrólate, estúpida! —Eso último iba dirigido a ella misma. Condujo a Moraine hacia un barril sin tapa, puesto boca abajo, sentó a Moraine en él y descargó el bulto que llevaba a la espalda. Si eso era todo con lo que viajaba, seguramente ni siquiera llevaba un vestido de repuesto—. No querrás estar de pie cuando oigas lo que tengo que decirte. A decir verdad, maldito si quiero estar de pie yo.

Arrastró una caja con las tablas rotas desde donde estaba, un poco más adentro del callejón, se sentó en ella y se arregló la falda mientras echaba ojeadas a la calle y mascullaba sobre gente que miraba al pasar. Su renuencia no contribuyó precisamente a calmar el nerviosismo de Moraine. Y tampoco a ella, por cierto. Cuando empezó de nuevo lo hizo a saltos, tragando saliva, como si tuviera ganas de vomitar.

—Meilyn regresó a la Torre hace casi un mes. Ignoro por qué. No dijo dónde había estado ni adónde iba, pero su intención era quedarse sólo unas cuantas noches. Yo... Me había enterado de lo de Kerene la mañana en que Meilyn regresó, y antes había sabido lo de las otras, así que decidí hablar con ella. ¡No me mires así! ¡Sé cuando tengo que ser precavida!

»Sea como sea, me colé en sus aposentos y me escondí debajo de la cama para que los criados no me vieran cuando fueran a abrirle la cama. —Siuan gruñó amargamente—. Me quedé dormida y la luz del amanecer me despertó. No había dormido en su cama, así que salí a hurtadillas, algo nada fácil a esa hora de la mañana, pero estoy segura de que nadie me vio. Bajé al segundo turno de desayuno y mientras me comía las gachas entró Chesmal Emry y... Anunció... Anunció que se había encontrado muerta a Meilyn en su cama, que había fallecido durante la noche —terminó precipitadamente, fija la vista en Moraine.

Moraine se alegró de estar sentada, desde luego. Las rodillas no habrían aguantado ni el peso de una pluma. Era una locura. Se había cometido un asesinato.

—¿El Ajah Rojo? —murmuró al cabo. Una Roja podría matar a una hermana si pensaba que intentaba proteger a un hombre que encauzaba. Era posible. Aunque no lo diría en voz

alta, porque realmente no lo creía. Siuan resopló.

—Meilyn no tenía ninguna marca. Las Amarillas le practicaron el Ahondamiento, claro está. No detectaron veneno ni asfixia. No encontraron nada y certificaron muerte natural, pero yo sé que no lo fue. No pudo serlo por cómo la encontraron. Ninguna marca, Moraine. Eso significa el Poder. ¿Sería capaz incluso una Roja de algo así? —Su voz era feroz, pero cogió el bulto de viaje y lo estrechó en su regazo, como si se escondiera tras él. Con todo, ahora en su semblante había más rabia que miedo.

»Piensa, Moraine. Se supone que Tamra también murió mientras dormía, sólo que ahora sabemos que Meilyn no murió así aunque la encontraran en la cama. Primero, Tamra, y después las demás empezaron a morir. La única explicación que tiene sentido es que alguien advirtió que llamaba a esas hermanas a su estudio y esas personas tenían tanto empeño en descubrir el motivo que se atrevieron incluso a someter a interrogatorio a la mismísima Amyrlin. Debían de tener algo que ocultar para hacer una cosa así, algo que necesitaban mantener en secreto tan imperiosamente que justificaba cualquier riesgo. La mataron para tapar lo que habían hecho y después empezaron a matar a las demás. Lo que significa que no quieren que se encuentre al niño; al menos, vivo. No quieren que el Dragón Renacido esté presente en la Última Batalla. Contemplar este asunto desde cualquier otra perspectiva es tirar el cubo de aguas sucias al aire y rezar para que no sople en tu dirección.

En un gesto inconsciente Moraine escrutó la entrada del callejón. Algunas personas que pasaban por la calle echaban una ojeada, pero sin interés, y nadie se paró al verlas sentadas allí. Había ciertas cosas de las que era más fácil hablar si se hacía de forma ambigua. Se había sometido a interrogatorio a «la Amyrlin»; «la» habían matado. No a Tamra; nada de un nombre que evocara un rostro conocido. «Alguien» la había asesinado. «Esas personas» no querían que se encontrara al Dragón Renacido. Someter a interrogatorio a alguien utilizando el Poder no violaba ninguno de los Tres Juramentos, pero matar con el *Saidar* ciertamente era una trasgresión, incluso para... Para quienes Moraine no quería nombrar, como tampoco quería hacerlo Siuan.

Obligándose a sosegar el gesto, obligándose a sosegar la voz, se obligó a pronunciar las palabras que no deseaba.

—El Ajah Negro.

Siuan se encogió y después asintió con la cabeza al tiempo que su gesto se tornaba ceñudo.

Podía decirse que todas las hermanas se enfurecían ante la sugerencia de que existía un Ajah secreto infiltrado en los otros, un Ajah dedicado al Oscuro. La mayoría de las hermanas se negaban a escuchar cualquier mención de tal cosa. La Torre Blanca había estado del lado de la Luz durante más de tres mil años. Pero algunas hermanas no negaban tajantemente la existencia del Negro. Algunas lo creían, pero muy pocas lo admitirían siquiera ante otra hermana. Moraine ni siquiera quería admitirlo ante sí misma.

Siuan daba tirones al nudo de su fardo con desasosiego, pero siguió hablando en tono enérgico.

—No creo que tengan nuestros nombres. Tamra no nos consideró realmente parte del tema. Nos dijo que guardáramos silencio, nos apartó y se olvidó de nosotras. En caso contrario, también habríamos sufrido un «accidente». Poco antes de marcharme metí una nota por debajo de la puerta de Sierin indicando mis sospechas. No sobre el niño, sino sobre el..., el Ajah Negro. Aunque lo cierto es que no sabía hasta qué punto confiar en ella incluso en ese tema. ¡La Sede Amyrlin! Pero si existe realmente, entonces cualquiera puede pertenecer a él. ¡Cualquiera! Escribí la nota con la mano izquierda, pero estaba temblando tanto que nadie habría reconocido la letra aunque hubiese escrito con la derecha. ¡Malditos sean mis hígados! Aunque supiéramos en quién confiar, las pruebas que tenemos valen menos que el agua del pantoque.

—Para mí es suficiente. —¡Luz, el Ajah Negro!—. Si lo saben todo, si descubrieron los nombres de las mujeres que eligió Tamra, entonces es posible que sólo quedemos nosotras. Tendremos que movernos deprisa si queremos albergar la esperanza de dar con el niño. —

Todo parecía perdido, considerando que ignoraban cuántas hermanas Negras había. ¿Veinte? ¿Cuarenta? ¿Tal vez más? Pero Moraine también intentó dar un tono enérgico a su voz y fue gratificante ver que Siuan asentía con la cabeza. Evidentemente, no se daría por vencida por mucho que hablara de haberle temblado la mano, y tampoco se le había pasado por la imaginación que Moraine pensara rendirse. Sí, era muy gratificante, sobre todo cuando todavía dudaba de que las rodillas pudieran sostenerla—. Tal vez sepan nuestros nombres y tal vez no. Cabe la posibilidad de que hayan pensado dejar a las dos hermanas nuevas para el final. En cualquier caso, no podemos fiarnos de nadie aparte de nosotras mismas. —De repente, se quedó pálida y se sintió mareada—. ¡Oh, Luz! Acabo de tener un encuentro en la posada, Siuan.

Intentó recordar cada palabra dicha, cada matiz, desde el primer momento en que Merean había hablado. Siuan la escuchó con actitud distante, como si nada de aquello tuviera que ver con ella y se limitara a tomar nota y a clasificar la información.

—Cadsuane podría pertenecer al Ajah Negro —convino con Moraine cuando ésta acabó de relatar lo ocurrido, sin titubear con las palabras—. Quizá sólo intenta dejarte a un lado hasta que pueda librarse de ti sin levantar sospechas. O podría ser una de las elegidas por Tamra. El hecho de que no se la haya visto en Tar Valon desde hace dos años no basta para descartarla. —A veces las hermanas entraban y salían de la Torre discretamente, sin dejarse ver, pero Moraine pensaba que allí donde apareciera Cadsuane había una sacudida como si hubiese habido un terremoto—. El problema es que cualquiera de ellas podría serlo. —Se inclinó sobre el fardo y tocó a Moraine en la rodilla—. ¿Puedes sacar tu caballo del establo y traerlo sin que te vean? Dispongo de una buena montura, pero no sé si podría llevarnos a las dos. Tenemos que estar a horas de distancia de aquí cuando descubran que nos hemos ido.

Moraine sonrió a su pesar. Dudaba mucho que la montura de Siuan fuese «buena». Cualquier comerciante de caballos le colaría un jamelgo de tiro acabado como un corcel de batalla; su amiga tenía tan poco ojo para los caballos como habilidad para sostenerse en la silla. El viaje hacia el norte debía de haber sido un sufrimiento para ella; además de aterrador.

—Nadie sabe que te encuentras aquí, Siuan —dijo Moraine—. Y más vale que siga siendo así. ¿Has traído tu libro? Estupendo. Si me quedo hasta por la mañana tendremos un día de ventaja sobre ellas en lugar de unas horas. Tú sigue viaje a Chachin ahora, y llévate parte de mi dinero. —A juzgar por el estado de su vestido, Siuan había dormido entre arbustos la última parte del viaje. No habría sacado una cantidad alta del banco de la Torre para no llamar la atención—. Empieza por buscar a lady Inés y yo te alcanzaré en Chachin y de camino allí aprovecharé para buscar a Avene Sahera.

Ni que decir tiene que no fue fácil convencer a Siuan, que tenía una vena de testarudez tan ancha como el Erinin.

—Llevo suficiente para cubrir mis necesidades —rezongó, pero Moraine insistió en darle la mitad del dinero que llevaba en la bolsa, y cuando le recordó la promesa que se habían hecho en los primeros meses de su estancia en la Torre de que lo que tenía una también era de la otra, murmuró—: También nos prometimos encontrar príncipes jóvenes para vincularlos, amén de casarnos con ellos. Las chicas jóvenes dicen todo tipo de tonterías. En fin, ten mucho cuidado. Como me dejes sola en esto te romperé el cuello.

A Moraine le costó mucho romper el abrazo de despedida. Una hora antes su mayor preocupación había sido cuánto tiempo podría escapar de la justicia de Sierin y de la vara de azotes, lo que ahora era tanto como preocuparse por un golpe en el dedo del pie. El Ajah Negro. Tenía ganas de vomitar. Ojalá tuviera tanto coraje como Siuan. Mientras seguía con la vista a su amiga, que se alejaba callejón adelante mientras se colocaba el fardo a la espalda, deseó ser una Verde. Le habría gustado tener tres o cuatro Guardianes como poco para que la protegieran.

Salió a la calle y no pudo evitar observar a cualquiera que se cruzaba con ella, ya fuera hombre o mujer. Si el Ajah Negro —se le revolvía el estómago cada vez que pensaba ese nombre— estaba involucrado, entonces también lo estaban los Amigos Siniestros. Nadie negaba que algunas personas descarriadas creían que el Oscuro les otorgaría la inmortalidad,

Librodot

gente que mataría y haría cualquier maldad con tal de obtener esa ansiada recompensa. Y, si cualquier hermana podía pertenecer al Ajah Negro, cualquier persona con la que se cruzara podía ser un Amigo Siniestro. Esperaba que Siuan tuviera eso bien presente.

Se acercaba a Las Puertas del Cielo cuando una hermana apareció en la puerta de la posada. Mejor dicho, se asomó parcialmente, ya que Moraine sólo vio un brazo con el chal de flecos encima, y sólo fue durante un instante. Un hombre muy alto, con el cabello recogido en dos trenzas rematadas con campanillas, que acababa de salir se volvió para decir algo, pero una mano hizo un gesto perentorio y el hombre echó a andar; estaba ceñudo cuando se cruzó con Moraine. No le habría dado importancia si no hubiese estado pensando en el Ajah Negro y en Amigos Siniestros. La Luz sabía que las Aes Sedai hablaban con hombres y algunas hacían algo más que hablar con ellos. Pero estaba pensando en Amigos Siniestros y en hermanas Negras. Ojalá hubiese alcanzado a ver el color de los flecos de aquel chal. Apretó el paso los últimos veinticinco metros que la separaban de la puerta de la posada, fruncido el entrecejo.

Merean y Larelle estaban sentadas juntas a una mesa cercana a la puerta, y las dos llevaban puesto el chal. Pocas hermanas lo lucían excepto por conveniencia social o para hacerlo ostensible de forma deliberada. Las dos mujeres seguían con la vista a Cadsuane, que entraba en el reservado seguida por un par de hombres enjutos y canosos de aspecto endurecido como roble antañón. También ella llevaba puesto el chal con la Llama de Tar Valon resaltando en el centro, entre las enredaderas. Podría haber sido cualquiera de las tres. Era posible que Cadsuane buscara otro Guardián, cosa que las Verdes parecían estar haciendo siempre, aunque cabía la posibilidad de que Merean o Larelle estuvieran buscando uno. Ninguna de las dos tenía Guardián, a menos que hubiesen vinculado a un hombre desde que Moraine había salido de Tar Valon. El gesto ceñudo del tipo de la puerta podría deberse a haber sido rechazado por no dar la talla. Había cien explicaciones posibles, de modo que Moraine se quitó de la cabeza lo ocurrido con ese hombre. Había peligros reales de sobra para además imaginarse otros.

Antes de que hubiese dado tres pasos en la sala común, el señor Helvin, calvo y casi tan ancho como alto, se acercó afanosamente envuelto en su delantal de rayas verdes y le dio otro motivo de irritación.

—Ah, lady Alys, justo la persona que buscaba. Se han alojado otras tres Aes Sedai y me temo que he de repartir de nuevo las camas. Dadas las circunstancias, sin duda no os importará compartir la vuestra. La señora Palan es una mujer muy agradable.

¿Dadas las circunstancias? En ninguna circunstancia jamás se habría atrevido a sugerir a una noble que compartiera su cuarto, aunque hubiese tenido que meter a varios mercaderes en una misma cama. Pero lo que realmente quería decir era que no le importaría dado que pronto partiría hacia la Torre Blanca. De hecho, no era sólo una sugerencia. ¡Ya había instalado a la mujer en el cuarto! Y cuando Moraine protestó...

—Si no os complace el arreglo, os sugiero que habléis con una de las Aes Sedai —indicó en voz firme. ¡En voz firme! ¡A ella!—. Y ahora, si me disculpáis, tengo muchas cosas que atender. Estamos muy ocupados en este momento. —Y se alejó con aire ajetreado sin más. ¡Sin hacerle siquiera una reverencia!

Moraine tenía ganas de gritar y casi encauzó para darle un buen tortazo.

Haesel Palan era una comerciante de alfombras de Murandy con acento lugardeño, y Moraine tuvo que oír ese acento más de lo que habría querido desde el momento en que entró en el cuartito que hasta entonces sólo había ocupado ella. Habían sacado sus vestidos del armario para colgarlos en perchas de la pared, y desplazado su peine y su cepillo del lavabo para dejar sitio a los de la señora Palan. La regordeta y canosa mujer, vestida con ropas de fino paño marrón, se habría mostrado comedida con «lady Alys», pero no con una espontánea de quien todo el mundo decía que partiría a la mañana siguiente para entrar de novicia en la Torre Blanca. Le soltó un sermón sobre los deberes de una novicia, con lo que hizo evidente su ignorancia y mala información. Algunas de sus sugerencias habrían causado la muerte a la mayoría de las novicias al cabo de una semana o puede que el primer día, mientras que las

otras eran simplemente imposibles. ¿Aprender a volar? ¡Esa mujer estaba loca! Siguió a Moraine cuando ésta bajó a cenar y llamó a otras comerciantes que conocía para que se reunieran con ellas a la mesa, todas ansiosas por compartir lo que sabían de la Torre Blanca. Que era exactamente nada, pero que sin embargo explicaron con todo lujo de detalles. ¡Si Moraine hubiese sido realmente una novicia en ciernes la habrían asustado de tal modo que no se habría acercado a la Torre! Se retiró pronto para escapar de aquellas mujeres, pero no bien acababa de quitarse el vestido cuando apareció la señora Palan, que no dejó de hablar hasta quedarse dormida.

No fue una noche fácil. La cama era estrecha y la mujer le clavaba los codos, además de tener los pies helados a pesar de las gruesas mantas que conservaban el calor de la pequeña estufa revestida de azulejos que había debajo de la cama. Hacer caso omiso del frío era una cosa, y otra muy distinta sentir unos pies helados. La tormenta que había estado amenazando todo el día acabó por estallar, y el viento y los truenos sacudieron los postigos durante horas. En cualquier caso, Moraine no creía que hubiera podido dormirse; no dejaba de dar vueltas a la cabeza al Ajah Negro y a los Amigos Siniestros. Veía a Tamra, sacada a rastras de la cama y conducida a un lugar secreto para ser torturada por mujeres que manejaban el Poder. A veces las mujeres tenían el rostro de Merean, el de Larelle, el de Cadsuane, y el de todas las hermanas que conocía. A veces el rostro de Tamra se transformaba en el de ella.

Cuando la puerta se abrió despacio, entre quedos crujidos, en las horas precedentes al amanecer, Moraine abrazó la Fuente al instante y el *Saidar* la hinchió hasta el punto en el que la dulzura y el gozo rayaban en el dolor. No era tanto Poder como podría manejar al cabo de un año, y mucho menos que dentro de cinco, pero una partícula más habría consumido su capacidad de encauzar o la habría matado. Lo uno era tan malo como lo otro, pero deseaba absorber más y no sólo porque el Poder siempre hacía que una deseara más.

Cadsuane asomó la cabeza. Moraine había olvidado la promesa de la mujer, su amenaza. Ni que decir tiene que la Verde vio el brillo del *Saidar* y percibió la cantidad que había absorbido.

—Muchacha necia —fue todo lo que dijo antes de marcharse.

Moraine contó despacio hasta cien y después sacó las piernas de debajo de la manta. Ese momento era tan bueno como cualquier otro. La señora Palan se puso de costado y empezó a roncar; sonaba como si se estuviera desgarrando un trozo de lona. Aun así, Moraine procuró moverse en silencio. Encauzó Fuego para encender una de las lámparas, y se vistió deprisa; esta vez se puso un traje de montar de seda color azul oscuro, con bordados de color dorado en el cuello y en las mangas que imitaban el dibujo del encaje maldinés. Aunque de mala gana, decidió dejar las alforjas junto con todo lo demás que debía dejar. Cualquiera que la viera no le daría mucha importancia, aun a una hora tan temprana, pero sería distinto si llevaba las alforjas al hombro. Sólo cogió lo que podía guardarse en los bolsillos interiores de la capa, como el cepillo, el peine y el costurero, unas medias de repuesto y una muda limpia. No había sitio para nada más, pero bastaba, ya que tenía las cartas de pago y algo de oro en la escarcela. La señora Palan seguía roncando cuando Moraine cerró la puerta a sus espaldas.

19



Agua de estanque

La sala común estaba vacía a esa hora, aunque el golpeteo de cazuelas y el rumor de voces que surgían por la puerta de la cocina señalaban los preparativos del desayuno. Moraine salió deprisa por la puerta lateral hacia el establo de la posada, segura de que nadie la había visto. Hasta el momento todo iba bien. El cielo empezaba a tener un color gris y el aire retenía todo el frío de la noche, pero al menos había dejado de llover. Había un tejido para evitar que la lluvia mojara, pero llamaba la atención. Se recogió la falda y la capa para que no rozaran en los charcos formados entre los adoquines y apretó el paso. Cuanto antes partiera, menos posibilidades de que alguien la viera.

Tampoco es que pudiera evitar a todo el mundo. Los goznes chirriaron ligeramente cuando abrió una de las puertas del establo para deslizarse dentro, y el mozo que hacía el turno nocturno se incorporó de un brinco de la banqueta en la que sin duda daba cabezadas con la espalda recostada contra un grueso pilar de madera. No llevaba chaqueta y era un tipo flaco, de nariz aguileña y los ojos rasgados de los saldaeninos; se pasó los dedos por el pelo en un esfuerzo inútil de arreglárselo e hizo una brusca reverencia.

—¿En qué puedo ayudaros, milady? —preguntó con voz ronca.

—Ensilla mi yegua, Kazin —dijo al tiempo que ponía una moneda de plata en la mano pronta del mozo.

Era una suerte que fuera el mismo hombre que había estado de servicio cuando llegó a la posada. Maese Helvin había escrito una descripción de *Flecha* en el libro del establo, que guardaban en una repisa junto a las puertas, pero Moraine dudaba mucho que Kazin supiera leer. La moneda de plata le hizo tocarse la frente con los nudillos y correr hacia la cuadra de *Flecha.* Seguramente recibía más monedas de cobre que otra cosa.

Lamentaba tener que dejar el caballo albardón, pero ni siquiera una estúpida noble —había oído mascullar a Kazin que sólo a una estúpida noble se le ocurría cabalgar a semejantes horas— se llevaría a un animal de carga para salir a dar un paseo a caballo de madrugada. En el mejor de los casos, correría a la posada a enterarse si había liquidado la cuenta al posadero. No sólo le había pagado los días que había estado alojada, sino una noche más, pero cabía la posibilidad de que Cadsuane hubiera prometido una recompensa a los criados para que la vigilaran. De estar en su lugar Moraine lo habría hecho. De este modo nadie sospecharía hasta que no apareciera a la noche.

Subió a la silla de arzón alto, dirigió una sonrisa al mozo —fría, por su comentario—, y salió despacio a las calles mojadas y casi desiertas. Sólo a dar un paseo, aunque fuera temprano. Parecía que iba a hacer buen día. Para empezar, tras descargar la tormenta el cielo estaba casi despejado y sólo unas cuantas nubes ocultaban las estrellas, y soplaba un ligero viento.

Las lámparas en lo alto de las paredes de todos los edificios seguían encendidas a lo largo de calles y callejones, de modo que no había sombras, pero aun así los únicos que caminaban por la ciudad eran los guardias de las patrullas de la Ronda Nocturna, equipados con yelmos, alabardas y ballestas, así como los faroleros, que también iban fuertemente

armados mientras hacían la ronda para asegurarse de que no se apagara ninguna lámpara. Era increíble que la gente fuera capaz de vivir tan cerca de La Llaga como para que un Myrddraal pudiera surgir repentinamente de cualquier sombra. Tanto los guardias de la Ronda Nocturna como los faroleros la miraron sorprendidos cuando pasó a su lado. Nadie salía de noche en las Tierras Fronterizas.

Razón por la que Moraine se sorprendió al ver que no era la primera en llegar a las puertas de poniente. Sofrenó a *Flecha* y se quedó a bastante distancia de los tres hombres grandes que esperaban en sus caballos, con un animal de carga detrás. Ninguno llevaba yelmo ni armadura, pero todos tenían una espada a la cadera y un pesado arco de caballería, así como una aljaba repleta de flechas atada en la parte delantera de la silla. En estos parajes eran pocos los hombres que no iban armados. Los tres estaban pendientes de las puertas atrancadas y de vez en cuando intercambiaban unas palabras con los guardias. Parecían impacientes de que las abrieran y apenas miraron en su dirección. Gracias a las lámparas de las puertas se les veía claramente el rostro. Uno era un hombre mayor y otro joven, de semblante pétreo, los dos con chaqueta oscura y larga hasta la rodilla, así como un cordón de cuero tejido ceñido a la frente. ¿Malkieri? Moraine creía que era ése el significado del cordón. El tercero era un arafelino con las trenzas rematadas con campanillas y chaqueta de color amarillo oscuro, con más campanillas de adorno. Era el mismo tipo que había visto saliendo de Las Puertas del Cielo.

Para cuando el sol empezó a asomar por el horizonte y se abrieron las puertas de par en par, había varias caravanas de mercaderes que esperaban en fila para emprender la marcha. Los tres hombres fueron los primeros en cruzarlas, pero Moraine dejó que una docena de carretas altas, con cubierta de lona y tiradas por troncos de seis caballos, pasaran delante de ella antes de cruzar el puente y seguir por la calzada que atravesaba las colinas. Sin embargo, no perdió de vista a los tres hombres. Después de todo llevaban el mismo camino, de momento.

Eran buenos jinetes que apenas utilizaban las riendas para dirigir sus caballos y se movían deprisa, pero eso le venía bien a Moraine. Cuanta más distancia pusiera entre ella y Cadsuane, mejor. No se acercó demasiado, sólo lo suficiente para no perderlos de vista. No tenía por qué llamar su atención hasta que le conviniera. A ese paso, las carretas de los mercaderes y sus guardias quedaron atrás mucho antes de que Moraine avistara el primer pueblo, cerca de mediodía. Era un grupo de casas de dos pisos con techos de tejas que se apiñaban alrededor de una posada minúscula en la ladera boscosa de una colina, junto a la calzada. Aun después de varios meses todavía le extrañaba ver aldeanos con espadas y al menos una alabarda apoyada en cada puerta. También había ballestas y saetas. En marcado contraste con las armas, en las calles se veían aros y otros juguetes de niños, como los saquitos de alubias utilizados para lanzar como pelotas.

Los tres hombres no aminoraron la marcha ni volvieron la vista hacia el pueblo, pero Moraine se detuvo el tiempo justo para comprar un pan crujiente y blanco y un trozo fino de queso amarillo y para preguntar si alguien conocía a una mujer llamada Avene Sahera. La respuesta fue negativa, de modo que galopó por la calzada de tierra apelmazada hasta tener de nuevo a la vista a los tres hombres que mantenían aquel ritmo que engullía terreno. Tal vez sólo sabían el nombre de la hermana con la que había hablado el arafelino, pero le vendría bien cualquier cosa que descubriera sobre Cadsuane o las otras.

Se planteó varias formas de abordarlos, pero las descartó todas. Tres hombres en un bosque despoblado podrían pensar que una joven sola era una oportunidad caída del cielo, sobre todo si eran lo que se temía. Ocuparse de ellos no representaba ninguna dificultad si llegaba el caso, pero Moraine prefería evitar algo así. Si resultaba que eran Amigos Siniestros —o simples forajidos— tendría que retenerlos prisioneros hasta entregárselos a cualquier autoridad, y a saber cuánto tiempo sería eso. Además, entonces dejaría de ser un secreto su condición de Aes Sedai. La noticia de tres malhechores capturados por una mujer, un suceso nada habitual, se propagaría como un fuego arrasador por pastos secos. Para el caso, tanto daría si tejía una gran columna de Fuego sobre su cabeza para facilitarle las cosas a quienquiera que la buscara.

Librodot

El bosque dio paso a granjas desperdigadas, que a su vez fueron menudeando hasta ser reemplazadas nuevamente por terreno boscoso de altísimos abetos, pinos y cipreses, así como robles enormes en cuyas gruesas ramas empezaban a asomar diminutos brotes rojizos. Un águila de cresta roja planeaba a menos de veinte pasos de altura y se convirtió en una silueta oscura recortada contra el sol vespertino. Al frente la calzada se hallaba vacía excepto por los tres hombres a caballo y su animal de carga, y hacia atrás aparecía igualmente desprovista de vida. La gente decente estaría cenando, bien que en los alrededores ni siquiera se divisaba una granja. La sombra de Moraine se alargaba a su espalda, de modo que la joven decidió olvidarse de los hombres y empezar a buscar un sitio donde dormir. Con suerte vería más granjas a no tardar y, si un poco de plata no le proporcionaba una cama, se las arreglaría con un pajar. Y, si no había suerte, la silla de montar haría las veces de almohada, aunque fuese dura. No obstante, un plato de comida sería estupendo. El pan y el queso que había comprado tenían aspecto de no ser muy recientes.

Los hombres se pararon de repente en mitad de la calzada para conferenciar un momento y Moraine frenó. Aunque se dieran cuenta de su acción, la prudencia pertinente a su situación de mujer que viajaba sola la compelía a no acercarse a ellos. Entonces uno de los tipos tomó las riendas del animal de carga y se internó en el bosque en tanto que los otros dos clavaban talones en sus monturas y apretaban el paso como si de repente hubiesen recordado que tenían que estar en algún sitio.

Moraine frunció el entrecejo. El arafelino era uno de los dos que seguían adelante, pero como viajaban juntos a lo mejor había mencionado su reunión con una Aes Sedai al compañero que se había quedado atrás. El malkieri joven, pensó Moraine. La gente comentaba ese tipo de encuentros. Eran relativamente pocas las personas que hablaban con una hermana y sabían quién y qué era. Además, un hombre sería menos problemático que tres si tenía cuidado.

Llegó al lugar donde jinete y animal de carga habían desaparecido en el bosque, desmontó y buscó huellas. Casi todas las damas dejaban el rastreo a sus cazadores, pero Moraine se había interesado por ello en aquellos años en que le parecía divertido trepar a los árboles o ensuciarse la ropa. Sin embargo, ese hombre no parecía acostumbrado a moverse por el bosque, ya que había dejado un rastro de ramitas rotas y hojas secas pisoteadas que hasta un niño habría podido seguir. A unos cien pasos del camino avistó entre los árboles un amplio estanque en una depresión del terreno. Y al malkieri joven.

El hombre ya había desensillado y maneado a su zaino —un animal de bonita estampa, demasiado bueno para su chaqueta desgastada, lo que quizás apuntaba su condición de forajido— y dejaba una albarda en el suelo. A corta distancia todavía parecía más grande, con hombros muy anchos y talle esbelto. Y de guapo tenía poco; ni de atractivo, con aquel rostro anguloso de gesto duro, muy adecuado para un forajido. El hombre se desabrochó el cinturón de la espada, se sentó con las piernas cruzadas de cara al estanque, con el arma a su lado, y apoyó las manos en las rodillas. Parecía mirar fijamente más allá de la extensión de agua, que todavía brillaba entre las largas sombras del final de la tarde, en dirección a los carrizales que bordeaban la orilla opuesta. No movía un solo músculo.

Moraine consideró la situación. Era obvio que el hombre se había quedado para preparar el campamento y que los otros regresarían, aunque no enseguida o, de otro modo, éste no habría descuidado sus tareas. Hacer una o dos preguntas no le llevaría mucho tiempo. «¿Cuál de vosotros se ha reunido recientemente con una Aes Sedai?» quizá fuera suficiente. Y si se ponía un poco nervioso —por ejemplo, al encontrarla inesperadamente de pie detrás de él—, a lo mejor respondía antes de pensar. El *Saidar* debía dejarlo para el final. Casi con toda seguridad tendría que utilizarlo, pero era mejor que el hecho de que podía encauzar fuera otra sorpresa más.

Ató las riendas de *Flecha* en una rama baja de un ciprés y se recogió la falda y la capa para avanzar lo más silenciosamente posible. Detrás del hombre había un pequeño montículo y Moraine se subió a él. Un poco más de altura podría venirle bien, ya que era un hombre muy alto. También podía ser una ayuda que la viera con la daga en una mano y su propia espada en

la otra. Encauzó y retiró rápidamente el acero enfundado que estaba junto al hombre. Hasta lo más mínimo que sirviera para sorprenderlo le...

Él se movió con una celeridad inesperada. Nadie tan grande podía moverse tan deprisa, pero al tiempo que Moraine asía el arma enfundada el hombre se incorporó y una mano se cerró sobre la vaina mientras con la otra le agarraba la parte delantera del vestido. Antes de que pensara siquiera en encauzar, Moraine volaba por el aire. Sólo tuvo tiempo para ver cómo se precipitaba hacia el estanque, para gritar algo, no sabía qué, y después cayó en plancha sobre la superficie con un sonoro chapoteo; el golpe le vació el aire de los pulmones y después se hundió. ¡El agua estaba helada! La impresión le hizo perder contacto con el *Saidar.*

Entre chapoteos consiguió incorporarse y se quedó de pie con el agua helada hasta la cintura, el cabello mojado pegado a la cara, la capa empapada tirándole de los hombros. Furiosa, se dio media vuelta para enfrentarse a su atacante y volvió a abrazar la Fuente, dispuesta a derribarlo y golpearlo hasta hacerlo chillar.

El hombre sacudía la cabeza y miraba con la frente arrugada en un gesto desconcertado el punto donde Moraine había estado, a un paso largo de donde él había estado sentado. ¡Sin hacerle el menor caso, como si fuese un pez! Cuando se dignó darse por enterado de su presencia, dejó la espada envainada en el suelo y se acercó al borde del estanque para tenderle una mano.

—Muy imprudente intentar quitarle a un hombre su espada —dijo y, tras echar un vistazo a las franjas de colores de su vestido, añadió—: Milady. —Sus palabras distaban mucho de ser una disculpa, y Moraine advirtió que el tipo desviaba los ojos, de un azul intenso. ¡Estaba disimulando su regocijo...!

Mascullando entre dientes, avanzó en medio de chapoteos, torpemente, hasta alcanzar la mano tendida con las dos suyas. Y tiró con todas sus fuerzas. Hacer caso omiso del agua helada resbalándole por las costillas no era tarea fácil, y si estaba mojada, que lo estuviera él también, y sin necesidad de usar el Po...

Él se irguió, levantó el brazo y Moraine salió del agua, colgada de su mano. Lo miró fijamente, consternada, hasta que sus pies tocaron el suelo y el hombre se retiró hacia atrás.

—Encenderé una lumbre y colgaré mantas para que podáis secaros —murmuró, todavía evitando mirarla a los ojos.

¿Qué ocultaría? O a lo mejor era tímido. Moraine no sabía de ningún Amigo Siniestro que lo fuera, aunque suponía que podía haber alguno. No hablaba por hablar, y cuando los otros regresaron Moraine estaba junto a un pequeño fuego, rodeada de mantas que él había sacado de sus alforjas y que había colgado de las ramas de un roble. Por supuesto, no necesitaba el fuego para secarse. El tejido de Agua adecuado le había secado hasta la última gota del cabello y de las ropas sin tener que quitárselas. Pero más valía que el malkieri no viera eso. Ni a ella hasta que tuviera el cabello bien cepillado y peinado. Además, agradecía el calor de la lumbre. De todos modos tenía que quedarse entre las mantas el tiempo suficiente para que el hombre pensara que había usado el fuego para la finalidad que él había supuesto. Y, por descontado, seguía conectada al *Saidar*, hasta el momento no tenía prueba de nada.

—¿Te siguió, Lan? —preguntó la voz de un hombre mientras desmontaba con un sonido de campanillas. El arafelino.

—¿Por qué están colgadas esas mantas? —demandó una voz gruñona.

Moraine se quedó mirando al vacío, sorprendida, y se perdió la respuesta que dio su atacante. ¿Así que lo sabían? En los tiempos que corrían la gente estaba atenta por si aparecían bandidos, pero ¿esos tres habían reparado en una mujer sola y habían llegado a la conclusión de que los seguía? No tenía sentido. Pero ¿por qué atraerla hacia el bosque con una treta en lugar de encararse a ella, sin más? Tres hombres no tenían motivo para temer a una mujer. A menos que supieran que era una Aes Sedai, en cuyo caso actuarían con precaución. Pero sabía a ciencia cierta que ese tipo no tenía ni idea de cómo se había apoderado de su arma.

—¿Una cairhienina, Lan? Supongo que habrás visto en cueros a una cairhienina, pero yo no. —Eso sí que le hizo prestar atención y, conectada como estaba al Poder, también oyó

otro sonido: el de acero deslizándose entre cuero. Una espada que salía de la funda. Al tiempo que preparaba varios tejidos con los que los frenaría a todos en seco, entreabrió dos mantas y se asomó.

Para su sorpresa, el hombre que la había zambullido en el agua —¿Lan?— se hallaba de espaldas a las mantas y tenía la espada desnuda en la mano. El arafelino, enfrente de él, parecía sorprendido.

—Supongo que aún te acuerdas de los Mil Lagos, Ryne —dijo fríamente Lan—. ¿Es que una mujer necesita protección de tus miradas?

Durante un instante Moraine pensó que Ryne iba a desenvainar su acero a pesar de que Lan ya tenía el suyo en la mano, pero el hombre mayor —Bukama, había oído que lo llamaban—, un tipo muy baqueteado y canoso aunque tan alto como los otros dos, intervino para calmar las cosas y se llevó a sus compañeros a cierta distancia mientras hablaba de cierto juego llamado «sietes». Como juego era muy raro y más que peligroso con la luz menguante. Lan y Ryne se sentaron uno frente a otro, con las piernas cruzadas y las espadas envainadas; entonces, sin previo aviso, los dos aceros salieron disparados como un rayo hacia la garganta del otro y se frenaron cuando casi tocaban la carne. El hombre mayor señaló a Ryne, y los dos envainaron las espadas para, un instante después, hacer lo mismo. Durante todo el tiempo que Moraine los estuvo observando, se repitió el proceso con el mismo resultado. A lo mejor, la actitud de confianza en sí mismo de Ryne no era simple apariencia.

Moraine esperó entre las mantas e intentó recordar lo que le habían enseñado sobre Malkier, que no era gran cosa, aparte de la historia. Ryne se acordaba de los Mil Lagos, así que también debía de ser malkieri. Le parecía recordar que había algo sobre mujeres en apuros. Ya que estaba con ellos, podía quedarse hasta enterarse de todo lo que pudiera. Cuando salió de detrás de las mantas se encontraba preparada.

—Apelo al derecho de una mujer sola —les dijo formalmente—. Viajo a Chachin y pido la protección de vuestras espadas. —Puso en la mano de cada hombre una gruesa moneda de plata. Realmente no estaba muy segura sobre ese ridículo asunto de «una mujer sola», pero la plata despertaba el interés de la mayoría de los hombres—. Y habrá dos más para cada uno, pagaderas en Chachin.

La reacción de los hombres no fue la que esperaba. Ryne miró la moneda con expresión truculenta mientras le daba vueltas entre los dedos. Lan contempló inexpresivamente la suya y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta con un gruñido. Moraine cayó en la cuenta de que les había dado algunos de los pocos marcos de Tar Valon que le quedaban, pero las monedas de Tar Valon circulaban por todas partes, como las de cualquier otro país. Bukama, apoyada la mano en la rodilla izquierda, hizo una reverencia.

—Un honor serviros, milady —dijo—. Hasta Chachin, mi vida antes que la vuestra. —También tenía los ojos azules y la mirada huidiza. Moraine esperaba que no resultara ser un Amigo Siniestro.

Enterarse de algo resultó no sólo difícil, sino imposible. Al principio los hombres estuvieron ocupados en montar el campamento, atender los caballos y encender un fuego más grande. No parecían ansiosos de afrontar una noche de principios de primavera sin él. Bukama y Lan apenas dijeron palabra durante la cena, consistente en pan cenceño y carne seca que Moraine procuró no engullir con ansia. Ryne sí habló y resultaba realmente encantador con sus ojos chispeantes y los hoyuelos en las mejillas al sonreír, pero no dio pie para que Moraine mencionara Las Puertas del Cielo o las Aes Sedai. Cuando le preguntó por qué iba a Chachin, el semblante del hombre se tornó triste.

—Todos tenemos que morir en alguna parte —respondió quedamente, y se levantó para prepararse el petate. Una respuesta extraña, digna de una Aes Sedai.

Lan hizo la primera guardia mientras la luna asomaba por encima de los árboles. Se sentó con las piernas cruzadas, no muy lejos de Ryne, y cuando Bukama sofocó el fuego y se metió en sus mantas, cerca de Lan, Moraine tejió una salvaguardia de Energía en torno a cada hombre. Podía mantener los fluidos mientras dormía y, si alguno se movía durante la noche, la salvaguardia la despertaría sin alertarlos a ellos. Eso implicaba despertarse cada vez que

cambiaban de guardia, cosa que hicieron con frecuencia, pero era algo que no podía evitarse. Estaba tumbada en las mantas bastante separada de los hombres y, cuando recostó la cabeza en la silla de montar por tercera vez, Bukama masculló algo que no entendió. La respuesta de Lan la oyó con claridad diáfana.

—Antes confiaría en una Aes Sedai, Bukama. Ve a dormir.

Toda la ira reprimida que se había tragado antes explotó. ¡Ese hombre la había tirado al estanque helado, no se había disculpado, no...! Encauzó Aire y Agua tejidos con un poco de Tierra. Bajo la luz de la luna, un grueso cilindro de agua se alzó de la superficie del estanque, subió más y más en el aire hasta trazar un arco... ¡y se precipitó sobre el necio que hablaba tan a la ligera!

El agua salpicó a Bukama y a Ryne, que se incorporaron de un salto al tiempo que barbotaban juramentos, pero Moraine mantuvo el torrente y contó hasta diez antes de cortarlo. El agua salpicó todo el campamento. Moraine esperaba ver al hombre empapado, medio helado y aplastado contra el suelo, preparado para aprender buenos modales. En efecto, chorreaba agua y había unos cuantos pececillos dando coletazos a sus pies, pero estaba de pie y con la espada en la mano.

—¿Engendros de la Sombra? —dijo Ryne en tono incrédulo.

—Quizá, pero jamás había oído nada parecido —repuso Lan—. ¡Cuida de la mujer, Ryne! ¡Bukama, ve hacia el oeste y gira hacia el sur! ¡Yo iré al este y giraré hacia el norte!

—¡Nada de Engendros de la Sombra! —barbotó Moraine, y los tres se pararon en seco y la miraron. Le habría gustado ver mejor sus expresiones en el claroscuro de luna y sombras, pero esas sombras arrojadas por las nubes que se desplazaban en el cielo también la ayudaban al envolverla en un halo de misterio. Merced a un esfuerzo, dio a su voz hasta la última brizna de fría serenidad Aes Sedai de la que fue capaz—. Muy imprudente mostrar a una Aes Sedai cualquier otra cosa que no sea respeto, maese Lan.

—¿Aes Sedai? —susurró Ryne. A pesar de la tenue luz la sorpresa era evidente en su semblante. O tal vez fuera miedo.

Nadie más abrió la boca excepto Bukama, que rezongó entre dientes mientras retiraba el petate del terreno embarrado. Ryne empleó un buen rato en cambiar sus mantas en silencio; le dedicaba ligeras reverencias cada vez que Moraine miraba en su dirección. Lan no hizo intención de secarse. Empezó a buscar otro sitio seco donde hacer la guardia, pero se paró y volvió a sentarse en el mismo punto donde estaba antes, sobre el barro y el agua. Moraine lo habría interpretado como un gesto de humildad de no ser porque la miró, casi a punto de trabar la mirada con la suya. Si eso era humildad, entonces los monarcas eran los hombres más sumisos de la tierra.

Ni que decir tiene que volvió a tejer salvaguardias alrededor de los hombres. Si acaso, haber revelado su condición lo hacía más necesario. De todos modos tenía mucho en que pensar y tardó en dormirse. Para empezar, ninguno de los hombres le había preguntado por qué los seguía. ¡Y ese hombre estaba de pie tras caerle un torrente de agua! Curiosamente, cuando empezó a dormirse pensaba en Ryne. Sería una pena que ahora le tuviera miedo. Y una verdadera lástima que resultara ser un Amigo Siniestro. Era encantador y, en verdad, muy guapo. No le importaba que un hombre quisiera verla desnuda, sólo que se lo dijera a otros.

Librodot

20



Desayuno en Manala

—Podéis llamarme lady Alys —les dijo la pequeña y extraña mujer cuando al amanecer se incorporó adormilada de las mantas mientras sofocaba los bostezos con la mano.

Por lo visto no estaba acostumbrada a dormir en el suelo. A Lan no le cabía duda de que había estado despierta cada vez que él empezaba un turno de guardia. La gente respiraba de forma diferente si estaba dormida o despierta. En fin, las mujeres que vestían con sedas rara vez tenían que soportar incomodidades y privaciones.

Dudaba de que ése fuera su nombre, y que el anillo de la Gran Serpiente que enseñó fuera de verdad, sobre todo después de que volvió a guardarlo en la escarcela y dijo que nadie debía saber que era Aes Sedai, ni siquiera otras hermanas. Era cierto que a menudo las Aes Sedai fingían ser mujeres corrientes y lo conseguían con quienes no sabían reconocer el rostro de una hermana; y, sí, era verdad que en una ocasión había coincidido con una Aes Sedai que todavía no tenía el aspecto intemporal, pero todas ellas ejercitaban la serenidad hasta extremos exagerados. ¡Oh, sí!, se enfadaban, pero con una cólera fría. Había visto el rostro de «Alys» a la luz de la luna cuando el agua dejó de caer, aunque no se había dado cuenta de qué era hasta después. Tenía esa expresión de regocijo infantil cuando se ha hecho una trastada y también la infantil decepción porque la broma no había funcionado como quería. Las Aes Sedai eran muchas cosas, tan enrevesadas como para que otras mujeres parecieran simples en comparación, pero jamás eran infantiles.

Cuando la vieron detrás de ellos la primera vez, dejando atrás las caravanas de mercaderes y la protección de sus guardias, Bukama sugirió una razón para que una mujer sola siguiera a tres hombres: si seis espadachines no habían sido capaces de matar a un hombre a la luz del día, quizás una mujer podría conseguirlo de noche. Bukama no había mencionado a Edeyn, naturalmente. A decir verdad, era obvio que no podía tratarse de eso, o a esas alturas ya estaría muerto, pero Edeyn sí sería capaz de mandar a una mujer a vigilarlo creyendo que así no estaría tan alerta. Sólo un necio consideraba menos peligrosa a una mujer que a un hombre, pero a menudo ellas parecían creer que los hombres eran tontos en lo concerniente a las mujeres.

Por la noche, y a despecho de sus anteriores recelos, Bukama había expresado su descontento por la negativa de Lan a hacer la promesa debida a la mujer, aunque la hecha por él bastaba para atarlos a esa «lady Alys» hasta Chachin. Además, les había dado dinero, pero su intención no había sido ofensiva. Esa mañana, Bukama rezongó mientras ensillaba su castrado negro, un caballo que según él no tenía ni punto de comparación con *Venablo de sol.* Lo que era exagerar un poco, aun tratándose de Bukama. El corcel negro no estaba entrenado aún como caballo de batalla, pero era un gran animal, de excelente planta y galope rápido.

—Ni que sea Aes Sedai ni que no, un hombre decente ha de guardar ciertas normas de cortesía —rezongó mientras ajustaba la cincha delantera—. Es una simple cuestión de decencia.

—Déjalo ya, Bukama —le dijo en voz baja Lan, pero su amigo no hizo caso, desde

luego.

—Es una falta de respeto hacia ella, Lan, y una vergüenza por tu parte. Un hombre honorable protege a quienquiera que necesite protección, pero a los niños ante todo y a las mujeres por encima de los hombres. Prométele protección por tu propio honor.

Lan suspiró. Seguramente Bukama seguiría con el mismo tema todo el camino hasta Chachin. Debería entender su postura. Si esa mujer era realmente Aes Sedai, no quería más ataduras que lo ligaran a ella. Si era Aes Sedai podía andar a la caza de un Guardián. Si...

Ryne sólo esperó a que la mujer acabara de cepillarse el cabello, lo que hizo sentada sobre la alforja en el suelo, antes de dedicarle una florida reverencia que hizo tintinear las campanillas.

—Una hermosa mañana, milady —dijo—, aunque no hay amanecer que pueda compararse en belleza con los oscuros y profundos estanques de vuestros ojos. —Y entonces se inclinó y la miró atentamente para ver si se sentía ofendida—. Eh... ¿Me permitís que ensille vuestra yegua, milady? —Tan tímido como un sollastre en la sala de recibir visitas.

—Vaya, gracias —sonrió ella, y mostró una cálida sonrisa—. Es una gentil oferta, Ryne.

Fue con él a ensillar su montura o, más bien, a coquetear, por lo visto. Se quedó muy cerca de Ryne mientras éste trabajaba, mirándolo con esos grandes ojos que él parecía admirar, y a lo que quiera que dijese ella, Lan oyó responder a Ryne en un murmullo sobre su «piel como nieve sedosa», cosa que a la mujer la hizo reír con deleite.

Lan meneó la cabeza. Entendía lo que atraía a Ryne. La mujer tenía una cara preciosa y, aunque se comportara de un modo infantil, su cuerpo esbelto, embutido en seda azul, no era el de una niña. Pero Ryne tenía razón: él había visto a una cairhienina desnuda; a más de una. Y todas habían intentado involucrarlo en una intriga o en dos o en tres. Durante diez días particularmente memorables en el sur de Cairhien, habían estado a punto de matarlo seis veces y casi se había casado dos. Una Aes Sedai, si lo era realmente, ¿y cairhienina por si fuera poco? No podía haber peor combinación.

Curiosamente, la mujer no protestó por emprender la marcha sin haber desayunado nada, pero cuando llegaron a Manala, un pueblo importante situado a menos de una hora de marcha calzada adelante, ordenó hacer un alto. Y era una orden, sin lugar a dudas.

—Una comida caliente en este momento hará más fácil la jornada de viaje —manifestó con firmeza, sentada muy tiesa en la silla y con una mirada desafiante a los tres. Eso sí era acorde con una Aes Sedai; aunque, bien pensado, era propio de casi cualquier mujer—. Deseo llegar a Chachin lo antes posible y no quiero que os caigáis redondos de hambre en un absurdo intento de demostrarme lo duros que sois. —Sólo Ryne la miró a los ojos directamente, con una sonrisa incómoda. Aún no había decidido si estaba entontecido o asustado.

—Teníamos planeado hacer un breve alto para tomar algo, milady —dijo Bukama, que bajó los ojos en señal de respeto. No añadió que habrían cenado allí la noche anterior y habrían dormido en camas de no ser por ella. Si los hubiese seguido a Manala no habría significado nada extraño; que hubiera ido en pos de Lan por el bosque quería decir que sentía interés por ellos o por sus planes.

Manala, un conjunto en expansión de casas de piedra con tejas rojas o verdes, no distaba mucho de alcanzar categoría de ciudad, con más de veinte calles que se entrecruzaban sobre un par de cerros bajos. En la vaguada que se extendía entre los dos cerros, cuatro posadas daban a un gran prado, a lo largo de la calzada. En ellas, los hombres de dos grandes caravanas de mercaderes que se dirigían hacia el este enganchaban de mala gana los tiros de caballos bajo la vigilante mirada de los comerciantes montados. Otra caravana de unas treinta carretas ya avanzaba pesadamente hacia el oeste, y algunos de los guardias de la escolta echaban ojeadas hacia atrás en lugar de estar atentos a la calzada, como era su deber. En Manala ya habían dado comienzo las fiestas de Bel Tine.

Aún no se había llegado a las competiciones de habilidad, fuerza y velocidad, pero parejas recién casadas danzaban alrededor de la Viga de Primavera que se alzaba en el centro

Librodot

del prado; los pies se movían con ligereza, pero los cuerpos se mantenían muy derechos mientras entrelazaban cintas de vivos colores alrededor del poste de tres metros y medio de altura, en tanto que adultos de más edad y los solteros bailaban a un ritmo más animado con la música de violines, flautas y tambores de media docena de tamaños. Todo el mundo lucía sus mejores galas, las mujeres blusas claras con complejos bordados. Abarrotaban el amplio espacio abierto, y eso que no estaba toda la población de Manala. Un continuo goteo de gente ascendía por las colinas, hombres y mujeres de camino a sus ocupaciones, mientras que otro igualmente continuo descendía, a menudo con bandejas de comida para las largas mesas instaladas al otro extremo del prado. Era una estampa alegre. Los niños, con las caras manchadas de miel las más de las veces, reían mientras corrían y jugaban por todo el prado, y algunos de los críos mayores alimentaban de vez en cuando las pequeñas hogueras de Bel Tine, encendidas en las cuatro esquinas del prado. Lan no estaba seguro de cuántos creían realmente que saltar esas hogueras bajas haría desaparecer la mala suerte acumulada desde el anterior Bel Tine, pero él sí creía en la suerte. En la buena y en la mala. En La Llaga, que uno viviera o muriera dependía de la suerte tan a menudo como dependía de la destreza o de la falta de ella.

En un fuerte contraste con la algazara que reinaba en el prado, al lado de la calzada se alzaban seis estacas en las que había clavadas grandes cabezas de trollocs, unas con hocicos de lobo, otras con cuernos de carnero, otras con picos de águila y todas con unos ojos demasiado humanos. No parecían llevar clavadas más de dos o tres días, aunque el tiempo todavía era bastante fresco para retrasar la descomposición y demasiado frío para que hubiese moscas. Ésa era la razón de que los hombres que bailaban llevaran una espada, y las mujeres, cuchillos largos en el cinto. Pero no olía a madera quemada, de modo que había sido una incursión pequeña y sin éxito.

«Lady Alys» detuvo a su yegua junto a las estacas y las contempló fijamente, aunque no con sorpresa ni con miedo o repulsión. Su rostro era una máscara perfecta de calma, y durante un instante Lan casi creyó que era una verdadera Aes Sedai.

—Odiaría tener que enfrentarme a esas criaturas armada únicamente con una espada —murmuró—. Hay que tener mucho valor para hacerlo.

—¿Os habéis enfrentado a trollocs? —preguntó Lan, sorprendido, en tanto que Ryne y Bukama intercambiaban una mirada atónita.

—Sí. —La mujer torció levemente el gesto, como si la respuesta se le hubiese escapado sin querer.

—¿Dónde, si se me permite preguntarlo? —inquirió Lan.

Había pocos sureños que hubieran visto un trolloc en su vida; algunos los tenían por personajes de cuento para asustar a los niños. Alys lo miró fríamente. Muy fríamente.

—A los Engendros de la Sombra se los puede encontrar en sitios que jamás os imaginaríais, maese Lan. Elegid una posada, Ryne —añadió con una sonrisa.

Por lo visto esa mujer pensaba que tenía el mando y, a juzgar por el modo en que Ryne corrió a obedecer, así era. La Espada del Labrador tenía dos pisos de piedra con el tejado rojo, y las ventanas de la planta baja más parecían aspilleras; encima de una puerta de gruesos tablones colgaba con la punta hacia abajo una espada de empuñadura larga, del tipo que llevaban los granjeros en los arados. Teniendo La Llaga tan cerca, las posadas hacían las veces de puestos de defensa contra los ataques de trollocs, al igual que muchas casas. La posadera, una mujer fornida y canosa que lucía una blusa con bordados de flores rojas y azules y pantalones amplios de los mismos colores, se acercó desde el prado al ver que ataban los caballos a las argollas instaladas delante de la posada. A la señora Tomichi parecía inquietarla que dos malkieri pararan en su posada, pero se le alegró el semblante cuando Alys empezó a impartir órdenes para que les preparara el desayuno.

—Como ordenéis, milady —murmuró la posadera carirredonda, que hizo una profunda reverencia. La cairhienina no había dicho su nombre, pero sus modales y su vestido indicaban a una noble—. ¿Querréis habitaciones para vos y para vuestros criados?

—No, gracias —contestó Alys—. Tengo intención de proseguir viaje enseguida.

Ryne no se ofendió porque lo llamaran criado y aceptó el término con tanta naturalidad como Alys, pero el ceño perpetuo de Bukama se hizo más pronunciado. No dijo nada, claro está, y quizá no lo dijera nunca debido a su promesa. Lan decidió que tendría una tranquila charla con Alys cuando se presentara la ocasión. Los insultos que un hombre era capaz de tragarse en silencio tenían un límite.

Los otros hombres y él encargaron pan moreno y té fuerte, además de cuencos de gachas con tiras de jamón. Alys no los invitó a compartir su mesa en la gran sala común, así que tomaron asiento en otra. Había muchas donde elegir, dado que aparte de ellos y de la señora Tomichi no había nadie más. La posadera les sirvió personalmente mientras explicaba que no quería hacer que nadie dejara la fiesta. De hecho, cuando hubo cobrado el servicio, regresó al prado.

Aprovechando que estaban solos, Lan y los otros hablaron de la pequeña mujer que se les había unido. O, más bien, discutieron sobre ella, bien que en voz baja para que no se los oyera. Totalmente convencido de que Alys era Aes Sedai, Ryne recomendó no hacerle preguntas. Con las Aes Sedai podía ser peligroso preguntar, además de que las respuestas podían no ser agradables. Bukama insistía en que tenían que saber qué quería de ellos, sobre todo si era Aes Sedai. Enredarse en algún plan desconocido de una Aes Sedai era pisar terreno resbaladizo. En casos así, un hombre podía hacerse enemigos sin saberlo o ser sacrificado inopinadamente para favorecer sus objetivos. Lan se abstuvo de mencionar que había sido Bukama quien les había hecho meter el pie en el lazo de esa trampa. Por su parte, le resultaba imposible creer que fuera una hermana. Pensaba que era una espontánea encargada de vigilarlo... por Edeyn, aunque no mencionó su nombre. A buen seguro, Edeyn tenía informadores a todo lo largo de las Tierras Fronterizas. Quizá fuera demasiada coincidencia que tuviera apostada una espontánea esperándolo en Canluum, pero también habían aparecido esos seis hombres y no se le ocurría nadie más que pudiera haberlos enviado.

—Pues yo insisto en que... —empezó Bukama, que intercaló un juramento—. ¿Dónde demonios ha ido?

En la mesa a la que se había sentado Alys estaba el cuenco vacío, pero de la mujer no había ni rastro. En contra de su voluntad, Lan enarcó las cejas en un gesto de admiración. No había oído el menor ruido que indicara su marcha.

Ryne retiró ruidosamente el banco en el que estaba sentado y corrió hacia una de las aspilleras para asomarse.

—Su montura sigue ahí. A lo mejor ha ido al excusado. —Lan se encogió para sus adentros por el vulgar comentario. Había cosas que se mencionaban y cosas que no. Ryne se toqueteó una de las trenzas y después se propinó un seco tirón que hizo tintinear las campanillas—. Propongo que le dejemos sus monedas de plata y nos vayamos antes de que regrese.

—Vete si quieres —dijo Lan mientras se levantaba—. Bukama se comprometió con ella, y yo estoy sujeto a su promesa.

—Mejor sería que cumplieras la tuya —rezongó Bukama.

Ryne torció el gesto y se dio otro tirón de la trenza.

—Si os quedáis, yo también me quedo.

A lo mejor, la mujer sólo había salido a echar un vistazo a la fiesta. Tras encargarle a Bukama que se quedara por si regresaba, Lan salió con Ryne para buscarla, pero no estaba entre los bailarines ni entre los que miraban. Con su atuendo de seda habría destacado entre todo aquel lino y paño bordado. Algunas mujeres les pidieron que bailaran con ellas, y Ryne sonrió a las más guapas —¡ese hombre no dejaría de sonreír a una cara bonita ni aunque media docena de trollocs cargara contra él!—, pero Lan le mandó buscar por las casas del cerro meridional en tanto que él subía el que había detrás de La Espada del Labrador. No quería que Alys se reuniera con nadie a sus espaldas y que quizás arreglara alguna sorpresa para cuando el día estuviera más avanzado. Que la mujer no hubiera intentado matarlo no significaba que Edeyn lo quisiera vivo.

La encontró en una calle casi desierta, a medio camino de la cumbre del cerro; una

Librodot

joven delgada que vestía blusa y pantalones blancos bordados con dibujos en rojo y dorado, tan complejos como los que lucía Alys en el vestido, le hacía una reverencia en ese momento. En lo tocante a bordados, los kandoreses eran tan exagerados como los sureños. Con pasos quedos, se acercó para escuchar y al llegar a cierta distancia a espaldas de Alys se paró.

—Hay algunos Sahera que viven tres calles más allá, en esa dirección, milady —dijo la joven delgada al tiempo que señalaba—. Y creo que hay algunos más que viven en Cerro del Sur, pero no sé si alguna de las mujeres se llama Avene.

—Me habéis prestado una gran ayuda, señora Marishna, gracias —contestó Alys en tono afable. Tras recibir una nueva reverencia, se quedó mirando a la otra mujer mientras subía la cuesta. Una vez que la señora Marishna estuvo lo bastante lejos para no oír, Alys habló de nuevo y en su voz no había nada de afabilidad—. ¿Queréis que os enseñe cómo se castiga en la Torre Blanca escuchar a escondidas, maese Lan?

Faltó poco para que Lan parpadeara. Primero se las había ingeniado para salir de la sala sin que la oyera, y ahora lo había oído a pesar de moverse en silencio. Sorprendente. A lo mejor sí era Aes Sedai. Lo que significaba que podría estar considerando tomar de Guardián a Ryne.

—Creo que no —contestó a la espalda de la mujer—. Tenemos asuntos urgentes que atender en Chachin. Quizá vuestra búsqueda se agilizaría si os ayudamos a encontrar a esa tal Avene Sahera.

Alys se volvió muy deprisa y lo contempló fijamente a la par que se esforzaba por estirarse todo lo posible. Lan pensó que quizás estaba de puntillas. No, no era una Aes Sedai a pesar de la gélida expresión de mando que se plasmaba en su rostro. Había visto Aes Sedai más bajas que ella dominar estancias llenas de hombres que no tenían idea de quiénes eran ellas, y sin tener que estirarse.

—Será mejor para vos que olvidéis ese nombre —dijo fríamente—. No es aconsejable inmiscuirse en asuntos de Aes Sedai. Y ahora, podéis marcharos. Pero espero encontraros listo para emprender la marcha cuando haya acabado aquí. Es decir, si los malkieri cumplen su palabra como me han dicho que hacen.

Tras ese último insulto, echó a andar en la dirección que la otra mujer le había indicado. ¡Luz, esa mujer tenía la lengua más afilada que un cuchillo! Cuando volvió a La Espada del Labrador y le contó a Bukama lo que había descubierto, al hombre mayor se le alegró el semblante. Mejor dicho, el perenne gesto ceñudo se suavizó un poco. Tratándose de él, eso era tanto como la sonrisa de cualquier otra persona.

—A lo mejor lo único que quiere es protección hasta que encuentre a esa mujer.

—Eso no explica por qué nos siguió todo el día —adujo Lan, que se sentó pesadamente en el banco, delante de su cuenco de gachas, dispuesto a acabárselas—. Y no quiere decir que le diera miedo acercarse a nosotros. Me parece que asustar a esa mujer es tan fácil como asustarte a ti.

Bukama no supo qué contestar a eso.

Librodot

21



Algunos trucos del Poder

Lan sabía que el viaje a Chachin sería de los que no se olvidan, y sus expectativas se cumplieron. Dejando atrás caravanas de mercaderes, cabalgaron de firme, sin detenerse mucho tiempo en ningún pueblo y durmiendo bajo las estrellas la mayor parte de las noches dado que ninguno tenía dinero para posadas al ser cuatro personas con sus respectivas monturas. Tuvieron que conformarse con establos y pajares; cuando los había allí donde paraban al caer la noche. En muchas de las colinas que flanqueaban la calzada no había pueblos ni granjas, sólo enormes robles y cipreses, pinos y abetos, con algunas hayas y tupelos dispersos aquí y allí. En las Tierras Fronterizas no existían las alquerías aisladas; antes o después, cualquier granja solitaria acababa convirtiéndose en un cementerio.

Alys seguía buscando a la tal Sahera en todas las poblaciones por las que pasaban, aunque se callaba cada vez que Lan o cualquiera de ellos se acercaba y les asestaba una mirada gélida hasta que se alejaban. Esa mujer siempre tenía a punto una expresión glacial en la mirada. Cuando menos, para él. Ryne estaba pendiente de ella siempre y la contemplaba con los ojos muy abiertos, le llevaba cosas, corría a complacerla y le decía cumplidos como un cortesano atado a una correa, aunque todavía saltaba alternativamente del embeleso al temor, y ella aceptaba su sumisión y sus elogios por igual como algo a lo que tenía derecho, en tanto que le reía las ocurrencias.

Tampoco es que sólo se centrara en él. Rara vez dejaba pasar una hora sin hacer preguntas dirigidas a cada uno de ellos por turno hasta dar la sensación de que quería saber la historia completa de sus vidas. Era como un enjambre de moscas negras de cultivos, que por muchas que uno matara a manotazos siempre quedaban más para picarlo. Hasta Ryne era lo bastante sensato para soslayar ese tipo de interrogatorio. El pasado de un hombre le pertenecía a él y a la gente que lo había compartido con él, no era un asunto del que chismorrear con una mujer curiosa. A pesar de las preguntas, Bukama seguía machacando con lo mismo; día y noche, un comentario sí y otro no que salía de su boca estaba relacionado con la promesa. Lan empezó a pensar que el único modo de que su amigo se callara sería prometer que de ningún modo empeñaría su palabra con esa mujer.

En dos ocasiones unos negros nubarrones entraron desde La Llaga y descargaron aguaceros torrenciales de lluvia helada mezclada con granizos tan grandes como para partirle la cabeza a un hombre. Las peores tormentas de primavera procedían de La Llaga. Cuando la primera de esas nubadas oscureció el cielo por el norte, Lan empezó a buscar un sitio donde las copas de los árboles fueran lo bastante densas para ofrecer algo de refugio, tal vez con la ayuda de mantas extendidas sobre ellos.

—No es necesario parar, maese Lan —dijo fríamente Alys al comprender sus intenciones—. Estáis bajo mi protección.

Lan, que albergaba serias dudas sobre eso, seguía buscando refugio cuando la tormenta estalló. Las chispas eléctricas blancoazuladas surcaban un cielo en el que de repente parecía haberse hecho la noche, y los truenos retumbaban ensordecedores como monstruosos timbales

Librodot

sobre sus cabezas, pero la lluvia torrencial caía a cántaros sobre una cúpula invisible que se desplazaba con las monturas, y los granizos rebotaban en ella en medio de un inquietante silencio, como si no hubiesen chocado contra nada. Alys llevó a cabo el mismo servicio en la segunda tormenta, y en ambas ocasiones pareció sorprendida de que le dieran las gracias. En una buena imitación de la expresión serena Aes Sedai, el gesto calmo de su semblante rara vez se alteraba, pero en los ojos asomaba algo chispeante. Una mujer extraña.

Avistaron bandidos, como habían apuntado los rumores; por lo general eran grupos de diez o doce hombres con ropas toscas que calculaban las probabilidades contra tres que ya llevaban encajadas las flechas en los arcos y volvían a desaparecer en la espesura antes de que Lan y los demás hubiesen llegado a su posición. Bukama o él los perseguían siempre hasta una distancia suficiente para tener la certeza de que se habían marchado realmente, en tanto que los otros dos se quedaban protegiendo a Alys. Habría sido estúpido meterse de cabeza en una emboscada que pudiera estar esperándolos.

En la siguiente jornada, el mediodía los sorprendió cabalgando a través de colinas densamente arboladas por una calzada que aparecía desierta hasta donde alcanzaba la vista en una y otra dirección. El cielo estaba despejado salvo unas pocas nubes blancas dispersas, a gran altura, y el único sonido era el de los cascos de sus monturas y el charloteo de las ardillas en las ramas de los árboles. De repente, salieron jinetes de los árboles a ambos lados de la calzada, alrededor de treinta pasos más adelante. Eran unos veinte tipos desaliñados que formaron una línea para bloquear la calzada, y el retumbo de cascos indicaba que había otros detrás.

Lan soltó las riendas sobre la perilla de la silla y cogió dos flechas, que sujetó entre los dedos mientras apuntaba con la que ya estaba tensa en el arco. Dudaba de que le diese tiempo a hacer un segundo disparo, pero siempre había una posibilidad. Tres de los hombres que había delante llevaban sobre las sucias chaquetas petos con abolladuras y marcas de óxido, y uno se cubría con un yelmo de visera manchado de herrumbre. Ninguno tenía arco, pero eso cambiaba en poco las cosas.

—Veintitrés detrás, a treinta pasos —informó Bukama—. Sin arcos. A tu señal.

Tanto daba, considerando que era una banda lo bastante numerosa para atacar casi cualquier caravana de mercaderes. Aun así, no disparó la flecha. Mientras los hombres se limitaran a seguir plantados en los caballos, existía una posibilidad. Una muy pequeña. A menudo, vivir o morir dependía de pequeñas posibilidades.

—No nos precipitemos —dijo el hombre del yelmo mientras se lo quitaba y dejaba a la vista una cara alargada y sucia que no había visto la cuchilla de afeitar desde hacía una semana, enmarcada por un cabello canoso y grasiento. La amplia sonrisa ponía de manifiesto dos mellas en la dentadura—. Podréis matarnos a dos o tres antes de que acabemos con vosotros, pero no hace falta que lleguemos a eso. Nos dais el dinero y las joyas de la bella dama y podréis seguir camino. Las damas guapas vestidas con seda y pieles siempre llevan montones de joyas, ¿eh? —Su mirada se desvió de Lan para posarse en Alys sin borrar la sonrisa que quizá consideraba amistosa.

La oferta no era en absoluto tentadora. Esos tipos querían evitar bajas en sus filas si era posible, pero rendirse significaba que Bukama, Ryne y él acabarían degollados. Seguramente tenían intención de dejar vivir a Alys hasta que decidieran que representaba un peligro. Si tuviera algún truco del Poder en la manga, ojalá que lo...

—¿Osáis cerrar el paso a una Aes Sedai? —bramó la mujer con voz de trueno; literalmente. Algunos caballos de los asaltantes resoplaron y corcovaron. *Gato Danzarín*, que sabía lo que las riendas sueltas significaba, permaneció inmóvil y a la espera de sentir la presión de rodillas y talones—. ¡Rendíos o afrontad mi ira! —Y un rojo fuego estalló con un rugiente fragor sobre las cabezas de los bandidos, lo que ocasionó que más monturas se encabritaran y tiraran a dos jinetes poco diestros.

—Te dije que era una Aes Sedai, Coy —gimió un tipo gordo y calvo que llevaba un peto demasiado pequeño para él—. ¿No fue eso lo que dije, Coy? Una Verde con sus tres Guardianes, dije.

El hombre delgado le atizó un revés en la cara sin quitar los ojos de Lan. O, más bien, de Alys, que estaba detrás de él.

—Dejaos de monsergas de rendiciones. Seguimos siendo cincuenta contra cuatro. Antes de vernos con la soga al cuello correremos el riesgo de averiguar a cuántos matáis antes de que acabemos con vosotros.

—Muy bien —dijo Lan—. Pero si para cuando haya contado diez todavía tengo a la vista a alguno de vosotros, lo comprobaremos. —Sin más, empezó a contar en voz alta.

Los bandidos no esperaron a que llegase a dos para emprender galope de vuelta al bosque; a la cuenta de cuatro, los dos que estaban desmontados dejaron de intentar subirse a sus encabritadas monturas y salieron pitando a pie lo más rápido posible. No era menester perseguirlos. Dadas las circunstancias, aquél era el mejor final que podían esperar. Sólo que Alys no lo veía del mismo modo.

—No teníais derecho a dejarlos escapar —afirmó indignada; la cólera se reflejaba en sus ojos, que parecían querer atravesarlos con la mirada. Hizo dar media vuelta a la yegua para asegurarse de que todos recibieran su parte—. Si hubiesen atacado, habría utilizado el Poder contra ellos. ¿A cuánta gente han robado y asesinado? ¿A cuántas mujeres han violado? ¿A cuántos niños han dejado huérfanos? Tendríamos que habernos enfrentado a esos bandidos y haber conducido a los supervivientes ante el magistrado que hubiese más cerca.

Lan, Bukama y Ryne se turnaron para intentar convencerla de lo improbable que era que cualquiera de ellos cuatro estuviera entre los supervivientes —los bandidos habrían luchado con saña para no ir a la horca, y el número de efectivos contaba—, pero de hecho ella parecía creer que habría sido capaz de derrotar por sí sola a la casi totalidad de los cincuenta bandidos. Qué mujer tan extraña.

Si los incidentes se hubiesen limitado a las tormentas y los asaltantes, nada de ello habría sido de extrañar en un viaje. Hasta la estupidez de Ryne y las quejas de Bukama se podían tomar como algo dado por hecho. Pero Alys era ciega y sorda para muchas cosas, y allí radicaba la diferencia.

La primera noche Lan se había sentado en la tierra mojada para hacerle saber que aceptaba lo que le había hecho. Si iban a viajar juntos, mejor acabar con el honor parejo, según lo entendía ella. Sólo que no fue así. La segunda noche permaneció despierta hasta el alba y se aseguró de que él tampoco durmiera con secos golpes de un azote invisible cada vez que el sueño lo podía. La tercera noche se le metió dentro de la ropa y de las botas una gruesa capa de tierra a saber cómo. Se había sacudido lo que había podido y al día siguiente, al no tener agua para lavarse, tuvo que cabalgar lleno de tierra. La noche siguiente al incidente de los bandidos... No entendía cómo se las había arreglado para conseguir que las hormigas se le metieran en la ropa interior o para que le picaran todas a la vez. Había sido obra de ella, de eso no le cabía duda. La encontró de pie junto a él cuando abrió los ojos de golpe, y pareció sorprenderle que no gritara.

Obviamente, quería obtener algún tipo de respuesta, de reacción, pero Lan no sabía cuál. Si pensaba que no se había desquitado suficientemente por el remojón en el estanque, entonces es que era muy intransigente; una mujer estaba en su derecho de poner el precio por el insulto o el daño recibido, pero allí no había otras mujeres que frenaran el asunto si excedía los límites de lo que consideraran justo. Lo único que podía hacer era aguantar hasta llegar a Chachin. A la noche siguiente Alys encontró cerca del campamento un redondel de urticanas, plantas cuyas hojas levantaban ampollas en la piel con sólo rozarlas, y, para su vergüenza, Lan estuvo a punto de perder los estribos.

No mencionó los incidentes a Bukama ni a Ryne, claro, aunque estaba seguro de que lo sabían, pero empezó a rezar para que Chachin apareciese al remontar la siguiente elevación de terreno. A lo mejor Edeyn había empleado a la mujer para vigilarlo, pero daba la impresión de que, después de todo, lo que se proponía era matarlo. Lentamente.

Moraine no entendía la tozudez de ese Lan Mandragoran, aunque Siuan decía que usar el término «tozudez» junto al de «hombres» era una redundancia. Sólo quería una muestra de

arrepentimiento por tirarla al agua. Bueno, y también una disculpa. Una miserable disculpa. Y la consideración debida a una Aes Sedai. Pero ese hombre no había dado la menor señal de arrepentimiento. ¡Era la impasibilidad arrogante en persona! Y que no daba crédito a que tuviera derecho al chal resultaba tan obvio que, para el caso, tanto habría dado si lo hubiese dicho en voz alta. Una parte de Moraine admiraba su entereza, pero sólo una parte. Lo haría entrar en vereda, vaya que sí. No hasta el punto de domeñarlo completamente —un hombre sometido no era útil ni para sí mismo ni para nadie—, pero sí hasta asegurarse de que reconociera sus errores en lo más hondo de su ser.

Le dejaba los días para que reflexionara mientras planeaba qué le haría por la noche. Lo de las hormigas había sido una gran decepción. Ése era uno de los secretos del Ajah Azul, un modo de repeler insectos para hacerlos agruparse y picar o morder, si bien no estaba pensado para el uso que le había dado ella. Sin embargo, se sintió muy orgullosa con lo de las urticanas, que cuando menos lo hicieron brincar un poco y demostraron que realmente estaba hecho de carne y hueso, cosa que Moraine había empezado a dudar.

Curiosamente, que ella oyera, ninguno de los otros le dirigieron una palabra de conmiseración a pesar de que tenían que saber lo que le estaba haciendo. Si a ella no le daba quejas, a buen seguro lo haría con sus amigos; era una de las cosas para lo que servían los amigos. Sin embargo, los tres también se mostraban reticentes en otras cosas. Hasta en Cairhien la gente hablaría de sí misma un poco, y, según le habían enseñado, en las Tierras Fronterizas rechazaban el Juego de las Casas. No obstante, no revelaron casi nada sobre sí mismos ni siquiera después de echarles el cebo con relatos de incidentes de su juventud en Cairhien e incluso en la Torre Blanca. Por lo menos Ryne se reía cuando la historia era divertida —una vez que cayó en la cuenta de que se suponía que tenía que reírse, se rió—, pero Lan y Bukama parecían sentirse violentos, nada menos. Dedujo que ésa era la única emoción que dejaban ver; podrían haber enseñado a las Aes Sedai a controlar el gesto. Admitieron haber visto hermanas antes que a ella, pero cuando hurgó delicadamente para saber dónde y cuándo...

—Hay Aes Sedai en tantos sitios que resulta difícil recordarlo —contestó Lan una tarde a última hora mientras cabalgaban delante de sus propias sombras alargadas—. Será mejor que paremos en esas granjas que se ven allá delante y preguntemos si podemos alquilar el pajar para pasar la noche. No volveremos a encontrar más casas hasta bastante después de que haya oscurecido.

Muy típico de ellos. Esos tres también habrían podido enseñar a las Aes Sedai a soslayar preguntas con respuestas vagas.

Lo peor de todo era que aún no tenía ni idea de si alguno de ellos era Amigo Siniestro. Claro que tampoco tenía razones concretas para pensar que cualquiera de las hermanas que estaban en Canluum pertenecía al Ajah Negro; y, si no lo eran, entonces la visita de Ryne a Las Puertas del Cielo seguramente se había debido a un motivo puramente inocente, pero la precaución la indujo a seguir haciendo preguntas. Continuaba tejiendo salvaguardias en torno a los tres hombres todas las noches. No podía permitirse el lujo de confiar en nadie, excepto en Siuan, hasta estar segura de ellos. Y menos aún en otras Aes Sedai y en cualquier hombre que pudiera estar involucrado con ellas.

A dos días de Chachin, en un pueblo llamado Ravinda, localizó por fin a Avene Sahera, precisamente la primera mujer con la que habló en el lugar. Ravinda era un pueblo próspero, aunque mucho más pequeño que Manala, con un amplio prado de tierra prensada que hacía las veces de mercado para gentes de pueblos vecinos que iban a trocar productos alimenticios y trabajos artesanales y a comprar a los buhoneros. Dos carretas de estos últimos, con las cubiertas de lona adornadas de ollas y cacerolas, estaban rodeadas de una muchedumbre cuando Moraine y sus reticentes acompañantes llegaron esa mañana. Cada uno de los buhoneros asestaba miradas hoscas a su competidor a pesar de que la gente pedía con entusiasmo sus mercancías. Ravinda también tenía una posada en construcción, de la que ya habían levantado el segundo piso, gracias a la recompensa recibida por la señora Sahera. Pensaba llamarla La Torre Blanca.

—¿Creéis que las hermanas se opondrían? —preguntó cuando Moraine le sugirió que cambiase el nombre mientras miraba ceñuda el letrero ya tallado y pintado que colgaba encima de la puerta principal. ¡A escala, la torre dibujada habría tenido que medir más de trescientos metros! Avene era una mujer rellena y canosa que llevaba una daga de palmo y medio de largo, engastada en plata, colgada del cinturón de trabajo, y bordados amarillos que tapaban las mangas de la blusa en color rojo intenso. Al parecer, la recompensa había puesto un toque festivo para ella todos los días. Por fin meneó la cabeza—. No veo razón para que lo hicieran, milady. La Aes Sedai que anotó nuestros nombres en el campamento era muy agradable y hablaba en voz suave. —Ya aprendería cuando apareciera por allí una hermana a quien no le importara revelar quién era.

Moraine habría querido recordar qué Aceptada había anotado el nombre de Avene Sahera para decirle a esa pequeña lo que pensaba. El hijo de Avene, Migel —¡su décimo hijo!—, había nacido a casi cincuenta kilómetros del Monte del Dragón y una semana antes de que Gitara hiciera la Predicción. ¡Era intolerable ese descuido a la hora de escribir lo que a uno le decían! ¿Cuántos niños más aparecerían en la lista de su libro que hubieran nacido fuera del plazo específico de diez días?

Salieron a galope de Ravinda; la evidente complacencia de los hombres porque hubiese regresado tan pronto hizo que descargara contra ellos la gran irritación que sentía por la desconocida Aceptada. No es que lo demostraran abiertamente, pero cuando se situaron detrás de ella oyó decir a Ryne que «por lo menos esa vez se había dado prisa» en un tono poco comedido, como si no le importara que lo oyera, y Bukama masculló su acuerdo. Lan, rehuyendo su compañía de manera evidente, cabalgaba delante. A fuer de ser sincera, lo entendía, pero la ancha espalda del hombre, recta como un palo, manifestaba por sí misma un rechazo. Empezó a pensar qué podía prepararle para esa noche. Y a lo mejor también algo para los otros dos.

Durante un rato no se le ocurrió nada que superara lo que ya había hecho. Entonces una avispa la pasó zumbando cerca y Moraine siguió con la vista su vuelo hacia los árboles que flanqueaban la calzada. Avispas, claro; pero no quería matarlo.

—Maese Lan, ¿sois alérgico a las picaduras de las avispas?

Él se volvió en la silla y casi hizo dar media vuelta a su corcel; soltó un gruñido y abrió los ojos de par en par. Durante un instante, Moraine no lo entendió. Entonces vio el extremo emplumado de una flecha que le sobresalía del hombro derecho.

Sin pensarlo abrazó la Fuente y el *Saidar* la llenó. Era como si estuviera de nuevo en la prueba. Los tejidos se formaron con la rapidez del rayo, ante todo un campo de Aire para frenar más flechas disparadas contra Lan y después otro para ella. No habría sabido decir si los tejió en ese orden. Con el Poder hinchiéndola, se le aguzó la vista y escudriñó los árboles de donde había llegado la flecha; captó un movimiento al borde del bosque y los flujos de aire salieron disparados para atrapar al hombre que en ese momento disparaba otra vez, y la flecha ascendió en ángulo cuando el arco se le aplastó contra el cuerpo. Todo transcurrió en cuestión de segundos, desde el principio hasta el final, tan rápido como cualquier tejido que había hecho en la prueba. Justo el tiempo suficiente para que dos flechas disparadas por Ryne y por Bukama dieran en el blanco.

Con un gemido consternado, Moraine soltó las ataduras de Aire y el hombre se desplomó hacia atrás. El tipo había intentado matar, pero ella no lo había inmovilizado para que fuera ejecutado. Lo habrían ajusticiado, sí, pero después de llevarlo ante un magistrado, y le disgustaba haber tomado parte en el cumplimiento de la sentencia, sobre todo cuando ésta aún no se había dictado. A su modo de ver, le andaba cerca a usar el *Saidar* como arma o crear un arma para que los hombres mataran con ella. Muy, muy cerca.

Sin soltar el *Saidar*, se volvió hacia Lan para ofrecerle la Curación; pero, aunque la flecha le atravesaba el hombro de parte a parte, ni siquiera le dio oportunidad de hablar. Hizo volver grupas a su caballo y galopó hacia el borde de los árboles, donde desmontó y se acercó al hombre caído, seguido por Bukama y Ryne. Henchida de Poder, alcanzó a oír claramente sus voces.

Librodot

—¿Caniedrin? —dijo Lan, que parecía consternado.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó Ryne.

—¿Por qué? —bramó Bukama a la par que sonaba el ruido de una patada contra las costillas.

—Oro —dijo una voz débil y jadeante—. ¿Qué otra cosa podía ser? Sigues teniendo... la suerte del Oscuro... girándote justo en ese instante... De otro modo, esa... flecha te habría acertado... en el corazón. Él debió... advertirme que... era Aes Sedai... en lugar de limitarse a... decir que la matara primero a ella.

No bien acabó de oír esas palabras, Moraine taconeó los flancos de *Flecha* para salvar a galope la corta distancia y a la par que desmontaba de un salto ya preparaba el tejido de Curación.

—Sacadle las flechas —ordenó mientras corría hacia ellos, remangadas la capa y la falda para no tropezar—. Si las tiene clavadas la Curación no lo mantendrá vivo.

—¿Para qué curarlo? —inquirió Lan, que se sentó en un árbol derribado por la tormenta, cuyas raíces cubiertas de tierra se alzaban en abanico muy por encima de su cabeza—. ¿Tan ansiosa estáis de presenciar un ahorcamiento?

—Ya está muerto —intervino Ryne—. ¿Podéis curar eso? —Parecía interesado en ver si era capaz de hacerlo.

El desánimo se adueñó de Moraine. Los ojos de Caniedrin, abiertos y fijos en las ramas de los árboles, estaban vidriosos, vacía la mirada. Curiosamente, con la chaqueta arrugada y el rostro sin barba su aspecto era el de un hombre joven. Lo bastante maduro, sin embargo, para cometer un asesinato, para morir con dos flechas traspasándole el pecho. Ahora ya no podría decirle si había sido el tal Gorthanes quien le había pagado para hacer el trabajo ni dónde podía dar con ese hombre. Llevaba una aljaba casi llena colgada del cinturón, y en el suelo, a corta distancia, había dos flechas clavadas rectas en el suelo. Por lo visto estaba bastante seguro de ser capaz de matar a cuatro personas con cuatro disparos. Y lo había pensado a pesar de conocer a Lan y a Bukama. Sin duda, el hecho de conocerlos lo había inducido a desobedecer las instrucciones e intentar matar primero a Lan, que, como había debido de pensar, era el más peligroso de los cuatro.

Mientras miraba al hombre se le ocurrió que, aun estando muerto, podría revelarle algo. Usó el cuchillo para cortar las cuerdas de la bolsa que Caniedrin llevaba detrás de la aljaba y vació el contenido sobre los cortos tallos de hierba que asomaban entre el mantillo. Un peine de madera, un trozo de queso a medio comer envuelto en hilas, una navaja pequeña, un ovillo de cuerda que Moraine desenrolló para asegurarse de que no había escondido nada dentro, un pañuelo sucio y arrugado que sacudió sujetándolo con la punta del cuchillo. Había sido mucho esperar que hubiera una carta escrita por maese Gorthanes dando instrucciones de cómo encontrarlo. Cortó los cordones de la bolsa de cuero atada en el cinturón de Caniedrin y la volcó. Un puñado de monedas de plata y de cobre se desparramaron por el suelo. Y también diez coronas de oro. Vaya. El precio por su muerte en Kandor era el mismo que el de un traje de seda en Tar Valon. Eran monedas gruesas, con el Sol Naciente de Cairhien en una cara y el perfil de su tío en la otra. Una nota a pie de página adecuada para la historia de la casa Damodred.

—¿Os ha dado ahora por robar a los muertos? —preguntó Lan con aquella fría voz tan irritante. Sólo era una pregunta, no una acusación, pero aun así...

Se incorporó furiosa justo cuando Ryne partía el extremo emplumado de la flecha que atravesaba el hombro de Lan. Bukama estaba atando una tira fina de cuero detrás de la punta y, cuando el nudo estuvo prieto, se enrolló la tira en el puño y dio un brusco tirón que extrajo el resto de la flecha. Lan parpadeó. ¡Le habían sacado una flecha que le atravesaba el hombro de parte a parte y sólo parpadeaba! Ignoraba la razón de que eso la irritara, pero así era.

Ryne regresó presuroso a la calzada mientras Bukama ayudaba a Lan a quitarse la chaqueta y la camisa. Tenía un orificio fruncido en la parte delantera del hombro, y seguramente el de detrás no tendría mejor aspecto. La sangre que había ido empapando la camisa empezó a manar libremente torso abajo. Ninguno de los dos hombres pidió la

Curación, y a Moraine tampoco le apetecía ofrecerla. En el cuerpo de Lan había más cicatrices de lo que cabría esperar en un hombre tan joven; unas cuantas recientes, a medio curar, estaban cosidas con puntadas oscuras y precisas. Por lo visto encrespaba a los hombres con tanta facilidad como a las mujeres. Ryne volvió con vendajes; iba mascando pan para hacer un emplasto. ¡Ninguno pensaba pedir la Curación hasta que ese hombre se muriera desangrado!

—¿Queréis que os cure? —preguntó fríamente a la par que alargaba las manos hacia la cabeza de Lan.

Él esquivó su contacto con un respingo. ¡Con un respingo!

—Podría ocurrir que pasado mañana, en Chachin, necesites el brazo derecho —masculló Bukama frotándose la parte inferior de la nariz, sin mirar a nadie.

Qué comentario tan raro. Sin embargo, Moraine sabía que preguntar a qué se refería era perder el tiempo. Al cabo de un momento Lan asintió con la cabeza y se echó hacia adelante.

Moraine le tomó la cabeza entre las manos con tanta fuerza que más pareció que lo abofeteaba y encauzó. La convulsión cuando el tejido de la Curación lo penetró, con una violenta sacudida de los brazos, se lo arrancó de las manos. Muy satisfactorio. A pesar de que sólo respiraba fuerte en lugar de jadear. Las viejas cicatrices permanecieron, las heridas a medio curar se redujeron a finas líneas sonrojadas —las puntadas exteriores, ahora sueltas, se deslizaron por los brazos y el pecho; le resultaría difícil distinguir las demás—, pero una capa de piel suave señalaba los puntos donde antes estaban los agujeros producidos por la flecha. Podría afrontar a las avispas en perfectas condiciones. Y, de ser preciso, siempre podría curarlo de nuevo después. Pero sólo si era imprescindible.

Dejaron las monedas tiradas en el suelo junto al cadáver de Caniedrin a pesar de que era obvio que a los hombres les habrían venido muy bien. No querían nada del muerto. Bukama encontró la montura de Caniedrin atada a corta distancia, entre los árboles; era un castrado castaño con los corvejones blancos, como si llevara calcetines; tenía pinta de ser veloz y de andar garboso. Lan desató la brida de la rama, la ató en la silla y después palmeó al animal en las ancas, lanzándolo a galope en dirección a Ravinda.

—Así podrá comer hasta que alguien lo encuentre —explicó al ver que Moraine observaba la marcha del caballo con el entrecejo fruncido.

Lo que en verdad lamentaba Moraine era no haber registrado las alforjas que iban detrás de la silla del castrado, pero Lan había hecho gala de un detalle de delicadeza que no habría esperado en él. Se libraría de las avispas por eso, aunque de todos modos tendría que ser algo memorable. Después de todo, sólo disponía de dos noches más para quebrantarlo. Una vez que llegaran a Chachin estaría demasiado atareada para ocuparse de Lan Mandragoran. Iba a estarlo durante un tiempo.

Librodot

22



Respetar la tradición

Si Canluum era una ciudad de colinas, Chachin lo era de montañas. Las tres más altas se elevaban por encima de los mil seiscientos metros a pesar de tener los picos cortados, y a la luz del sol de mediodía tejados y palacios brillaban con las cubiertas de coloridos azulejos. En la cumbre de la más prominente, el palacio de Aesdaishar resplandecía más que el resto, rojo y verde, con el estandarte del Caballo Rojo empinado ondeando sobre la cúpula más alta. Tres murallas con baluartes rodeaban la ciudad, así como un profundo foso seco de un centenar de pasos de anchura que salvaban dos docenas de puentes, todos defendidos por una imponente puerta fortificada. El tráfago de vehículos y personas era demasiado intenso y La Llaga se encontraba demasiado lejos para que los guardias, equipados con yelmos y la insignia del Caballo Rojo en el pecho, fueran tan concienzudos como en Canluum, pero les llevó un buen rato cruzar el Puente del Alba entre oleadas de carretas, carros y gente montada y a pie fluyendo en ambas direcciones.

Nada más cruzar la primera muralla y haberse quitado del paso de las atestadas carretas de mercaderes que avanzaban pesadamente, Lan tiró de las riendas sin perder un instante. Aunque Edeyn lo esperara, en su vida se había alegrado tanto de llegar a un sitio. Según la letra de la ley, todavía no estaban en Chachin —la segunda muralla, más alta, se encontraba cien pasos más adelante, y la tercera, aún más alta, a otros tantos pasos más allá— pero quería poner fin a la conexión con la tal Alys. Por la Luz bendita, ¿de dónde habría sacado moscas en esa época del año? ¡Y encima moscas negras! Tenía el cuerpo cubierto de ronchas que le picaban a rabiar. Al menos no había tenido la satisfacción que buscaba con ello. De eso estaba seguro.

—La promesa de protección era hasta Chachin, y se ha cumplido —le dijo a la mujer—. Mientras evitéis las zonas más conflictivas de la ciudad, estaréis tan segura en cualquier calle como si llevaseis una escolta de diez hombres. De modo que podéis ocuparos de vuestros asuntos y nosotros lo haremos de los nuestros. Guardaos vuestro dinero —añadió fríamente cuando ella llevó la mano a la bolsa. Se encolerizó por perder los estribos, pero es que esa mujer soltaba un insulto tras otro.

De inmediato, Ryne empezó dale que dale con que si ofender a una Aes Sedai al tiempo que le dedicaba sonrisas de disculpa y profundas reverencias que hacían tintinear las campanillas como gongs de alarma, en tanto que Bukama rezongaba secamente sobre los hombres que tenían los modales de un cerdo, también con cierto tono de disculpa. Alys lo miraba fijamente, el semblante casi tan inexpresivo que muy bien podía ser lo que afirmaba. Una afirmación peligrosa si no era verdad. Y si lo era... Entonces con más motivo no quería tener nada que ver con ella.

Hizo volver grupas a *Gato Danzarín* y galopó avenida adelante provocando la dispersión de transeúntes y algunos jinetes. En otro momento aquello habría provocado duelos. El *hadori* y la reputación que conllevaba no habrían bastado para frenar a nadie salvo a plebeyos, pero Lan, esquivando sillas de mano, carros de comerciantes y ganapanes con perchas al hombro cargadas de bultos, cabalgaba tan deprisa que no oyó gritos de desafío si los hubo y no aflojó

el paso en ningún momento. Después del silencio del campo, el jaleo del retumbo de las llantas de hierro de las ruedas sobre los adoquines y de los gritos de vendedores ambulantes y tenderos resultaba ensordecedor. Las flautas de los músicos callejeros sonaban estridentes. Los olores a castañas asadas y pastel de carne en los puestos de vendedores ambulantes y a comida haciéndose en las cocinas de docenas de posadas y centenares de hogares se mezclaban hasta crear un desagradable hedor después del aire puro del camino. Cientos de establos llenos de caballos contribuían con su tufo. Bukama y Ryne, que llevaban el caballo albardón, lo alcanzaron antes de que hubiese llegado a la mitad de la ladera que subía al palacio de Aesdaishar y se pusieron a uno y otro lado de Lan. Si Edeyn estaba en Chachin, la encontraría allí. Con muy buen juicio, Bukama y Ryne guardaron silencio. Cuando menos, Bukama sabía a lo que Lan se enfrentaba. Meterse en La Llaga habría sido mucho menos arriesgado. O, mejor dicho, salir vivo de La Llaga, ya que hasta el más necio podía entrar en ella. ¿Acaso era un necio al haber ido allí?

A medida que ascendían el avance se hacía más lento. No había mucha gente en las zonas altas, donde las casas de tejados de azulejos daban paso a palacios y a mansiones de mercaderes ricos y banqueros con las paredes cubiertas de brillantes azulejos, y en lugar de vendedores callejeros había lacayos que iban y venían con encargos. Carruajes lacados con la enseña de la casa en las puertas reemplazaban a las carretas de mercaderes y a las sillas de manos. Cualquier carruaje tirado por un tronco de cuatro o seis caballos, con plumas en las riendas, ocupaba un buen trecho de la calle, y en su mayor parte iban acompañados por media docena de escoltas, así como un par de hombres encaramados en la parte trasera, todos armados y equipados con coraza, prestos para pelear con cualquiera que intentara pasar demasiado cerca. En particular con tres hombres vestidos con ropas toscas. La chaqueta amarilla de Ryne no tenía tan buen aspecto como en Canluum, mientras que Lan, al haberse manchado de sangre su segunda chaqueta de mejor uso, se había tenido que conformar con la tercera de repuesto, tan estropeada que en comparación Bukama parecía ir bien vestido. Alys estaba en deuda con él por el modo de curarlo, y también por sus tormentos, bien que, de acuerdo con el honor, sólo podría resarcirse de lo primero. No. Tenía que quitarse de la cabeza a esa mujercita, aunque parecía haberse alojado dentro de su cráneo de algún modo. En quien tenía que centrarse era en Edeyn. En ella y en la batalla más desesperada de toda su vida.

El palacio de Aesdaishar ocupaba completamente la cumbre allanada; era una construcción inmensa, resplandeciente, de cúpulas y altas balconadas que cubría cincuenta acras,[*] una pequeña ciudad en sí misma, cada superficie con brillantes dibujos en rojo y verde. Las enormes puertas de bronce, con el Caballo Rojo lacado, se hallaban abiertas, invitando a entrar, bajo un arco de azulejos rojos que conducía al Patio de Visitas, pero una docena de guardias se adelantó para cerrar el paso cuando Lan y los otros se acercaron. Los hombres llevaban el Caballo Rojo bordado en el tabardo verde que lucían encima del peto, y una flámula roja y verde adornaba las alabardas. Resultaban llamativos con los yelmos y los pantalones rojos y las botas altas lustradas, de color verde, pero cualquier hombre que sirviera allí era un veterano de más de una batalla, y la mirada que dirigieron a los tres recién llegados tras las barras de la visera del yelmo era dura.

Lan desmontó e hizo una reverencia, no muy marcada, a la par que se tocaba la frente, el corazón y la empuñadura de la espada.

—Soy Lan Mandragoran —dijo. Nada más.

La postura tensa de los guardias se aflojó al oír el nombre, pero no se apartaron. Después de todo, cualquier hombre podía presentarse con el nombre que quisiera. Uno de ellos salió corriendo y regresó al cabo de poco con un oficial de pelo canoso que llevaba el yelmo con penacho rojo apoyado en la cadera. Jurad Shiman era un veterano combatiente que había cabalgado con Lan por el sur durante un tiempo, y en su cara alargada apareció una sonrisa.

[*] Acra: medida de superficie equivalente a un cuadrado de 100 pasos de lado.

—Sed bienvenido, al'Lan Mandragoran —dijo, e hizo una reverencia a Lan mucho más profunda que en visitas anteriores—. *¡Tai'shar Malkier!* —Oh, sí. Si Edeyn no estaba allí en ese momento, había estado.

Llevando de las riendas al caballo, Lan siguió a Jurad a través del arco rojo hacia los lisos adoquines del Patio de Visitas; se sentía como si debiera ir con la espada empuñada y la armadura puesta, y tenía la impresión de que las balconadas de piedra calada que se asomaban al amplio patio eran apostaderos de arqueros. Absurdo, por supuesto. Aquellas balconadas abiertas, como encaje de piedra, ofrecían escaso escondite a cualquiera. Se usaban para ver a los recién llegados en acontecimientos o celebraciones, no como defensas. Ningún enemigo había traspasado jamás la segunda muralla, y si los trollocs consiguieran llegar hasta allí en algún momento, es que todo estaba perdido. Aun así, cabía la posibilidad de que Edeyn se encontrara en palacio y Lan no podía librarse de la sensación de dirigirse a un campo de batalla.

Mozos de cuadra con uniformes rojos y verdes y el Caballo Rojo bordado en un hombro acudieron presurosos para ocuparse de los caballos, y otros hombres y mujeres se encargaron de llevarse el contenido de los cestos del albardón y de conducir a los tres hombres a los alojamientos acordes con su posición. La *shatayan* del palacio en persona se ocupó de conducirlos. Era una mujer de aire regio que mantenía la espalda muy derecha, con el cabello canoso peinado en un prieto moño bajo. El aro de llaves plateado que colgaba de su cinturón proclamaba que la señora Romera estaba a cargo de toda la servidumbre de palacio, pero una *shatayan* era algo más que una criada. Por lo general, sólo los gobernantes coronados esperarían ser recibidos en las puertas por la *shatayan.* Lan estaba nadando en un mar de expectativas de otras personas, y en esas aguas la gente solía ahogarse.

Fue a ver las habitaciones de Bukama y de Ryne y expresó su complacencia a la señora Romera, no porque hubiese temido que les dieran algo inapropiado, sino porque era preciso que se ocupara del bienestar de sus hombres antes que del suyo propio. Ryne tenía una expresión agria, pero ciertamente no habría esperado que le dieran algo mejor que ese pequeño cuarto en uno de los barracones de piedra de palacio, al igual que a Bukama. Por lo menos tenía una habitación para él solo, la de un alférez, con una estufa de azulejos construida debajo de la cama. Los soldados rasos dormían diez en cada habitación y, que recordara Lan, se pasaban la mitad del invierno discutiendo por ver quién ocupaba las camas más cercanas a la chimenea.

Bukama se instaló de muy buen grado, alegre —bueno, lo que en él podía considerarse «alegre», es decir, que el perenne ceño casi había desaparecido— y hablando de fumar unas cuantas pipas con unos hombres junto a los que había combatido, y Ryne pareció recobrar la compostura enseguida. En cualquier caso, para cuando Lan se marchó en pos de la señora Romera, Ryne preguntaba a los soldados si había chicas guapas entre la servidumbre y cómo podía conseguir que le limpiaran y plancharan la ropa. Le interesaba su apariencia —sobre todo habiendo mujeres, fueran jóvenes o viejas— casi tanto como a las propias mujeres. A lo mejor su gesto agrio se debía a haber tenido que presentarse con las ropas sucias del viaje ante la *shatayan* y las criadas.

Para gran alivio de Lan, no le dieron los aposentos de un monarca en visita a pesar de que lo escoltara la *shatayan.* Las tres piezas eran espaciosas, con tapices de seda en las paredes azules y una ancha cornisa bordeando el alto techo y trabajada a semejanza de montañas estilizadas; los sólidos muebles tenían una talla sencilla y apenas dorada. El dormitorio contaba con un pequeño balcón que se asomaba a uno de los jardines de palacio, y el lecho, con colchón de plumas, era tan ancho que habrían podido dormir cuatro o cinco personas en él. Todo era adecuado a su posición y le dio las gracias a la señora Romera quizás un poco más efusivamente de lo debido, ya que la mujer sonrió, gesto que le marcó arrugas en el rabillo de los ojos color avellana.

—Nadie sabe lo que nos depara el futuro, milord —dijo—, pero sabemos quién sois. —Y entonces le hizo una ligera reverencia antes de marcharse. Una reverencia. Asombroso. Dijera lo que dijese, la *shatayan* también tenía expectativas sobre el futuro.

Librodot

Además de procurarle aposentos, pusieron a su servicio a dos mujeres de cara cuadrada, Anya y Esne, que empezaron a colocar sus exiguas pertenencias en el armario, y a un muchacho desgarbado, llamado Bulen, para que le hiciera los recados. El chico miró el yelmo, el peto y el espaldar de Lan boquiabierto antes de colocarlos en la percha lacada en negro que había junto a la puerta, aunque allí debía de haber visto corazas semejantes muchas veces.

—¿Está su majestad en palacio? —preguntó cortésmente Lan.

—No, milord —contestó Anya, que miró ceñuda la chaqueta manchada de sangre y, dando un suspiro, la dejó aparte.

Era la mayor de las dos y tenía el cabello canoso; Lan pensó que quizás era madre de Esne. No había suspirado por la sangre —debía de estar muy acostumbrada a eso—, sino por la dificultad de limpiar la prenda. Con suerte, se la devolverían limpia y remendada. Hasta donde fuera posible, claro.

—La reina Ethenielle viaja con su séquito por el interior del país —añadió la mujer.

—¿Y el príncipe Brys? —Sabía la respuesta a eso; Ethenielle y su consorte, Brys, saldrían juntos de la ciudad sólo en tiempos de guerra, pero había que cumplir con la etiqueta.

Bulen se quedó boquiabierto ante la sugerencia de que el príncipe consorte pudiera hallarse ausente, pero no se podía esperar que un chico de recados conociera ya todas las costumbres de la corte. Sin embargo, a Anya no la habrían puesto al servicio de Lan de no estar completamente versada en el tema.

—Oh, sí, milord —dijo. Levantó la camisa manchada de negro y meneó la cabeza antes de dejar la prenda aparte, aunque no con la chaqueta. Por lo visto, la camisa era una causa perdida. Casi toda la ropa de Lan le hizo menear la cabeza, hasta las que guardaba en el armario. La mayor parte estaba muy usada.

—¿Hay visitas importantes? —Ésa era la pregunta que lo tenía tan desazonado como las picaduras de las moscas negras y de las hormigas.

Anya y Esne intercambiaron una mirada.

—Sólo una realmente importante, milord —contestó la mujer mayor, que dobló una camisa y la guardó en el armario, demorando el resto de la respuesta—. Lady Edeyn Arrel. —Las dos mujeres compartieron una sonrisa que consiguió que el parecido entre ambas fuera mayor. Ni que decir tiene que sabían desde el principio lo que realmente quería saber, pero ello no les daba derecho a sonreírse como tontas.

Mientras que Bulen le lustraba las botas, que tanto lo necesitaban, Lan se lavó de arriba abajo —en el lavabo, en vez de esperar a que se trajera una tina— y se untó en las ronchas un ungüento que Anya mandó traer a Esne, pero dejó que las mujeres lo vistieran. Que fueran criadas no era razón para insultarlas. Tenía una camisa de seda blanca que no estaba muy sobada, un par de pantalones en seda negra que casi parecían nuevos y una buena chaqueta de seda negra con bordados en las mangas de capullos de rosa dorados con sus afiladas espinas. Capullos de rosa por el dolor de la pérdida y el recuerdo. Muy apropiado. Las botas brillaban con un lustre que Lan no esperaba que Bulen fuera capaz de sacarles. Estaba todo lo bien armado que era posible. Con la espada en la mano había poco que pudiera temer, pero las armas de Edeyn no serían de acero. Y tenía poca experiencia en la clase de batalla que había de dirimir ahora.

Tras dar un marco de plata a Anya y a Esne, y un céntimo de plata a Bulen —la señora Romera se habría ofendido si le hubiese ofrecido dinero, pero los criados de un visitante esperaban una dádiva el primer día y el último—, envió al chico a comprobar que en los establos habían seguido sus instrucciones respecto a *Gato Danzarín* y mandó a las mujeres a la antesala para guardar su puerta. Después se sentó a esperar. Sus encuentros con Edeyn debían de ser en público, con tanta gente alrededor como fuera posible. En privado todas las ventajas eran para la *carneira* de un hombre.

De pronto, se encontró pensando adónde habría ido Alys, qué sería lo que buscaba de él y de los otros, e intentó quitársela de la cabeza. Aun estando ausente, esa mujer era como tener una cardencha metida en la espalda. En una de las mesas auxiliares había una jarra alta de plata con té que seguramente estaría aromatizado con bayas y menta, y otra con vino, pero

Lan no probó ninguna de las dos cosas. No tenía sed y necesitaba la cabeza bien despejada para vérselas con Edeyn. Mientras esperaba, asumió el *ko'di* y permaneció sentado en el vacío sin emociones. Siempre era mejor entrar en batalla sin tener el ánimo alterado.

En un período de tiempo increíblemente corto, Anya volvió a entrar y cerró la puerta tras ella.

—Milord, lady Edeyn solicita vuestra presencia en sus aposentos. —El tono de voz, absolutamente neutro; el semblante tan inexpresivo como el de una Aes Sedai.

—Decidle al mensajero que todavía no me he recuperado del viaje —contestó.

Anya hizo una reverencia; parecía decepcionada por la respuesta.

La cortesía exigía que se le diera tiempo para descansar, todo el que necesitara; pero, en menos de media hora según el reloj dorado de bola que había sobre la repisa de la chimenea, Anya entró de nuevo con una carta que llevaba el sello de una leona en cera azul. Una leona agazapada, lista para saltar. Era el emblema personal de Edeyn, y digno de ella. Lan lo rompió de mala gana. Era una misiva corta.

Ven a mí, dulzura mía. Ven a mí ya.

No llevaba firma, pero no habría hecho falta aunque el sello de cera no tuviera ninguna marca. Su compleja letra le era tan familiar como la suya propia, mucho más simple. La carta era muy propia de Edeyn. Imperativa. Edeyn había nacido para ser reina y lo sabía.

Entregó la hoja a las llamas de la chimenea. Ahora sí que no cupo duda alguna sobre la decepción de Anya. Luz, esa mujer estaba para servirle, pero Edeyn ya tenía una aliada en ella, si lo sabía. Y seguramente lo sabía. Tenía facilidad para enterarse de lo que podía serle de utilidad.

No llegaron más llamadas de Edeyn; pero, cuando el reloj de bola tocó los tres cuartos, la señora Romera apareció.

—Milord, ¿os sentís descansado ya para que os reciba el príncipe consorte?

Por fin. Era un honor que lo condujera ella en persona, pero los de fuera necesitaban un guía para desplazarse de un lado a otro de palacio. Él había estado allí muchas veces y aun así todavía se perdía de vez en cuando. Había dejado la espada en la percha lacada en negro, junto a la puerta. Allí no le serviría de nada, además de ser un insulto para Brys si la llevara, ya que indicaría que creía que necesitaba protegerse. Cosa que era cierta, sólo que no con un acero.

Había esperado una reunión privada en primer lugar, pero la señora Romera lo llevó a un gran salón con cúpula en el centro del alto techo, pintada a semejanza del cielo y sostenida por finas columnas estriadas; el salón estaba lleno de gente y el murmullo de las conversaciones cesó en el momento en que se reparó en su llegada. Sirvientes uniformados que caminaban silenciosos se movían entre la muchedumbre ofreciendo vino con especias a lores y damas kandoreses vestidos de seda bordada con los emblemas de sus casas, y a personas con finas ropas de paño que lucían las insignias de los gremios más importantes. Y también otros. Lan vio hombres con chaquetas largas que llevaban el *hadori*, hombres que él sabía que no se lo ponían desde hacía diez años o más. Mujeres con el cabello todavía a la altura de los hombros y más corto lucían el pequeño punto del *ki'sain* pintado en la frente. Esos hombres y mujeres que habían decidido recordar a Malkier se inclinaron cuando apareció él y le hicieron reverencias profundas. Observaron cómo la *shatayan* lo presentaba a Brys, cual halcones que acechan un ratón de campo. Quizá no tendría que haber ido allí, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse de su decisión. No le quedaba más opción que seguir adelante, le aguardara lo que le aguardase al final.

El príncipe Brys era un hombre de edad mediana, bajo y fornido, duro como si estuviera tallado en piedra, que parecía más acorde para vestir armadura que aquel ropaje de seda verde trabajado con hilos de oro, aunque en realidad estaba acostumbrado a las dos cosas. Brys era el Portador de la Espada de Ethenielle y tenía una sólida reputación como general. Tomó a Lan de los hombros para impedir que éste se inclinara ante él.

—Sobran las reverencias con un hombre que me ha salvado la vida dos veces en La Llaga, Lan. —Se echó a reír.

—Y dos veces salvasteis vos la mía. Estamos en paz, no hay deudas de honor entre nosotros —respondió Lan.

—Puede ser, puede ser. Pero vuestra llegada parece haber transmitido parte de vuestra suerte a Diryk. Esta mañana se cayó desde un balcón, sus buenos quince metros hasta el pavimento, y no se rompió un solo hueso. —Llamó con un ademán a su segundo hijo, un chico de ocho años, guapo, de ojos oscuros, que vestía una chaqueta como la suya. El muchacho se adelantó. Tenía una enorme contusión a un lado de la cabeza y se movía con cierta rigidez, producto de otras magulladuras, pero hizo una reverencia formal, sólo malograda en cierto modo por su sonrisa de oreja a oreja—. Tendría que estar dando clases —confió Brys—, pero estaba tan ansioso de conoceros que se le habría olvidado escribir y se habría cortado con la espada.

El chico frunció el entrecejo y protestó que jamás se cortaría. Lan correspondió a la reverencia del muchachito con igual formalidad, pero el chico olvidó de golpe todo protocolo.

—Dicen que habéis combatido a los Aiel en el sur y en las Marcas Shienarianas, milord —dijo—. ¿Es cierto? ¿De verdad miden tres metros? ¿Realmente se velan el rostro antes de matar? ¿Se comen a sus muertos? ¿De verdad la Torre Blanca es más alta que una montaña?

—Dale tiempo para contestar, Diryk —lo reprendió Brys, pero una risa divertida mandó al garete su fingida severidad. El chico se sonrojó, azorado, pero aun así le dirigió una sonrisa cariñosa a su padre, que le revolvió el cabello.

—Recordad lo que es tener ocho años, Brys —intervino Lan—. Dejadlo que demuestre su entusiasmo. —En su caso, tener ocho años había significado aprender el *ko'di* y descubrir lo que se encontraría cuando entrara en La Llaga por primera vez; aprender a matar utilizando manos y pies. Que Diryk disfrutara de una infancia más feliz que la suya hasta que tuviera que pensar en la muerte como algo demasiado inmediato.

Las palabras de Lan desataron otro torrente de preguntas de Diryk, aunque esta vez esperó a que se le respondieran. De darle pie, el chico le habría exprimido hasta la última gota de información sobre los Aiel y sobre las maravillas de las grandes urbes del sur, como Tar Valon y Far Madding. Seguramente, no habría creído que Chachin era tan grande como cualquiera de ellas. Finalmente, su padre le puso freno.

—Lord Mandragoran satisfará tu curiosidad después, pero ahora tiene que hablar con otras personas —le dijo al chico—. Ve con la señora Tuval y con tus libros.

Lan tuvo la impresión de que todo el mundo contenía la respiración, expectante, mientras Brys lo acompañaba a través del suelo de baldosas rojas y blancas.

Edeyn seguía exactamente igual a como la recordaba. Oh, sí, tenía diez años más, alguna que otra pincelada blanca en las sienes y unas finas arrugas en el rabillo de los ojos, pero los grandes ojos oscuros lo apresaron. Su *ki'sain* todavía era del color blanco de una viuda y el cabello aún le caía hasta más abajo de la cintura en una cascada de negras ondas. Lucía un vestido de seda rojo, al estilo domani, ajustado y algo transparente. Estaba bellísima, pero ni siquiera ella podía hacer nada allí. Lan le ofreció una reverencia con aire sosegado. Durante un instante la mujer se limitó a mirarlo fría y pensativamente.

—Habría sido más... fácil si hubieses acudido a mi llamada —murmuró, al parecer sin importarle que Brys la oyera. Y entonces, inesperadamente, se postró de rodillas con gesto grácil y lo tomó de las manos—. Por la Luz —entonó con voz clara y fuerte—, yo, Edeyn ti Gemallen Arrel, juro fidelidad a al'Lan Mandragoran, Señor de las Siete Torres, Señor de los Lagos y legítima Espada de Malkier. ¡Que cercene la Sombra!

Hasta Brys se había quedado estupefacto. Hubo un momento de silencio mientras la mujer le besaba los dedos a Lan, y después estallaron los vítores por doquier. Sonaron gritos de «¡La Grulla Dorada!» e incluso «¡Kandor cabalga con Malkier!».

El ruido lo hizo reaccionar y soltó las manos para poner de pie a Edeyn.

—Milady, no hay rey de Malkier —dijo en voz baja pero tensa—. Los Grandes Señores no han emitido el voto de los cetros.

Librodot

Ella le puso la mano en los labios; una mano cálida.

—Tres de los cinco que sobreviven se encuentran en este salón, Lan. ¿Les preguntamos cuál será su voto? Lo que ha de ser, será. —Dicho esto volvió a unirse a la multitud de los que se arremolinaban a su alrededor para felicitarlo e incluso jurarle fidelidad si los hubiese dejado.

Brys lo rescató y lo llevó a un largo mirador con balaustradas de piedra que se asomaba sesenta metros por encima de los tejados. En palacio se sabía que era el lugar al que iba Brys cuando quería estar solo o mantener una reunión en privado, de modo que nadie los siguió. El único acceso era una puerta, y al no dar allí ninguna ventana tampoco llegaba ningún ruido del palacio.

—Si hubiese sabido que se proponía hacer eso, no la habría acogido. Si queréis, le haré saber que no es bienvenida. No me miréis así, hombre. Conozco suficientemente las costumbres malkieri para no insultarla. Os tiene bien pillado en una situación en la que a buen seguro jamás os habríais metido por decisión propia. —Brys sabía menos de lo que pensaba. Por delicadas que fueran las palabras empleadas, decirle que su presencia no era grata sería un terrible insulto.

—«Hasta las montañas se desgastan con el tiempo» —citó Lan. Ahora ya no sabía si podría escaparse de conducir hombres a La Llaga. Ni si quería evitarlo. Todos aquellos hombres y mujeres con Malkier viva en la memoria. Malkier merecía ser recordada, mas ¿a qué precio?

—¿Qué vais a hacer? —Una pregunta sencilla planteada de un modo sencillo, pero muy difícil de contestar.

—No lo sé. —Ella sólo había ganado una escaramuza, pero la facilidad con que lo había conseguido lo tenía atónito. Formidable oponente, esa mujer que llevaba prendida en el pelo parte de su alma.

El resto de la conversación se limitó a una tranquila charla sobre cacerías, bandidos y si el recrudecimiento de la lucha en La Llaga durante el último año se apaciguaría pronto. Brys lamentaba haber retirado su ejército de la guerra contra los Aiel, pero no había tenido alternativa. Comentaron los rumores sobre un hombre que encauzaba —y al que cada hablilla lo situaba en un lugar distinto, por lo que Brys, coincidiendo con Lan, pensaba que era otro «hombre del saco» producto de un bulo— y hablaron de la presencia de Aes Sedai, las cuales parecían estar por todas partes sin que nadie supiera la razón. Ethenielle le había contado en una carta que en un pueblo por el que habían pasado dos hermanas habían capturado a una mujer que se hacía pasar por Aes Sedai. La mujer encauzaba, pero eso no le había servido de nada. Las dos Aes Sedai verdaderas la llevaron por todo el pueblo azotándola y obligándola a confesar su delito a todos cuantos vivían allí. Después, una de las hermanas se la había llevado a Tar Valon para que recibiera su verdadero castigo, fuera cual fuese. Lan se sorprendió deseando para sus adentros que Alys no hubiera mentido respecto a ser Aes Sedai, aunque no entendía qué demonios le importaba eso a él.

Había confiado en evitar a Edeyn el resto del día; pero, cuando lo condujeron de vuelta a sus aposentos —en esta ocasión, un criado—, la mujer se encontraba allí esperándolo, sentada lánguidamente en uno de los sillones de la sala de estar. A los criados de Lan no se los veía por ningún sitio. Por lo visto Anya era realmente aliada de Edeyn.

—Siento decir que ya no eres hermoso, dulzura mía —manifestó cuando Lan entró—. Hasta creo posible que te vuelvas feo con el paso de los años. Pero siempre me gustaron tus ojos más que tu cara. —La sonrisa se tornó seductora—. Y tus manos.

Él se había parado en la puerta, sin soltar el picaporte.

—Milady, no hace ni dos horas que jurasteis... —No acabó la frase.

—Obedeceré a mi rey; pero, como reza el dicho, un rey no lo es cuando está a solas con su *carneira.* —Se echó a reír; fue un sonido... voluptuoso—. He traído tu *daori.* Tráemelo.

En contra de su voluntad, los ojos de Lan siguieron la mirada de la mujer hacia una caja lacada que había encima de una mesita junto a la puerta. Levantar la tapa le costó tanto esfuerzo como levantar una roca. Enroscado en el interior yacía un largo cordón tejido con

pelo. Recordaba cada instante de la mañana siguiente a su primera noche juntos, cuando Edeyn lo llevó a los aposentos de las mujeres del palacio real de Fal Moran y dejó que damas y criadas vieran cómo le cortaba el cabello a la altura de los hombros. Incluso les explicó lo que significaba. A todas les había hecho gracia y gastaron bromas mientras él se sentaba a los pies de Edeyn para tejerle el *daori.* Edeyn seguía las costumbres, pero a su manera. El cabello tenía un tacto suave y flexible; debía de haberlo frotado con lociones a diario.

Cruzó despacio la sala, se arrodilló frente a ella y le tendió el *daori* que sostenía entre las manos.

—En prenda de todo lo que os debo, Edeyn, por siempre jamás. —En su voz no había el fervor de aquella mañana, pero sin duda ella lo comprendía.

Edeyn no tomó el cordón, sino que lo observó escrutadoramente como haría una leona con un cervato.

—Sabía que no habías estado ausente tanto tiempo como para olvidar nuestras costumbres —dijo finalmente—. Ven.

Se puso de pie, lo agarró por la muñeca y tiró de él hacia las puertas que daban al balcón desde el que se veía el jardín nueve metros más abajo. Dos criados echaban agua con cubos en algunas plantas, y una mujer joven paseaba por un sendero de pizarra; el vestido azul que llevaba era tan radiante como cualquiera de las flores tempranas que crecían bajo los árboles.

—Mi hija, Iselle. —Durante un instante el orgullo y el cariño dieron un timbre cálido a su voz—. ¿La recuerdas? Tiene diecisiete años. Todavía no ha elegido a su *carneira.* —A los muchachos los escogían sus *carneira*; las muchachas elegían al suyo—. Aunque, de todos modos, creo que es hora de que se case.

Lan recordaba vagamente a una pequeña que siempre tenía a la servidumbre corriendo, la flor del corazón de su madre, pero por aquel entonces él sólo pensaba en Edeyn. Luz, todavía ocupaba sus pensamientos del mismo modo que el aroma de su perfume le inundaba las fosas nasales. El aroma a ella.

—Estoy seguro de que es tan bella como su madre —dijo cortésmente. Apretó el *daori* entre los dedos. Ella tenía demasiadas ventajas, todas las ventajas, mientras él lo sostuviera en las manos, pero la mujer no se lo había cogido—. Edeyn, tenemos que hablar.

—También es hora de que tú te cases, dulzura mía —siguió la mujer sin hacer caso a sus palabras—. Puesto que ninguna mujer de tu familia vive, me corresponde a mí concertarlo. —Esbozó una cálida sonrisa al mirar a la muchacha del jardín; la sonrisa amorosa de una madre.

Lo que apuntaban sus palabras hizo que Lan diera un respingo. Al principio no pudo creerlo.

—¿Iselle? —preguntó con voz ronca—. ¿Vuestra hija? —Puede que siguiera las costumbres a su modo, pero eso sería escandaloso—. No voy a dejarme enredar en algo tan vergonzoso, Edeyn. Ni por vos ni por esto. —Sacudió el *daori* frente a la mujer, pero ella se limitó a mirarlo y a sonreír.

—Pues claro que nadie te va a enredar, dulzura mía. Eres un hombre, no un muchachito. Pero respetas las costumbres —dijo cavilosa mientras pasaba un dedo por el cordón de pelo que temblaba entre las manos de Lan—. Quizá sí hace falta que hablemos.

Sin embargo, fue a la cama donde lo llevó. Cuando menos, allí recuperaría parte del terreno perdido, tanto si ella tomaba el *daori* de sus manos como si no. Por muy leona que fuese, él era un hombre, no un cervato. No se sorprendió cuando, en lugar de cogerlo, le dijo que podía soltar el cordón para ayudarla a desnudarse. Edeyn nunca renunciaría a todas sus ventajas. No lo haría hasta que le presentara su *daori* a su prometida el día de su boda. Y Lan no veía el modo de impedir que esa novia fuera Iselle.

Librodot

23



La Estrella Vespertina

Moraine se permitió esbozar una sonrisa cuando los amigos de Lan salieron a galope en pos de él. Si quería perderla de vista tan pronto, entonces es que le había causado alguna impresión. Que fuera otra más profunda tendría que esperar. Así que pensaba que debía evitar las zonas conflictivas de Chachin, ¿verdad? Tendría que haberle servido de algo ver cómo se había ocupado de esos bandidos.

Apartó al hombre de su mente y se fue derecha a buscar esas zonas conflictivas. Cuando a Siuan y a ella las habían dejado hacer una excursión por Tar Valon siendo Aceptadas, las salas comunes que a Siuan le gustaba frecuentar estaban siempre en ese tipo de barrios. La comida y la bebida eran baratas y no parecía probable que las frecuentaran Aes Sedai que sin duda habrían desaprobado que unas Aceptadas tomaran una copa de vino en semejantes sitios. Además, Siuan decía que se sentía más a gusto en esas posadas que en los establecimientos de más calidad en los que Moraine habría preferido comer. Más aún, con lo agarrada que era Siuan, debía de haber buscado una habitación en la posada más barata que hubiera encontrado.

Moraine cabalgó por las abarrotadas calles comprendidas dentro de la primera muralla, hasta llegar a un lugar en el que no se veían sillas de manos ni músicos callejeros, y donde los escasos vendedores ambulantes no sólo no tenían clientela sino que, a juzgar por el gesto del semblante, tampoco esperaban tenerla pronto. Los edificios de piedra que flanqueaban la calleja tenían un aspecto destartalado que disimulaban los coloridos tejados, con pintura resquebrajada en las puertas, los postigos de ventana sin pintar y ventanas sucias con cristales rotos. Niños andrajosos corrían, jugaban y reían, pero los niños jugaban y reían hasta en los entornos más sucios. Tenderos con garrotes vigilaban sus mercancías expuestas en mesas delante de los establecimientos y observaban a los viandantes como si los consideraran a todos capaces de robarles. Puede que tuvieran razón respecto a algunos de esos tipos, que caminaban deprisa, gacha la cabeza, con sus ropas de paño desgastadas y remendadas, o que por el contrario galleaban y lanzaban miradas desafiantes. Una mujer pobre podría caer en la tentación de robar cuando no tenía nada. La capa forrada de piel de Moraine y el traje de montar de seda atraían miradas furtivas, como también *Flecha.* No había ningún otro caballo en la calle.

Cuando desmontó delante de la primera posada que encontró, un sitio de aspecto polvoriento llamado El Ganso Encrespado, un perro con las costillas marcadas le gruñó, erizado el pelo del lomo, hasta que le propinó un golpe con un fino flujo de Aire que lo hizo salir disparado y soltando gemidos calle abajo. Más preocupante era la mujer joven y alta que llevaba un vestido muy zurcido y con el color rojo original desvaído en parches de distintos tonos. Fingía buscar una china en el zapato, pero miraba de reojo a *Flecha*; una mirada codiciosa. Allí no había anillas ni postes donde atar las monturas, así que Moraine dejó sueltas las riendas, con lo que *Flecha* sabría que no debía moverse, y tejió trabas con Aire en las patas delanteras de la yegua, así como una salvaguardia a su alrededor que le advertiría si alguien intentaba mover al animal. Ese último tejido lo mantuvo en vez de atarlo.

La oscura sala común de El Ganso Encrespado confirmaba la impresión que daba la fachada. El suelo aparecía cubierto de lo que tal vez hubiera sido serrín en algún momento, pero que ahora parecía barro espeso. Apestaba a humo añejo de tabaco y a cerveza agria, así como a algo que se estaba chamuscando en la cocina. Los parroquianos sentados a las pequeñas mesas se inclinaban sobre sus jarras; hombres de rostros duros vestidos con ropas toscas alzaron la cabeza sorprendidos al verla entrar. El posadero, que vestía una sucia chaqueta verde, resultó ser un tipo delgado, de tez curtida y un gesto equívoco y ladino en la alargada cara, de apariencia tan villana como cualquiera de los bandidos que los habían asaltado en la calzada.

—¿Tenéis alojada a una mujer joven teariana? —preguntó—. Una teariana de ojos azules.

—Este lugar no es para gente como vos, milady — murmuró al tiempo que se frotaba la mejilla, con barba de varios días, con la nervuda mano. El gesto cambió de sitio la mugre—. Venid, os mostraré algo más apropiado.

Echó a andar hacia la puerta, pero Moraine lo agarró por la manga. Ligeramente. Algunas manchas de la chaqueta parecían pegotes de comida reseca y ahora, al tenerlo más cerca, el tipo olía como si no se hubiese aseado hacía semanas.

—La mujer teariana.

—No he visto nunca una teariana de ojos azules. Por favor, milady, conozco una buena posada, un sitio estupendo que está a sólo dos calles de aquí.

La salvaguardia que había puesto a *Flecha* le cosquilleó en la piel.

—No, gracias —le dijo al posadero, y salió deprisa.

La mujer del vestido rojo desvaído intentaba llevarse a *Flecha* tirando de las riendas, y su frustración aumentaba a cada minúsculo paso de la yegua.

—Yo que tú renunciaría a esa idea —dijo Moraine en voz alta—. El castigo por robo de caballos es la flagelación si el animal se recupera, y algo peor en caso contrario. —A todas las Aceptadas se les exigía conocer las leyes más comunes de las distintas naciones.

La mujer joven se volvió velozmente, boquiabierta. Por lo visto había creído que dispondría de más tiempo antes de que Moraine saliera. Sin embargo, se recuperó enseguida de su sorpresa; irguió la espalda y posó la mano en el largo cuchillo que llevaba al cinto.

—Supongo que pensáis que podéis obligarme a hacerlo —dijo con menosprecio mientras miraba a Moraine de arriba abajo.

Habría sido un placer despedir a la mujer con unos cuantos verdugones en la espalda, pero así habría revelado quién era. Algunos viandantes, hombres, mujeres y niños, se habían parado a mirar aunque no para intervenir, sino sólo para ver en qué acababa aquello.

—Lo haré si es preciso —repuso Moraine sosegada, fríamente.

La mujer joven frunció el entrecejo, se lamió los labios y toqueteó la empuñadura del cuchillo. Inopinadamente soltó las riendas de *Flecha* con rabia.

—¡Quedáosla, pues! La verdad es que no merece la pena robarla. —Le dio la espalda y se alejó calle adelante lanzando miradas desafiantes en todas direcciones.

El genio de Moraine se impuso, y la joven encauzó Aire y golpeó a la mujer en el trasero con fuerza. Con mucha fuerza. La mujer soltó un chillido y pegó un salto de casi dos palmos en el aire. Asió la empuñadura del cuchillo y giró sobre sus talones velozmente, ceñuda, buscando a la persona que la había golpeado, pero no había nadie a menos de dos pasos de ella y la gente la miraba con extrañeza. Reanudó la marcha mientras se frotaba la zona dolorida con las dos manos.

Moraine asintió con un leve cabeceo de satisfacción. Puede que en el futuro la ladrona de caballos en ciernes lo pensara mejor antes de insultar al caballo de otra mujer. Pero su satisfacción no duró mucho.

En la segunda posada de la calle, El Cerdo Ciego, una mujer carirredonda y algo bizca, con un delantal largo que quizás en tiempos había sido blanco, cacareó socarronamente que no tenía tearianas en su posada. Cada palabra que pronunciaba iba acompañada con una risa estridente.

Librodot

—Mejor será que te vayas, muchacha —dijo también—. Mi clientela se merendará un bocadito tierno como tú si no sales disparada enseguida. —Echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada que corearon los parroquianos.

En El Céntimo de Plata, la última posada de la calle, la posadera era una guapa mujer de mediana edad, no demasiado alta, con una sonrisa alegre y un lustroso cabello negro tejido en una gruesa trenza que empezaba en la coronilla. Y, quién lo habría imaginado, el vestido de paño marrón de Nedare Satarov estaba limpio y era de buen corte, y el suelo de la sala común se hallaba recién barrido. Sus clientes eran hombres de semblante duro y mujeres de mirada igualmente dura, pero los olores que salían de la cocina prometían una comida pasable.

—Pues sí, milady —contestó—. Tengo hospedada a una mujer teariana de esa descripción. Acaba de salir hace un momento. ¿Por qué no os sentáis y tomáis un poco de buen vino con especias mientras la esperáis? —Le tendió una jarra de madera que llevaba cuando se acercó a Moraine. De la jarra salía el olor dulce de especias recientes.

—Gracias. —Moraine respondió a la sonrisa de la mujer con otra complacida. Qué suerte haber encontrado a Siuan tan pronto. Pero de repente interrumpió el gesto de tender la mano antes de asir la jarra. Algo había alterado la expresión de la señora Satarov. Sólo un ápice, pero ahora tenía un aire expectante. Además, ya llevaba la jarra cuando había salido a recibirla. Moraine no había visto rastro de vino en las primeras dos posadas. En esta zona de la ciudad nadie podía permitirse el lujo de tomar vino. Las especias podían disimular otros sabores.

Abrazó la Fuente, urdió con Energía uno de los tejidos secretos del Azul y tocó con él a la posadera. El atisbo de expectación dio paso a una clara inquietud.

—¿Estáis segura de que esa joven encaja exactamente con la descripción? —preguntó, y apretó levemente el tejido. En la frente de la señora Saratov aparecieron gotitas de sudor—. ¿Absolutamente segura? —Otro poco de presión, y en los ojos de la mujer hubo un asomo de temor.

—Pensándolo bien, no tiene los ojos azules. Y... Se marchó esta mañana, ahora que lo pienso.

—¿A cuántas visitas incautas les habéis servido vino? —inquirió Moraine con voz glacial—. ¿A cuántas mujeres? ¿Las dejáis vivir o simplemente quedan en tal estado que desearían estar muertas?

—Yo... No sé de qué habláis. Si me disculpáis...

—Bebed —ordenó Moraine, que apretó el tejido justo para hacerla rozar el pánico. Temblorosa, la señora Satarov no fue capaz de apartar los ojos de los de Moraine—. Bebéoslo todo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, la mujer se llevó la jarra a los labios con gesto vacilante y la garganta se contrajo de forma convulsiva mientras tragaba. De pronto abrió los ojos de par en par al darse cuenta de lo que hacía y, con un grito, arrojó lejos la jarra en medio de una rociada de vino. Moraine soltó el tejido, pero no por ello menguó el miedo de la señora Satarov. El semblante de la mujer estaba crispado con una mueca de terror cuando recorrió con la mirada la sala común. Después se levantó las faldas por encima de las rodillas y corrió hacia la cocina o tal vez hacia la escalera que había al fondo de la sala, pero al cabo de tres pasos empezó a tambalearse, y después de otros tres se desplomó en el suelo como si los huesos se le hubiesen derretido; las piernas le quedaron al aire hasta el muslo. Llevaba medias de seda. Esa mujer había sacado un considerable beneficio de su vil comercio. Agitó los brazos como si quisiera arrastrarse, pero carecía de fuerzas.

Algunos hombres y mujeres de las mesas contemplaban a Moraine con estupefacción, quizás asombrados de que no fuera ella la que yacía en el suelo, pero la mayoría parecía observar atentamente los fútiles esfuerzos de la señora Satarov para arrastrarse. Un hombre nervudo con una larga cicatriz en la cara esbozó una lenta sonrisa que no se reflejó en sus ojos. Un tipo fornido, con hombros de herrero, se lamió los labios. De dos en dos o de tres en tres, las mujeres empezaron a salir a toda prisa a la calle, muchas esquivando a Moraine cuando pasaban a su lado. También algunos de los hombres se marcharon. Moraine se unió al

éxodo sin mirar atrás. En ocasiones, la justicia llegaba por otros cauces que leyes o espadas.

El resto del día transcurrió igual, buscando los barrios dispersos donde las ropas de la gente estaban desgastadas y zurcidas y todo el mundo iba a pie. En Chachin con sólo recorrer cinco calles se podía pasar de las casas y tiendas de artesanos que al menos eran moderadamente prósperos a una pobreza mezquina y sucia, y a la inversa. Los gobernantes —si eran buenos y decentes— intentaban siempre hacer algo con quienes pasaban necesidades, y Moraine había oído que a Ethenielle se la consideraba generosa, pero aun así parecía que cuando a un hombre se lo sacaba de la penuria había otro que caía en ella. Por injusto que eso fuera, el mundo funcionaba así. La frustración era otra de las causas por las que había querido eludir el Trono del Sol.

Preguntó en salas comunes en las que resonaban gritos ebrios y risas y en otras lúgubres donde los hombres y las mujeres sentados a las mesas sólo parecían querer ahogar sus problemas en la bebida, pero nadie admitió haber visto a una joven teariana de ojos azules. En otras tres ocasiones le ofrecieron vino en circunstancias sospechosas, pero no repitió lo que le había hecho a la señora Satarov. Y no por falta de ganas, pero se correría la voz de un hecho así. Una vez podía desestimarse como un simple rumor, pero cuatro veces daría que hablar. Cualquier Azul que lo oyera sin duda sospecharía que había otra Azul en la ciudad. No le gustaba la idea de que una Azul pudiera ser Negra realmente, pero cualquier hermana podría serlo y Moraine necesitaba permanecer en el anonimato todo el tiempo posible.

En dos ocasiones la atacaron hombres en parejas que agarraron las riendas de *Flecha* e intentaron desmontarla de un tirón. De haber sido más de dos, posiblemente habría tenido que revelar su condición, pero el tejido que inducía temor, ejecutado al máximo de potencia, los hizo salir disparados entre la multitud, presas de un pánico ciego. La gente miró sorprendida a los hombres que corrían, sin duda preguntándose por qué unos tipos fuertes que intentaban robar un caballo de repente salían huyendo, pero a menos que entre la multitud hubiese una espontánea nadie lo entendería. Hubo como mínimo otros siete intentos de robarle a *Flecha* mientras ella se encontraba dentro de una posada. En una ocasión era una cuadrilla de críos a los que espantó con un grito; otra vez, seis muchachos que creyeron que podían pasar de ella hasta que los hizo salir corriendo calle abajo en medio de chillidos y brincos, acosados por un aluvión de varazos tejidos con Aire. No es que Chachin fuera una ciudad más anárquica que otras, pero Moraine estaba en zonas en las que la ropa de seda, una capa forrada de piel y un buen caballo la señalaban como víctima propicia a la que desplumar. Si hubiese perdido a *Flecha* allí, un magistrado seguramente le habría dicho que era culpa suya. Lo único que podía hacer era apretar los dientes y seguir adelante. La fría luz diurna empezó a menguar hacia otra noche gélida.

Conducía por las riendas a *Flecha* entre las sombras que se alargaban, atenta a la oscuridad que se movía sospechosamente en un callejón y pensando que tendría que dejarlo hasta el día siguiente, cuando Siuan llegó por detrás a paso vivo.

—Pensaba que buscarías aquí cuando llegaras —dijo al tiempo que la tomaba por el codo para que apretara el paso. Llevaba el mismo traje de montar de paño azul. Moraine dudaba de que se hubiese planteado siquiera gastarse en otro parte del dinero que le había dado—. He estado recorriendo estas zonas buscándote. Resguardémonos antes de que nos congelemos. —Siuan miró también las sombras del callejón y toqueteó el cuchillo del cinturón con gesto ausente, como si con el Poder no pudiera ocuparse hasta de diez. Bueno, no podría utilizarlo sin descubrir lo que era. Quizá lo mejor sería apretar el paso—. No es un barrio para ti, Moraine. Hay tipos por aquí que se te zamparían para cenar antes de que te dieras cuenta de que estabas en la olla. ¿Te ríes o es que te has atragantado?

—Las dos cosas —contestó Moraine con dificultad. ¿Cuántas veces había oído ese día distintas variantes de convertirse en algo comestible si no andaba con cuidado? No pudo evitar pararse y abrazar a su amiga—. Oh, Siuan, cómo me alegro de verte. ¿Dónde te albergas? Seguramente en algún sitio que sirve pescado. ¿Puedo esperar cuando menos que las camas no tengan chinches y piojos?

—Quizá no es la clase de sitio a la que estás acostumbrada, pero un buen techo que te

resguarde de la lluvia es todo cuanto se necesita. Y no hay hermanas allí, así que puedes cazar a placer chinches y piojos. Pero más vale que nos demos prisa si queremos llegar a la posada antes de que se haga de noche.

Moraine suspiró. Y se dio prisa. No era aconsejable estar fuera después de caer la noche por los sitios que gozaban del favor de Siuan.

Resultó que Siuan tenía una habitación en una posada muy respetable llamada La Estrella Vespertina, un edificio de piedra con tres pisos que albergaba mercaderes de categoría media, en especial mujeres que no querían aguantar bullicio ni gente grosera en la especiosa sala común. Un par de tipos forzudos, recostados en las columnas pintadas de azul mientras vigilaban la puerta principal, se ocupaban de que no se diera nada de eso. Muchas de las mesas estaban ocupadas por mujeres, la mayor parte vestía ropas de paño, bien cortadas pero sencillas, sin más joyas que algún broche o unos pendientes; dos llevaban las cadenas del gremio de mercaderes kandoreses cruzadas sobre el pecho, aunque también había tres con llamativos vestidos domani y collares de oro cubriéndoles el cuello entero, que discutían acaloradamente de algo en voz baja. Una mujer canosa tocaba una melodía alegre, pulsando con los macillos las cuerdas de un salterio, y de la cocina salía el aroma a cordero asado, no a pescado.

La posadera, Ailene Tolvina, era una mujer delgada con aspecto de aguantar pocas tonterías; llevaba un vestido gris bordado en los hombros con unas cuantas flores azules salpicadas. No disponía de habitaciones libres, pero no puso objeciones a que Moraine se instalara con Siuan.

—Siempre y cuando se pague un extra al ser dos —añadió al tiempo que alargaba la mano. No bastaban las sedas ni las pieles para recibir reverencias de la señora Tolvina.

—Así que puedo cazar a placer chinches y piojos, ¿verdad? —dijo Moraine mientras colgaba la capa en una percha del pequeño cuarto de Siuan, situado en el último piso. Al menos estaba caliente con la estufa construida debajo de una cama no muy ancha y arreglada. Siuan nunca era desordenada—. Me sorprende que te alojes aquí. —El «extra» había sido un céntimo de plata, lo que significaba que su amiga debía de pagar dos.

—Antes tendrás que llamar a las chinches. ¿Por qué te sorprende? —Siuan se había sentado en la cama, cruzada de piernas, y casi botaba sobre el colchón. Parecía haber cobrado ímpetu desde que Moraine la había visto en Canluum. Tener una meta era algo que a Siuan la hacía bullir de entusiasmo siempre.

Moraine no contestó la pregunta. Iban a compartir esa cama y Siuan conocía exactamente los puntos donde las cosquillas podían dejarla desmadejada de risa y suplicándole que parara.

—¿Qué has descubierto?

—Mucho y nada. He pasado unos malos días, te advierto. Ese caballo estúpido casi me molió hasta llegar aquí. El Creador hizo a las personas para que caminaran o fueran en barca, no para rebotar sobre una silla de aquí para allá. Supongo que la tal Sahera no era la que buscamos o estarías saltando como un sábalo en primavera. Encontré a Inés Demain casi de inmediato, pero no puedo llegar hasta ella. Ha enviudado recientemente, pero desde luego tuvo un hijo. Lo llamó Rahien porque vio surgir el alba sobre el Monte del Dragón. Es comidilla del lugar. Todo el mundo piensa que es una razón absurda para ponerle nombre a un niño.

Moraine refrenó una momentánea emoción. Ver amanecer por encima de la montaña no significaba que el niño hubiese nacido en ella. No había ninguna silla ni banqueta, ni espacio para tener una, así que se sentó a los pies de la cama, con los brazos alrededor de las rodillas.

—Si has encontrado a Inés y a su hijo, Siuan, ¿por qué no puedes llegar hasta ella?

—Porque está en el puñetero palacio de Aesdaishar, ni más ni menos. —Siuan habría accedido fácilmente como Aes Sedai; pero, si no, la única posibilidad era que el palacio contratara criadas. El palacio de Aesdaishar.

—Nos ocuparemos de eso por la mañana —suspiró Moraine. Significaba correr riesgos, pero había que hacer unas preguntas a lady Inés. Ninguna de las mujeres visitadas por

Moraine había llegado a ver el Monte del Dragón cuando su hijo nacía—. ¿Alguna señal del... Ajah Negro? —Tenía que acostumbrarse a decir ese nombre.

Siuan bajó la vista, fruncido el entrecejo, y se toqueteó la falda dividida.

—Ésta es una ciudad extraña, Moraine —contestó al cabo—. Lámparas en las calles y mujeres que combaten en duelo, aunque lo nieguen, y corren más chismes de los que diez hombres hartos de cerveza podrían vomitar. Algunos son interesantes. —Se echó hacia adelante para poner una mano en la rodilla de Moraine—. Todo el mundo habla de un joven herrero que murió con la espalda rota hace un par de noches. Nadie esperaba gran cosa de él, pero durante el último mes más o menos se había convertido en un gran orador. Convenció a su gremio para reunir dinero destinado a los pobres que habían llegado a la ciudad huyendo de los bandidos, gente que no estaba relacionada con ningún gremio ni casa.

—En nombre de la Luz, Siuan, ¿qué demonios…?

—Calla y escucha, Moraine. Reunió un montón de plata y al parecer iba de camino a la casa gremial para entregar seis u ocho bolsas de dinero cuando lo mataron. El muy necio lo llevaba solo. El asunto es que no faltaba ni una moneda, Moraine. Y él no tenía una sola marca en el cuerpo, aparte de la espalda rota.

Se miraron largamente en silencio y después Moraine meneó la cabeza.

—No veo qué conexión puede haber entre eso y Meilyn o Tamra. ¿Un herrero? Siuan, acabaremos volviéndonos locas si creemos ver hermanas Negras por todas partes.

—Y es posible que acabemos muertas si creemos que no las hay —repuso Siuan—. En fin, a lo mejor podemos ser cazones en la red en lugar de bagres. Pero no olvides que los cazones acaban también en las lonjas de pescado. ¿Qué se te ha ocurrido para nuestra lady Inés?

Moraine se lo explicó. A Siuan no le gustó, y esta vez le costó casi toda la noche hacerla entrar en razón. A decir verdad, Moraine casi deseaba que su amiga le quitara la idea de la cabeza para así intentar otra cosa. Pero lady Inés había visto nacer el alba por encima del Monte del Dragón. Por lo menos, la consejera Aes Sedai de Ethenielle estaba con ella de viaje por el sur.

24



Servirse de la invisibilidad

Siuan empezó con lo mismo a la mañana siguiente mientras se vestían. No le gustaba que le llevaran la contraria, sobre todo cuando pensaba que tenía razón; y por lo general pensaba que la tenía.

—No me gusta que seas tú la que corre todos los riesgos —masculló al tiempo que se metía un vestido azul de paño por la cabeza. Al final, había resultado que llevaba encima uno de recambio, y casi se había mostrado insolente al señalar que era Moraine la que sólo tenía un vestido.

—No correré todos los riesgos —arguyó Moraine, que contuvo un suspiro. Habían hablado de lo mismo una y otra vez la noche anterior—. Tú vas a arriesgarte tanto como yo. ¿Me ayudas a abrocharme los botones?

Siuan la sujetó de los hombros y le dio media vuelta casi con brusquedad para abrocharle las dos hileras de pequeños botones de nácar que le cerraban la espalda.

—No te hagas la tonta —rezongó mientras tiraba del vestido con más fuerza de la necesaria—. Si esto funciona como dices que hará, nadie se fijará en mí. Sin embargo, tú llevarás desplegadas todas las velas, los remos levantados y los gallardetes flameando. Insisto en que tiene que haber otro modo mejor de hacerlo, y que vamos a sentarnos y lo discutiremos hasta que entres en razón.

Moraine suspiró esta vez. Un oso con dolor de muelas habría sido una compañía más agradable. ¡Incluso ese tipo, Lan! Abrochó a su vez los botones a Siuan e intentó distraer a su amiga del tema comentándole que el corte del vestido le moldeaba mucho las caderas y los senos. Vale, no lo dijo sólo para distraerla. Siuan se merecía probar un poco de su mordacidad.

—Sin duda, atrae la mirada de los hombres —respondió su amiga. ¡Y se echó a reír! ¡Incluso hizo un meneo de cadera! Moraine se temió que iba a pasarse el día suspirando.

Cuando bajaron con la capa doblada sobre el brazo, la sala común estaba casi llena de mercaderes que charlaban mientras tomaban el desayuno; todas mujeres, como la noche anterior. Las dos kandoresas, una con tres cadenas sobre el pecho y la otra con dos, comían deprisa y sonreían como quien prevé un día provechoso. Por lo visto algunas habían hecho negocios la noche anterior. Una mujer esbelta vestida de gris oscuro observaba a su regordeta y ufana compañera de mesa con la expresión descompuesta de quien está al borde de la ruina. Las tres domani picoteaban el desayuno y empujaban la comida con el tenedor a uno y otro lado del plato; a juzgar por los ojos entrecerrados y la palidez del semblante, todas sufrían jaqueca de la resaca.

—Un buen desayuno y después podremos hablar —anunció Siuan, que se había puesto de puntillas para buscar una mesa libre en la sala—. Aquí preparan buenos desayunos.

—Panecillos que nos comeremos en el camino —decidió firmemente Moraine, que se dirigió hacia la señora Tolvina.

La posadera daba instrucciones a una criada que lucía un delantal blanquísimo con un reborde azul. El único modo de imponerse a Siuan en una discusión era adelantarse a ella y

arrastrarla.

—Buenos días, señora Tolvina —saludó a la posadera, que le dio la espalda a la criada para mirar a Moraine—. Queremos alquilar el servicio de dos de vuestros hombres para que nos escolten unas cuantas horas esta mañana. —Los dos que vigilaban en la puerta no eran los que habían estado de servicio la noche anterior, pero sí igualmente corpulentos.

La mujer enarcó levemente las cejas, cosa que acentuó su aire de no aguantar tonterías. Tampoco esta vez hubo reverencia, aunque Moraine había usado el Poder para que su vestido tuviera el aspecto de recién salido de la lavandería.

—¿Por qué? Si os habéis metido en un duelo, no quiero tener nada que ver con eso. Considero una necedad esos duelos a látigo o de otro estilo y no pienso secundaros. De todos modos, volveréis marcada con latigazos ensangrentados, porque dudo mucho que hayáis luchado alguna vez.

Moraine se mordió la lengua. Según Siuan, la posadera tenía todo tipo de normas, desde cerrar con llave la puerta exterior a medianoche hasta prohibir la visita de un hombre en la habitación, y las hacía cumplir estrictamente, pero no habría hablado así de haber sabido que eran Aes Sedai.

—Quiero hacer una visita a un banquero —dijo, una vez que tuvo la certeza de poder hablar sin decir una inconveniencia. Que las echaran de la posada no sería un desastre, pero sí representaría un inconveniente, y ese día tenían mucho que hacer—. Un banquero serio y de confianza. ¿Sabéis de alguno que esté cerca?

Resultó que la señora Tolvina conocía uno, con el que hacía negocios ella, y para ese propósito no tuvo inconveniente en sacar de sus habitaciones situadas encima del establo a dos de sus «vigilantes», como los llamaba ella, por una suma que sin duda era el doble del salario que cobraban al día. No obstante, pagó sin rechistar. Poner pegas sería una pérdida de tiempo y tal vez desembocara en una subida de la tarifa. Ailene Tolvina no parecía ser de las que regateaban. A no tardar, Siuan y Moraine estaban sentadas frente a frente en una silla de manos cargada por cuatro hombres enjutos que, aunque por su aspecto nadie lo habría dicho, no sólo aguantaron bien el peso sino que trotaron por las calles abarrotadas con mucha más facilidad que el par de hombres altos que, equipados con garrotes tachonados de metal, escoltaban la silla.

—Esto no va a funcionar —masculló Siuan entre mordisco y mordisco al crujiente panecillo—. Si piensas que necesitamos más dinero, vale, aunque creo que lo derrochas. Pero, así me aspen, este plan tuyo no va a funcionar. Nos encontraremos dentro de la red en un visto y no visto. Sin duda, mandarán llamar a una hermana, y sólo hay una allí. Insisto: debemos buscar otra forma de hacer esto.

Moraine fingió estar demasiado ocupada en comer el panecillo, todavía caliente del horno, para contestar. Además, tenía hambre. Si topaban con otra Aes Sedai... Bien, ya cruzarían ese abismo cuando llegaran a él. Se dijo que el cosquilleo que sentía en el estómago era por el hambre, no por miedo. Una mentira no se podía decir, pero sí pensar. Su plan tenía que funcionar. No había otra solución.

Al igual que el de Tar Valon, el banco semejaba un pequeño palacio, éste brillante a la luz del sol matinal como ocurría con los verdaderos palacios que se alzaban un poco más arriba de la montaña, con azulejos dorados en todas las paredes y dos grandes cúpulas blancas. El portero que las recibió con una reverencia llevaba una chaqueta de color rojo oscuro con abejas plateadas bordadas en los puños, mientras que las de los lacayos eran negras y tan cortas que se les veía el trasero embutido en las ceñidas calzas. El vestido de Moraine con las franjas de la nobleza cairhienina en la pechera bastó para que, en lugar de un subordinado, las recibiera personalmente la banquera en una habitación tranquila con paneles de madera, lámparas de pie plateadas y finas líneas de dorado en los muebles.

Kamile Noallin era una mujer delgada y encantadora de mediana edad, con el canoso cabello tejido en cuatro largas trenzas y unos ojos adustos e inquisitivos. No mostró ningún empacho en usar un cristal de aumento para examinar la firma y el sello de Ilain Dormaile que aparecían al pie de la carta de valores de Moraine. Por suerte, la carta en sí sólo estaba

Librodot

ligeramente borrosa a causa de la zambullida en el estanque. Aunque no era la de más importe que llevaba, e incluso después de aplicar el alto descuento por la distancia entre los dos bancos, le proveyó un impresionante montón de oro guardado en diez bolsas de cuero que la banquera colocó sobre su escritorio.

—Espero que hayáis traído escolta —comentó cortésmente la señora Noallin. El oro en grandes cantidades solía comportar un trato considerado.

—¿Tan incapaz es Chachin de hacer cumplir la ley que dos mujeres no están a salvo a plena luz del día? —inquirió fríamente Moraine. ¡Mira que usar un cristal de aumento!—. Creo que eso es todo.

Un par de corpulentos lacayos llevaron las bolsas fuera y las colocaron en el suelo de la silla de manos; parecieron aliviados al ver a los dos «vigilantes» de la señora Tolvina con sus garrotes. Los porteadores levantaron la silla sin esfuerzo aparente a pesar del peso extra.

—Hasta ese herrero debió de tambalearse al ir cargado como una mula —rezongó Siuan mientras tocaba con la punta del pie las bolsas apiladas entre las dos—. ¿Quién le pudo romper la espalda de ese modo? ¡Tripas de peces! Fuera cual fuese el motivo, Moraine, tuvo que ser obra del Ajah Negro.

Los porteadores debían de haber oído claramente sus palabras, pero siguieron adelante sin alterar el ritmo del trote, aunque en realidad ni sabrían lo que significaba el Ajah Negro y seguramente ni siquiera el sentido del término «Ajah». Por otro lado, una mujer de aspecto imponente, con peinetas de marfil en el cabello, que pasaba por allí dio un respingo, se remangó la falda hasta las rodillas y salió corriendo con tal ímpetu que sus dos criados, boquiabiertos por la sorpresa, tuvieron que esforzarse para abrirse paso entre la multitud e ir en pos de ella.

Moraine dirigió una mirada recriminatoria a Siuan. Su seguridad no podía depender de la ignorancia de otros. Siuan se sonrojó levemente, pero la expresión de sus ojos azules era desafiante.

La Estrella Vespertina contaba con una pequeña cámara acorazada en la que los mercaderes —los que no tenían cajas fuertes en sus habitaciones— podían guardar a buen recaudo su dinero. Dejar allí la mayor parte del oro tampoco sirvió para que la señora Tolvina hiciera reverencias, ni siquiera después de que Moraine le dio una corona de oro por las molestias. Sin duda, había visto a demasiados mercaderes perderlo todo para impresionarse porque alguien tuviera dinero en ese momento.

—La mejor modista de Chachin es Silene Dorelmin —dijo en respuesta a la pregunta de Moraine—, pero es muy cara o eso tengo entendido. Muy cara.

Moraine volvió a coger una de las pesadas bolsas; le tiraba del cinturón cuando ató las cuerdas en él. ¡El herrero tenía que haber ido dando traspiés! No, Siuan estaba viendo visiones, eso era todo.

Silene era una mujer delgada de porte altanero y voz fría; llevaba un vestido azul brillante con un escote tan bajo que se le veía gran parte del canal entre los senos. ¡Era un milagro que la prenda se le sostuviera en los hombros! Moraine estaba tranquila en cuanto a verse presionada a lucir ese tipo de vestido. Se proponía violar casi todas las reglas establecidas entre una mujer y su modista. Aceptó que le tomara medidas, ya que eso no podía evitarse, pero Silene entrecerró los ojos al ver la rapidez con que eligió telas y colores. Por un momento pareció que iba a negarse a coser lo que Siuan necesitaba, pero Moraine comentó tranquilamente que pagaría el doble del precio normal. Los ojos de la mujer se estrecharon hasta casi convertirse en rendijas a causa de la vulgaridad de mencionar el precio, pero asintió. Y Moraine supo que conseguiría lo que deseaba. Allí cuando menos.

—Los quiero para mañana —dijo—. Poned a trabajar a todas vuestras costureras.

Eso no hizo que los ojos de Silene se estrecharan, sino que se abrieron de par en par, centelleantes de rabia.

—Imposible. —La voz se había tornado gélida—. Quizás a finales de mes. Puede que más tarde, y eso si encuentro tiempo para hacerlos. Hay muchas damas que han encargado vestidos nuevos. El rey de Malkier visita el palacio de Aesdaishar.

—El último rey de Malkier murió hace veinticinco años, Silene.

Moraine tomó la abultada bolsa y la volcó sobre la mesa de medidas, de modo que se desparramaron treinta coronas de oro. Había encargado más de tres vestidos, pero mientras que la seda era tan cara en Chachin como en Tar Valon, el trabajo de costura, que era lo que más encarecía un vestido, tenía un coste mucho más bajo allí.

Silene contempló las gruesas monedas con avaricia y los ojos brillaron cuando oyó que habría otras tantas a la entrega de los vestidos.

—No obstante, restaré seis monedas de la segunda entrega de treinta por cada día de retraso.

De repente pareció que, después de todo, los vestidos estarían terminados antes de un mes. Mucho antes.

—Tendrías que haberte hecho el vestido como el que llevaba esa pelleja —dijo Siuan mientras subían a la silla de manos—. ¡No sé cómo no se le caía! Tampoco estaría mal que gozaras de las miradas de los hombres ya que vas a poner tu estúpida cabeza en el tajo del verdugo.

Moraine realizó un ejercicio de novicia en el que se imaginaba a sí misma como un capullo de rosa que se abría al sol. Por suerte, le proporcionó el sosiego que buscaba, aunque no perder los nervios teniendo a Siuan cerca resultaba realmente difícil. Comprendió que si seguía apretando los dientes acabaría rompiéndose uno.

—No hay otra solución, Siuan. —Había transcurrido más de medio día y todavía les quedaba mucho que hacer—. ¿Crees que la señora Tolvina aceptaría que contratáramos a uno de sus forzudos por uno o dos días? —¿El rey de Malkier? ¡Luz! ¡Esa mujer debía de pensar que era una redomada necia!

Dos días después de la llegada de Moraine a Chachin, un carruaje lacado en amarillo que iba tirado por un tronco de cuatro corceles grises y conducido por un tipo con hombros de herrero llegó al palacio de Aesdaishar a media mañana; detrás llevaba atadas dos yeguas, una castaña de cuello esbelto y una gris desgarbada. Lady Moraine Damodred, con las franjas de colores extendiéndose desde el alto cuello del vestido azul oscuro hasta más abajo de las rodillas, fue recibida con los honores debidos por un sirviente de gran rango que llevaba bordadas unas llaves plateadas detrás del Caballo Rojo, en el hombro. Aunque su nombre no era conocido, sí lo era el de la casa Damodred, y al haber muerto Laman cualquier Damodred podía ascender al Trono del Sol si otra casa no se apoderaba de él. Ellos no podían saber lo mucho que Moraine deseaba que ocurriera eso último.

Se le destinaron unos aposentos adecuados, consistentes en tres habitaciones espaciosas con colgaduras de seda en los paneles de madera, adornados con tallas de flores, y un balcón con balaustrada de mármol orientado al norte y desde el que se divisaban, más allá de la ciudad, los picos altos coronados de nieve; se le asignaron criados, dos doncellas y un chico de recados, que se apresuraron a deshacer el equipaje que la dama llevaba en arcones reforzados con latón, y a verter agua de rosas para que la dama se aseara. Nadie aparte de los criados se fijó en Suki, la doncella de lady Moraine.

—Vale, admito que con esta pinta parezco invisible —masculló Siuan cuando finalmente las dejaron solas en la sala. El vestido gris oscuro era de fino paño, totalmente liso salvo por el cuello y los puños adornados con los colores de la casa Damodred—. Por el contrario tú destacas como un Gran Señor remando en una barca. Luz, casi me tragué la lengua cuando preguntaste si había hermanas en palacio. Estoy tan tensa que me siento mareada, como si me costara trabajo respirar.

—Eso es la altitud —le dijo Moraine—. Te acostumbrarás. Cualquier visitante preguntaría por Aes Sedai. Como habrás visto, los criados ni se inmutaron. —Sin embargo, había contenido la respiración hasta que le respondieron. La presencia de una hermana lo habría cambiado todo—. No sé por qué tengo que seguir explicándote lo mismo una y otra vez. Un palacio real no es una posada. Lo de «podéis llamarme lady Alys» no funcionaría aquí, y eso es un hecho, no una opinión. He de ser yo misma. Y tú aprovecha esa invisibilidad y mira qué puedes descubrir sobre lady Inés. Me agradaría que pudiéramos marcharnos

Librodot

cuanto antes.

Eso significaba al día siguiente, para no incurrir en insulto ni dar que hablar. Siuan tenía razón. Todas las miradas de palacio estarían pendientes de la noble forastera perteneciente a la casa que había iniciado la Guerra de Aiel. Cualquier Aes Sedai que llegara a Aesdaishar lo oiría de inmediato, y lo lógico era que cualquier Aes Sedai que pasara por Chachin fuera a palacio. Además, si el tal Gorthanes seguía intentando encontrarla, la noticia de la presencia de Moraine Damodred en el palacio de Aesdaishar llegaría a sus oídos a no tardar. Según su experiencia, los palacios eran más proclives a los asesinatos que las calzadas. Siuan tenía razón: se hallaba encaramada a un pedestal, como una diana, y sin la menor pista respecto a quién podría ser el arquero. Partirían al día siguiente, a primera hora.

Siuan salió pero regresó enseguida con malas noticias. Lady Inés estaba retirada, guardando luto por su marido.

—Cayó muerto sobre las gachas del desayuno hace diez días. —Se arrellanó en un sillón de la sala de estar, con el brazo por encima del respaldo y una pierna sobre el reposabrazos. Otra cosa que había olvidado una vez conseguido el chal eran las lecciones de buenos modales—. Al parecer, lo amaba aunque era un hombre mucho mayor que ella. Se le han asignado diez habitaciones y un jardín en el ala sur de palacio; su esposo era amigo íntimo del príncipe Brys. —Inés permanecería aislada todo un mes sin ver a nadie excepto a familiares allegados, y sus criados sólo dejaban los aposentos cuando era absolutamente necesario.

—Recibirá a una Aes Sedai —suspiró Moraine. Ni siquiera una mujer que guardara luto se negaría a ver a una hermana.

—¿Te has vuelto loca? —Siuan se puso de pie bruscamente—. Lady Moraine Damodred ya llama bastante la atención, pero ¡Moraine Damodred Aes Sedai será como proclamarlo con heraldos! ¡Creía que la idea era marcharse antes de que la noticia de que estamos aquí saliera de palacio!

Una de las criadas, una mujer canosa y regordeta llamada Aiko, entró justo en ese momento para anunciar que la *shatayan* esperaba fuera a fin de escoltar a Moraine ante el príncipe Brys, y se quedó estupefacta al encontrar a Suki de pie frente a su señora y sacudiendo el índice ante ella.

—Decidle a la *shatayan* que enseguida estoy con ella —respondió sosegadamente Moraine, y tan pronto como la mujer hizo una reverencia y salió, se puso de pie para estar en igualdad de condiciones, algo bastante difícil con Siuan aun cuando una tuviera todas las ventajas—. ¿Qué otra cosa sugieres? Quedarnos casi dos semanas hasta que acabe el luto será igual de malo, y no te puedes hacer amiga de sus criadas si están recluidas con ella.

—Puede que sólo salgan para hacer algún recado, Moraine, pero creo que podría conseguir que me invitaran a entrar.

Moraine empezó a replicar que eso podría tardar tanto como lo otro, pero Siuan la tomó firmemente por los hombros y la hizo darse la vuelta para mirarla de arriba abajo con ojo crítico.

—Se supone que la doncella de una dama ha de asegurarse de que su señora va adecuadamente vestida —dijo, y después empujó a Moraine hacia la puerta—. Ve. La *shatayan* te espera. Y, con un poco de suerte, un joven lacayo llamado Cal estará esperando a Suki.

Librodot

25



Una respuesta

La *shatayan*, una mujer alta y atractiva que rebozaba dignidad y gelidez por haberla hecho esperar, aguardaba en la antesala. Los ojos color avellana podrían haber congelado el vino. Cualquier reina que se ganara la antipatía de una *shatayan* era una necia, así que Moraine se mostró muy agradable mientras la mujer la escoltaba por los pasillos. Creía que había adelantado algo en derretir aquella escarcha, pero le resultaba difícil concentrarse. ¿Un lacayo joven? Ignoraba si Siuan había estado alguna vez con un hombre, pero ¡seguro que no lo haría simplemente para llegar hasta los criados de Inés! ¡Y no con un lacayo!

Estatuas y tapices jalonaban los pasillos; los motivos eran realmente sorprendentes, por lo que Moraine sabía de las Tierras Fronterizas. Esculturas de mármol que representaban mujeres con flores o niños jugando, tapices de seda con campos de flores y nobles en jardines y sólo unas pocas escenas de caza, pero ni una sola batalla. A intervalos, a lo largo de los pasillos había ventanales en arco que se asomaban a muchos más jardines de los que había esperado ver, así como patios enlosados, algunos de ellos con una cantarina fuente de mármol. En uno de ellos vio algo que la hizo olvidarse por completo de Siuan y de su lacayo.

Era un patio sencillo sin fuente ni pórtico de columnas y a lo largo de las paredes se alineaban hombres en fila para observar a otros dos que, desnudos de cintura para arriba, luchaban con espadas de práctica hechas con tiras de madera. Eran Ryne y Bukama. A pesar de ser una sesión de entrenamiento la lucha era real; los golpes se descargaban con bastante contundencia para que Moraine oyera los impactos, todos propinados por Ryne. Moraine tendría que evitar a esos dos; y a Lan, si se encontraba allí también. Ese hombre ni siquiera se había molestado en disimular sus dudas y podría dar pie a preguntas que Moraine no deseaba que se hicieran. ¿Era Moraine o Alys? O, peor aún, ¿era Aes Sedai o una espontánea que fingía serlo? Preguntas que se estarían comentando en las calles a la noche y que cualquier hermana podría oír, y la última era del tipo que una Aes Sedai investigaría. Por suerte, tres soldados errabundos difícilmente se encontrarían en los sitios a los que iría ella.

El príncipe Brys, un hombre recio de ojos verdes, la recibió con familiaridad en una gran habitación cubierta de paneles rojos y dorados. Dos de las hermanas casadas del príncipe se hallaban presentes con sus esposos, así como una de las de Ethenielle, con el suyo. Los hombres vestían sedas de tonos discretos en tanto que las ropas de las mujeres eran de colores intensos e iban ceñidas por debajo del busto y con bordados en las mangas y en el repulgo de la falda. Criados con uniforme ofrecieron frutos secos y dulces. Moraine creyó que acabaría con tortícolis de estar mirando hacia arriba; la mujer más baja era más alta que Siuan, y todos mantenían una postura muy erguida. Habrían doblado el cuello un poco por una hermana, tanto ellos como ellas, pero se sabían iguales a lady Moraine.

La conversación versó sobre música y los mejores músicos entre los nobles que estaban en la corte, de los rigores del viaje, de dar o no crédito a los rumores sobre un hombre que encauzaba y del motivo de que hubiera tantas Aes Sedai en movimiento, y a Moraine le resultó muy difícil mantener la charla con la ligereza y el ingenio esperados. Le importaba

poco la música y aún menos quién tocaba los instrumentos; en Cairhien, a los músicos se los contrataba y tras la actuación caían en el olvido. Todo el mundo sabía que viajar era arduo, sin garantía de encontrar cama o comida decentes al final de una jornada de cuarenta o cincuenta kilómetros; y eso contando con buen tiempo. Obviamente, algunas de las hermanas debían de estar en movimiento por los rumores sobre ese hombre, y otras para estrechar lazos que podrían haberse aflojado durante la Guerra de Aiel, para asegurarse de que tronos y casas comprendieran que aún se esperaba de ellos que cumplieran con sus obligaciones para con la Torre, tanto públicas como privadas. Si una Aes Sedai no había llegado todavía a Aesdaishar, no tardaría en hacerlo; razón de más para que a Moraine le incomodara mantener charlas insustanciales. Aparte de imaginar otras razones por las que las hermanas anduvieran de un sitio para otro. Los hombres pusieron buena cara, pero le dio la impresión de que las mujeres la encontraban muy aburrida.

Moraine sintió un gran alivio cuando entraron los hijos de Brys. Presentarle a sus hijos era señal de aceptación en su casa y, mejor aún, indicaba el final de la audiencia. El mayor, Antol, se encontraba en el sur con Ethenielle como el heredero, lo que dejaba a una encantadora muchachita de doce años y de ojos verdes, llamada Jarene, a la cabeza de sus otros cinco hermanos, una chica y cuatro chicos, situados en fila conforme a su edad, aunque a decir verdad los dos niños más pequeños aún llevaban faldones e iban en brazos de sus niñeras. Reprimiendo la impaciencia de saber lo que Siuan había descubierto, Moraine felicitó a los niños por su comportamiento y los animó a seguir aprendiendo sus lecciones. Debieron considerarla tan aburrida como sus mayores. Pensó en algo un poco menos insulso.

—¿Cómo os hicisteis esas contusiones, milord Diryk? —preguntó, y apenas prestó atención al relato expuesto sobriamente por el jovencito sobre una caída hasta que...

—Mi padre dice que fue la suerte de Lan el motivo de que no me matara, milady —comentó Diryk, olvidando la formalidad—. Lan es el rey de Malkier y el hombre más afortunado del mundo y el mejor espadachín. Excepto mi padre, naturalmente.

—¿El rey de Malkier? —repitió Moraine, que parpadeó. Diryk asintió con un vigoroso cabeceo y empezó a explicar con un torrente de palabras las proezas de Lan en La Llaga y de los malkieri que habían acudido a Aesdaishar para seguirlo, hasta que su padre le hizo un gesto para que se callara.

—Lan es un rey si quiere, milady —dijo Brys. Eso era algo muy extraño, y su tono dubitativo lo hizo más raro aún—. Apenas sale de sus aposentos —Brys también parecía preocupado por eso—, pero lo conoceréis antes de que os... Milady, ¿os sentís bien?

—No demasiado —contestó. Había esperado tener otro encuentro con Lan Mandragoran, incluso lo había planeado, pero ¡no allí! Parecía como si se le estuvieran haciendo nudos en el estómago—. También yo permaneceré en mis habitaciones unos cuantos días. Si me disculpáis...

Brys la disculpó, naturalmente, y todos expresaron su pesar por no disfrutar de su grata compañía a causa de la tensión que el viaje debía de haberle supuesto. Pero oyó a una de las mujeres comentar que las sureñas debían de ser muy delicadas.

Una joven de cabello claro vestida de rojo y verde la esperaba para conducirla a sus aposentos. Elis hacía una reverencia cada vez que hablaba, lo que significaba que hizo bastantes al principio. Le habían informado del «desmayo» de Moraine y le fue preguntando cada veinte pasos si deseaba sentarse y recobrar el aliento o si quería que le llevaran paños mojados a su cuarto o ladrillos calientes para los pies o sales aromáticas o una docena más de remedios para «los mareos», hasta que Moraine le dijo secamente que se callara. La necia muchacha la condujo en silencio, el semblante inexpresivo.

A Moraine le importaba poco si se había ofendido. Lo único que quería era encontrar a Siuan con buenas noticias. Lo ideal sería encontrarla con el niño nacido en el Monte del Dragón en sus brazos y la madre preparada para viajar. Sin embargo, lo que más deseaba era desaparecer de los pasillos antes de que pudiera toparse con Lan Mandragoran.

Preocupada por el hombre, giró en una esquina detrás de la criada y se dio de bruces con Merean. La *shatayan* en persona la guiaba, y detrás de la hermana Azul con aire de matrona

venía una hilera de criados. Una llevaba los guantes rojos de montar; otra, la capa forrada de piel, y una tercera, el sombrero de terciopelo oscuro. Parejas de hombres portaban los canastos de mimbre que podría haber cargado uno solo, y otros llevaban montones de flores en los brazos. A una Aes Sedai se la recibía con más honores que a una simple noble, por importante que fuese su casa. Merean entrecerró los ojos al ver a Moraine.

—Qué sorpresa encontrarte aquí —dijo lentamente—. A juzgar por tu vestido deduzco que has renunciado al disfraz. Ah, no. Veo que sigues sin llevar el anillo.

Moraine estaba tan estupefacta por la repentina aparición de la mujer que apenas oyó lo que decía.

—¿Estás sola? —barbotó.

Durante un instante los ojos de Merean se redujeron a rendijas.

—Larelle decidió ir por su cuenta. Hacia el sur, creo. Y no sé nada más.

—Me refería a Cadsuane —respondió Moraine, que parpadeó sorprendida.

Cuanto más pensaba en Cadsuane más convencida estaba de que esa mujer debía de pertenecer al Ajah Negro. Lo que la sorprendía era lo de Larelle, que había manifestado una firme decisión de llegar a Chachin, y sin demora. Se podía cambiar de planes, claro, pero de repente Moraine cayó en la cuenta de algo que tendría que haber sido obvio: las hermanas Negras podían mentir. Era imposible —¡los Juramentos no se podían quebrantar!—, pero debía de ser así.

Merean se acercó a Moraine y, cuando ésta retrocedió un paso, ella adelantó otro. Moraine se irguió todo lo posible, pero aun así sólo le llegaba a la barbilla a la otra mujer.

—¿Tantas ganas tienes de ver a Cadsuane? —inquirió Merean, sin quitarle la vista de encima. Su voz sonaba agradable, el gesto de la cara era plácido y reconfortante, pero sus ojos parecían de frío acero—. La última vez que la vi dijo que cuando se encontrara contigo te daría azotes en el trasero hasta que no pudieras sentarte durante una semana. Y lo hará.

De repente, miró a los criados y pareció darse cuenta de que no estaban solas. La dureza del acero menguó, pero no desapareció.

—Cadsuane tenía razón, ¿sabes? Una joven que cree que sabe más de lo que realmente sabe puede acabar metida en un gran problema. Te sugiero que no hagas nada ni digas nada hasta que podamos hablar. —El gesto que le hizo a la *shatayan* para que siguiese adelante fue perentorio, y la digna mujer obedeció de inmediato. Un rey o una reina se buscaría problemas con una *shatayan* por algo así, pero no una Aes Sedai.

Moraine siguió con la vista a Merean hasta que ésta desapareció por un recodo del pasillo. Todo lo que la otra Azul acababa de decir podría haber salido de una de las elegidas de Tamra. Las hermanas Negras podían mentir. ¿Había cambiado de parecer Larelle sobre Chachin o estaría muerta en alguna parte, como Tamra y las demás? De repente, cayó en la cuenta de que se estaba alisando la falda. Parar las manos fue fácil, pero no pudo frenar el ligero temblor. Elis la miraba boquiabierta.

—¡También sois Aes Sedai! —chilló, y entonces dio un brinco al interpretar como un gesto agrio la mueca de Moraine—. Debéis de estar de incógnito —farfulló—. No le diré nada a nadie, Aes Sedai. ¡Lo juro por la Luz y por la tumba de mi padre! —Como si todos los que seguían a Merean no hubieran oído todo lo que había oído ella. Y no se callarían.

—Llévame a los aposentos de Lan Mandragoran —ordenó. Lo que era válido al amanecer podía dejar de serlo a mediodía. Y tornarse necesario lo que antes carecía de importancia. Sacó el anillo de la Gran Serpiente de la escarcela y se lo puso en la mano derecha. A veces había que jugársela.

Tras una larga caminata —por suerte en silencio—, Elis tocó con los nudillos en una puerta roja y anunció a la mujer canosa que la abrió que lady Moraine Damodred Aes Sedai deseaba hablar con el rey al'Lan Mandragoran. La criada había dado su propio toque a lo que había dicho Moraine. ¡Rey, vaya! Increíblemente, la respuesta de lord Mandragoran fue que no quería hablar con ninguna Aes Sedai. La mujer canosa parecía escandalizada, pero cerró la puerta con firmeza. Elis miró a Moraine con los ojos muy abiertos.

—Si milady Aes Sedai gusta, la conduciré a sus aposentos ahora... —empezó con

Librodot

incertidumbre. Soltó un chillido cuando Moraine abrió la puerta de un empujón y entró.

La criada de pelo canoso y otra más joven, que remendaban camisas, se incorporaron con un brinco. Un joven huesudo que estaba junto a la chimenea se puso de pie torpemente y miró a las mujeres esperando instrucciones. Ellas se limitaron a mirarla hasta que Moraine enarcó una ceja en un gesto interrogante. Entonces la mujer canosa señaló una de las dos puertas que conducían a habitaciones interiores de los aposentos.

La puerta en cuestión la condujo a una sala de estar muy semejante a la suya, sólo que habían retirado todas las sillas doradas contra las paredes y enrollado las alfombras. Sin camisa, Lan practicaba con la espada en la zona despejada. Un pequeño guardapelo de oro se mecía en su cuello con los movimientos; la hoja de la espada era un borrón en el aire. Estaba empapado de sudor y las heridas que le había Curado habían sido reemplazadas por... ¿Marcas de zarpas de algún animal salvaje en la espalda? O marcas dejadas por las uñas de una mujer. ¿Sería capaz ese hombre frío de despertar semejante pasión en una mujer para que le...? Moraine sintió que las mejillas se le encendían ante la imagen que acudió a su mente. Que tuviese todas las mujeres que le placiera siempre y cuando hiciese lo que ella quisiera.

Se volvió con felina gracilidad para mirarla, con la punta de la espada dirigida a las baldosas del suelo. Seguía evitando mirarla a los ojos de ese modo especial que tenían de hacerlo Bukama y él. El cabello le colgaba húmedo, pegado a la cara a pesar del cordón de cuero, pero el ritmo de su respiración no era agitado.

—Vos —gruñó—. Hoy sois Aes Sedai y, además, una Damodred. No tengo tiempo para vuestros juegos, cairhienina. Estoy esperando a alguien. —Los fríos ojos azules se desviaron levemente hacia la puerta que había detrás de Moraine. Curiosamente, lo que parecía ser un cordón de cabello tejido estaba atado alrededor del picaporte interior en un nudo complejo—. No la complacerá encontrar a otra mujer aquí.

—Vuestra dilecta dama no tiene que temer nada de mí —le respondió secamente—. Para empezar, sois demasiado alto, y en segundo lugar, prefiero hombres que tengan al menos un poco de encanto. Y modales. Vine a pediros ayuda. Se hizo una promesa, mantenida desde la Guerra de los Cien Años, de que Malkier acudiría cuando la Torre Blanca llamara. ¡Yo soy Aes Sedai y ahora os pido ayuda!

—Sabéis que las colinas son altas, pero desconocéis su emplazamiento —masculló como si citara algún dicho malkieri. Cruzó la sala alejándose de ella, tomó la vaina y enfundó la espada con fuerza—. Os ayudaré si me respondéis una pregunta. Se la he hecho a varias Aes Sedai a lo largo de los años, pero se escurren como víboras para no contestar. Si sois Aes Sedai, responded.

—Si conozco la respuesta, lo haré. —No pensaba repetirle lo que era, pero abrazó el *Saidar* y movió una de las sillas doradas hasta ponerla en el centro de la sala. No habría podido levantar el mueble con las dos manos, pero con los flujos de Aire flotó suavemente, y lo habría hecho igual aunque hubiese pesado el doble. Se sentó, cruzó una pierna sobre otra, y apoyó las manos sobre la rodilla de manera que el anillo de la serpiente dorada en su dedo se viera perfectamente. La persona más alta tenía ventaja siempre si estaban de pie los dos, pero una persona de pie frente a otra que estuviera sentada debía de sentirse como si la estuviera juzgando, sobre todo si la otra era una Aes Sedai.

Sin embargo, él no parecía sentir nada por el estilo. Por primera vez desde que se conocieron, la miró directamente a los ojos, y era una intensa mirada como hielo azul.

—Cuando Malkier pereció —empezó en tono acerado—, Shienar y Arafel enviaron hombres. No podían frenar la avalancha de trollocs y de Myrddraal, pero acudieron. Acudieron soldados desde Kandor e incluso de Saldaea. Llegaron tarde, pero fueron. —El hielo azul se convirtió en fuego azul; el tono de su voz no varió, pero los nudillos se le pusieron blancos en torno a la espada—. Durante novecientos años cabalgamos para acudir a la llamada de la Torre Blanca, pero ¿dónde estaba la Torre cuando Malkier pereció? ¡Si sois Aes Sedai, respondedme a eso!

Moraine vaciló. La respuesta que él quería estaba Sellada para la Torre. A las Aceptadas se les contaba aquello en las lecciones de historia, pero era un tema prohibido para cualquiera

Librodot

que no fuese iniciada de la Torre. No obstante, ¿qué importaba otro castigo más considerando a lo que se enfrentaba ya?

—Más de un centenar de hermanas partieron hacia Malkier —repuso con más calma de la que sentía. Conforme a todo lo que le habían enseñado, debería pedir una penitencia por lo que le había dicho ya—. Sin embargo, ni siquiera las Aes Sedai pueden volar. Llegaron demasiado tarde. —Los ejércitos de Malkier estaban destrozados por incontables hordas de Engendros de la Sombra y la gente huía o había perecido para cuando llegaron las primeras. La muerte de Malkier había sido dura, sangrienta y rápida—. Eso ocurrió antes de que yo naciera, pero lo lamento profundamente. Y lamento que la Torre decidiera guardar en secreto su intento. —Más valía que se pensara que la Torre no había hecho nada que se supiera que las Aes Sedai lo habían intentado y habían fracasado. El fracaso era un golpe para el prestigio, y el misterio, una armadura que la Torre necesitaba. Las Aes Sedai tenían sus razones para hacer lo que hacían y lo que no hacían, y esas razones sólo las conocían ellas—. Es todo lo que puedo contestar. Más de lo que habría debido y, creo, más de lo que responderá nunca cualquier hermana. ¿Es suficiente?

Durante unos segundos él se limitó a mirarla mientras el fuego se convertía de nuevo en hielo. Apartó la vista.

—Casi puedo creerlo —murmuró finalmente, sin decir qué era lo que casi creía. Soltó una risa amarga—. ¿En qué puedo ayudaros?

Moraine frunció el entrecejo. Deseaba profundamente disponer de un rato a solas con ese hombre para meterlo en cintura, pero eso tendría que esperar. Quisiera la Luz que no fuera un Amigo Siniestro, deseó con todo fervor.

—Hay otra hermana en palacio, Merean Cerro Rojo. Necesito saber dónde va, qué hace, con quién se reúne. —Él parpadeó, pero no hizo las preguntas obvias, tal vez porque sabía que no tendría respuestas, pero aun así su silencio la complació.

—No he salido de mis habitaciones en los últimos días. —Miró de nuevo hacia la puerta—. Ignoro hasta qué punto podré llevar a cabo una vigilancia así.

A despecho de sí misma, Moraine resopló desdeñosa. El hombre le prometía ayuda y después aguardaba ansiosamente a su dama. Quizá no era como ella había pensado. Pero era lo único que tenía.

—Vos no —le dijo. A no tardar, su visita allí se sabría en Aesdaishar, si es que no se sabía ya, y si lo veían espiando a Merean... Eso significaría el desastre aun en el caso de que la otra Azul fuera tan inocente como un bebé—. Pensé que podríais pedírselo a uno de los malkieri que, según tengo entendido, se han reunido aquí para seguiros. Alguien con mucha vista y que sepa tener quieta la lengua. Esto ha de hacerse en absoluto secreto.

—Nadie me sigue —repuso secamente él. Echó otra ojeada a la puerta y de repente pareció fatigado. No es que encorvara la postura, pero se desplazó hacia la chimenea y soltó la espada junto al hogar con el cuidado de un hombre cansado. De espaldas a Moraine, añadió—: Le pediré a Bukama y a Ryne que la vigilen, pero no puedo hacer promesas en su nombre. Es todo cuanto puedo hacer por vos.

Moraine reprimió un sonido irritado. Tanto si era todo cuanto podía hacer o cuanto estaba dispuesto a hacer, no tenía influencia para obligarlo a nada más.

—Bukama, sólo él —dijo. A juzgar por cómo se había comportado con ella, Ryne estaría demasiado ocupado en mirar boquiabierto a Merean para ver u oír nada. Eso, si no le confesaba lo que hacía en el mismo momento en que Merean lo mirara—. Y no le digáis por qué.

Lan volvió rápidamente la cabeza, pero un instante después asintió. Y de nuevo no preguntó lo que la mayoría de la gente habría preguntado. Mientras le explicaba cómo mantenerla informada —con notas entregadas a su doncella, Suki— rezó para no estar cometiendo un grave error.

De vuelta en sus aposentos descubrió lo rápido que se propagaban las noticias. En la sala de estar, Siuan ofrecía una bandeja de dulces a una joven alta y de labios carnosos, poco mayor que una muchachita, vestida con seda verde clara. El negro cabello le caía más abajo

Librodot

de las caderas y llevaba un pequeño punto azul pintado en la frente, más o menos a la altura que colgaba la *kesiera* de Moraine. El semblante de Siuan era sosegado, pero su voz sonó tensa al hacer las presentaciones. La razón se hizo evidente en cuanto lady Iselle empezó a hablar.

—Todos en palacio dicen que sois Aes Sedai —comenzó al tiempo que miraba dubitativa a Moraine. No se levantó y, por supuesto, no hizo una reverencia; ni siquiera inclinó la cabeza—. Si es cierto, necesito vuestra ayuda. Deseo ir a la Torre Blanca y mi madre quiere que me case. No me importaría que Lan fuera mi *carneira* si mi madre no fuera la suya ya, pero cuando me case creo que será con uno de mis Guardianes. Seré del Ajah Verde. —Miró a Siuan con el ceño levemente fruncido—. ¿A qué esperas, muchacha? Ve allí y quédate hasta que se te necesite. —Siuan se puso junto a la chimenea, tiesa la espalda y cruzada de brazos. Ninguna criada de verdad habría tenido esa postura ni habría fruncido el ceño como ella, pero Iselle ya no le prestaba atención—. Sentaos, Moraine —continuó con una sonrisa—, y os diré lo que necesito de vos. Si sois Aes Sedai, naturalmente.

Moraine la miró de hito en hito. Invitada a tomar asiento en su propia sala de estar. Esa niña estúpida no tenía nada que envidiar a Lan en lo tocante a la arrogancia. ¿Su *carneira*? Eso significaba «primero» o «primera» en la Antigua Lengua, y aquí algo más, obviamente. No lo que parecía, por supuesto; ¡ni siquiera esos malkieri podían ser tan raros!

—Elegir un Ajah deberá esperar al menos hasta que os pruebe para ver si tiene sentido enviaros a la Torre —dijo secamente mientras se sentaba—. Unos pocos minutos bastarán para establecer si podéis aprender a encauzar y vuestra fuerza potencial si...

—Oh, ya se me hizo la prueba hace años —la interrumpió alegremente la chica—. La Aes Sedai afirmó que sería muy fuerte. Le dije que tenía quince años, pero descubrió la verdad. No entiendo por qué no podía ir a la Torre con doce años si quería. Madre se puso furiosa. Siempre ha dicho que estaba destinada a ser reina de Malkier algún día, pero eso significa casarme con Lan, cosa que no querría ni siquiera si madre no fuera su *carneira.* Cuando le digáis que me lleváis a la Torre tendrá que escucharos. Todo el mundo sabe que las Aes Sedai toman cualquier mujer que quieren para entrenarla y nadie puede impedírselo. —Los labios turgentes se fruncieron—. Sois Aes Sedai, ¿verdad?

Moraine realizó el ejercicio del capullo de rosa.

—Si queréis ir a Tar Valon, id, pero desde luego yo no dispongo de tiempo para escoltaros. Habrá otras hermanas por ahí de las que no dudaréis que lo son. Suki, acompaña a lady Iselle a la puerta. A buen seguro no querrá retrasar su marcha antes de que su madre la pille.

La mocosa estaba indignada, claro, pero Moraine quería que se marchara y Siuan casi la sacó a empujones al corredor sin que dejara de protestar a cada paso. Moraine sintió que Siuan abrazaba la Fuente, y las protestas se cortaron con un penetrante chillido.

—Ésa no durará ni un mes aunque iguale la fuerza de Cadsuane —comentó Siuan mientras regresaba limpiándose las manos como quien se sacude el polvo.

—Sierin en persona puede arrojarla desde lo alto de la Torre por lo que a mí respecta —rezongó Moraine—. ¿Te enteraste de algo?

—Bueno, he descubierto que el joven Cal sabe besar y, aparte de eso, he oído un montón de paparruchas. —Siuan frunció el entrecejo de repente—. ¿Por qué me miras así? Sólo lo he besado, Moraine. ¿Has besado a un hombre guapo desde el joven Cormanes la noche antes de que te marcharas para entrar en la Torre? Bueno, pues para mí ha sido igual de largo, demasiado, y Cal es muy apuesto.

—Estupendo —repuso secamente Moraine. Luz, ¿cuánto tiempo hacía que no pensaba en Cormanes? Qué guapísimo era.

Lo sorprendente fue que a Siuan la alteró más el hecho de que Moraine se pusiera en contacto con Lan que la aparición de Merean.

—Así me despellejen y me salen si no corres riesgos absurdos, Moraine. Un hombre que reclama el trono de una nación desaparecida es un necio redomado. ¡Podría estar dándole a la lengua sobre ti en este mismo instante con cualquiera que quiera escucharlo! Si Merean se

entera de que la has hecho vigilar... ¡Maldición!

—Es un necio en muchos sentidos, Siuan, pero no creo que nunca le «dé a la lengua». Además, «no se gana si no se arriesga un cobre», como no dejas de repetir que decía tu padre. No tenemos más remedio que correr riesgos. Estando Merean aquí puede que se nos acabe el tiempo. Has de llegar hasta lady Inés lo antes posible.

—Haré lo que pueda —murmuró su amiga, y salió cuadrando los hombros como si se encaminara a una batalla. Pero también se iba alisando la falda sobre las caderas. Moraine esperaba que las cosas no llegaran más allá de unos besos. Bueno, si llegaban, era asunto de Siuan, pero caer en ese tipo de cosas era una estupidez. ¡Sobre todo con un lacayo!

La noche estaba avanzada y Moraine intentaba leer a la luz de la lámpara, cuando Siuan regresó. Dejó el libro a un lado; llevaba mirando la misma página hacía una hora. Esta vez Siuan sí tenía noticias, que fue dándole mientras revolvía entre los vestidos de paño y la ropa interior.

Para empezar, en el camino de vuelta a los aposentos de Moraine se había dirigido a ella un «carcamal zanquilargo» que le preguntó si era Suki, y después le contó que Merean se había pasado casi todo el día con el príncipe Brys antes de retirarse a sus aposentos para dormir. Ninguna pista ahí. Lo más importante era que Siuan había sacado a relucir a Rahien en una charla intrascendente con Cal. El lacayo no había estado con lady Inés cuando el niño nació, pero sabía el día de nacimiento: el siguiente al día en que los Aiel iniciaron su retirada de Tar Valon. Moraine y Siuan compartieron una larga mirada. Un día después de que Gitara Moroso hiciera la Predicción del renacimiento del Dragón y se desplomara muerta por la impresión. Contemplar el alba sobre el Monte del Dragón y el nacimiento dentro de los diez días anteriores al repentino deshielo.

—Sea como sea —continuó Siuan, que empezaba a hacer un fardo con ropas y medias—, le hice creer a Cal que me habías despedido por derramar vino en tu vestido, y me ha ofrecido una cama con el cuerpo de servicio de lady Inés. Cree que podrá conseguirme un puesto con su señora. —Resopló divertida; entonces reparó en la mirada de Moraine y volvió a resoplar, con más fuerza—. No es en su puñetera cama, Moraine. Y, aun en el caso de que lo fuera, bueno, es muy dulce y tiene los ojos marrones más bonitos que hayas visto nunca. Cualquier día de éstos vas a encontrarte dispuesta a hacer algo más que soñar con algunos hombres ¡y espero estar allí para verlo!

—No digas estupideces —replicó Moraine.

La tarea que tenían por delante era demasiado importante para pensar en hombres. Al menos en el sentido al que se refería Siuan. Así que Merean había pasado todo el día con Brys. ¿Sin acercarse a lady Inés? Ya fuera una de las elegidas por Tamra o una Negra, eso no tenía sentido, y era de todo punto inconcebible pensar que Merean no era lo uno o lo otro. Se le estaba escapando algo y eso la preocupaba. Lo que no supiera podía matarla. Peor aún, podía matar al Dragón Renacido en su cuna.

Librodot

26



Cuándo rendirse

Empleando toda la destreza adquirida en La Llaga, con cuidado de no girar en una esquina hasta tener la certeza de que el corredor estaba desierto, Lan se deslizaba por los pasillos del palacio de Aesdaishar solo. Envuelto en el *ko'di* casi podía notar cuando alguien entraba en el pasillo detrás de él, percibir la proximidad de otra presencia y escabullirse a través de una puerta abierta o de una arcada antes de que quienquiera que fuera pudiera verlo. Sigiloso cual un fantasma.

Anya y Esne anteponían las órdenes de Edeyn a las suyas, como si creyeran que eso formaba parte de las costumbres malkieri; a lo mejor les había dicho que lo era. Creía que Bulen seguía siendo leal, pero suponía que cualquiera que llevara uniforme en Aesdaishar informaría a Edeyn dónde encontrarlo. Lan creía saber dónde estaba; a despecho de sus visitas anteriores, se había perdido dos veces al salir de sus aposentos sin contar con un guía, pero su sentido de la orientación lo había ayudado a encaminarse de nuevo. Se sentía idiota por llevar la espada; el acero no servía de nada en esta batalla, pero sin el arma era como si estuviera desnudo, y enfrentarse a Edeyn a cuerpo descubierto era algo que no podía permitirse.

Un atisbo de movimiento lo hizo pegarse contra la pared detrás de la estatua de una mujer vestida de nubes y con un montón de flores en los brazos. Justo a tiempo. Dos mujeres aparecieron por un pasillo transversal que había un poco más adelante y se detuvieron, enfrascadas en una conversación. Eran Iselle y la Aes Sedai, Merean. Lan permanecía tan inmóvil como la talla de piedra tras la que se ocultaba; lo que atraía la mirada era el movimiento.

No le gustaba esconderse, pero mientras Edeyn desataba el nudo de su *daori* que lo había mantenido encerrado durante dos días había dejado muy claro que se proponía anunciar pronto su matrimonio con Iselle. Bukama tenía razón: Edeyn utilizaba su *daori* como unas riendas. De acuerdo con la tradición, gran parte del poder que ejercía sobre él acabaría una vez que Iselle tuviera el cordón de cabello entre sus presentes, convertido en un simple recuerdo del pasado, pero estaba convencido de que Edeyn utilizaría a la propia Iselle en lugar del cordón. E Iselle cooperaría. Lan dudaba de que la joven tuviera la firmeza necesaria para oponerse abiertamente a su madre. Cuando uno se enfrentaba a un enemigo al que no se podía derrotar, la única salida era la huida a menos que la propia muerte sirviera a un propósito mejor, y él anhelaba huir. Sólo lo retenía Bukama; Bukama y un sueño.

A un gesto seco de Merean, Iselle asintió ansiosamente y regresó por donde habían venido. Durante un instante la hermana la siguió con la mirada, el semblante inescrutable en la máscara de serenidad Aes Sedai. Después, inopinadamente, echó a andar en pos de la joven deslizándose sobre las baldosas verdes de un modo que, en comparación, hacía parecer torpes los andares de Iselle.

Lan no perdió tiempo en preguntarse qué se traería entre manos Merean, como tampoco se había preguntado la razón de que Moraine quisiera tenerla vigilada. Uno podía acabar loco al intentar desentrañar las intenciones de una Aes Sedai. Cosa que Moraine debía de ser realmente, o Merean la tendría aullando por los corredores arriba y abajo. Aguardó para dar

tiempo a que las dos mujeres se perdieran de vista antes de deslizarse en silencio hasta la esquina y asomarse al otro pasillo. Las dos habían desaparecido, así que echó a andar a buen paso. Las Aes Sedai no eran asunto suyo ese día; tenía que hablar con Bukama sobre sueños.

Huir pondría fin a los planes de Edeyn para un matrimonio. Si conseguía esquivarla el tiempo suficiente, encontraría otro esposo para Iselle. Huir también acabaría con el sueño de Edeyn de recobrar Malkier; su respaldo se desvanecería como niebla bajo un sol de mediodía una vez que la gente se enterara de su marcha. Huir pondría fin a muchos sueños. Sin embargo, el hombre que había llevado cargado a la espalda un infante estaba en su derecho a tener sueños. El deber era más pesado que una montaña, pero había que cargar con él.

Un poco más adelante descendía un largo tramo de escalera, ancha y con barandilla de piedra. Se volvió para empezar a bajar y de repente se encontró cayendo. Sólo tuvo tiempo de relajar los músculos y después rebotó de escalón en escalón, dando volteretas, hasta frenarse en el piso de baldosas al pie de la escalera con un golpetazo que le vació de aire los pulmones. Unos puntitos luminosos titilaron en sus ojos; hizo un esfuerzo para recobrar la respiración, para ponerse de pie.

Aparecieron criados como salidos de la nada y lo ayudaron a levantarse al tiempo que exclamaban que sólo su suerte lo había salvado de no matarse en una caída así y le preguntaban si quería ver a alguna de las Aes Sedai para la Curación. Aturdido, observando con el entrecejo fruncido el largo tramo de escalera, Lan respondió en murmullos cualquier cosa con tal de que se marcharan. Suponía que debía de estar más magullado que en toda su vida, pero las contusiones desaparecían y lo que menos quería en ese momento era ver a una hermana. La mayoría de los hombres habrían intentado frenar esa caída y, con suerte, habrían acabado con la mitad de los huesos rotos. Algo le había tirado de los tobillos allí arriba, algo lo había empujado entre los hombros. Sólo había podido ser una cosa, aunque pareciera un sinsentido. Si hubiese habido alguien lo bastante cerca para tocarlo físicamente él lo habría notado. Una Aes Sedai había intentado matarlo con el Poder.

—¡Lord Mandragoran! —Un hombre robusto con la chaqueta verde de la guardia de palacio se frenó bruscamente ante él y faltó poco para que se fuera de bruces al intentar hacer una reverencia cuando aún no se había parado del todo—. ¡Os hemos buscado por todas partes, milord! —dijo, jadeante—. ¡Es vuestro hombre, Bukama! ¡Venid rápido, milord! ¡Quizás aún siga vivo!

Maldiciendo, Lan corrió en pos del guardia a la par que le gritaba que fuera más deprisa, pero era demasiado tarde. Demasiado tarde para el hombre que había cargado un infante a la espalda. Demasiado tarde para sueños.

Los guardias que se apelotonaban en un pasaje estrecho anexo a uno de los patios de prácticas se apretaron para apartarse y dejar paso a Lan. Bukama yacía boca abajo y la sangre formaba un charco alrededor de la boca; el sencillo mango de madera de una daga sobresalía de la mancha oscura en la espalda de la chaqueta. La mirada de los ojos muy abiertos y fijos era de sorpresa. Lan se arrodilló y le cerró los párpados mientras musitaba una plegaria para que el último abrazo de la madre acogiera a Bukama.

—¿Quién lo encontró? —preguntó, pero casi no oyó el confuso revoltijo de respuestas sobre quién, dónde y qué. Esperaba que Bukama renaciera en un mundo donde la Grulla Dorada ondeara al viento, las Siete Torres se irguieran intactas y los Mil Lagos relucieran como un collar bajo el sol. ¿Cómo había dejado que alguien se acercara lo bastante a él para hacerle esto? Bukama percibía el acero al desenvainarse cerca de él. Lo único cierto era que su amigo y mentor había muerto porque él lo había implicado en maquinaciones Aes Sedai.

Echó a correr de nuevo, pero no huyendo de algo, sino hacia alguien. Y le daba igual que lo viera quien lo viese.

Al oír el apagado portazo en la antesala y los gritos indignados de la criadas, Moraine se levantó de mullido sillón en el que estaba esperando. Esperando cualquier cosa salvo eso. Abrazó el *Saidar* y se encaminó hacia la puerta; pero, antes de que llegara a ella, ésta se abrió. Lan se sacudió de encima los brazos de las mujeres que lo sujetaban, les cerró la puerta en las

Librodot

narices y se apoyó contra la hoja de madera, los ojos prendidos en los sorprendidos de Moraine. Tenía el anguloso rostro cubierto de moretones y se movía como si hubiese recibido una paliza. Al otro lado de la puerta reinaba el silencio; intentara lo que intentase Lan, debían de estar seguras de que ella sabría manejar la situación.

Lo absurdo es que se sorprendió toqueteando el cuchillo del cinturón. Con el Poder era capaz de inmovilizarlo como a un niño por grande que fuera, y sin embargo... No se mostraba furioso. En aquellos ojos de hielo no había enardecimiento. Le dieron ganas de retroceder. No había fuego en ellos, sino un frío abrasadoramente mortal. Esa chaqueta negra con las crueles espinas y los graves capullos dorados le encajaba a la perfección.

—Bukama ha muerto con un cuchillo clavado en el corazón —anunció calmosamente—, y no hace ni una hora que alguien intentó matarme con el Poder Único. Al principio pensé que debía de ser Merean, pero cuando la vi por última vez seguía a Iselle y, a menos que me descubriera y quisiera desvanecer mis sospechas fingiendo que se alejaba, no tuvo tiempo de hacerlo. Hay pocos que me ven cuando no quiero ser visto, y no creo que ella me viera. Eso nos deja una única posibilidad: vos.

Moraine se encogió y sólo en parte por la certeza que había en la voz del hombre. Tendría que haber previsto que la estúpida muchacha iría directamente a Merean.

—Os sorprendería lo poco que se le escapa a una hermana —contestó. Sobre todo si la hermana estaba henchida de *Saidar*—. Tal vez no debí pedir que Bukama vigilara a Merean. Es muy peligrosa. —Esa mujer pertenecía al Ajah Negro; ahora estaba completamente segura. Las hermanas daban castigos ejemplares cuando pillaban a alguien husmeando, pero no lo mataban. ¿Qué podía hacer? Una cosa era estar segura y otra tener pruebas; pruebas concluyentes que presentar ante la Sede Amyrlin sin que pudieran desestimarse. Y si la propia Sierin era una Negra... Bien, ¿para qué preocuparse ahora por eso? ¿Y por qué perdía tiempo Merean con Iselle?—. Si la chica os importa, os sugiero que la encontréis lo antes posible y la mantengáis lejos de Merean.

—Todas las Aes Sedai son peligrosas —gruñó Lan—. Iselle no corre peligro de momento. La vi cuando venía hacia aquí, acompañada de Brys y Diryk. Se dirigían deprisa a algún sitio. ¿Por qué ha muerto Bukama, Aes Sedai? ¿En qué trampa lo metí por vos?

Moraine alzó la mano bruscamente para que se callara y casi la sorprendió que el hombre obedeciera. Su mente era un hervidero de ideas. Merean con Iselle. Iselle con Brys y Diryk. Merean había intentado matar a Lan. De repente vio la maniobra, perfecta en todas y cada una de sus fases. No tenía ningún sentido, pero estaba convencida de que se trataba de eso.

—Diryk me contó que sois el hombre con más suerte del mundo —dijo mientras se inclinaba hacia Lan, prendida la mirada en él—, y por su bien espero que tenga razón. ¿Dónde iría Brys para gozar de intimidad? Algún sitio donde no lo vieran ni lo oyeran. —Tenía que haber un sitio donde se sintiera a gusto, pero que estuviese aislado.

—Hay un mirador en el ala oeste de palacio —respondió lentamente Lan. Entonces habló más deprisa—. Si Brys corre peligro, he de avisar a la guardia. —Ya se volvía, con la mano en el picaporte.

—¡No! —Moraine abrazaba el Poder todavía y preparó un tejido de Aire para inmovilizarlo si era preciso—. El príncipe Brys no vería con buenos ojos que sus guardias irrumpieran allí si Merean sólo está hablando con él.

—¿Y si no está hablando? —demandó.

—Entonces no hay tiempo suficiente para alertar a la guardia, y, aun así, quién sabe si vendría. No tenemos pruebas contra ella, Lan. Serían sospechas contra la palabra de una Aes Sedai. —El hombre movió bruscamente la cabeza y rezongó algo sobre Aes Sedai que Moraine no oyó a propósito. De darse por enterada, tendría que darle una lección por insolente y no había tiempo para eso—. Llevadme a ese mirador, Lan. Que sea una Aes Sedai la que se las vea con una Aes Sedai. Y démonos prisa. —Si Merean hablaba algo, Moraine dudaba de que la charla fuera larga.

Lan se dio prisa, y mucha, con las largas piernas moviéndose como un rayo. A Moraine

no le quedó más opción que remangarse las faldas y correr en pos de él, sin hacer caso de las miradas y los murmullos que sus piernas al aire suscitaban en los sirvientes y otras personas con los que se cruzaban por los corredores, sólo preocupada de que Lan no la dejara atrás. Absorbió Poder al tiempo que corría hasta que la dulzura y el gozo casi rayaron en el dolor por su intensidad, e intentó planear qué iba a hacer, qué podía hacer contra una mujer más fuerte que ella, una mujer que llevaba siendo Aes Sedai desde cien años antes de que naciera su bisabuela. Ojalá no tuviera tanto miedo. Ojalá estuviera Siuan con ella.

La enloquecida carrera los condujo a través de relucientes cámaras, a lo largo de pasillos jalonados de estatuas y, de pronto, se encontraron al aire libre, con los sonidos de palacio tras ellos, en un largo mirador de veinte pasos de anchura, con el antepecho de piedra, desde el que se disfrutaba de una vista de los tejados de la ciudad muchos metros más abajo. Un viento frío, como de tormenta, le sacudió la falda. Merean estaba allí, envuelta en el brillo del *Saidar*, y Brys y Diryk, de pie junto a la barandilla, se debatían inútilmente contra las ataduras y las mordazas de Aire. Iselle miraba al príncipe y a su hijo con el entrecejo fruncido. Y, quién lo hubiera esperado, un poco más allá, en el mirador, se encontraba un iracundo Ryne, cruzado de brazos. Así que era un Amigo Siniestro.

—... y difícilmente podía traeros a lord Diryk sin su padre —decía Iselle, enfurruñada—. Me aseguré de que nadie se diera cuenta, pero ¿por qué...?

Moraine tejió un escudo con Energía y se lo lanzó a Merean empleando hasta la última pizca de Poder que tenía dentro, esperando contra toda esperanza aislar a la mujer de la Fuente. El escudo golpeó y se hizo añicos. Merean era demasiado fuerte y estaba absorbiendo casi al límite de su capacidad.

Sabía que había pillado por sorpresa a la hermana Azul —la hermana Negra—, pero Merean ni siquiera parpadeó.

—Hiciste bien en matar al espía, Ryne —dijo tranquilamente al tiempo que tejía una mordaza de Aire para taparle la boca a Iselle, así como ataduras que mantuvieron rígida a la chica—. Mira a ver si puedes ocuparte del joven esta vez. Dijiste que eras mejor espadachín que él.

Todo pareció pasar a la vez. Ryne se adelantó corriendo, fruncido el entrecejo, haciendo tintinear las campanillas del cabello. Lan consiguió desenvainar su espada justo a tiempo de hacerle frente. Y, antes de que los aceros entrechocaran por primera vez, Merean golpeó a Moraine con el mismo tejido utilizado por ella, sólo que más fuerte. Moraine comprendió horrorizada que a la Negra podía quedarle fuerza suficiente para escudarla aunque estuviera absorbiendo tanto *Saidar* como podía. Atacó frenéticamente con Aire y Fuego, y Merean gruñó cuando los flujos cortados restallaron contra ella. En el breve intervalo, Moraine intentó cortar los flujos que inmovilizaban a Diryk y a los demás; pero, antes de que su tejido tocara el de Merean, el de ésta cortó el suyo en cambio, y esta vez el escudo de Merean la rozó antes de poder cortarlo. Sintió que el estómago se le hacía un nudo.

—Apareces demasiado a menudo, Moraine —dijo la Negra como si estuviesen charlando, simplemente. Y actuaba como si fuera así, serena y maternal, en absoluto perturbada—. Me temo que he de preguntarte cómo y por qué. —Moraine consiguió por muy poco cortar un tejido de Fuego que le habría quemado la ropa y quizá casi toda la piel, y Merean sonrió como una madre a quien divirtieran las travesuras que hacían las jóvenes—. No te preocupes, pequeña. Te Curaré para que respondas a mis preguntas. Y las responderás. Aquí fuera nadie oirá tus gritos.

Si a Moraine le hubiesen quedado dudas de que Merean pertenecía al Ajah Negro, ese tejido de Fuego habría acabado con ellas. Y tuvo más pruebas en los segundos que siguieron con tejidos que hicieron saltar chispas en su vestido y que le pusieron el pelo de punta, tejidos que la hicieron jadear para aspirar el aire que parecía no haber, tejidos que no conocía pero que sin duda la habrían dejado destrozada y sangrando si la hubieran ceñido, si no hubiese sido capaz de cortarlos...

Cada vez que tenía ocasión, intentaba cortar de nuevo las ataduras que sujetaban a Diryk y a los otros, y escudar a Merean, incluso dejarla inconsciente de un golpe. Sabía que se

estaba jugando la vida, que moriría si la otra mujer se imponía, ya fuera entonces o durante el interrogatorio, pero en ningún momento se planteó aprovechar el resquicio que dejaban los Juramentos que la retenían. También ella tenía preguntas que hacer a la mujer, y el destino del mundo podía depender de las respuestas. Por desgracia, casi todo lo que podía hacer era defenderse, y siempre lo conseguía por un pelo. Tenía el estómago hecho un nudo, pero parecía querer hacerse otro. Aunque mantenía sujetas a tres personas, Merean todavía la igualaba en fuerza y puede que la superara. Si Lan consiguiera distraer a esa mujer un momento...

Una rápida ojeada le bastó para comprender que no tendría ayuda por ese lado. Lan y Ryne ejecutaban las posturas de lucha y pasaban con felina gracilidad de una a otra a la par que las armas trazaban remolinos, pero si existía una levísima ventaja era a favor de Ryne. Lan tenía sangre en una mejilla.

Moraine siguió luchando con todo su ser, sin desperdiciar siquiera la mínima concentración necesaria para hacer caso omiso del frío. Temblorosa, arremetió contra Merean, se defendió y volvió a arremeter, defendiéndose y atacando. Si consiguiera cansar a la mujer o...

—Esto está durando demasiado, ¿no crees, pequeña? —dijo Merean. Diryk flotó en el aire; el pequeño se debatía contra las ataduras que no veía, al tiempo que se desplazaba por encima de la balaustrada. Brys volvió la cabeza siguiendo la trayectoria de su hijo y movió la boca contra la mordaza invisible.

—¡No! —gritó Moraine. Lanzó desesperadamente flujos de Aire para tirar del niño hacia la seguridad del mirador. Merean los cortó al mismo tiempo que soltaba el que sujetaba al chiquillo. Gritando, Diryk se precipitó al vacío, y una luz blanca estalló dentro de la cabeza de Moraine.

Abrió los ojos, aturdida, con el grito del niño todavía resonando en su cerebro. Estaba tirada de espaldas en el mirador y la cabeza le daba vueltas. Mientras el aturdimiento no se le pasara tenía tantas posibilidades de abrazar el *Saidar* como las que tenía un gato de cantar. Tampoco es que ya importara mucho. Veía el escudo con el que Merean la tenía aislada, e incluso una mujer más débil podía mantenerlo una vez que estaba puesto. Intentó levantarse, cayó hacia atrás, consiguió incorporarse un poco al apoyarse en un codo.

Sólo habían pasado unos segundos. Lan y Ryne seguían bailando su mortífera danza marcada por el entrechocar de aceros. La rigidez de Brys se debía a algo más que a las ataduras; miraba a Merean con un odio tan implacable que parecía capaz de liberarse con la mera fuerza de su rabia. Iselle temblaba, sorbía, lloriqueaba y miraba con los ojos desorbitados hacia el punto donde el niño había caído. Diryk. Moraine se obligó a pensar en el nombre del pequeño y se encogió al recordar su entusiasmo y su sonrisa. Sólo unos segundos.

—Tendrás que esperar un poco más, creo —le dijo Merean, que le dio la espalda. Brys se alzó en el aire. El rostro del hombre no cambió de expresión, no dejó de mirar con odio a Merean.

Moraine se puso de rodillas con esfuerzo. No podía encauzar; no le restaba coraje ni fuerza. Sólo determinación. Brys flotó por encima de la balaustrada. Tambaleándose, Moraine se puso de pie. Determinación. Con aquella expresión de puro odio en el semblante, Brys cayó sin emitir ningún sonido. Esto tenía que acabar. Iselle flotó en el aire, se retorció con frenesí, emitió sonidos ahogados en un esfuerzo por gritar a pesar de la mordaza. ¡Tenía que acabar ya! Dando traspiés, Moraine hundió el cuchillo en la espalda de Merean hasta la empuñadura, y un chorro de sangre le empapó las manos.

Cayeron juntas sobre el pavimento del mirador; el brillo que rodeaba a Merean se desvaneció cuando la mujer murió, y lo mismo ocurrió con el escudo de Moraine. Iselle gritó y se tambaleó donde las ataduras rotas de Merean la habían dejado caer, encima de la balaustrada. Obligándose a moverse, Moraine gateó por encima del cadáver de Merean y asió una de las manos de Iselle con las suyas justo cuando las zapatillas de la joven resbalaban y ésta caía.

El tirón arrastró a Moraine, que se quedó con el estómago sobre la barandilla mirando a

la chica que sostenía con las manos resbaladizas de sangre por encima de un vacío que parecía inacabable. A duras penas consiguió sostenerla y sostenerse; si intentaba tirar de la chica hacia arriba, las dos se precipitarían al vacío. Iselle tenía el semblante demudado y su boca era un rictus. La mano se le escurría entre las de Moraine, que se obligó a serenarse e intentó abrazar la Fuente, sin éxito. Contemplar aquellos distantes tejados no contribuía a que la cabeza dejara de darle vueltas.

Lo volvió a intentar, pero fue como tratar de coger agua con las manos teniendo abiertos los dedos. Salvaría a uno de los tres, aunque fuera la menos importante. Luchando contra el mareo, se esforzó por alcanzar la Fuente. Y la mano de Iselle resbaló entre sus dedos ensangrentados. Lo único que pudo hacer fue ver cómo caía con un chillido penetrante, largo, que se fue perdiendo en la distancia, todavía con la mano extendida como si creyera que alguien podría salvarla aún.

Un brazo la apartó de la barandilla.

—No contempléis nunca una muerte que no tengáis que ver —dijo Lan mientras la ponía de pie. El brazo derecho le colgaba al costado; un corte largo hendía la manga empapada de sangre y la carne que había debajo. Tenía otras heridas además del tajo en el cuero cabelludo, del que seguía manando sangre rostro abajo. Ryne yacía de espaldas a diez pasos y sus ojos muertos contemplaban el cielo con sorpresa—. Un día negro —masculló Lan—. De los más negros que he visto en mi vida.

—Un momento —le dijo Moraine con voz temblorosa—. Estoy demasiado mareada para caminar todavía. —Las rodillas se le doblaron al acercarse al cadáver de Merean. No habría respuestas. El Ajah Negro permanecería oculto. Se agachó y sacó de un tirón el cuchillo clavado en la espalda de la mujer, que limpió en la falda de la traidora.

—Sois fría, Aes Sedai —manifestó él con voz inexpresiva.

—Todo lo fría que tengo que ser —contestó. El grito de Diryk resonaba en sus oídos, y seguía viendo disminuir la cara de Iselle hasta desaparecer en el vacío. Al igual que en la prueba del chal, toda su calma era pura apariencia, pero se aferró a ella desesperadamente. Si la dejaba ir un instante entonces acabaría de rodillas sollozando, gritando de dolor—. Al parecer, además de ser Amigo Siniestro, Ryne estaba equivocado. Erais mejor que él.

—No. —Lan meneó la cabeza ligeramente—. Él era mejor, pero creyó que al haberme herido en un brazo estaba acabado. Nunca lo entendió. Uno se rinde sólo después de morir.

Moraine asintió con la cabeza. Rendirse después de morir. Sí.

Le costó un rato que se le despejara la cabeza lo suficiente para volver a abrazar la Fuente, y tuvo que soportar la ansiedad de Lan por informar a la *shatayan* de que Brys y Diryk habían muerto antes de que llegara la noticia de que se habían encontrado los cuerpos en los tejados. Comprensiblemente, no sentía tantos deseos de informar a lady Edeyn de la muerte de su hija. También Moraine el paso del tiempo le producía ansiedad, pero no por las mismas razones. Tendría que haber sido capaz de salvar a la chica. Esa muerte era culpa de ella tanto como de Merean.

Curó a Lan en cuanto fue capaz, y el hombre soltó un grito ahogado cuando los complejos tejidos de Energía, Aire y Agua cosieron sus heridas y la carne se unió sin dejar cicatrices, pero Moraine no sintió satisfacción porque, finalmente, él demostrara que también era mortal. Se había quedado tan débil, tan exhausto por la Curación después del desgaste de la lucha, que tuvo que recobrar el resuello recostado en la barandilla de piedra. Pasaría un buen rato antes de que pudiera salir corriendo a ninguna parte. Moraine tenía que asegurarse de que Lan supiera lo que debía decir. Además, tenía otros planes para él.

Con cuidado, elevó en el aire el cuerpo de Merean con flujos de Aire, lo pasó por encima de la balaustrada y lo bajó un poco, cerca de las rocas de la ladera de la montaña. Tejió flujos de Fuego y el cadáver de la hermana Negra quedó envuelto en una flama incandescente, tan abrasadora que no echaba humo y sólo producía un denso rielar en el aire y alguno que otro crujido al resquebrajarse una roca.

—¿Qué estáis...? —empezó Lan, pero se interrumpió y cambió la pregunta—. ¿Por qué?

Moraine dejó que su cuerpo sintiera el creciente calor, que producía corrientes de aire

Librodot

propias de un horno.

—No hay pruebas de que fuera del Ajah Negro, sólo de que era una Aes Sedai. —Torció el gesto al darse cuenta de su desliz. La Torre Blanca necesitaba de nuevo su armadura de misterio, la necesitaba más que cuando había desaparecido Malkier, pero no podía decirle eso. Todavía no. Sin embargo, él ni siquiera pestañeó ante la mención del Ajah Negro. A lo mejor ignoraba lo que era, pero no apostaría por ello. Ese hombre era tan reservado como cualquier hermana—. No puedo mentir sobre lo que ha pasado aquí, pero sí puedo guardar silencio. ¿Lo guardaréis vos también o facilitaréis el trabajo de la Sombra?

—Sois una mujer muy dura —respondió Lan al cabo. No dijo nada más, pero era suficiente.

—Todo lo dura que debo ser —manifestó Moraine.

El grito de Diryk. El rostro de Iselle. Aún había que deshacerse del cadáver de Ryne y de la sangre que manchaba el suelo de piedra y sus ropas. Todo lo dura que debía ser.

Librodot



EPÍLOGO

El palacio de Aesdaishar amaneció de luto a la mañana siguiente. Ondeaban banderas blancas en cualquier prominencia y los sirvientes llevaban cintas blancas atadas en los brazos. Por la ciudad ya corrían rumores sobre portentos que habían anunciado las muertes, como cometas en la noche y fuegos en el cielo. La gente sabía cómo acoplar lo que veía con lo que sabía y lo que quería creer. La desaparición de un simple soldado e incluso la de una Aes Sedai, pasaron inadvertidas con el intenso dolor que hacía llorar por los corredores hasta a los hombres más fuertes.

Cuando volvía de destruir las pertenencias de Merean —tras buscar en vano cualquier pista que la condujera a otras hermanas Negras—, Moraine se apartó a un lado para dejar pasar a Edeyn, que avanzaba por el pasillo vestida con ropajes blancos y el cabello muy corto, como a trasquilones. Se decía que iba a abandonarlo todo e iniciar una vida de retiro. A Moraine le pareció que ya lo había hecho. Los ojos, en los que había una mirada vacía, estaban ojerosos, envejecidos. En cierto modo se parecían mucho a los de su hija como los recordaba Moraine, rebosando desesperación y conscientes de una muerte próxima.

Cuando entró en sus aposentos, Siuan se incorporó bruscamente de la silla que ocupaba en la salita. Moraine tenía la impresión de que hacía semanas que no la veía.

—Tienes el aspecto de un pez que se ha tragado el cebo y se ha encontrado con un anzuelo —gruñó su amiga—. Bueno, es lógico. Siempre he odiado los duelos cuando conocía a la persona. Sea como sea, podemos marcharnos cuando estés lista. Rahien nació en una granja situada a más de tres kilómetros del Monte del Dragón. Merean no se ha acercado a él desde esta mañana. No creo que le haga daño por una simple sospecha, aunque sea una Negra.

No era el niño. Por algún motivo, Moraine casi había esperado eso.

—Merean no hará daño a nadie más, Siuan. Pon a trabajar para mí esa mente tuya en una incógnita. —Tomó asiento en un sillón y empezó por el final, siguiendo deprisa con la explicación a pesar de las exclamaciones ahogadas de Siuan y sus demandas de más detalles. Fue como revivirlo. Llegar a lo que la había conducido a aquel enfrentamiento fue un alivio—. Quería muerto a Diryk por encima de todo, Siuan. Lo mató en primer lugar. E intentó matar a Lan.

—Eso es una locura —gruñó su amiga—. ¿Qué relación hay entre un crío de ocho años y una escórpora insensible como Lan?

—La suerte. Diryk sobrevivió a una caída en la que normalmente habría tenido que morir, y todo el mundo dice que Lan es el hombre vivo con más suerte o de otro modo La Llaga habría acabado con él hace años. Hay un patrón, pero me parece absurdo. A lo mejor hasta ese herrero tuyo forma parte de él. Y Josef Najima, en Canluum, por lo que sé. También él tenía suerte. Resuelve este acertijo si puedes. Creo que es importante, pero no entiendo por qué.

Siuan empezó a pasear por la sala de un lado a otro con largas zancadas que levantaban el repulgo de la falda al tiempo que se frotaba la barbilla y mascullaba sobre «hombres con suerte» y «el herrero se hizo notorio de repente» y otras cosas que Moraine no alcanzó a entender. De repente se paró en seco.

—No se acercó a Rahien en ningún momento, Moraine. El Ajah Negro sabe que el

Dragón ha renacido, pero ¡lo que no saben es cuándo! Quizá Tamra consiguió reservarse ese detalle o quizá fueron demasiado brutales y murió antes de que pudieran sacarle esa información. ¡Tiene que ser eso! —Su ansiedad se tornó espanto—. ¡Luz! ¡Están matando a cualquier hombre o muchacho que podría ser capaz de encauzar! Oh, maldita sea, podrían morir miles, Moraine. Decenas de miles.

Tenía sentido; terrible, pero tenía sentido. Los hombres que encauzaban rara vez sabían lo que estaban haciendo, al menos al principio, y a menudo también se los tenía simplemente por personas con suerte. Los acontecimientos los favorecían y, frecuentemente, como en el caso del herrero, cobraban relevancia casi de la noche a la mañana. Siuan tenía razón. El Ajah Negro había iniciado una matanza.

—Pero ignoran que tienen que buscar a un bebé —dijo Moraine. Todo lo dura que tenía que ser—. Un infante no mostrará señales visibles. Disponemos de más tiempo de lo que pensábamos, aunque no tanto para que nos descuidemos. Cualquier hermana puede pertenecer al Negro. Creo que Cadsuane lo es. Saben que hay otras buscando. Si una de las rastreadoras de Tamra localiza al niño y la encuentran con él o si deciden someter a interrogatorio a una de ellas en vez de matarla en la primera ocasión que se les presente... —Siuan la miraba fijamente—. Aún tenemos que ocuparnos de esa tarea —le dijo.

—Lo sé —respondió despacio Siuan—. Sólo que jamás pensé que... En fin, cuando hay que hacer un trabajo, se hace, ya sea tirar de las redes o destripar peces. —Sin embargo, en su voz faltaba la firmeza de otras veces—. Podemos estar camino de Arafel antes de mediodía.

—Tú vuelves a la Torre —dijo Moraine.

Yendo juntas no buscarían más deprisa que si iba sólo una. Y, si tenían que separarse, ¿qué mejor sitio para Siuan que trabajar con Cetalia Delarme y ver los reportes de todos los informadores del Ajah Azul? Mientras ella buscaba al niño, Siuan podía enterarse de lo que pasaba en cada país y, sabiendo lo que buscaba, podría localizar cualquier indicio que apuntara al Ajah Negro o al Dragón Renacido. Siuan se daba cuenta cuando se le daba un razonamiento que tenía sentido, pero en esa ocasión no resultó tan fácil y, cuando al fin accedió, lo hizo de mal talante.

—Cetalia me pondrá a calafatear juntas por marcharme sin permiso —rezongó—. ¡Así me abrase! ¡Me colgará en un tendedero de la Torre! ¡Tendré suerte si no me hace azotar! Moraine, la política hace que uno sude a mares en pleno invierno. ¡La odio! —Sin embargo, ya había empezado a hurgar en los baúles para ver qué se llevaba en el viaje de vuelta a Tar Valon—. Supongo que pondrías sobre aviso a ese tipo, Lan. En mi opinión se lo merece, pero de poco le va a servir. Me han contado que partió a caballo hacia La Llaga hace una hora, y si eso no lo mata... ¿Dónde vas?

—Tengo asuntos pendientes con ese hombre —contestó Moraine sin detenerse. Desde el día en que lo conoció había tomado una decisión sobre él si no resultaba ser un Amigo Siniestro, y estaba dispuesta a llevarla adelante.

En el establo donde guardaba a *Flecha*, repartió marcos de plata como si fueran céntimos y consiguió que la yegua estuviera ensillada y embridada casi antes de que las monedas desaparecieran en los bolsillos. Montó en el animal sin importarle que la falda se le subiera y le dejase las piernas descubiertas hasta las rodillas, hincó talones y salió a galope del palacio de Aesdaishar en dirección norte a través de la ciudad, de modo que la gente tenía que apartarse de un salto; incluso en cierto momento hizo que *Flecha* saltara limpiamente una carreta vacía cuyo conductor fue muy lento para retirarla a tiempo. A su espalda fue dejando una estela de gritos y puños que se agitaban en el aire.

En la calzada que partía hacia el norte desde la ciudad frenó un poco la marcha para preguntar a unos carreteros que venían en dirección contraria si había visto a un malkieri en un semental zaino, y sintió un inmenso alivio cuando la respuesta fue afirmativa. Ese hombre podía haber ido en cincuenta direcciones distintas después de cruzar el puente sobre el foso. Llevaba una hora de ventaja... ¡Lo alcanzaría aunque tuviera que seguirlo al interior de La Llaga!

—¿Un malkieri? —El flaco mercader, abrigado en una capa azul oscuro, parecía

sobresaltado—. Bueno, mis guardias me dijeron que había uno allí arriba. Gente peligrosa, esos malkieri.

Se volvió en el pescante de la carreta y señaló una herbosa colina que había a cien pasos de la calzada. En lo alto se veían claramente dos caballos, uno de ellos un albardón, y un fino hilo de humo de una lumbre se enroscaba en el aire.

Lan casi no alzó la vista cuando Moraine desmontó. Arrodillado junto a los restos de una pequeña lumbre, removía las cenizas con un palo largo. Cosa extraña, olía a pelo quemado.

—Confiaba en que no quisierais nada más de mí —dijo.

—Pues os equivocáis —contestó—. ¿Quemáis vuestro futuro? Creo que vuestra muerte en La Llaga será causa de gran aflicción para muchos.

—Quemo mi pasado. —Lan se levantó—. Quemo recuerdos. Una nación. La Grulla Dorada no volverá a volar jamás. —Empezó a echar tierra sobre las cenizas empujándola con la punta de la bota, pero entonces se detuvo y se agachó para coger un puñado de tierra húmeda y lo esparció casi ceremoniosamente—. Nadie me llorará cuando muera, porque quienes lo habrían hecho ya han sucumbido. Además, todos los hombres mueren.

—Sólo los necios eligen morir antes de que llegue su hora. Quiero que seáis mi Guardián, Lan Mandragoran.

Él la contempló fijamente, sin parpadear, y después meneó la cabeza.

—Tendría que haber adivinado que era eso. Me espera una guerra que he de combatir, Aes Sedai, y no tengo ningún deseo de ayudaros a tejer las redes de la Torre Blanca. Encontrad a otro.

—Luchamos en la misma guerra, contra la Sombra. Merean pertenecía al Ajah Negro. —Se lo contó todo, desde la Predicción de Gitara en presencia de la Amyrlin y de dos Aceptadas hasta las conclusiones a las que habían llegado Siuan y ella, las muertes de las rastreadoras de Tamra... Todo, absolutamente todo. De haber sido otro hombre se habría callado la mayor parte, pero existían pocos secretos entre Guardián y Aes Sedai. De haber sido otro hombre, podría haber suavizado las cosas, pero no creía que los enemigos ocultos lo asustaran, ni siquiera si eran Aes Sedai—. Decís que habéis quemado vuestro pasado. Dejemos pues el pasado en sus cenizas. Ésta es la misma guerra, Lan, la batalla más importante que se haya dirimido nunca en ese conflicto. Y ésta sí podéis ganarla.

Él permaneció con la vista prendida en el norte, hacia La Llaga, largo rato. Moraine no sabía qué haría si la rechazaba. Le había contado más de lo que habría contado a nadie salvo a su Guardián vinculado.

De pronto, Lan se volvió con la espada centelleante en la mano y por un instante Moraine pensó que iba a atacarla. Sin embargo, se hincó de rodillas y sostuvo el arma desnuda sobre las manos extendidas.

—Por el nombre de mi madre, desenvainaré cuando me digáis que lo haga y enfundaré cuando me digáis que enfunde. Por el nombre de mi madre, acudiré cuando me llaméis y me iré cuando me digáis que me marche. —Besó la hoja y alzó la mirada hacia ella, expectante. Aún de rodillas, conseguía que un rey en su trono pareciera sumiso. Tendría que enseñarle un poco de humildad por su propio bien. Y por lo del estanque.

—Aún queda una cosa más —dijo Moraine mientras posaba las manos en la cabeza del hombre.

El tejido de Energía era uno de los más intrincados que conocían las Aes Sedai. Se entretejió en torno a Lan, penetró en él, se desvaneció. De repente, fue consciente de él del modo que las Aes Sedai sentían a sus Guardianes. Las emociones masculinas eran un pequeño nudo en un rincón de su mente, todo él inflexibilidad de acero y determinación, afilado como el corte de la hoja de su espada. Moraine supo del dolor sordo de viejas heridas, aplastado e ignorado. Podría sustentarse de su fuerza cuando fuera necesario, encontrarlo por muy lejos que se hallara. Estaban vinculados.

Él se incorporó con felina agilidad, envainó la espada y la observó intensamente.

—Los hombres que no estuvieron en ella la llaman la Batalla de las Murallas

Resplandecientes —dijo inopinadamente—. Los que estuvieron, la llaman la Nieve Sangrienta. Nada más. Saben que era una batalla. En la mañana del primer día, tenía a mi mando a casi quinientos hombres. Kandoreses, saldaeninos, domani... La tarde del tercer día la mitad había muerto o estaban heridos. Si hubiese tomado otras decisiones, algunos de esos soldados estarían vivos y otros habrían muerto en su lugar. En la guerra, se dice una plegaria por los muertos y se sigue adelante porque siempre hay otra batalla en perspectiva, en otros horizontes. Decid una plegaria por los muertos, Moraine Sedai, y seguid adelante.

La sorpresa de Moraine fue tal que faltó poco para que se quedara boquiabierta. Había olvidado que el flujo del vínculo funcionaba en ambos sentidos. También él percibía sus emociones y, por lo visto, sabía interpretarlas mucho mejor que al contrario. Al cabo de unos segundos, asintió con la cabeza aunque no sabía cuántas plegarias harían falta para apaciguar su mente.

Lan le tendió las riendas de *Flecha.*

—¿Hacia dónde nos dirigimos primero? —preguntó.

—De vuelta a Chachin —contestó—. Y después a Arafel, y... —Quedaban muy pocos nombres que fueran fáciles de encontrar—. Por todo el continente si es preciso. O ganamos esta batalla o el mundo perecerá.

Cabalgaron uno junto al otro colina abajo y giraron hacia el sur. Tras ellos, el cielo retumbó y se puso oscuro. Se aproximaba otra tormenta tardía procedente de La Llaga.



SOBRE EL AUTOR

ROBERT JORDAN nació en 1948 en Charleston, Carolina del Sur, donde vive actualmente con su esposa, Harriet, en una mansión construida en 1797. Aprendió a leer a los cuatro años con la ayuda de su hermano y a los cinco ya se atrevía con Julio Verne y Mark Twain. Se graduó en The Citadel, la Academia Militar de Carolina del Sur, con la licenciatura en Física. Fue a Vietnam en dos ocasiones y recibió varias condecoraciones por su valor. Le interesa la historia y ha escrito críticas de danza y teatro. Es aficionado a la caza, la pesca, la navegación, el póquer, el ajedrez y el billar americano, además de coleccionar pipas. Lleva escribiendo desde 1977 y se propone seguir haciéndolo hasta que se baje el telón definitivamente.



LA RUEDA DEL TIEMPO*

1. Desde Dos Ríos
2. La Llaga
3. La gran cacería
4. La batalla de Falme
5. El Dragón renacido
6. El Dragón renacido 2
7. Los Portales de Piedra
8. El Yermo de Aiel
9. La Torre Blanca
10. Cielo en llamas
11. El Señor del Caos
12. Los Asha'man
13. El Cuenco de los Vientos
14. La Corona de Espadas
15. El camino de dagas
16. Nuevas alianzas
17. El corazón del invierno
18. La Hija de las Nueve Lunas
19. Encrucijada en el crepúsculo
20. Asedio a Tar Valon

VOLÚMENES INDEPENDIENTES:

Nueva primavera
La Rueda del Tiempo. El mundo de Robert Jordan

* Nueva Edición (*N. del Revisor*)